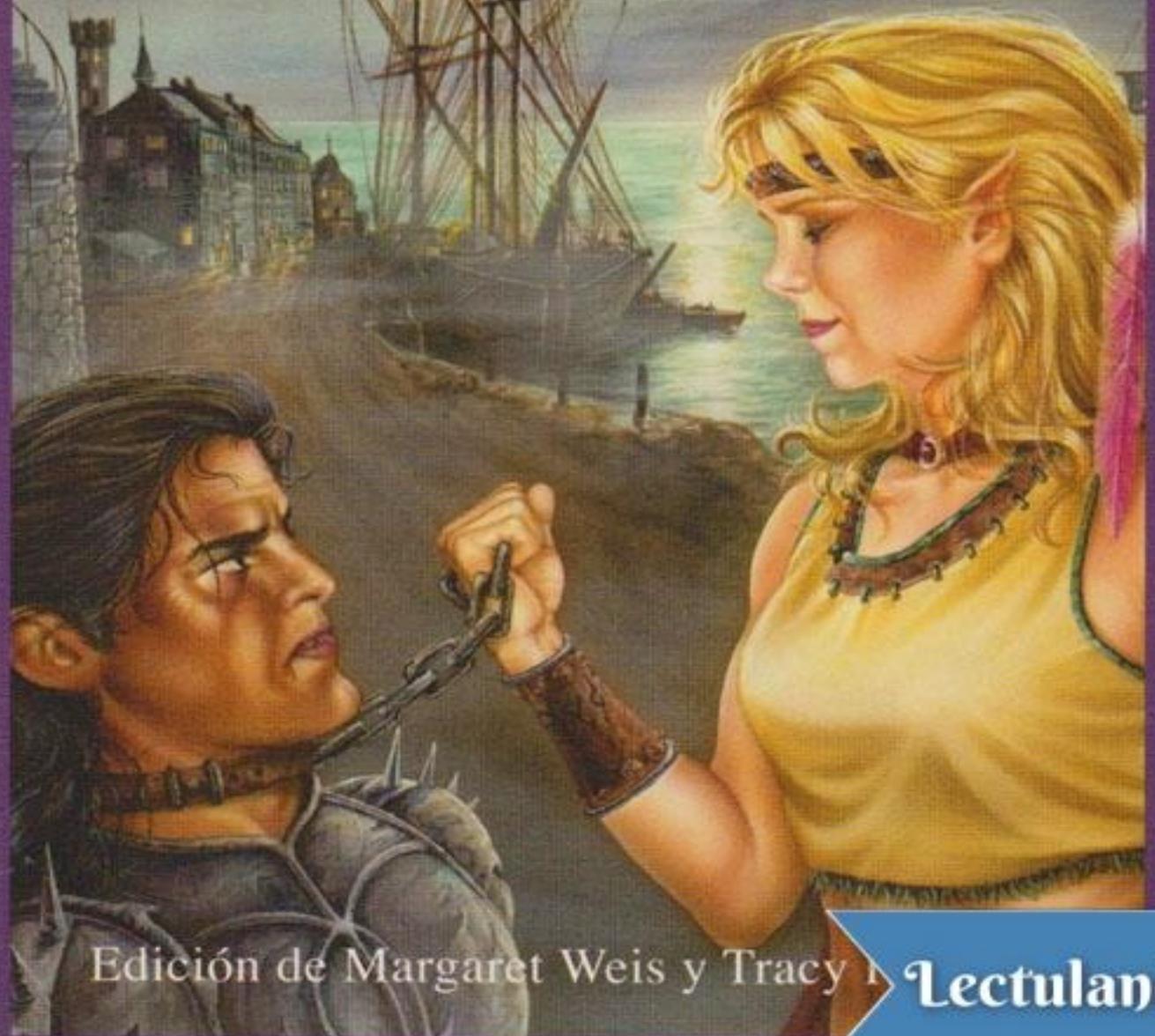




Los dominios del dragón



Edición de Margaret Weis y Tracy Hickman

Lectulandia

Una nueva selección de los mejores relatos ambientados en la Quinta Era de la Dragonlance.

Historias de personajes de todas las razas de Krynn, entre las que cabe destacar el relato de Don Perrin sobre una familia de minotauros condenada por Sargonnas a repetir su ignominioso crimen de traición año tras año.

El propio dios se materializa para saborear su venganza. Pero un año, Sargonnas no aparece...

Lectulandia

Scott M. Buraczewski & Paul B. Thompson & Don Perrin & Kevin
James Kage & Jean Rabe & Nancy V. Berberick & John Grubber
& Chris Pierson & Richard A. Knaak & Margaret Weis

Los dominios del dragón

Dragonlance: Cuentos de la Quinta Era - 3

ePub r1.2

Enhiure 01.06.14

Título original: *Rebels and Tyrants*

Scott M. Buraczewski & Paul B. Thompson & Don Perrin & Kevin James Kage & Jean Rabe & Nancy V. Berberick & John Grubber & Chris Pierson & Richard A. Knaak & Margaret Weis, 2000

Traducción: Emma Fondevila & Emilio G. Muñiz

Ilustraciones: Monte Michael Moore

Diseño de cubierta: Valerio Viano

Editor digital: Enhiure

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Índice

Est Sularis oth Mithas - *Scott M. Buraczewski*

El orgullo de la libertad - *Paul B. Thompson*

La noche de la venganza de Sargas - *Don Perrin*

El lugar de la doble profundidad y la doble oscuridad - *Kevin James Kage*

La pesca del día - *Jean Rabe*

Causas perdidas - *Nancy Varian Berberick*

Vínculos de sangre - *John Grubber*

Los recuerdos de Añico - *Chris Pierson*

Tácticas - *Richard A. Knaak*

Asalto a la Escuela de Hechicería - *Margaret Weis*

Introducción

En esta antología, se introducirá a los lectores en unas historias en las que aparecen algunos de los personajes, principales o secundarios, presentados en el primer libro de la nueva trilogía **La Guerra de los Espíritus**, titulado *Los Caballeros de Neraka*, de Margaret Weis y Tracy Hickman.

La misteriosa jefa rebelde de los elfos, la Leona, participa en el misterioso cuento de Paul Thompson titulado «El orgullo de la libertad». Usha Majere, esposa de Palin Majere, se ve envuelta en una mezcla de intriga política, romance y magia en «Causas perdidas», de Nancy Berberick. Ulin Majere y Palin aparecen a su vez en el nuevo relato de Margaret Weis «Asalto a la Escuela de Hechicería».

Nos complace dar la bienvenida a nuestras filas a dos nuevos autores. Scott M. Buraczewski abre nuestra antología con una interesante pieza que es además el cuento más corto de cuantos hemos publicado jamás: «Est Sularis oth Mithas». Los jóvenes héroes de John Grubber deben tratar de salvar a su familia de unos repugnantes monstruos de los pantanos en «Vínculos de sangre».

Don Perrin nos habla de un clan de minotauros al que una maldición obliga a repetir la misma espantosa matanza una vez por año durante mil años en «La noche de la venganza de Sargas».

«El lugar de la doble profundidad y la doble oscuridad», de Kevin Kage, nos cuenta por qué los aventureros no deben tratar jamás de superar en el pensamiento a los enanos gullys.

Jean Rabe sale de pesca en «La pesca del día».

Chris Pierson nos trae el relato de cómo una enana defiende desesperadamente sus derechos a la herencia de los antepasados en «Los recuerdos de Añico».

Los Caballeros de Solamnia establecen una extraña alianza con los ogros en «Tácticas» de Richard A. Knaak.

Como de costumbre, ha sido un privilegio y un placer trabajar con todos los autores. Esperamos que disfruten con sus cuentos de **Dragonlance**.

Est Sularis oth Mithas

Scott M. Buraczewski

Est Sularis oth Mithas. Mi honor es mi vida.

La tierra desaparece entre los cascos retumbantes de mi caballo de guerra, dejando una estela de polvo tras de mí. «Más rápido —le insisto sin palabras—. Más rápido». A nuestro lado, los árboles pasan con la rapidez del rayo, como imágenes apenas entrevistas en un sueño febril.

En un relámpago veo a mi dama y esposa que ríe y me tiende la mano bajo el brillante cielo de la tarde. Está hermosa, nunca la había visto antes tan hermosa. Mientras ríe, echa la cabeza hacia atrás. Lleva un sencillo vestido verde, del color del salobre mar en los días sin viento.

El sol forma perezosos arcos a través de las hojas que aún cuelgan precariamente de los árboles en este otoño que ya toca a su fin. A pesar de que mi caballo y yo recorreremos como un rayo el sendero, a galope tendido, puedo reparar en estas cosas, en las pequeñas cosas que nunca antes había tenido tiempo ni ocasión de disfrutar. Pasamos volando junto a una gama y la dejamos atrás mucho antes de que el animal tenga tiempo siquiera de emprender la carrera en busca de un refugio en lo profundo del bosque.

En un relámpago, mi dama huye de mí, sin dejar de reír, incitándome a seguirla. Todavía me siento torpe y lento dentro de mi desacostumbrada armadura. Fuera de mi alcance, ella da vueltas describiendo círculos sobre la cumbre de la montaña, con los brazos abiertos. Cuando se queda sin aliento, deja un instante de dar vueltas para burlarse otra vez de mí sonrisa traviesa en su cara. Cuando aún me encuentro a doce pasos de ella, me da la espalda y empieza a correr, lanzándome una risa despreocupada por encima del hombro como una ocurrencia tardía. Oh, siento que me abraso por ella.

Tras un recodo, la senda empieza a subir y nuestra marcha se hace más lenta. Ya no me importa si reviento a mi caballo en la carrera; tengo que llegar a mi destino. Aunque sería preferible que no se rompiera una pata antes de haberle sacado todo el jugo posible. Oigo su respiración fatigada y llega el olor de su sudor. «Un poco más —le susurro—. Sólo un poco más y luego podrás descansar».

En un relámpago ella desaparece en un bosquecillo, pero puedo oír su deambular sobre las hojas secas. Una nube tapa el sol y arroja una sombra sobre nosotros. Tan rápido como vino, la nube se va. Ni siquiera levanto la vista para seguir su rumbo. Reanudo la búsqueda de mi dama, mi amor.

Ahora la veo, perfilándose sobre mi caballo, como una nube de tormenta en el horizonte. No es gran cosa, en realidad, sólo un agujero oscuro horadado en la ladera de una montaña, pero estoy totalmente centrado en ella. Siento que el odio se debate en mi interior, y con un bufido le doy rienda suelta. Con un furioso puntapié obligo a mi caballo a un galope final y cubrimos los últimos mil metros en lo que parece un solo latido del corazón.

Un relámpago. Tropiezo entre la maleza del bosquecillo. La rama de un árbol restalla y entonces me golpea en pleno rostro. Siento que la ira arde en la línea dolorosa que me atraviesa la mejilla, pero la olvido tan pronto como atisbo un destello verde mar más adelante, fuera ya de la espesura. Corro hacia él, sin importarme lo que pueda ponerse en mi camino. Corro hacia ella.

Me bajo del caballo y me paro el tiempo suficiente para agradecerle el haberme llevado como lo hizo, le doy una palmada en el flanco y lo encomiendo a lo que el destino pueda tenerle reservado. Se da la vuelta y se apresura a desandar el camino por el que vinimos, galopando de puro placer al verse libre. No me quedo a mirarlo; ya estoy subiendo por la ladera de la montaña, mi propia respiración suena agitada en mis oídos.

Est Sularis oth Mithas. Lo repito para mis adentros una y otra vez, hasta que se convierte en un sonsonete sin sentido, susurrado entre una respiración entrecortada.

Un relámpago. A trompicones llego a las lindes del bosquecillo y allí está ella de pie, con los brazos abiertos como una imagen del valle que se extiende ante nosotros. Su cara es solemne, pero en sus ojos hay todavía una expresión risueña.

«Venid, pues», me susurra. Tengo que esforzarme por entender sus palabras. Ahora sólo nos separan veinte pasos y avanzo hacia ella, azorado, pensando que acabaré aplastado bajo el peso de mi pasión desbocada. Diecinueve pasos, quince, una docena.

He llegado a la cima y me obligo a mantenerme de pie, jadeando por el esfuerzo. Soy joven y estoy en forma, pero la pesada armadura que llevo puesta no fue pensada para subir montañas. Saco la espada de la vaina sin perder un solo paso, y por fin me encuentro al comienzo del mismísimo final de mi destino.

Un relámpago. Diez pasos, nueve, la sonrisa se desvanece de su rostro e inclina apenas la cabeza hacia adelante sin dejar de mirarme a los ojos. Levanta la bella mano y se aparta de la cara un mechón de cabello castaño. Ocho pasos. Ahora deja caer la cabeza hacia atrás y sus labios se entreabren. Los veo formar las palabras «Os amo, Alric», pero le son arrebatadas por un alarido que surge a sus espaldas,

desde las profundidades.

—¡Ya voy! —grito, dando un paso hacia la semipenumbra de la cueva—. ¡Ahora voy!

Mi mano derecha aferra con fuerza la empuñadura de la espada, y llevo la izquierda tan apretada que mi sangre gotea sobre el suelo de piedra. Justo más allá del punto donde la luz del día vacila, del punto donde la oscuridad es casi impenetrable, una voz como una pesadilla me responde. En un remedo de las palabras de mi señora, dice:

—¡Vamos, pues, tonto!

Un relámpago. Una forma terrible se destaca de repente contra el sol y mis ojos la miran desorbitados. El dragón verde se detiene allí, inmóvil, durante lo que parece una eternidad, aunque la sonrisa todavía no ha empezado a borrarse de los labios de mi esposa. Siento que mis propios labios empiezan a gritar una advertencia. Mi corazón late una sola vez.

El dragón avanza pesadamente desde las sombras y yo lanzo un grito de guerra, rompiendo en furiosa carrera con la espada en alto. Los helados dedos del terror al dragón se cierran en torno a mí, pero mi furia transforma el miedo bravura. Las lágrimas me corren incontenibles por la cara. El dragón está sorprendido; cubro el espacio que nos separa en un instante, tan rápido que ni siquiera tiene tiempo de lanzarme su fétido aliento. Estoy lo bastante cerca como para tocarlo. Su cabeza se cierne sobre mí. Intento cortarle el cuello, pero mi espada rebota en las escamas sin hacer mella en su pellejo. Está atónito ante la osadía de mi ataque, pero su sorpresa dura sólo un instante. Abre la boca y filas de dientes montan guardia por encima de su lengua, y la cabeza le cae hacia abajo como un pájaro derribado desde el aire. Me dejo caer descuidadamente de lado cambiando de mano la espada, con disimulo. Abro la mano izquierda y aferró con ella la sudorosa empuñadura en el preciso momento en que la enorme cabeza del dragón pega con fuerza en el suelo de la caverna en el lugar exacto en que me encontraba un momento antes.

Un relámpago. El dragón la rodea con sus garras aplastándola casi en su poderoso abrazo. Cierro los ojos angustiada.

Vuelvo a dar un paso adelante sosteniendo la espada con la punta hacia abajo. Esta vez el dragón me espera y ya no me menosprecia. Sus mandíbulas me envuelven y siento su fétido aliento sobre mi piel mientras hundo mi espada hacia abajo con toda la fuerza de mi cuerpo y toda la agonía que llevo en mi alma. Mi estocada penetra, y la hoja se desliza por debajo de las escamas que protegen su péfido corazón, hundiéndose hasta la empuñadura. Sus mandíbulas se cierran sobre mí, aplastando la armadura, la carne y el hueso. El dolor es enorme y abro la boca para gritar. Cuando se me empieza a nublar la vista, el dragón se derrumba como una mole sin huesos, sujetándose todavía entre sus mandíbulas. La oscuridad se apodera de mí

y una voz me sigue hacia el vacío. «*Os amo, Alric*».
Est Sularis oth Mithas.

El orgullo de la libertad

Paul B. Thompson

El viento barría el cielo, empujaba las nubes por encima del poniente y hacía oscurecer el día antes de tiempo. El remolino constante de las hojas y las ramas al doblarse amortiguaban el sonido del explorador que se aproximaba, pero Vytrad podía verlo perfectamente. Cabalgaba con esfuerzo, doblado hacia adelante sobre el cuello de su cabalgadura. El viento le azotaba la cara y lo cubría, desde el casco hasta los estribos, del fino polvo que levantaba.

El explorador tiró de las riendas, se detuvo ante su comandante y saludó.

—¡Señor! —dijo elevando la voz por encima del viento.

—El parte, cabo —respondió Vytrad.

—He reconocido las tres próximas leguas, señor, y he encontrado muchas huellas de nuestras presas, pero en realidad a éstas no las he visto en ningún momento. Corren que se las lleva el diablo, señor. ¡No podrán mantener ese ritmo mucho tiempo más!

Ni nosotros, pensó Vytrad mientras echaba una mirada a sus hombres: veinte caballeros y sesenta y seis hombres de armas, todos montados. Al empezar esta misión habían sido ciento veinte. Hombres y bestias estaban hundidos por la fatiga a pesar de haber sido elegidos entre los mejores. ¿Cómo era posible que aquella presa inexperta, les llevara tanta ventaja?

—La columna avanzará —dijo Vytrad a sus subordinados—. Los de los flancos irán por el interior del bosque, a cien pasos de distancia. ¡Mucha atención a los árboles esta vez! No quiero más emboscadas, ¿entendido? ¡Ya hemos pagado un precio demasiado alto por estos malditos traidores! —Hizo una señal a su portador de mapas para que se acercara. El caballero puso su cabalgadura a la par de la de Vytrad.

—¡Mapa! —rugió Vytrad.

El joven encontró el mapa más reciente de los alrededores y se lo entregó a su comandante. Vytrad desenrolló el pergamino y trazó sobre él el camino con un dedo enfundado en el guantelete.

—El río Ahlanlas está a seis leguas de aquí. ¿Qué ciudad es esta que está directamente en nuestro camino?

—Blancopa —respondió su sargento mayor, Benda—. Como ciudad no es gran cosa, señor. Apenas una docena de chozas de madera y piedra sobre un llano cenagoso. Población, desconocida, a lo sumo algunos centenares. Gentuza del río, escoria que vive al margen de nuestra ley o de cualquier ley.

—¿Defensas?

—Una empalizada de troncos en los tres lados que no dan al río, defendida por una milicia ciudadana.

La luz empezaba a decaer. Vytrad enrolló el mapa sin demasiado cuidado y se lo devolvió al portador de mapas.

—Parece evidente que el enemigo se dirige a Blancopa —dijo—. Quedarán atrapados allí, de espaldas al río.

—¿Y si hay una embarcación esperándolos? —preguntó Llorn, el segundo de Vytrad.

—Requisaremos un barco y los seguiremos —contestó Vytrad confiadamente—. Los fugitivos, por quienes hemos recorrido un camino tan largo y tan duro, no se escaparán.

Los guerreros formaron en columnas de a dos para reanudar la persecución. Vytrad bajó la celada de su casco y ocupó su puesto a la cabeza de sus hombres.

Parecía una oportunidad de oro, de esa clase de oportunidades que cimentan la carrera de un hombre. Vytrad Lanzarroja, veterano de la Orden de los Caballeros de Takhisis, fue asignado al servicio de Egil Liveskill, señor del Castillo Negro. Lord Liveskill era el jefe de la Orden para la paz y el orden en Qualinesti meridional y, como tal, un hombre muy poderoso y temido. Su plaza fuerte era el Castillo Negro, de reciente construcción, que dominaba la tranquila ciudad de Fara, en las lindes del gran bosque meridional.

Ser llamado al Castillo Negro era una perspectiva desalentadora, pero Vytrad saboreó la atmósfera amenazadora mientras subía por las escaleras de ónix hacia los aposentos de lord Liveskill. Hacía tiempo que esperaba que lo asignaran al Castillo Negro, donde el poder habitaba en las sombras y se hablaba en susurros de las decisiones sobre la vida y la muerte. Que otros buscaran una fama efímera en el campo de batalla; Vytrad soñaba con servir a la Orden de una forma más sutil y efectiva.

Fue recibido en silencio y conducido a presencia de lord Liveskill. El señor del Castillo Negro no tenía más de cuarenta y seis años y todavía conservaba el pelo y la barba rubios. Iba totalmente vestido de terciopelo negro y llevaba una diadema de azabache sobre la frente y el collar de oro de su cargo en torno al cuello. Sentado ante una gran mesa de nogal, lord Liveskill puso a un lado el documento que estaba leyendo al entrar Vytrad.

—¿Sois Lanzarroja? —preguntó, estudiando a Vytrad con sus ojos descoloridos.

—A vuestro servicio, gran señor —respondió Vytrad con una reverencia.

Liveskill le alargó una hoja de pergamino que se deslizó con facilidad sobre la superficie pulida de la mesa. Vytrad la recogió.

—¿Significan algo para vos estos nombres?

Los estudió rápidamente. Eran todos nombres de elfos.

—Son todos destacados qualinestis, mi señor. Veo a primos del Orador, miembros de las familias de Verinthanlas y de Ambrodel, vástagos de la Casa de las Piedras Preciosas del Cultivo, de la Silvicultura... Son algunas de las personas de más alta cuna de la provincia.

—La mitad de ellos han desaparecido —explicó Liveskill.

Vytrad dejó la lista.

—Mal asunto, mi señor.

De la peor índole. Han huido de Fara para escapar a la autoridad de la Orden, en algunos casos llevando consigo considerables tesoros. Se me ha encargado la tarea de parar esta sangría de fortunas y de nobleza.

Vytrad se hizo una idea de lo que se avecinaba.

—¿Alguna pista sobre lo que ha sido de los elfos desaparecidos, mi señor?

—Ninguna —respondió Liveskill con expresión ceñuda, cogiéndose el aguzado mentón entre el pulgar y el índice—. Da la impresión de que se hubieran esfumado totalmente. De haber aparecido algún duende en otros países, nuestros agentes nos hubieran informado, pero no ha sido así. Tampoco se han puesto en circulación sus tesoros.

»No podemos permitir que la población se escurra como la arena de un reloj. Si empiezan los ricos y los nobles, la población llana los seguirá, y de continuar este éxodo descontrolado, es posible que la Orden acabe gobernando sobre una provincia vacía.

Malo para el prestigio y para los impuestos, dijo Vytrad para sus adentros, y en voz alta preguntó:

—¿Qué debo hacer, mi señor?

Liveskill rebuscó entre los papeles sueltos que tenía sobre la mesa, dejando ver en un momento una daga de aspecto siniestro. El color verde de su hoja revelaba que estaba envenenada... El señor del Castillo Negro encontró lo que estaba buscando.

—Un informante de las tierras de una noble familia llamada Verinthanlas nos advirtió de la inminente huida de sus señores. Vendieron todas sus posesiones a cambio de oro y acero, y se están aprovisionando para el viaje. Tengo a otros vigilando la casa. Cuando partan, lo sabré. Quiero que vos, Vytrad Lanzarroja, dirijáis un grupo selecto de hombres a caballo. Vuestra misión será perseguir a los elfos, averiguar con quiénes se van a reunir y adónde van. Entonces, y sólo entonces, quiero que los capturéis y los traigáis a mi presencia.

Vytrad esbozó una sonrisa. Una empresa fácil, y muy adecuada para él.

—No fallaré, gran señor —prometió.

—Procurad que así sea.

Le proporcionaron hombres, con muy buenos caballos y bien equipados. La mayor parte de los ciento veinte provenían de los mejores cuerpos de la caballería ligera, y eran capaces de dominar y vencer a un ejército cinco veces más numeroso que ellos. Estuvieron acampados en los bosques de las afueras de Fara durante cinco días. Al sexto día, les comunicaron que los qualinestis partirían esa misma noche. Una banda sombría de seres humanos y kalanestis los acomodaron en carros y partieron con ellos hacia el sudoeste. Vytrad comenzó una persecución distante, sigilosa.

La primera emboscada fue embarazosa. Una partida de exploradores se encontró de lleno con una descarga cruzada de flechas que salían de las copas de los árboles. Para cuando llegó el grueso de los hombres de Vytrad, los arqueros se habían evaporado. El segundo desastre fue horroroso. En un intento de atrapar a los elfos que ahora huían abiertamente, Vytrad dividió su unidad en dos, enviando una columna delante para cortarles la retirada. Se suponía que la segunda columna empujaría a los elfos hasta la columna de avanzada, pero en lugar de eso, los perseguidores se dieron de bruces con una trampa atroz. Redes y lazos desmontaron a muchos caballeros y la mayoría de ellos fueron muertos mientras yacían indefensos en el suelo.

Vytrad reorganizó su unidad. Estaba claro que los qualinestis se habían encomendado a mercenarios peligrosos y avezados y que capturarlos iba a ser una empresa mucho más dura que la de cazar simplemente a un grupo de civiles en fuga. Envió un despacho al efecto a lord Liveskill pidiéndole que apostase fuerzas tanto en los pasos que conducían a Thorbardin como en la costa meridional del río Ahlanlas. Vytrad no estaba dispuesto a fracasar en su primera misión para el señor del Castillo Negro, aun cuando ello implicara llevar de vuelta a su unidad y a sus presas más muertas que vivas.

Caía la lluvia cuando avistaron la tosca empalizada de madera de Blancopa. La valla rodeaba totalmente la ciudad llegando hasta el río. Había dos puertas en la empalizada y las dos estaban abiertas de par en par. Unas lanternas cubiertas colgaban de unos ganchos junto a las puertas.

Vytrad detuvo la columna en la linde del bosque. La niebla se cernía sobre el río y unas cuantas lámparas mortecinas cabeceaban en la oscuridad, tristes luces sobre una embarcación.

El joven Llorn puso su caballo al lado del de su comandante.

—¿Qué os parece, mi señor?

—No tiene buen aspecto. La escena es a todas luces una «trampa», pero no creo que tengamos más opción que entrar en la ciudad —dijo Vytrad. La lluvia empezaba

a empaparle la región lumbar, por debajo de su armadura. Esta incomodidad no hacía más que aumentar su irritación.

—¿Podríamos obligarlos a rendirse?

—Es poco probable. Los qualinestis podrían rendirse pacíficamente, pero los mercenarios que los acompañan no lo harán. Nos han atacado con demasiada fiereza y saben lo que les pasará si les echamos mano.

Llorn echó la cabeza hacia atrás haciéndose sombra con la mano sobre los ojos.

—Al menos la lluvia dejará fuera de combate a sus arqueros, señor.

—Demos gracias a la Reina Oscura por ese pequeño favor.

Vytrad hizo que sus flanqueadores salieran del bosque. Dividió a sus hombres en dos bandos y puso a Llorn al mando del otro.

—Haz entrar a tus hombres por la puerta occidental —dijo Vytrad—. Llévalos hasta la orilla misma del río. Manteneos juntos, no permitas que tus hombres se dividan en grupos de dos o de tres entre las casas. Si encuentras a los refugiados, haz que el corneta toque su cuerno.

—A vuestras órdenes, mi señor.

Llorn se alejó a medio galope llevándose consigo a la mitad de los hombres. El resto permaneció en silencio detrás de Vytrad. Éste se quedó mirando en medio de la lluvia la puerta oriental abierta. Cuando el sonido del grupo de Llorn se amortiguó en la distancia, levantó la mano. Hasta los caballos se pusieron en tensión. Sin decir palabra, hizo un movimiento descendente con la mano mientras espoleaba a su montura para que se pusiera en marcha. Los caballeros se alinearon detrás de Vytrad formando fila de tres, con las espadas que despedían destellos en la oscuridad.

Las puertas estaban desguarnecidas. Vytrad aminoró la marcha e hizo que su caballo describiera un círculo buscando signos de una emboscada. La lluvia caía a chorros de los toscos techos de paja y salpicaba la cenagosa senda. Un perro ladró por allí cerca. Vytrad se acorazó para no prestar atención a las calles fantasmagóricas, vacías. Hizo a sus hombres una señal para que avanzaran.

Blancopa no tenía más que cuatro calles. Chozas y casuchas se levantaban hasta cerca de los almacenes de la orilla del río que eran la única construcción sólida, recta y de piedra que había en la ciudad. Podría haber cientos de soldados ocultos en unos almacenes como éstos...

—¿Qué hacemos ahora, mi señor? —preguntó el sargento Benda.

—Buscar un barco —dijo Vytrad—. ¡Tienen que cruzar en barco!

Los caballeros acercaron lentamente sus cabalgaduras hasta dejarlas paralelas a los muelles. La mayor parte de los atracaderos estaba vacía, pero delante de ellos había una galeota baja, poco sólida, con los remos recogidos. Unas toldillas rayadas cubrían casi toda la cubierta. Vytrad reparó en ello y redujo la marcha. Nadie colocaba toldillas para la carga, sólo para pasajeros...

—¡Allí! —Se paró sobre los estribos y señaló al galeote que se encontraba a tres atracaderos de ellos—. ¡Ése es! ¡Adelante, por la Orden!

Apenas habían salido las palabras de su boca cuando las puertas del almacén más próximo se abrieron de golpe. Un torrente de personas harapientas, desaliñadas salieron en tropel y se arremolinaron en torno a los caballeros, gritando a voz en cuello. Eran gentes de la ciudad, armadas con lo que encontraron a mano: martillos, hachas, remos rotos, cualquier cosa. Sobre los tejados aparecieron más enemigos que arrojaban jabalinas y piedras del tamaño de una cabeza sobre los hombres de Vytrad.

Vytrad giró su caballo para hacer frente a la turba, y descargó toda la fuerza de su espada sobre un hombre semidesnudo, de pelo largo, armado con un hacha de guerra. Intercambiaron golpes hasta que Vytrad golpeó la muñeca del hombre con la punta de su espada. El hacha cayó al suelo. El hombre trató de huir, pero Vytrad lo atravesó por la espalda y cayó de bruces sobre el barro.

—¡Corneta! ¡Haz sonar la llamada! —gritó Vytrad ásperamente.

El corneta se llevó a los labios el cuerno de bronce. Sus notas quejumbrosas no recibieron respuesta alguna del corneta de Llorn.

En ese preciso momento, algo pesado salió como un rayo de la oscuridad. Golpeó a Vytrad con fuerza en el hombro y allí se mantuvo. Con los ojos llenos de lluvia, Vytrad no podía ver qué era lo que se había apoderado de él. De repente los dos se deslizaron del caballo y cayeron pesadamente al suelo.

El frío metal intentó cortar la garganta de Vytrad. De no haber sido por la cota de malla, sin duda ése hubiera sido su final. Descargó con fuerza sobre su atacante el puño cubierto con el guantelete, y el asesino lo esquivó con sorprendente agilidad. Vytrad se incorporó en el barro y pudo ver el rostro salvaje y demoníaco de su atacante: un kalanesti con todas sus pinturas de guerra. El elfo de los bosques sujetó la daga entre los dientes y se alejó de un salto, perdiéndose entre la maraña de caballos y hombres.

Vytrad se puso de pie y vio lo que parecía toda la población de Blancopa vuelta contra ellos. La presión era tal que los caballeros se veían empujados hacia el muelle donde estaba amarrada la galeota. Había perdido de vista su caballo, de modo que recogió su espada del fango y volvió a la lucha. La mayoría de sus hombres también luchaba a pie y seguía retrocediendo por el muelle bajo de la presión de varios cientos de villanos beligerantes.

Vytrad se topó con los hombros del sargento Benda.

—¡Nos estamos quedando sin lugar para combatir, señor! —dijo el viejo veterano.

—¿Sabes nadar? —preguntó Vytrad. Era una pregunta sin sentido; ningún caballero podía nadar vestido con la pesada armadura. El único espacio que quedaba era la galeota que estaba a la espera. Vytrad ordenó a sus hombres que pasaran por la

tabla sin dejar de combatir. Cuando el último caballero estuvo a bordo, retiraron la escalerilla hacia cubierta.

—¿Alguna señal de Llorn? —preguntó Vytrad, jadeante.

Benda sacudió la cabeza.

—Nada, señor. No es de extrañar si tuvo la misma recepción.

Con sogas y rejonos, los blancopanenses trataban de cubrir la brecha entre el barco y la orilla para atacar a los caballeros. Los hombres de Vytrad se las veían y se las deseaban para impedirselo. Mientras el combate proseguía, Vytrad se dirigió bajo cubierta. Ante su sorpresa, la galeota tenía a bordo una tripulación completa: cuarenta remeros estaban situados en sus puestos escuchando la conmoción de arriba. Vytrad coligió que cuatro hombres mejor vestidos eran los oficiales del barco. Uno de ellos, el más alto, se adelantó. Debía de estar al mando.

Vytrad amenazó al hombre con la punta de su espada.

—¡Tú! ¿Cuál es tu nombre?

El hombre de pelo pajizo llevaba un pañuelo que le cubría la mayor parte de la frente.

—Zoran, para servir a vuestra señoría.

—¿Eres el capitán de este barco?

—No, sólo soy el primer piloto.

Vytrad frunció el ceño.

—¿Qué barco es éste?

—El *Surcador de las Aguas*.

—¿Hay alguien más a bordo? ¿Algún mercenario?

Zoran intercambió miradas expresivas con sus compañeros.

—No, señoría.

Vytrad presionó con la punta de su espada la carne blanda por debajo del mentón de Zoran.

—¡La verdad, o me cobraré tu cabeza!

—¡Es cierto, generoso señor! ¡Los guerreros cogieron otro barco!

—¿Qué otro barco?

La cara de Zoran se estaba poniendo tan roja como un rábano.

—¡El *Culebra de los Pantanos*! —logró articular—. ¡El barco del Capitán Luno!

Algo pesado golpeó contra la cubierta superior. Vytrad desplazó la punta de su espada del cuello de Zoran a sus riñones.

—¡A cubierta, ahora mismo! —dijo imperativo—. ¡El resto de los oficiales también!

Desde la popa se veía con claridad que los caballeros se iban replegando ante el ataque masivo de los villanos. Vytrad envainó su espada.

—Poneos en marcha. Ahora este barco está bajo mis órdenes. ¿Está claro?

—Mi capitán está en tierra. ¡No puedo partir sin él! —protestó Zoran.

Furioso, Vytrad cogió al primer piloto por el chaleco de cuero y lo empujó por encima de la barandilla. Vytrad echó mano de su espada mientras los demás se ponían tensos. Los marineros no se movieron, contenidos por la mirada de un panzudo oficial de más edad. No se oyó grito alguno, pero un sonido inconfundible indicó la caída de Zoran al agua. Vytrad puso los brazos en jarras y se enfrentó al resto de la tripulación.

—¿Alguien más quiere desembarcar? ¿No? ¿Quién le sigue en la línea de mando? El tipo panzudo que se presentó como Hakan consiguió tartamudear que era él.

—Zarpad de inmediato —ordenó Vytrad—. Lo primero que tenemos que hacer es apartarnos de estos salvajes. ¿Lo habéis entendido?

—¡Claro que sí, su señoría! —Hakan gritó las órdenes oportunas y los remeros se dirigieron a los remos del lado de estribor y empujaron la galeota apartándola del muelle. Hubo numerosas salpicaduras al caer algunos al agua, seguidas de los gritos de socorro correspondientes. Vytrad esperaba que fueran villanos y no hombres suyos.

Una vez apartados del atracadero, desplegaron el otro conjunto de remos y el *Surcador de las Aguas* se alejó suavemente de la orilla. Los caballeros, en cubierta, dieron vivas al verse liberados.

Había dejado de llover, pero la niebla se había hecho más densa. Aparecieron antorchas en la orilla, rodeando los muelles más occidentales. Vytrad oyó el entorchocar de las armas que venía de esa dirección.

—¡Hacia aquellos muelles! —ordenó.

La galeota siguió su rumbo, indiferente a las estacas y pilotes que sobresalían del agua. El sonido de la lucha se oía más alto. En ese mismo momento, la niebla se disipó mientras el *Surcador de las Aguas* se deslizaba sobre la corriente. Lo que quedaba del grupo de Llorn también estaba atrapado al extremo de un muelle. No quedaban muchos hombres, y los que quedaban eran víctimas de un encarnizado ataque.

Vytrad sopesó la situación y en un instante tomó una decisión.

—¡Señor Hakan, embestid el muelle! ¡Embestidlo he dicho!

Hakan se puso blanco.

—¡Eso es una locura! ¡Hará que naufrague el barco y que se ahoguen todos los que están en el muelle!

Vytrad cogió a Hakan por el cuello y lo arrinconó contra la borda.

—¡Apuntad entre el cuarto y el quinto pilón! ¡Hacedlo! —gritó Vytrad, y sacando la espada—: ¡Hacedlo o moriréis aquí mismo!

Tembloroso, Hakan giró el timón y ordenó más velocidad. El agua se encrespó ante la presión de la aguzada y profunda proa del *Surcador de las Aguas*. Entre la

turba que combatía sobre el muelle hubo quienes vieron el barco que se les venía encima y trataron de retirarse, pero la multitud era demasiado densa para moverse con rapidez. La proa del *Surcador de las Aguas* chocó contra los maderos aplastando a muchos blancopanenses. El resto cayó al agua o corrió hacia la orilla. Del otro lado de la escollera, los supervivientes del grupo de Llorn vieron a sus camaradas sobre la galeota y subieron al barco para unirse a ellos. Con la proa maltrecha pero sin hacer agua, el *Surcador de las Aguas* volvió a retirarse hacia la niebla.

Sangrando profusamente por una herida en el cuero cabelludo y sujetándose un brazo roto, Llorn dio parte a su comandante en la popa del barco.

—¡Mi señor! Gracias por vuestro oportuno rescate —dijo tras saludarlo con la mano sana—. Unos minutos más y todos hubiéramos acabado como alimento de los peces.

—¿Por qué no contestó vuestro corneta al nuestro? —preguntó Vytrad con severidad.

—Murió en la primera arremetida de los blancopanenses —respondió Llorn enjugándose la sangre que le caía sobre los ojos—. Nos superaban diez a uno, señor, y no teníamos lugar para maniobrar.

Hakan, apoyado sobre la caña del timón, ofreció amablemente los servicios del matasanos de a bordo a los caballeros heridos. Vytrad asintió y envió al vacilante Llorn para que lo atendiera el sanador.

—Su señoría... —empezó Hakan tímidamente.

—¿Qué?

—¿Qué debo hacer? ¿Qué rumbo debemos tomar?

Encerrado en medio de la niebla, el *Surcador de las Aguas* avanzaba firmemente río arriba, más o menos con rumbo este. Vytrad trató de horadar la niebla, como si pudiera despejarla a golpe de fuerza de voluntad, pero la niebla no cedió.

—Ese otro barco, el *Culebra de los Pantanos* ¿adónde se dirigía? —preguntó Vytrad.

—No lo sé, señoría. Luno hizo subir a bordo a los pasajeros y se alejó internándose en la niebla. No lo pude ver... —El corpulento hombre de río retrajo la barbilla y frunció el ceño, en actitud pensativa—. Creo que tenía anclas de mar en la proa cuando partió. ¡Sí, estoy seguro de ello!

—¿Qué significa eso?

—Bueno, ya sabéis, señoría, los barcos de río no necesitan verdaderas anclas. Una piedra con una ranura es lo que usamos todos. Pero si uno tiene pensado cruzar el estrecho de Algoni, se necesitan anclas de verdad.

—¿De modo que Luno llevó a sus pasajeros hacia el mar? —preguntó Vytrad y, ante el gesto de asentimiento de Hakan, ordenó—: Llevadnos hacia allí, entonces. ¡Iremos tras ellos!

—Pero señoría, ¡el *Surcador de las Aguas* no está equipado para el mar abierto! Y la proa, la proa está casi partida...

Vytrad descargó su espada sobre la barandilla arrancando una astilla de la madera de roble.

—¡Haced lo que os digo! ¡Si vaciláis una vez más, pondré a otra persona al frente y os tiraré por la borda como ya hice con vuestro amigo Zoran!

—Sí, graciosa señoría. —A Hakan se le veía pálido, incluso en medio de la niebla—. ¡Al mar, sea!

La galeota redujo la marcha y batió los remos. Mientras una bancada de remeros remaba hacia adelante, la otra lo hacía en sentido inverso, haciendo girar a la ligera nave sobre sí misma. Vytrad ordenó más velocidad, y el *Surcador de las Aguas*, ayudado por la corriente, emprendió raudo y veloz la persecución de los qualinestis.

Durante una hora la galeota descendió por el Ahlanlas tras el rastro de su embarcación gemela. Cerca de medianoche las estrellas empezaron a asomar entre las nubes. El viento, que olía a sal, jugaba sobre sus rostros. Vytrad ordenó a la galeota que redujera la marcha y se detuviese.

—Todos callados —dijo—. Escuchad.

Las olas levantaban la proa de la galeota. Al principio todo lo que oyeron era el sonido amortiguado de las olas al romper. Pero poco a poco, a medida que sus oídos se acostumbraron al ruido de fondo de las olas y el viento, los hombres en cubierta identificaron un leve y rítmico sonido: el de unos remos que se movían en sus trabas.

—Adelante, lentamente —murmuró Vytrad.

El *Surcador de las Aguas* avanzó lentamente, horadando la niebla con su proa. Haciendo señas con las manos, Vytrad indicaba el rumbo que Hakan debía hacer seguir al barco. Un punto de luz brilló sobre la cresta de una ola. Levantando la mano izquierda, Vytrad señaló la dirección.

Una mortecina linterna anaranjada señalaba la popa de la embarcación inmóvil ante ellos. Era una galeota de cuarenta remos, igual que el *Surcador de las Aguas*. El nombre de la popa había sido borrado, pero cuando Vytrad dirigió a Hakan una mirada inquisitiva, el barquero asintió solemnemente. Era el *Culebra de los Pantanos*.

—Todos los caballeros en orden de combate, adelante —dijo Vytrad en un susurro. Envainó la espada y empezó a avanzar con sus hombres.

Avanzaron sin pausa hacia el *Culebra* que se movía lentamente. Ambos barcos estaban totalmente fuera de la niebla del río, de modo que el *Surcador de las Aguas* era perfectamente visible para cualquiera que estuviese a bordo del *Culebra de los Pantanos* y que se hubiera tomado la molestia de mirar. En lugar de huir hacia adelante, la otra galeota redujo la marcha hasta detenerse. Se oyeron algunas salpicaduras y ruidos amortiguados.

—¡A ellos, ahora! —gritó Vytrad.

El *Surcador de las Aguas* cargó, y en el último momento, los remeros de babor retiraron sus remos. La galeota chocó con los remos inmóviles del lado de estribor del *Culebra de los Pantanos*, reduciéndolos a astillas. Ambos cascos se rozaron, y al grito de «¡Por la Orden!» surgido de la garganta de Vytrad, unos cincuenta caballeros y hombres de armas en perfectas condiciones físicas, saltaron por encima de la barandilla.

Vytrad aterrizó sobre la cubierta del *Culebra*. Un kalanesti extravagantemente pintado se lanzó sobre él con un sable. Intercambiaron varias estocadas y quites hasta que el sargento Benda saltó desde la barandilla y fue a caer sobre el elfo. Lo siguió un torrente de guerreros armados que en un instante ocuparon el alcázar de la embarcación.

Se abrieron las escotillas y salieron los remeros, armados con cuchillos, estacas y bicheros. Formaban un grupo espeluznante de individuos con cicatrices, pintados, tuertos unos y cojos o mancos otros. A pesar de toda su ferocidad, se enfrentaban a caballeros vestidos con armadura, y los hombres de Vytrad los atravesaban con la facilidad con que una aguja atraviesa una vela. La tripulación del *Culebra de los Pantanos* parecía decidida a defenderse en el alcázar, y llegaron a levantar una barricada de cascos y barriles para impedir la carga de los caballeros. Hombres y elfos con cascos de hierro y auténticas espadas aparecieron detrás de la improvisada barricada, y Vytrad supo que habían topado con los mercenarios a los que perseguían.

Los caballeros formaron una cuña de acero y se abalanzaron contra los toneles apilados. A pesar del cansancio y del peso de la armadura, Vytrad saltó sobre un pequeño casco describiendo un amplio arco con su espada. Un guerrero humano se interpuso en su camino y detuvo su espada en el reverso de un golpe defensivo. El mercenario tenía una espada más ligera y más larga, que oscilaba peligrosamente cerca del rostro de Vytrad. En lugar de forcejear con el hombre (de indudable habilidad), Vytrad cogió un cubo de madera de cubierta y lo utilizó para parar la aguda espada de su contrincante. Diez centímetros de acero atravesaron limpiamente la dura madera, pero el peso del cubo paró la descarga de la hoja. Cogiendo la espada con ambas manos, Vytrad descargó su espada y le quitó la rodela de las manos a su adversario. Este dio un salto hacia atrás, pero Vytrad lo alcanzó en el contragolpe de su arma abriéndolo desde el hombro hasta la cadera.

Un golpe de plano con un hacha dio a Vytrad en el lado de la cara y lo hizo trastabillar. Tras golpear con la barandilla de babor, cayó de rodillas. Gritando obscenidades, un hombre de brillante cabeza rapada atacó a Vytrad con una espada en una mano y un gancho en la otra. El caballero paró el hacha con la empuñadura de su espada a pesar de que el gancho atravesó su cota de malla. Poniéndose trabajosamente de pie, Vytrad hizo perder el equilibrio a su enemigo y lo cogió por la

garganta. Era como tratar de estrangular a un árbol. Después de algunos segundos de forcejeo, el mercenario soltó el gancho y trató de usar su mano libre para arrancarle los ojos a Vytrad. El caballero lanzó su cabeza hacia adelante y golpeó al hombre en la frente con la pesada celada de acero. Atontado y sangrando, el mercenario trató de retroceder, chocó con otro caballero y Vytrad le atravesó la garganta.

Mercenarios y marineros empezaron a abandonar sus armas y lanzarse por la borda. En cuestión de segundos, la cubierta de proa quedó vacía de enemigos. Vytrad ordenó que retirasen a los heridos y que se detuviese a los mercenarios supervivientes para interrogarlos.

—¡Sargento Benda! —llamó.

El avezado y viejo guerrero se presentó, jadeante pero ileso.

—¿Sí, señor?

—Elegid seis hombres y comprobad lo que hay bajo las cubiertas. Inspeccionaré el castillo de proa. No he visto a ningún qualinesti, pero es difícil saber quién es quién bajo las pinturas de guerra. Tienen que estar a bordo en algún sitio.

Benda partió a cumplir sus órdenes. Acompañado de dos hombres de armas, Vytrad se dirigió al castillo de proa. Ante su sorpresa, vio que sobre la cubierta de proa del *Culebra de los Pantanos* había una lona extendida y algo se movía debajo. Ante una señal suya, los hombres que lo acompañaban retiraron la lona.

Allí había gente. Los qualinestis perdidos, al menos la mayoría de ellos. Atados de pies y manos yacían en apretadas filas, amordazados. A la vista de los caballeros, los desventurados elfos gruñeron tras sus mordazas y patalearon. El ruido metálico reveló que sus tobillos estaban atados con gruesas cadenas.

—En el nombre de la Reina Oscura, ¿qué está pasando aquí? —se preguntó Vytrad en voz alta. Sus hombres apartaron a un qualinesti adulto de la movediza pila y le cortaron la mordaza.

—¡Mi señor! —exclamó el elfo—. ¡Nunca pensé que tendría el placer de ver a los Caballeros de Takhisis! ¡Nos habéis salvado la vida!

—¿A qué viene todo este desvarío?

—Esos bandidos nos despojaron de todo nuestro dinero para sacarnos de Qualinesti, pero intentaron asesinarlos a todos. Nos trajeron aquí con la intención de ahogarnos a todos como si fuéramos gatos. —El qualinesti bajó la orgullosa cabeza—. Algunos de nuestros amigos fueron arrojados por la borda antes de que vos intervinierais.

—¿Cuál es vuestro nombre? —le preguntó Vytrad mirándolo desde lo alto.

—Jerdato Verinthanlas, señor.

Vytrad recordó haber oído mencionar ese nombre a lord Liveskill. El clan de los Verinthanlas tenía gran fortuna e influencia en la provincia de Fara.

—¿Liberamos a los demás, señor? —preguntó el cabo que estaba junto a Vytrad.

Había quince elfos tirados sobre la cubierta, adultos de uno y otro sexo, y apenas veinte caballeros sanos para guardarlos. Vytrad sopesó los pros y las contras y dijo:

—No, dejadlos atados.

—¡Señor! —protestó Verinthanlas—. ¿Qué significa esto?

—Todos vosotros habéis disgustado a la Orden al huir desafiando las leyes —dijo Vytrad solemnemente—. Ésa fue la causa de que saliéramos en su persecución. Seréis devueltos al Castillo Negro, donde se os juzgará por sedición.

Verinthanlas agachó la cabeza un momento y luego volvió a levantarla.

—Que así sea, señor —dijo—. Afrontaremos el juicio de la Orden. Siempre será mejor que el destino que nos tenían reservado los mercenarios.

Vytrad envainó su espada. «Yo no estaría tan seguro de eso», pensó.

Se oyó un grito en la cubierta principal. Vytrad se volvió hacia la barandilla y cuál no sería su sorpresa al ver que el *Surcador de las Aguas* ya estaba a la distancia de un cabo y les mostraba la popa. El barco de Hakan remaba hacia la desembocadura del Ahlanlas a toda la velocidad de que era capaz.

—¡Maldito sea! ¡Lo destriparé por esto! —rugió Vytrad.

El sargento Benda apareció por la escotilla principal. Subió rápidamente la escalerilla hacia el castillo de proa para dar el parte.

—El barco es nuestro, señor. No hay nadie más aquí. La tripulación que no estaba herida saltó por la borda.

Vytrad pensó rápidamente.

—Pon a los qualinestis a los remos —dijo—, y a los prisioneros heridos también.

—La mitad de los remos están destrozados, señor —dijo Benda.

—Entonces coge la mitad de los que quedan y pásalos a estribor.

—A vuestras órdenes, señor.

Los elfos y los prisioneros con heridas menos graves, vigilados por los guardias, fueron llevados a los bancos de los remeros y se les ordenó remar. Con veinte remos en lugar de cuarenta, el *Culebra de los Pantanos* avanzaba a duras penas. La marea estaba bajando y las corrientes en torno a la desembocadura del río eran peligrosas, pero la galeota se abría camino entre ellas bajo la guía inexperta de Vytrad. Más adelante se cernía amenazador el banco de niebla.

Benda deslizó unas palabras en el oído de su comandante.

—Señor, tengo algo más que comunicaros. No quería decirlo en voz muy alta, supongo que lo entenderéis.

—¿De qué se trata, hombre?

—Un tesoro, señor. Hay cofres de acero y oro en la bodega, sacas de sedas y joyas. Supongo que los mercenarios tenían pensado asesinar a los qualinestis y repartirse el botín.

Vytrad asintió. Allí estaba la respuesta que estaba buscando lord Liveskill. Los

ricos y nobles qualinestis que habían huido de la Orden no habían logrado escapar sino que habían encontrado un destino más cruel en las insondables profundidades del mar. Ésa era la causa de que la extensa red de informantes del Castillo Negro no hubiera oído ni una palabra sobre ellos.

—¡Barco no identificado a popa, señor! —gritó un vigía apostado en el mástil.

Vytrad entregó el timón a Benda y miró en la dirección indicada. No cabía duda, la silueta oscura de otro barco se deslizaba silenciosamente tras ellos. No tenía luz alguna, pero navegaba con las velas de gavia acortadas. Se trataba de un barco de mar, probablemente una carabela proveniente de Schallsea.

—¿Amigos de los mercenarios? —preguntó Benda.

—Roguemos a nuestra señora que no lo sean —musitó Vytrad—. ¡Más velocidad! Quiero perderlos en la niebla.

Ésa fue su orden, pero los remeros, exhaustos, inexpertos, no estaban en condiciones de cumplirla. El *Culebra de los Pantanos* avanzaba afanosamente, dejando un rastro bien visible que el misterioso barco podía seguir sin dificultad. Y vaya si lo siguió; incluso cuando Vytrad puso proa hacia la orilla norte, la oscura carabela giró en pos de ellos.

—Todos los soldados capacitados, a cubierta —dijo Vytrad. Cansados y en número muy escaso, los caballeros respondieron.

De repente un fuego se encendió en la cubierta del misterioso barco. Apareció una llamarada que salió despedida por los aires en dirección hacia ellos y fue a dar en el agua en dirección a estribor entre ambos barcos. Allí estalló y siguió ardiendo en el agua.

—¡Tienen una catapulta! —dijo uno de los caballeros.

—Sí, cargada con fuego gnomo. —Vytrad apretó con fuerza los puños. El fuego gnomo era un terrible combustible, sumamente destructivo para las estructuras de madera como las casas o los barcos. El agua no lo extinguía; lo único capaz de apagar el fuego gnomo era la basura.

Un segundo resplandor surgió en la cubierta de la carabela.

Esta vez hubo un zumbido audible, y la bola de fuego trazó un arco hacia ellos. En el último minuto, Vytrad movió el timón y la bola de fuego cayó en la estela del *Culebra*.

La niebla se espesaba en torno a ellos. Vytrad trató de modificar el rumbo para despistar al barco enemigo, pero la carabela siguió en pos de ellos, guiada por la ancha estela que dejaban los remos. Pronto estuvieron a tiro, y unas jabalinas de más de dos metros de largo se clavaron sobre los maderos del *Culebra*.

—¡Ah, de la galeota!

La voz sonó lejana pero potente. Vytrad no hizo caso. Si seguían avanzando, en un momento dado el río sería muy poco profundo para el casco de la carabela. La

pregunta era: ¿sucedería eso antes de que los atacaran a cañonazos o les prendieran fuego?

—¡Ah de la galeota! Bajad los remos u os hundiremos.

Los remos no aflojaron. Los qualinestis habían oído los gritos y no tenían el menor deseo de morir encadenados a los remos como unos esclavos de galera. Empezaron a gritar pidiendo ayuda. Vytrad los conminó a seguir remando, pero el *Culebra de los Pantanos* perdió impulso y empezó a derivar hacia atrás con la corriente.

—¡Todos los caballeros a cubierta! Sí, incluso los heridos. ¡Aquí arriba! ¡Todos los hombres deben tener una espada en la mano! —bramó su comandante. Cubiertos de sangre, vendados, los caballeros heridos conducidos por Llorn se unieron a sus camaradas en cubierta.

—Señor, no soy quién para decirlo, pero creo que deberíamos parlamentar —dijo Benda.

Vytrad no podía creerlo. ¿El viejo sargento quería rendirse?

—Es un final honroso para una batalla —dijo—. Pueden acribillarnos con las bolas de fuego y no seremos más que cenizas en el agua. ¿Qué sentido tiene morir así?

Una lluvia de jabalinas cayó sobre la galeota poniendo punto final a las palabras de Benda. Un proyectil con punta de hierro clavó al viejo sargento al único mástil de la galeota. Vytrad comprobó de una mirada que no podía hacerse nada por él. El resto de las jabalinas cayeron sobre cubierta y dispersaron a los agotados y sangrantes caballeros.

Con la sangre que le latía con fuerza en la cabeza, Vytrad pasó rápida revista a sus opciones. Estaba irremediamente vencido. Aunque quisiera resistirse, la carabela estaba en condiciones de repeler el ataque y hundirlos sin correr el menor riesgo.

Vytrad se encaramó a la barandilla y abocinó las manos en torno a la boca.

—¡Ah, del barco! ¡Que cese el fuego! ¡Queremos parlamentar con vosotros!

La carabela se puso de costado a la corriente y soltó las anclas de proa y de popa. Empujado por la corriente, el *Culebra de los Pantanos* fue a parar junto al barco. La cubierta de la carabela estaba erizada de marineros armados hasta los dientes. Se colocaron cuatro linternas en las barandillas. Vytrad quedó sorprendido al ver que la tripulación de la carabela estaba formada totalmente por elfos... Elfos qualinestis de cara limpia.

Los marineros se apartaron para dejar que uno más acercara a la barandilla. El recién llegado estaba detrás de las linternas protegidas, de modo que la luz que arrojaban daba en los ojos de Vytrad. No podía ver más que la sombra de un rostro: piel pálida, cabello rubio oculto en parte por un pañuelo oscuro. Una mano fina descansaba sobre la barandilla de la carabela.

—¿Quién sois? —preguntó Vytrad—. ¿Por qué nos atacáis? ¡Vamos en una misión para la Orden de los Caballeros de Takhisis!

—Sé quién sois —dijo el que quedaba en las sombras. La voz baja, meliflua, era difícil de identificar—. También sé lo que lleváis en ese barco.

—En este barco sólo hay gentes de la Orden.

—No voy a intercambiar palabras con vos. Entregadnos a los qualinestis y sus propiedades y perdonaré la vida a los demás.

Vytrad pasó revista a la línea de rostros asomados a la barandilla por encima de él. Ninguno sonreía.

—Una generosa oferta teniendo en cuenta que nuestra vida sólo nos pertenece a nosotros —dijo sarcásticamente.

—No cometáis un error, vuestra vida está en mis manos —respondió el misterioso capitán—. Sólo tengo que dar la orden y todos moriréis. La única razón por la que estoy dispuesto a perdonaros la vida es por haber salvado a mis qualinestis de estos depravados. Teníamos la intención de interceptar a los mercenarios antes de saliesen del río, pero el viento y las corrientes no estaban a nuestro favor. Por haberles perdonado la vida, perdonaré la vuestra.

Todo estaba muy silencioso en ambos barcos. Vytrad pensó en lord Liveskill y en su largamente acariciado destino en el Castillo Negro. Si fallaba en su primera misión, nunca entraría en las filas de lord Liveskill.

Llorn apoyó una mano vendada sobre el hombro de Vytrad.

—Señor, no necesitáis decir nada. Yo entregaré a los cautivos.

Con el rostro ardiendo por la vergüenza, Vytrad se dejó caer sobre un tonel. Llorn ordenó a los nobles qualinestis y a sus familias que abandonasen los bancos de los remeros. Éstos subieron a cubierta y aunque todavía iban cargados de cadenas, treparon por la empinada borda de la carabela hacia la libertad. Los miembros capturados del *Culebra de los Pantanos* fueron con ellos. Con la aquiescencia de Llorn, los marineros de la carabela izaron el tesoro y lo depositaron sobre su barco.

—¿Nos remolcaréis hasta la orilla? —preguntó Llorn al comandante de la carabela—. Nuestros hombres son guerreros, no remeros.

—¡Dejémoslos para que aprendan! —gritó un marinero.

La tripulación de la carabela rió. Detrás de sus linternas, el capitán de la embarcación, oculto en las sombras, sonrió.

—No quisiera que llegarais a la orilla demasiado pronto —dijo el comandante de la carabela—. Por lo que sé, tienen refuerzos muy próximos en tierra, y nosotros debemos alejarnos. Adiós y gracias nuevamente por salvar a mi gente.

Vytrad se puso de pie de un salto.

—¿Quién sois? Dejadme ver vuestro rostro, para reconocerlo cuando os mate.

Como respuesta, el capitán hizo retirar las linternas eliminando así las sombras.

Vytrad vio el rostro sin dar crédito a sus ojos. ¿Zoran? ¿El cobarde piloto del *Surcador de las Aguas*?

Zoran se quitó el pañuelo de lunares de la cabeza dejando ver una buena mata de pelo rubio.

—Me llaman la Leona —dijo el que habían conocido como Zoran—. Recordad bien mi cara, caballero. Podría ser lo último que vierais en esta vida.

Arrojó una tela blanca a la cubierta de la galeota. En su interior había algo pesado. Se oyó el golpe al caer sobre la cubierta y rodó hasta pararse en el imbornal.

—Llevadlo a vuestros amos —dijo con orgullo—. Lamento no haber podido plantarlo yo misma en tierra de los qualinestis, pero un día no muy lejano lo haré. Adiós.

Los marineros se valieron de pértigas para separar al *Culebra de los Pantanos*. Virando a favor de la corriente, la carabela sin nombre izó nuevas velas y se alejó en medio de la niebla. Lo último que los caballeros percibieron del misterioso barco fue el débil eco de las risas mientras los elfos desaparecían.

Vytrad recogió el objeto envuelto en un trozo de tela. Resultó ser una bala de piedra de la catapulta, del tamaño de su puño. La tela era una bandera. Centrado en el campo blanco había una imagen negra y oro de un león rampante. El animal no llevaba nombre, pero a sus pies estaban escritas las palabras «El orgullo de la libertad».

—¡Señor! ¡Señor! —Llorn tuvo que llamar cuatro veces a Vytrad antes de que éste respondiera—. Señor, ¿quién es la Leona?

—Un mal sueño —musitó Vytrad—. Un sueño del que será difícil despertar.

De rodillas, con la cabeza baja, Vytrad entregó la bandera a lord Liveskill.

—¿Fue esto lo que os dio? —preguntó dejando caer la bandera sobre el suelo de ónix.

—Así es, mi señor.

—De modo que habéis conocido a la Leona. ¿Qué aspecto tiene?

Vytrad levantó la cabeza.

—La vi con claridad, mi señor. No tuvo miedo de dejarme ver su cara. —Le describió su aspecto y le contó lo que había dicho—. Es una qualinesti, sin duda, y de buena cuna. De eso estoy seguro.

Lord Liveskill se levantó de su silla de ébano y se dirigió hacia una alta ventana. Cruzó las manos a la espalda mientras miraba el oscuro bosque allá abajo.

—Habéis fallado, Vytrad. Sois consciente de ello, ¿verdad?

—Sí, mi señor, pero mi misión no fue un absoluto fracaso.

—¿Ah, no?

—He descubierto adónde huían los qualinestis y cómo lo hacían, y ahora esa ruta está cerrada. Los perdí y perdí su tesoro ante la Leona, pero vi su rostro y la oí hablar,

que es más de lo que ha hecho cualquier otro miembro de la Orden.

Lord Liveskill se volvió de espaldas a la ventana.

—Sacáis lecciones beneficiosas incluso de los fracasos, Lanzarroja. Esto está bien —dijo—. Por eso os daré otra misión.

Vytrad se puso en pie de un salto.

—Mi señor es demasiado magnánimo.

—Todavía no sabéis cuál es la misión. —Vytrad juntó los talones y se puso firme para oír la misión—. Traedme a la Leona. Ya lleva demasiado tiempo burlándose de nuestra autoridad. No me importa el tiempo que tardéis ni las vidas que cueste. Encontradla, Vytrad. Empezad ahora mismo.

Vytrad saludó enérgicamente.

—Pondré mi vida en el empeño, gran señor —dijo, y era plenamente consciente de lo que decía.

La noche de la venganza de Sargas

Don Perrin

La sala del banquete estaba desnuda y vacía. El entarimado del suelo, hecho de roble serrado a mano, estaba podrido y partido. Las grietas entre las tablas permitían que las ratas accediesen libremente desde los sótanos y las mazmorras, y ahora eran las dueñas absolutas de la torre del homenaje. Por debajo del polvo, las telarañas y los excrementos de rata, todavía podían verse manchas de sangre en la madera putrefacta.

Los muros eran de piedra, de un metro de espesor, y habían soportado muchos gloriosos asedios, pero finalmente no habían podido con el enemigo final: el tiempo. El muro oeste se había caído y era un montón de escombros. El muro norte seguía unido a la casa principal, pero era apenas algo más que la sombra de su antiguo poder.

El tejado se había desplomado unos trescientos años atrás. Los muebles habían sido robados mucho antes de eso. Si los ricos tapices de lord Trenak habían sobrevivido a los siglos, ahora adornaban alguna otra sala señorial de banquetes en Ansalon, el palacio de algún señor elfo que seguramente los señalaría y contaría cómo alguno de sus tataras, tataras, tatarabuelos los había cogido como botín de guerra durante alguna valiente acción contra el minotauro en el año de... un año tan lejano que ya no valía la pena mencionarlo. Cuando la verdad era que el tataras, tataras, tatarabuelo los había robado al mismo tiempo que había sacado los muebles de una abandonada torre del homenaje.

Abandonada por los vivos, claro está.

Una vez al año, una vez al año todos los años, una vez al año todos los años durante mil años, una mano invisible reparaba las grietas del entarimado. La misma mano invisible pulía la madera hasta dejarla brillante y expulsaba a las ratas —que chillaban aterrorizadas— hacia los sótanos. Los tapices volvían a las paredes. Las armas del clan volvían a lucir otra vez orgullosamente en las paredes. La enorme mesa de banquete, de madera de roble, volvía a ocupar su lugar en la gran sala. En la mesa se materializaba la comida: muslos de venado asados, conejos estofados hasta quedar dorados y crujientes, todo servido en enormes fuentes y listo para ser regado

con espumosa cerveza. Las antorchas refulgían otra vez en la sala de banquetes y todo quedaba finalmente dispuesto.

La noche de la venganza de Sargas.

Vrass abrió los ojos en el preciso momento en que habitualmente los cerraba. Los cerraba en la muerte. El joven minotauro yacía de lado sobre el suelo de la sala de banquetes, con una mano apretada contra la cuchillada que tenía en el vientre, tratando instintiva y desesperadamente de contener sus entrañas que pugnaban por salir a través de la herida.

La sangre se le escurría entre los dedos, y con la sangre, la vida. El dolor era espantoso. Lo aterrorizaba la idea de morir y, al mismo tiempo, ansiaba el olvido para poner fin a aquella tortura. Moriría, como estaban muriendo todos cuantos lo rodeaban, con los gritos de sus parientes en los oídos.

Y esa noche, volvería a la vida una vez más.

Vrass observó cómo la sangre ennegrecida que le había salido del cuerpo volvía a fluir ahora hacia las venas y arterias. El charco de sangre desapareció, y con él el terrible dolor. Respiró hondo. Dedicó un momento a escuchar, sintiendo cómo su corazón latía con la vida, pero el momento nunca era lo suficientemente largo. Nunca tan largo como para que pudiera disfrutar de la vida.

Se puso en pie de un salto. Su puñal y el cuchillo que llevaba siempre en la bota yacían en el suelo, junto a él, manchados de sangre. Al recogerlos, la sangre desapareció. Puso el puñal en su cinturón y deslizó el cuchillo dentro de la bota. El gran desgarrón de su mejor túnica se cerró, cosido una vez más por la misma mano invisible. La tela ensangrentada quedó impecable. Se adelantó hacia la gran mesa del banquete para ocupar el lugar que le estaba asignado. A su alrededor, los minotauros, varones y mujeres, sus parejas y sus hijos mayores, se dirigían a la mesa. También las heridas que les había provocado la muerte estaban cerradas, y la sangre había desaparecido. Sus propias armas cubiertas de sangre habían vuelto a ocupar su sitio en sus vainas o cinturones. Los veintisiete se dirigieron a la mesa y ocuparon los sitios que tenían reservados.

Estos minotauros pertenecían al clan Trenak, nobles guerreros, protectores de los pasos de Yeshall del Norte, comandantes de la Tierras Septentrionales. Eran una de las grandes casas del reino minotauro de Kothas. Todos los guerreros del clan estaban presentes, siete en total, hijos e hijas del jefe del clan, lord Trenak. También estaban allí los cónyuges de todos ellos, guerreros por derecho propio. El hijo o hija guerrero primogénito de cada una de estas familias estaba presente también, los nietos de lord Trenak. Cuatro de estos nietos asistían acompañados de sus parejas. Vrass era el hijo guerrero mayor de Vormas, tercer hijo de lord Trenak, y todavía no tenía pareja.

Lord Trenak había convocado esta reunión. La rivalidad entre hermanos había tomado casi las proporciones de una guerra y el señor estaba decidido a mantener la

paz dentro de su clan. Los hijos e hijas de Trenak habían acudido al banquete por respeto al jefe del clan, pero las miradas enconadas corrían más rápidas que la cerveza y las manos estaban más próximas a las empuñaduras de las espadas que al cuchillo de trinchar.

Vrass se sentó frente a su padre, Vromas, y a su madre. A la izquierda de Vrass se sentó la guerrera Lekcress, pareja de su tío Emass, y a la derecha de Vrass estaba Hlell, guerrero y esposo de su tía Brossik. Los miembros del clan Trenak permanecían silenciosos, hoscos y desafiantes, esperando que llegara la hora señalada.

Un enorme minotauro se corporizó en la cabecera de la sala de banquetes, terrible en su majestad, temible en su ira. Era el dios de los minotauros, Sargas, que echó una mirada sobre su descendencia desde su gran estatura.

—¡Clan Trenak! Durante novecientos sesenta años, habéis estado condenados a revivir la noche de vuestra sucia traición. Aquella noche, los de vuestro clan, protectores de los pasos de Yeshall del Norte y comandantes de las Tierras Septentrionales, os matasteis unos a otros en un baño de sangre, de traición y de engaño sin precedentes entre nuestra gente, y que, afortunadamente, no ha vuelto a producirse.

Sargas respiró agitado. Habían pasado más de novecientos años y su enfado no había disminuido.

—Ni uno solo de los miembros de los guerreros que mandaban en este clan sobrevivió a aquella noche. Dos días más tarde, los elfos silvanestis invadieron las Tierras Septentrionales y se apoderaron de ellas sin lucha. Cuatro días después, los pasos de Yeshall fueron asaltados. Un número incalculable de minotauros murió por vuestra falta de lealtad. Vuestro clan ha sido borrado de los anales de los clanes y vuestro nombre, maldito, fue condenado a no ser pronunciado nunca más por un minotauro. Habéis traído la vergüenza sobre todos nosotros.

Sargas hizo una nueva pausa. Los minotauros bajaron sus orgullosas cabezas astadas. Las manos se apretaron, los músculos se tensaron. Lord Trenak, jefe del clan, se estremeció visiblemente al oír que su clan había sido borrado de los anales. De todos los golpes mortales que había recibido, ése fue el peor.

—Habéis sido maldecidos por vuestras acciones —terminó Sargas—, y vuestra maldición consiste en revivir vuestro destino una y otra vez, hasta el fin de los siglos. Cada año, en el aniversario de vuestra traición, estáis condenados a volver a despertar, a ocupar vuestros puestos en el juego de la muerte y a repetir vuestras acciones. Año tras año, recordaréis todas las muertes que habéis causado. Recordaréis todas las muertes que muráis. ¡Esa es mi voluntad!

Apareció un trono tallado de ónix negro. Sargas tomó asiento y levantó las manos.

—¡Que comience la noche!

Vrass permanecía en silencio, demasiado abrumado para hablar. Nunca lo habían invitado antes al Banquete de los Guerreros. Este año había tenido su bautismo de sangre, había matado a un humano, lo que lo hacía merecedor de ocupar un lugar en esa mesa. Temeroso de cometer un error y traer la deshonra a su familia, observaba atentamente a sus mayores. Su madre y su padre estaban sentados frente a él, pero la mesa era tan enorme y estaba tan atestada de viandas y jarras de bebidas que apenas conseguía verlos. En el alboroto de la sala, con tanto hermano gritando a su padre, tanta madre gritando a su hija, y todos ellos pidiendo a voces más cerveza, no podía oír nada de lo que decían sus padres. Vrass decidió, pues, imitar a los que tenía más próximos, los guerreros que estaban sentados a su derecha y a su izquierda.

Su tío político, Hlell, situado a su derecha, no hacía el menor caso del joven minotauro. Vrass se atrevió a hablar a su tío, pidiéndole que le pasara el venado, ya que el joven guerrero tenía hambre y el olor de la carne asada le hacía la boca agua. Hlell no se dignó siquiera volver su astada cabeza ante la petición de Vrass, sino que siguió conversando con otro guerrero. Vrass no se atrevía a estirar la mano hacia el plato de su tío para coger la comida, movimiento que se hubiera considerado irrespetuoso. Se veía obligado a aguantar el apetito hasta que el otro considerara oportuno darle algo.

Tratando de no reparar en el delicioso olor, Vrass dirigió su atención hacia la izquierda, donde estaba sentada Lekcress, hermana de Hlell y compañera de Emass, el tío de Vrass. Lekcress era la más hermosa hembra de minotauro que Vrass había visto jamás. Llevaba un ajustado jubón de cuero que acentuaba las atractivas formas de su cuerpo. Tenía los brazos musculosos de una guerrera, el cuello corto y robusto, y en su pecho ancho resaltaban los poderosos músculos. Deseaba con todas sus fuerzas hablar con ella para que volviera hacia él sus hermosos ojos, pero no tenía ni la menor idea de lo que debía decir. Si decía algo incorrecto haría el ridículo, de modo que consideró que lo mejor era permanecer callado.

En cuanto a la hermosa Lekcress, no prestaba a Vrass la menor atención. Era un joven guerrero, indigno de que se parara en él. Emass, tampoco prestaba atención a Lekcress, su esposa, que estaba sentada a su lado. Estaba envuelto en una frívola conversación con una hembra de minotauro de ojos brillantes llamada Nekell que tenía a su lado. Los dos inclinaban la cabeza el uno hacia el otro, como si en la sala de banquetes no hubiera nadie más que ellos.

Lord Trenak se puso de pie y golpeó la mesa con una jarra pidiendo silencio. Era un minotauro de edad respetable, con pelos grises en el hocico, pero todavía sabía ocupar su lugar en el campo de batalla y conducir a su clan en la guerra. Empezó a hablar, a pasar revista a las glorias pasadas del clan. Sin embargo, nadie estaba interesado en las glorias pasadas. No prestaban atención a las palabras del jefe del

clan y no dejaban de hablar unos con otros. Emass y Nekell seguían cuchicheando y en una ocasión la joven lanzó una carcajada.

Vrass se sentía sumamente incómodo. Había oído a sus padres hablar de la escandalosa conducta de Emass. Todos sabían que tenía un romance con su encantadora prima. ¿Pensaba que Lekcress era tonta y no se daría cuenta?

Y Lekcress se dio cuenta. Mientras Vrass la observaba, la vio llevar la mano hacia su cinturón, coger la empuñadura de su daga y empezar a deslizarla fuera de su vaina de cuero.

Vrass no sabía qué hacer. Advirtió una mirada asesina en los ojos de Lekcress y supo perfectamente lo que tenía intención de hacer: vengarse de su infiel marido. Vrass podía entender eso, hasta sus padres pensarían que Lekcress tenía derecho a vengarse. Ningún miembro del clan defendería a Emass en una pelea limpia. Pero ésta no iba a ser una pelea limpia. La intención de Lekcress no era ponerse de pie y denunciarlo ante su familia exigiendo una satisfacción por ponerla en ridículo públicamente. Estaba sacando la daga de la vaina lenta y sigilosamente. Lo que tenía pensado era acuchillar a Emass por la espalda, una acción cobarde que traería la deshonra sobre todos ellos.

Confundido, Vrass alargó la mano hacia su jarra de cerveza. Su movimiento atrajo hacia él la atención de Lekcress que vio la mirada horrorizada en los ojos del joven. Evidentemente, había adivinado sus intenciones. Ella elevó la vista hacia él y él la bajó hacia ella y luego, con aire desdeñoso, ella le dio la espalda. Terminó de sacar la daga de la vaina y levantó el brazo.

Vrass estaba furioso. Esa mujer iba a matar a su tío a sangre fría, ante los ojos de su sobrino, y evidentemente pensaba que el joven guerrero estaba demasiado asustado para tratar de detenerla.

Vrass se puso de pie de un salto y su silla salió despedida por el pulido suelo. Sacó su propia daga y se lanzó sobre la guerrera.

Un brazo sujetó a Vrass desde atrás, y una mano armada con una daga le abrió el estómago de lado a lado. La sangre salpicó la mesa y cayó también sobre Lekcress. Vrass se miró la horrible herida. Vio cómo partes de sí mismo que nunca había visto empezaban a salir hacia fuera. Vaciló, tirando su daga. La sala de banquetes se transformó en un caos. Vrass apretó la mano sobre sus tripas y trató de alcanzar el cuchillo que tenía en la bota. Logró sacarlo, pero le fallaron las fuerzas y no pudo sujetarlo. El cuchillo se le escapó de los dedos ensangrentados y Vrass cayó al suelo. La vida se le escurría a borbotones entre el chasquido de sillas rotas y los bramidos de ira y los estertores de agonía de los miembros del clan, hasta que dominándolo todo se oyó la voz de Sargas, furioso, airado, repitiendo su maldición un año más...

Vrass abrió los ojos en el preciso momento en que habitualmente los cerraba. Los cerraba en la muerte. El joven minotauro yacía de lado sobre el suelo de la sala de

banquetes, con una mano apretada contra la cuchillada que tenía en el vientre, tratando instintiva y desesperadamente de contener sus entrañas que pugnaban por salir a través de la herida. La sangre se le escurría entre los dedos, y con la sangre, la vida. El dolor era espantoso. Lo aterrorizaba la idea de morir y, al mismo tiempo, ansiaba el olvido para poner fin a aquella tortura. Moriría, como estaban muriendo todos cuantos lo rodeaban, con los gritos de sus parientes en los oídos.

Y esa noche volvería a la vida una vez más.

Vrass observó cómo la sangre ennegrecida que le había salido del cuerpo volvía a fluir ahora hacia las venas y arterias. El charco de sangre desapareció, y con él el terrible dolor. Respiró hondo. Dedicó un momento a escuchar, sintiendo cómo su corazón latía con la vida, pero el momento nunca era lo suficientemente largo. Nunca tan largo como para que pudiera disfrutar de la vida.

Se puso en pie de un salto. Su puñal y el cuchillo que llevaba siempre en la bota yacían en el suelo, junto a él, manchados de sangre. Al recogerlos, la sangre desapareció. Puso el puñal en su cinturón y deslizó el cuchillo dentro de la bota. El gran desgarrón de su mejor túnica se cerró, cosido una vez más por la misma mano invisible. La tela ensangrentada quedó impecable. Se adelantó hacia la gran mesa del banquete para ocupar el lugar que le estaba asignado. A su alrededor los minotauros, varones y mujeres, sus parejas y sus hijos mayores, se dirigían a la mesa. También las heridas que les había provocado la muerte estaban cerradas, y la sangre había desaparecido. Sus propias armas cubiertas de sangre habían vuelto a ocupar su sitio en sus vainas o cinturones. Los veintisiete se dirigieron a la mesa y ocuparon los sitios que tenían reservados.

Estos minotauros pertenecían al clan Trenak, nobles guerreros, protectores de los pasos de Yeshall del Norte, comandantes de la Tierras Septentrionales. Eran una de las grandes casas del reino minotauro de Kothas. Todos los guerreros del clan estaban presentes, siete en total, hijos e hijas del jefe del clan, lord Trenak. También estaban allí los cónyuges de todos ellos, guerreros por derecho propio. El hijo o hija guerrero primogénito de cada una de estas familias estaba presente también, los nietos de lord Trenak. Cuatro de estos nietos tenían parejas que asistían a su vez. Vrass era el hijo guerrero mayor de Vromas, tercer hijo de lord Trenak, y todavía no tenía pareja.

Lord Trenak había convocado esta reunión. La rivalidad entre hermanos había tomado casi las proporciones de una guerra y el señor estaba decidido a mantener la paz dentro de su clan. Los hijos e hijas de Trenak habían acudido al banquete por respeto al jefe del clan, pero las miradas enconadas corrían más rápidas que la cerveza y las manos estaban más próximas a las empuñaduras de las espadas que al cuchillo de trinchar.

Vrass se sentó frente a su padre, Vromas, y a su madre. A la izquierda de Vrass se situó la guerrera Lekcress, pareja de su tío Emass, y a la derecha de Vrass estaba

Hlell, guerrero y esposo de su tía Brossik. Los miembros del clan Trenak permanecían silenciosos, hoscos y desafiantes, esperando que llegara la hora señalada.

La hora llegó y pasó sin que Sargas apareciera.

Los minotauros se miraban por el rabillo del ojo, sin atreverse aún a levantar la cabeza, como preguntando en silencio a su vecino qué era lo que pasaba. Nadie tenía la respuesta.

Estuvieron así sentados unos momentos y luego empezaron a levantar la cabeza, con el ceño fruncido. Empezaron a pasear la mirada en derredor. Todo estaba en orden. Todo estaba igual que había estado año tras año durante mil años. El suelo pulido, la cerveza espumosa, la carne recién salida de las brasas. Todo menos Sargas. El dios de los minotauros no estaba allí.

Vrass se sintió perdido, desazonado, inquieto. Sargas siempre aparecía en la mesa principal. Les echaba en cara los crímenes que habían cometido unos para con los otros. Declaraba que sus pecados se repetirían todos los años en el adversario de la matanza y que cada uno de los minotauros sentados a aquella mesa comprendería su pecado a través de milenios y milenios de repetición. A Vrass no le gustaba sentirse obligado a repetir la misma acción año tras año. No le gustaba que lo acuchillaran, no le gustaba morir mil muertes. Pero pensándolo bien, era mejor que esto. Era algo extraño y no le gustaba.

También notó otras diferencias. En la sala hacía calor, el clima era asfixiante. No recordaba haber pasado antes tanto calor, era como si las llamas estuviesen consumiendo el mundo exterior. Frente a Vrass había una jarra de cerveza fría y espumosa. Sediento, acosado por el calor, Vrass la cogió y se dispuso a echar un buen trago.

Lord Trenak se puso de pie. Golpeó la mesa con la jarra de cerveza y empezó a pronunciar su discurso habitual.

—Las glorias del clan Trenak se remontan a la época en que los propios dioses hicieron su primera aparición en Krynn... —Hizo un alto. Como siempre, los minotauros no dejaban de cuchichear y murmurar.

—¡Sois unos hijos desagradecidos y malcriados! —gritó de repente el señor de Trenak—. ¡Os vi morir a todos con placer! Tuvisteis lo que os merecíais. Y yo también —añadió desplomándose en su silla—. Yo también.

Se quedó allí sentado, con la cabeza gacha. Los minotauros guardaban silencio. Algunos parecían avergonzados. Todos ellos estaban inquietos.

La guerrera Lekcress debería haber estado observando llena de celos y de furia cómo su marido flirteaba con la joven minotauro Nekell. En lugar de eso le dio a Vrass un salvaje puntapié por debajo de la mesa.

—¡Deja esa jarra! ¡Nunca habías tocado esa jarra! Se supone que no debes

hacerlo.

Vrass le devolvió el puntapié. Mil años antes jamás se hubiera atrevido a tocarla, pero había acumulado dentro mil años de furia por considerarla la causa de su muerte.

—¡Déjame en paz, tía Lekcress! Hace un calor de mil demonios y Sargas se retrasa. No he tomado cerveza desde hace mil años y por los dioses que tengo intención de disfrutar de ésta antes de morir otra vez.

»Y hablando de morir, tío —dijo Vrass volviéndose hacia Hlell—, ¿fue propio de un bastardo atacarme por detrás y acuchillarme! ¿Por qué tuviste que meterte y hacer eso?

Hlell dio un bufido.

—¡Ja, sobrino! Tú eres libre de hundir tu daga en el pecho de mi hermana, pero consideras que fue una traición acuchillarte. ¿No es así? Y dicho sea de paso, ¿por qué querías apuñalarla?

—¡Estaba defendiendo el honor de mi tío! —replicó Vrass—. Ella iba a matar a mi tío Emass. Yo la vi, y ella sabía que la había visto. Sacó la daga delante de mis narices, suponiendo que yo no tendría valor para detenerla. De no haber sido por mí, le hubiera clavado la daga en la espalda.

—¿Qué? —rugió Emass, interrumpiendo su conversación con Nekell para darse la vuelta y mirar a Lekcress—. ¿Es eso cierto, esposa?

—Por supuesto que sí —dijo ella en tono gélido—. Durante mil años tuve que aguantar tus coqueteos con esa vaquilla...

—¡Y pensar que morí por vengarte! —dijo Emass, encogiéndose de hombros.

—¿De verdad? —preguntó Lekcress, sorprendida y apaciguada—. Nunca lo sospeché. —Se llevó la mano al pecho y miró al otro lado de la mesa, a la madre de Vrass—. Siempre me mata ella antes de que sepa...

—¡Vaquilla! —Nekell estaba de pie—. ¿A quién llamas vaquilla?

Lekcress, intencionadamente, hizo caso omiso de su rival.

—Entonces, ¿todavía me amas? —preguntó tendiendo la mano a Emass.

Emass sacudió su astada cabeza.

—Soy un mariposón incorregible, esposa. Pero no es más que eso, te lo juro...

Asqueado de todos ellos, Vrass se inclinó hacia su tío Hlell, cogió su plato, lo arrastró hacia sí y arrancó una pata al venado asado. Era un comportamiento tosco, pero llevaba mil años muerto de hambre. Como era el primero en morir, nunca había podido comer ni beber en ninguna de las cenas, y si le iban a abrir la barriga esta noche, por lo menos que estuviera llena.

Justo cuando se llevaba a la boca la jugosa carne, su tío Hlell le cogió la mano y se la golpeó sobre la mesa.

—Lekcress tiene razón. Estamos condenados a repetir nuestra historia. Debemos revivir nuestra hora más oscura. Esa noche no tenías que comer ni beber nada, y así

debe ser.

Vrass se desprendió de la mano de Hlell y empezó a morder la carne. Furioso, Hlell sacó su cuchillo.

—¡Está por verse quién es la vaquilla, estúpida vaca! —gritó Nekell y arrojó su cerveza, con jarra y todo, contra Lekcress.

Su puntería no era buena. La jarra fue a dar contra el hocico de Vrass, arrancó la carne de su mano y lo cubrió de espumosa cerveza.

Lekcress se rió.

Vrass se puso de pie, furioso. Su silla salió disparada hacia atrás. Se lanzó contra Lekcress, que le dio un puntapié en la tripa y lo hizo trastabillar hacia atrás hasta caer sobre la daga de Hlell.

La larga hoja se clavó en la espalda de Vrass atravesándolo hasta la tripa. Miró hacia abajo, sorprendido. Horrorizado, Hlell extrajo el cuchillo del cuerpo de Vrass. La sangre manaba de la herida mortal.

—¡Vrass, lo siento! —gritó Hlell sujetando al joven minotauro moribundo. Levantó el rostro compungido hacia lord Trenak—. ¡Mi señor! ¡Lo juro! ¡No quería hacerlo!

Vrass se derrumbó sobre la mesa, desparramando las fuentes. El alboroto se difundió por la sala.

—¡Por los dioses, Hlell! —Vrass oyó el alarido de su padre—. ¡Esta vez tendré ocasión de vengar la muerte de mi hijo antes de morir!

Su padre blandió un hacha de guerra que adornaba una de las paredes. La hoja fue a dar directamente en la cabeza de Hlell partiendo en dos el cráneo del minotauro y esparciendo sus sesos, su sangre y esquirlas de hueso en derredor.

Vrass se estaba muriendo. Se estaba muriendo pero no de la manera en que se suponía que debía morir. Nada estaba sucediendo como se suponía que debía suceder.

El cuerpo de su padre cayó sobre la mesa, atacado por la espada de alguien que a su vez murió a manos de la madre de Vrass antes de que ella misma cayera muerta...

La muerte se adueñó de Vrass y de todos los demás, pero esta vez, Vrass murió con una sonrisa en los labios.

Una vez al año, una vez al año todos los años, una vez al año todos los años durante mil años, una mano invisible separaba las grietas del entarimado. La misma mano invisible pulía la madera hasta dejarla brillante y expulsaba a las ratas —que chillaban aterrorizadas— hacia los sótanos. Los tapices volvían a las paredes. Las armas del clan volvían a lucir otra vez orgullosamente en las paredes. La enorme mesa de banquete, de madera de roble, volvía a ocupar su lugar en la gran sala. En la mesa se materializaba la comida: muslos de venado asados, conejos cocidos hasta quedar dorados y crujientes, todo servido en enormes fuentes y listo para ser regado con espumosa cerveza. Las antorchas refulgían otra vez en la sala de banquetes y

todo quedaba finalmente dispuesto.

Vrass observó cómo la sangre ennegrecida que había salido a través de su cuerpo volvía a fluir ahora hacia sus venas y arterias. El charco de sangre desapareció, y con él el terrible dolor. Respiró hondo. Dedicó un momento a escuchar, sintiendo cómo su corazón latía con la vida, pero el momento nunca era lo suficientemente largo. Nunca tan largo como para que pudiera disfrutar de la vida.

Al menos, no hasta ahora.

Vrass ocupó su lugar en la mesa. A su alrededor, todos los demás minotauros estaban haciendo lo mismo.

Vrass miró a su padre y lo saludó con una inclinación de cabeza antes de sentarse.

—Gracias, padre, por vengar mi muerte el año pasado.

—Eres mi hijo —dijo su padre con voz ronca, aunque estaba visiblemente complacido—. Tengo que mantener alto el honor de la familia.

Hubo un remover de sillas. Los minotauros ocuparon sus asientos. Todos miraron hacia el lugar donde solía aparecer Sargas, pero el dios no estaba allí.

Lord Trenak estaba en su sitio, acariciando su jarra de cerveza. Paseó la vista por todos ellos, pero no dijo nada.

Junto a Vrass, estaban sentados Lekcress y Emass, tocándose las manos por debajo de la mesa. La joven Nekell hablaba en voz intencionadamente alta a un joven que había a su lado. Vrass se bebió su cerveza rápidamente, antes de que alguien volviera a matarlo. Inclínándose hacia su tío, cogió el venado asado, desprendió una pata y luego, movido por un impulso, cortó la mejor porción de la carne y la puso en el plato que había frente a Lekcress.

Ella lo miró con expresión sorprendida.

—Tú tampoco llegaste a comer nunca antes de morir —dijo Vrass.

—Gracias, guerrero —respondió ella mirándolo con respeto.

Hlell lanzó una mirada furiosa a Vrass y a Lekcress.

—Sargas nos prohíbe hacer nada que no sea revivir los acontecimientos de nuestra noche de traición.

—Sargas no está aquí —dijo Vrass con la boca llena—. Haré lo que me plazca.

Hlell sacó su cuchillo.

—¡Vas a mostrar respeto por el dios de nuestro pueblo!

Vrass se levantó, daga en mano, para responder al reto de Hlell. Un violento empujón desde atrás obligó al joven minotauro a sentarse nuevamente. Lekcress se colocó ante él en actitud protectora, enfrentándose a su hermano.

—Ninguno de nosotros ha mostrado respeto por el dios de nuestro pueblo. Por eso estamos aquí, cada maldito año. Elige entre deponer tu cuchillo, hermano pequeño, o usarlo contra mí.

Hlell miró a los ojos de su hermana, quizá para ver si realmente sentía lo que

decía. Al parecer pensó que estaba fanfarroneando porque intentó evitarla y echarse sobre Vrass. Lekcress lo bloqueó con su cuerpo y cogiendo a su hermano de la muñeca le retorció el brazo con un movimiento experto. Los huesos crujieron. El dolor hizo que Hlell se quedara sin aliento y tirara su cuchillo.

—He querido hacer esto desde que naciste —dijo Lekcress con sonrisa desdeñosa.

—¡Has deshonrado a nuestra familia, hermana! —gritó Hlell, acariciándose la muñeca.

—¡Sí, deshonra! —gritaron primos hermanos, primos segundos, tías y tíos poniéndose en pie. Las espadas refulgieron a la luz de las antorchas. Se alzaron las hachas.

Vrass se encaramó de un salto sobre la mesa, desparramando los platos.

—¡Clan Trenak, guardad las armas! —vociferó—. ¡Sargas *no está aquí!* ¿Entendéis lo que significa eso? ¡No tenemos que volver a repetir la noche de nuestra peor traición!

Se volvió a mirar al jefe del clan.

—Lord Trenak, somos vuestra familia. No renunciéis a nosotros. Es cierto que nos hemos vuelto unos contra otros y hemos hecho a esta familia un flaco servicio que nos valió una maldición a través de los tiempos. Sin embargo, por dos años consecutivos, Sargas no se ha presentado para reiterar la maldición. Me parece que seguimos condenados a repetir aquella noche, pero ya no los hechos de aquella noche. ¿No hemos aprendido nada en mil años?

Lord Trenak se puso de pie. Permaneció en silencio durante algunos minutos, escrutando el rostro de todos los minotauros presentes. Por último, miró largamente a su nieto Vrass, que ahora había vuelto a ocupar el lugar que le correspondía en la mesa.

El jefe minotauro levantó la cabeza y los miró a todos airadamente.

—Soy vuestro señor feudal, y soy vuestro padre o el padre de vuestro padre o vuestra madre. Me obedeceréis cuando os ordene que dejéis vuestras armas sobre la mesa frente a vosotros.

Nadie se movió. Lord Trenak sacó su propia espada y la depositó sobre la mesa. Lentamente, los guerreros empezaron a cumplir la orden. Espadas, jabalinas cortas, hachas de combate y varias ballestas de mano se apilaron sobre la mesa, aplastando las fuentes y tapando las jarras de cerveza

—Todas las armas —ordenó lord Trenak con voz severa. Dicho esto sacó cuatro dagas de su chaleco de cuero y las colocó también sobre la mesa.

Los minotauros se miraron unos a otros y a continuación empezaron a sacar cuchillos de sus botas, dagas de sus cinturones o de sus chalecos. Todo se fue sumando a la pila.

—¡Que nadie se mueva hasta que yo dé la orden! —dijo lord Trenak—. Nadie.

Los guerreros reunidos se quedaron callados en sus asientos, obedeciendo las órdenes de su señor. Así pasaron las largas horas de la noche, con los ojos fijos en las armas que estaban sobre la mesa, armas que les habían significado la muerte durante los últimos mil años. Por fin, cerca ya del amanecer lord Trenak rompió el largo silencio.

—Vrass, hijo de Vormas, es el más joven de nosotros y sin embargo es el más sabio. Después de todos estos años, ¿no somos capaces de ver nuestro desatino?

De entre los minotauros reunidos se elevó un murmullo. Asintieron con sus astadas cabezas y unos cuantos empezaron a dar sonoros golpes contra la mesa.

—¿No somos capaces de corregir nuestro desatino?

El murmullo se transformó en grito, y los golpes fueron *in crescendo*.

Lord Trenak elevó la voz.

—Parece que Sargas nos ha dado la oportunidad de redimirnos. ¿La aprovecharemos?

—¡Sí, señor! —gritaron todos a una los minotauros.

Los primeros rayos del sol se filtraban a través de las ventanas. Los guerreros permanecían sentados, esperando. Ninguno de ellos había vivido jamás lo suficiente para ver el amanecer.

La luz del sol arrancó destellos a las armas y lentamente los minotauros se desvanecieron.

Vrass abrió los ojos y se encontró sentado a la mesa. La comida se apilaba en el lugar donde siempre había estado.

Hlell estaba sentado junto a Vrass. Miró a su sobrino, desafiándolo a repetir la acción del año anterior. Vrass le devolvió la mirada, impávido, y alargó la mano hacia la carne. De repente, recordando sus palabras del año anterior, Vrass interrumpió su movimiento. Manteniendo la mano a la vista de todos, la alargó hacia la jarra de cerveza.

—Tío Hlell —dijo Vrass en tono respetuoso—. Permitidme el gran honor de llenar vuestra jarra, la jarra de un valeroso guerrero.

Con la mirada fija en Hlell, Vrass no podía ver a Lekcess, pero sentía su presencia a sus espaldas, una presencia aprobadora, de apoyo. Vrass no podía ver a lord Trenak, pero podía oír el murmullo de aprobación del anciano minotauro, un murmullo que se repitió alrededor de la mesa.

Hlell vaciló. Lo había tomado por sorpresa, lo había cogido totalmente desprevenido. Si de repente el joven guerrero le hubiera clavado un cuchillo, Hlell no se habría quedado tan atónito. Por fin, a regañadientes, Hlell cogió su jarra y se la alargó a Vrass para que se la llenase.

—Bebo a tu salud, Vrass, nieto de lord Trenak —dijo Hlell con voz bronca, y

vació su jarra.

Lord Trenak dejó oír su voz.

—Las armas deberán apilarse en una esquina de la sala.

Todos los miembros del clan de los minotauros, Hlell incluido, se dirigieron a la esquina más septentrional de la sala. Allí apilaron los cuchillos y las dagas, las hachas y las espadas, las ballestas y las jabalinas sobre el suelo y luego volvieron a ocupar sus asientos. Vrass entregó su propia daga y el cuchillo que llevaba en la bota, complacido de que esta vez no estuvieran cubiertos de sangre.

Cuando todos se hubieron sentado, lord Trenak miró a Vrass.

—¿Querrás hacer los honores, hijo?

—Todos los años hemos vertido sangre en esta noche —dijo Vrass—. El año pasado modificamos eso. Este año tengo el honor de dar la bienvenida al clan Trenak a la cena anual de celebración. —Vrass levantó su jarra—. ¡Reunámonos en paz!

Se volvió hacia Lekcress.

—¿En paz, tía?

Lekcress sonrió y levantó su jarra hasta tocar la suya.

—En paz, sobrino.

A continuación, Vrass se volvió hacia Hlell.

—¿En paz, tío?

Hlell levantó su jarra y la chocó con la de Vrass.

—¡En paz, sobrino!

Un «viva» claro y rotundo salió de las gargantas de los minotauros.

Los festejos duraron toda la noche, hasta mucho después de que se terminara la cerveza. Los minotauros vaciaron la última gota una hora antes del amanecer. Cuando la oscuridad empezó a desaparecer, lord Trenak se puso de pie para dirigirse al clan.

—Estoy orgulloso de vosotros. Hemos reparado nuestro honor. Sin embargo, todavía hay algo que me disgusta. —Trenak miró con aire sombrío a su alrededor.

Los minotauros se removieron inquietos, mirándose unos a otros y preguntándose en qué nueva ofensa habrían incurrido.

Lord Trenak miró con tristeza su jarra vacía.

—El próximo año, y todos los años sucesivos, debemos moderarnos en el consumo de la cerveza para que no se acabe antes de que termine la fiesta. —Y con mirada cómplice añadió—: No queremos armar una disputa por causa de la cerveza, ¿verdad?

Las risas se tornaron polvo al convertirse en ruinas la sala de banquetes.

Al año siguiente, las risas empezaron precisamente donde habían quedado el año anterior.

El lugar de la doble profundidad y la doble oscuridad

Kevin James Kage

Pasaron dos años y una vez más los hombres volvieron al lugar de la doble profundidad y la doble oscuridad.

Glug los oyó mucho antes de verlos. Sus risas estentóreas se propagaron por los túneles más rápidas que las cosas escurridizas que Glug cazaba a menudo para su sustento. Tenían voces profundas, pesadas, que retumbaban en las cavernas. A veces cantaban. A Glug le gustaba eso. Nadie había cantado en el lugar de la doble profundidad y la doble oscuridad desde hacía mucho tiempo. Quería participar, pero no conocía las palabras, y de todos modos no quería que lo oyeran.

Llevó a Lurd para que escuchara las voces y permanecieron sentados en la oscuridad durante largo tiempo. Lurd escuchaba con expresión ensimismada.

—¿Qué decir ellos? —le preguntó Glug, porque ella era más inteligente que él y conocía algunas de las palabras que usaban los hombres.

—Yo no segura. No hablar como otros hombres.

—¿Por qué venir? ¿Buscar tesoro?

—No venir a comer cosas escurridizas.

—Oh, ¿tú creer que ellos encontrar tesoro?

—No saber —respondió Lurd.

Dos días estuvo Glug esperando para ver a los hombres. Lurd le dejaba hacer, aunque se suponía que debía buscar alimento para ambos. Glug se deslizaba en la oscuridad, buscando a los hombres cuyas voces resonaban en las cavernas que los rodeaban.

Habían empezado muy lejos, pero después de un tiempo empezaron a acercarse más y más.

Una noche, Glug soñó que los había encontrado: hombres de brillantes armaduras, con espadas y buenas botas. Cuando despertó no había hombres a la vista, pero se los oía muy cerca. Glug se entusiasmó y fue a decírselo a Lurd, pero ella estaba ocupada recogiendo setas; demasiado ocupada para escuchar. Glug tenía la

sensación de que vería a los hombres de un momento a otro.

Sin embargo, cuando los vio por fin, lo cogió por sorpresa. Un día, mientras Glug se arrastraba por un túnel, se topó con ellos. Los hombres no lo vieron en las sombras, de modo que se estuvo muy quieto y observó.

Llevaban varas largas en la mano a las que estaban sujetas unas cajas grandes y brillantes que emitían una luz que le hacía daño a los ojos. Había muchos hombres: quizá más de dos. Hablaban con voces ásperas que sonaban como rocas que se frotaran unas contra otras. Glug no entendía lo que decían, pero sonaba a habla humana importante.

Eran más bajos que los otros hombres a los que recordaba. Éstos no eran mucho más altos que él y tenían unas barbas grandes y espesas. Sin embargo, eran hombres. En el lugar de la doble profundidad y la doble oscuridad sólo había cosas escurridizas, y a veces hombres, y Glug y...

—¡Eh! —llamó quedamente a Lurd, que acababa de aparecer en el agujero—. ¿Tú acordar qué otra cosa haber en lugar de la doble profundidad y la doble oscuridad?

Lurd se puso a su lado y distorsionó la cara mientras pensaba.

—¿Yo? —sugirió.

—No. Mí querer decir lo otro, la otra cosa, no tú, ni Glug ni cosas escurridizas ni hombres... otra cosa.

—¿Tesoro?

—¡Sí, tesoro! —dijo Glug.

Los hombres reían estentóreamente, y Glug y Lurd se ocultaron tras una roca. Los hombres tenían palos con extremos curvos y brillantes y golpeaban la roca con ellos y sacaban trozos de piedra, ensanchando los túneles naturales.

—Tener palos para romper la roca —dijo Glug—. ¡Ellos tratar de encontrar tesoro!

—No conseguir a menos que nosotros ayudar

—Mí cree que sí conseguir.

—¿Cuántos hombres tratar antes?

Glug estuvo un buen rato pensando.

—Dos hombres.

—¿Dos? —dijo Lurd frunciendo el ceño—. Deber ser más de dos. ¡Muchos hombres venir!

—¡Dos! ¡Mí recordar! —Lurd era lista, pero Glug tenía mejor memoria.

—Dos entonces —concedió Lurd—. Pero esos hombres no inteligentes. No como Glug y Lurd. ¡Hombres necesitar ayuda para encontrar tesoro!

—¡Tu razón! ¡Nosotros ayudar hombres encontrar tesoro! Pero ¿cómo?

Lurd volvió a pensar. Sabía pensar bien. A Glug le gustaba porque era muy

inteligente.

—Hacer camino —dijo.

Glug hizo una mueca.

—Ultima vez que Glug hacer eso, hombres vieron Glug. Golpearon Glug. Mal plan.

Lurd volvió a concentrarse. A la luz de las cajas de los hombres, Glug pudo ver que su ojo verde y su ojo pardo tenían una expresión pensativa. Su velludo labio superior estaba un poco fruncido. Glug pensó que estaba muy bonita.

—Ellos no ver a nosotros —dijo Lurd—. Nosotros usar varita mágica que volver invisible.

Raddoc Picapedrero descargó el pico sobre la roca y una lluvia de piedra caliza cayó en cascada sobre el suelo de la caverna.

—De modo que si nos organizamos, o sea nos sindicamos, podemos exigir salarios más altos, condiciones de trabajo más seguras y más ventajas —dijo—. Es la tendencia del futuro. No habrá ningún empleado que no pertenezca a una organización que salvaguarde sus intereses.

—No lo sé —dijo Thurgood Brazoforte—. Parece algo pensado por los gnomos. ¿Para qué necesito uno de estos... sindicatos... de todos modos?

—Todos necesitamos el sindicato. Nos protege de prácticas de trabajo ilegales.

—¡En eso no hay leyes! Nosotros cavamos y nos pagan. ¿Qué tiene que ver la ley con eso?

—¡Eso es lo que estoy diciendo! Sindiquémonos y tendremos mejor trabajo y mejores salarios.

—¿Y si no es así?

—Nos negamos a trabajar.

Thurgood dio un bufido

—¿Quedarnos de brazos cruzados y negarnos a trabajar? Suena tan divertido como cavar, y por cavar te pagan más. Dime, ¿qué hora es?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Yo digo que es hora de almorzar.

Thurgood se sentó sobre una piedra y sacó la caja de hierro labrado en la que guardaba la comida. Cogió un trozo de pan reseco y lo mordió ruidosamente.

—Si nos sindicamos tendremos más tiempo para comer.

Thurgood le dirigió una mirada y Raddoc se calló. Comieron y volvieron al trabajo.

—De todos modos, no importa. Cuando encontremos ese tesoro me voy a retirar —dijo Raddoc por fin.

—El jefe no te dejará retirarte hasta que estés muerto —dijo Thurgood, malhumorado—, y luego usará tus huesos para apuntalar los túneles.

Colocó un poste de apoyo en su sitio con un audible gruñido. Normalmente hacían falta dos enanos para hacer ese trabajo, pero Brazoforte hacía honor a su nombre.

—¡Cuando encontremos ese tesoro, seré tan rico que ni siquiera el jefe podrá conmigo! —dijo Raddoc—. Recubriré mi casa de oro y plata y beberé licores en el Cuenco de Diamantes de Dougan Martillo Rojo.

Thurgood hizo un gesto burlón.

—No existen ni tal persona ni tal cosa.

—¿Que no? Un primo segundo de mi tío tercero conoció a un tipo cuyo abuelo tenía una taberna donde Dougan Martillo Rojo había estado una vez. ¡Y además tenía un cuenco de diamantes!

—¡Primero, ideas de gnomo, y ahora historias de kenders!

Raddoc farfulló algo.

—Sí existe un cuenco de diamantes y está aquí abajo con el resto del tesoro. El hombre lo dijo.

Thurgood soltó una risotada.

—¿Te refieres al hombre de la ciudad? ¿El hombre que le vendió al jefe el mapa del tesoro? ¿El hombre que dijo que también tenía mapas de las minas de los enanos de Naroc, de la ciudad sumergida de Istar y del Templo Perdido de Reorx? ¿El hombre que dijo saber cómo llegar a una isla a la que iban a parar todos los tesoros hundidos en el mar? ¿El hombre que dijo que podía mostrarnos el Mazo de Kharas si le dábamos una pieza de acero cada uno? ¡No me digas que te dejaste engañar!

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Thurgood se encogió de hombros.

—El jefe me paga. Él dice cava y yo cavo. Es más acero del que gano cortando troncos en Haven.

Después de eso, Raddoc no dijo nada. Volvió a su pico y su trabajo, y Thurgood, a colocar postes.

—De todos modos, ¿cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó Raddoc finalmente enjugándose el sudor de la frente.

—Yo diría que hemos estado aquí una semana, tal vez nueve días —dijo Thurgood y colocó otro poste.

—Creo que puedes tener razón a juzgar por el aceite que hemos consumido. A pesar de todo, me gustaría haber traído una vela horaria.

Thurgood aseguró el poste.

—El tiempo no significa nada aquí abajo. ¡Esperemos que el jefe decida abandonar antes de que nos matemos cavando hasta el otro lado del mundo!

Raddoc asintió, levantó su pico y volvió a descargarlo contra la pared rocosa. Entró profundamente y cuando lo sacó sintió que la pared empezaba a ceder y las

rocas se vinieron abajo.

Al momento siguiente, Thurgood lo arrastraba por los brazos fuera del túnel. Las rocas se derrumbaron en el lugar donde habían estado antes. El ruido atronador se propagó por los túneles. Los postes de Thurgood crujieron pero aguantaron. Una gran nube de polvo los rodeó y los dejó sin aire. Luego todo cesó.

—¡Por los dientes y las uñas de los pies de Reorx! —dijo Raddoc, cuando dejó de toser y de jadear. De pie, con los brazos en jarras, se quedó mirando el desastre mientras sacudía tristemente la cabeza.

»¡Ahí va un día de trabajo!

—Habrá otros días —dijo Thurgood palmeando a su amigo en la espalda.

El Vigilante bajó corriendo por el túnel.

—Vosotros dos, ¿qué es lo que estáis haciendo? —preguntó—. ¡Hacéis tanto ruido que podríais despertar a mi abuela que es sorda!

—¡Lo siento, jefe! —dijo Raddoc—. La caverna se desplomó. Perdí mi pico en el derrumbamiento.

El Vigilante adoptó una expresión ceñuda. Sus ojos acerados pasaron revista a los escombros.

—Y también perdimos otra lámpara —dijo Thurgood recogiendo la caja destrozada.

El Vigilante asintió.

—No tenemos más repuestos, tendréis que arreglaros con lo que tenéis.

—¿Y qué hay de mi pico, jefe?

—Si vas a ser tan descuidado será mejor que uses las manos —dijo el Vigilante, y luego agregó—: Haré que Slate te baje uno nuevo. Pero escúchame bien, Raddoc, ¡si pierdes éste, acabarás cavando con las manos!

—¡Sí, jefe!

—Y que yo no os pille otra vez soltando esas tonterías del sindicato. Ya tengo bastante con tener que proporcionar cascos de trabajo a un par de tontos.

—¡Sí, jefe!

—¡Eh! ¿Qué es eso? —dijo Thurgood señalando hacia la oscuridad.

—¿Lo veis?

—¿Qué?

—¿Es el oro?

—No. Parece un enano gully.

Efectivamente, eran dos enanos gully. Avanzaron hacia la luz, luciendo unas sonrisas alegres llenas de dientes rotos. Sostenían entre los dos una rama delgada, medio podrida, y caminaban alrededor de los enanos sin dar muestras de reparar en su presencia.

—¿Ellos no vernos? —preguntó uno de ellos.

—No vernos. Nosotros llevar varita mágica que volver invisible. ¡Hombres no vernos! ¡Nosotros listos!

—¡Hombres no vernos!

—¡No vernos!

Danzaron y dieron saltos en torno a los atónitos enanos, cantando algo ininteligible y dejando caer piedrecitas al suelo.

—¡Suficiente! Ahora irnos.

—Vale. ¡Adiós, hombres! ¡Buena suerte encontrar tesoro!

Dicho esto, los dos volvieron a perderse en la oscuridad.

Los enanos estaban quietos como estacas.

—¡Bueno, sacadme del fuego y dadme de martillazos! —dijo Thurgood—. Es lo más extraño que he visto en mi vida.

—¿Asustado por unos enanos gully, Thurgood? —dijo el Vigilante, aunque su voz también vacilaba—. Estas cuevas están llenas de sabandijas. Hay peces plateados del tamaño de gatos ahí abajo que dejan nuestras raciones hechas una porquería. Unos cuantos enanos gully no son nada.

—No estoy asustado —dijo Thurgood secamente—. Es sólo que no sabía que estuvieran aquí.

—¡Jefe! ¡Mire!

Raddoc tenía en la mano una de las piedras que los enanos gully habían dejado caer. Despedía destellos azulados bajo la luz.

—¡Un zafiro! —dijo el Vigilante.

—¡Y de qué tamaño! —dijo Thurgood.

—¡Y hay más!

Se arrodillaron y recogieron las piedras que habían dejado los enanos gully: una esmeralda, un rubí, un brillante topacio amarillo y un ópalo llameante. Todas ellas estaban talladas con el cuidado y la precisión de los más refinados enanos lapidarios. La más pequeña tenía el tamaño de la uña del pulgar del Vigilante.

—¡No puedo creerlo! —dijo Thurgood—. ¡Realmente hay un tesoro!

—¿Por qué no cogisteis a esos enanos gully? —dijo el Vigilante—. ¡Ellos saben dónde está el tesoro!

—Lo siento, jefe, no está en mi contrato —respondió Raddoc ahogando una carcajada.

—Yo sólo coloco postes, jefe. ¿Cómo iba a saber...?

El Vigilante gruñó algo.

—Bueno, ahora lo sabemos —dijo—. Y bien que nos viene.

—¿Debemos cogerlos si los volvemos a ver, jefe?

—No, a menos que empiecen a robar o a molestar. Parecen inofensivos y no tengo provisiones para mantenerlos ni personal para vigilarlos. Puede que tengamos

suerte y hagan lo que dijeron: ¡llevarnos directamente al tesoro! —Eso hizo que se riera con ganas—. Mientras tanto, ¡ojo avizor por si aparecen más piedras preciosas! ¡Y volved al trabajo!

—¿Ellos vernos? —preguntó Glug.

—Creer que no —dijo Lurd—. Varita mágica muy potente.

Glug cogió con fuerza un extremo de la varita mágica de Lurd.

—Mí gusta usar varita mágica —dijo Glug.

—Todavía tener mucho trabajo —dijo Lurd—. Dejar piedras brillantes a hombres. Ellos seguir las.

—Mí saber —dijo Glug—, pero hombres cerca, ¡muy cerca! Si seguir así, ¡pronto encontrar tesoro!

—¡Hombres tontos! —dijo Glug con amargura.

—Mí saber —dijo Lurd. Extrajo una piedra verde brillante de su raída falda y la arrojó entre los hombres.

Uno de ellos se volvió, la recogió y la guardó en la bolsa que llevaba a la cintura. Sin hacer la menor señal de inteligencia, se volvió otra vez hacia la pared y siguió trabajando.

Glug recogió una piedra transparente y se la tiró a uno de los hombres. Golpeó en el brillante casco del hombre —¡clang!— pero éste sólo hizo un alto para recogerla y volvió a su trabajo.

—¡Hombres ir todavía camino equivocado! —resopló Glug—. ¡Hombres tontos!

—¡Tener una idea! —dijo Lurd—. ¡Dar a Lurd una piedra brillante!

Glug entregó a Lurd una brillante piedra roja y Lurd la puso en alto por encima de su cabeza mientras sostenía con la otra mano la varita mágica.

—¿Lurd? ¿Cómo poder yo verte cuando tú tener la varita mágica?

—Lurd querer que Glug ver.

—Ah

—Ahora ¡observar!

Avanzó hasta detenerse en medio del grupo de hombres y levantó bien alto la piedra roja.

—¡Mí, mágica piedra roja brillante! ¡Mí muy poderosa! ¡Mí tener noticias para hombres cavadores! ¡Vosotros camino equivocado, no encontrar tesoro!

Los hombres se volvieron y miraron la piedra. Glug pensó al principio que tal vez miraran a Lurd, pero luego recordó que ella era invisible.

—Oh —dijo uno de los hombres—. Sí, oh mágica piedra roja y brillante. ¡Gracias! ¿Hacia dónde tenemos que ir?

—Vosotros ir a donde señalar grandes dientes de piedra, entonces seguir más piedras. ¡Sólo ir donde conducir piedras! ¡Cavernas muy peligrosas! ¡Poder caer y no

encontrar tesoro!

—¡Gracias, mágica y brillante piedra roja! —dijo el hombre—. Volveremos allí y buscaremos piedras. Ya habéis oído a la gully, quiero decir, piedra, muchachos. ¡Vamos!

—¡Bien! ¡Brillante piedra roja mágica irse ahora! —dijo Lurd y se alejó, volviendo a donde estaba Glug.

—¡Tú tan lista, Lurd! —dijo Glug.

—¡Vamos rápido! —dijo Lurd—. Vamos dejar caer más piedras.

Les llevó a los hombres otros dos días cavar la roca y ensanchar los estrechos pasadizos. Glug y Lurd los condujeron con facilidad, tirando piedras cada tanto. Una vez más, los hombres avanzaron en la dirección equivocada, de modo que Lurd y Glug los condujeron en círculo hasta que volvieron a encontrar el camino. Se turnaban. A veces, Glug le pedía la varita a Lurd e iba derecho hacia los hombres fingiendo que era la piedra mágica. Fue mucho más trabajo de lo que pensaba. A veces deseaba que los hombres se fueran y basta, pero sólo a veces. Tarde o temprano estos hombres encontrarían el tesoro, y eso era mejor que todos aquellos días sin pena ni gloria que habían transcurrido antes de la llegada de los hombres. Glug estaba medio dormido y Lurd roncaba a su lado cuando uno de los hombres empezó a gritar a voz en cuello. Glug se sentó asegurándose antes de tener en la mano la varita mágica y echó una mirada desde el hueco donde se encontraban.

En el lugar donde los hombres habían estado picando la roca se abría una gran caverna. Se filtraba la luz de las cajas que tenían sujetas a postes y entre las sombras se veía el resplandor de las joyas y el oro. El tesoro.

Empezaron a llegar hombres por el túnel mientras el primer hombre seguía gritando. Se amontonaron en la boca de la caverna hasta que Glug ya no pudo ver el tesoro que había más allá. Glug no había visto en su vida tantos hombres juntos.

—¡Mirar, Lurd, mirar! —susurró alegremente mientras sacudía a su compañera.

Ella se removió y lo miró con ojos soñolientos, sin comprender. Glug sonrió y señaló con el dedo.

—¡Mirar los hombres! —dijo—. ¡Muchos hombres! ¡Mucho más que dos! ¡Quizá tres! ¡Encontrar tesoro!

Lurd se asomó por encima de la roca y observó a los hombres durante largo tiempo sin hacer el menor ruido.

—¡Silencio! —dijo con autoridad—. ¡Venir conmigo!

Lo cogió de la mano y lo condujo fuera del hueco. En silencio, treparon hasta la caverna. En la boca de la misma, Lurd introdujo a Glug en un hueco que había en la pared y luego lo siguió.

Los hombres estaban muy cerca.

—¡No soltar la varita! —dijo Lurd—. ¡No soltarla!

Glug le hizo caso, aunque estaba hipnotizado por el rutilante tesoro. Llenaba la caverna en pilas redondeadas, a cada cual más alta. Cada una de las pilas resplandecía en chorros de oro y plata. En algunas había también gemas de brillantes colores. Encima de la pila que estaba en el centro había un gran cuenco translúcido que relumbraba más que todo lo que había en el recinto. Glug se preguntaba si sería una cazuela.

Uno de los hombres gritó algo que Glug no entendió. Los otros hombres dieron vivas y todos se precipitaron hacia las pilas de brillantes joyas.

Y entonces sucedió.

Se oyó un silbido como si el sol hubiera caído al mar, y de las grietas del suelo empezó a salir una cosa como alquitrán líquido. Su piel emitía un resplandor húmedo a la luz de las antorchas y su cuerpo estaba cubierto de escamas que parecían de piedra. Cientos de ojos luminosos como piedras lunares moteaban su piel, y unos grandes dientes plateados bordeaban sus malvadas fauces entreabiertas. Se elevó por encima de todos ellos, abarcando toda la caverna, como una ola próxima a romper.

Los hombres se quedaron petrificados, mirando.

Luego corrieron.

Con la velocidad de un relámpago, aquella cosa cogió a uno, y luego a otro, destrozándolos con sus dientes y aplastándolos con sus pétreas escamas. Los cogía con sus tentáculos y los balanceaba por encima de su boca antes de arrojarlos entre gritos contra las paredes de la caverna. Los hombres tropezaban con los montones de joyas. Otros caían destrozados al suelo. Aquella cosa recogía los cuerpos, los despojaba de su armadura y los tragaba enteros. El suelo se cubrió de cascos, piquetas, cotas de malla y martillos.

La criatura echó atrás la cabeza y emitió un sonido profundo, odioso, parecido a una carcajada que sacudió las cavernas, y luego se hundió —metiéndose por las grietas, fundiéndose con las sombras, Glug no lo sabía con certeza— volviendo a los lugares profundos, oscuros, donde habitan todas las cosas que no tienen nombre.

Cuando todo quedó en silencio, Lurd salió sigilosamente del hueco y Glug la siguió. Nada se movía en la caverna.

—¡Mirar cosas estupendas! —dijo Glug por fin—. ¡Nosotros tener palo que romper rocas!

Levantó una piqueta, recogió un casco y se lo puso.

—¡Buen tesoro! —exclamó Lurd—. ¡Buen monstruo! ¡Gracias!

De las profundidades llegó un último ruido sordo.

—Buena mascota de tesoro —sonrió Glug.

Recogieron las cosas de los hombres y se fueron a casa a comer un estofado.

La pesca del día

Jean Rabe

—Esto es un arte, y yo soy un artista.

—Sí, ¡un artista que se ha quedado sin pinturas! —Esto fue puntualizado con un sonoro y burlón bufido y una buena palmada en el muslo—. ¿Has pescado alguna vez, Redge?

—¡Shhh! Harás que se escapen. —Redge balanceó las delgadas piernas sobre la orilla y se echó hacia adelante lo suficiente para agitar con los dedos de los pies el agua agradablemente fresca del río de Oro.

Una pálida bruma gris se cernía sobre la mayor parte del río, leve celaje matutino que el sol trataba de desalojar. Ocultaba la orilla opuesta, disimulando las espesas raíces de las carias blancas que se hundían profundamente en las frías aguas, y también a una pareja de cantarines azulejos que anidaban entre ellas, a la vez que escondía a los peces que de tanto en tanto salían a la superficie y se volvían a sumergir con un leve chapoteo.

Los pequeños dedos de Redge sujetaron la caña pulida y con un movimiento tan diestro que él mismo se sorprendió, tiraron de la caña hacia atrás, luego hacia adelante, describiendo un grácil arco con el sedal sujeto a la punta hacia el centro del estrecho río. El señuelo penetró en la niebla con un «plop» apenas perceptible.

—¿Cómo se supone que vas a pescar algo, Redge, si no puedes ver...?

—Puedo verte a ti, Molay —retrucó Redge. Miró a su compañero de piel amarilla que se había colocado detrás de él y alargó una zarpa hacia atrás para coger juguetonamente el grueso cuerno de su amigo.

Molay sonrió, dejando ver una fila de dientes afilados como agujas del color de las hojas secas del abedul. Molay era un kobold, una diminuta criatura goblinóide, con un rostro vagamente humano, aunque se parecía más a un cruce entre lagarto gigante y rata, con un asomo de erizadas cerdas marrones que le salían de la correosa mandíbula inferior. Su piel era una mezcla de cuero y escamas moteada con pecas del color del cieno, y tenía unos ojos diminutos de color rojo brillante que fulguraban como carbones encendidos a pesar de las espesas cejas que pretendían ensombrecerlos. El hocico del kobold parecía extrañamente aplastado como si se le

hubiera compactado al chocar contra un objeto resistente, y terminaba en una brillante nariz negra de la que goteaba algo verde. Y sus cuernos... podría decirse que eran su característica más favorecedora, lisos y brillantes por la humedad de la bruma.

Diríase que Redge era hermano gemelo de Molay, de no ser por su piel apenas más oscura, del tono de las manzanas amarillas pasadas. Una mirada atenta podría haber descubierto algunas hebras grises en las cerdas que le brotaban de la parte inferior de la mandíbula. Además, la cola de color castaño, como la de una rata, era unos centímetros más larga que la de Molay, aunque eso pasaba desapercibido cuando la tenía apretadamente enroscada como ahora.

Redge hizo una reverencia respetuosa al río.

—Los dioses inventaron la pesca, ya sabes.

Molay le dirigió una mirada burlona.

—Havahook, dios de los mares y ríos y de todos los peces. Me postraría ante él, sin duda, si estuviera ahora aquí.

—Ése es Habbakuk, Redge.

Redge arrugó la nariz y resopló, con un ruido semejante al crujido de las hojas secas. Tiró de la caña hacia atrás hasta que la punta tocó la hierba detrás de él y luego la lanzó a la derecha y hacia adelante, dejando caer el señuelo en un lugar diferente, más próximo, donde pudiera mirar cómo se hundía esta vez. El agua era oscura, tal vez debido a la profundidad o porque todavía no le daba el sol o porque se proyectaba sobre ella la sombra de un enorme roble que se aferraba a la orilla y extendía sus ramas sobre el agua.

Una impresionante telaraña, humedecida por la niebla, se extendía desde la rama más baja hasta un tronco podrido que había en la ribera. Molay se estiró hacia el tronco y se apoderó de un gusano gordo. Se lo metió en la boca con un chasquido y no tardó en tragarlo.

—Vuelvo a tener hambre, Redge. —El estómago de Molay gorgoteó como para confirmar sus palabras.

Redge echó la cabeza hacia atrás, indicando un gran arbusto cargado de bayas que había a pocos metros de ambos. Un enjambre de moscas azuladas zumbaba a su alrededor, y algunas se posaban en una bota vieja que asomaba por debajo de la rama más baja.

—Todavía queda algo de enano gully por ahí, Molay.

El joven kobold escupió algo viscoso al río.

—El grande era demasiado duro, Redge. ¡Uhhh! No puedo sacarme el gusto de la boca.

—Pero el pequeño estaba bueno, ¿no es cierto?

Molay asintió.

—Sin embargo, no tenía mucha carne. Tengo hambre, Redge. —EJ joven kobold se pellizcó una verruga que tenía en el carrillo y se rascó el estómago—. Tal vez no tendríamos que habernos apresurado a matar a los enanos gully Tal vez hubiera sido mejor dejar que hicieran antes un poco de magia. A lo mejor pescaban algo para nosotros.

Redge le hizo una mueca.

—No necesitamos a ningún tonto enano gully para pescar algo que comer. ¿No oíste lo que dijeron?

Molay no respondió. Estaba observando el lugar donde el sedal entraba en el río y se relamió con sólo pensarlo.

—Pues verás, yo estaba escuchando atentamente, Molay. Esos enanos gully dijeron que la caña de pescar y el señuelo eran mágicos. Estuvieron hablando de eso algún tiempo mientras nosotros los acechábamos. No necesitamos a ningún enano gully. ¡Tenemos la magia aquí mismo!

A Molay le volvieron a rugir las tripas.

—El más grande dijo que el señuelo se lo había dejado su abuelo y que él se lo dejaría al pequeño un día cuando muriera. Claro que ahora está muerto y eso no va a suceder, que Havahook sea loado. —Redge meneó el extremo del sedal—. Ahora te lo dejaré a ti... después de que haya pescado muchos peces.

Molay hizo un gesto de escepticismo levantando una ceja.

—¿Lo dudas?

—Redge, tal vez antes de matarlos y comérmolos deberíamos haberles preguntado a los enanos gully cómo se usa el señuelo mágico.

—A callar —le contestó Redge con expresión ceñuda—. ¿Podrá ser tan difícil? Sólo es cuestión de tiempo que consiga un buen pez.

Cuando el kobold mayor volvió a tirar de la caña, la mano provista de garra de Molay se apoderó del sedal y lo levantó.

—Quiero echarle una buena mirada a este señuelo mágico, Redge.

Molay recogió el objeto en la palma de la mano. El señuelo tenía más o menos el tamaño del pulgar de un ogro, segmentado a la mitad y con las partes unidas por un brillante hilo de plata. Una de las mitades estaba pintada de rojo sangre, y la superficie era lisa y brillante. Llevaba adheridas dos cuentas azules con el centro negro, imitando unos ojos. La otra mitad estaba pintada de amarillo tan brillante como el sol y tenía un signo redondeado en lo que parecía su estómago. Tenía una cola, un conjunto de sedosas plumas de abubilla rodeando una pluma gris más larga que probablemente habría pertenecido a un halcón. Y dentro del objeto había algo que le daba peso suficiente para hundirse y que sonó como un cascabel cuando Molay sacudió la mano.

—¿Qué es eso, Redge? —Molay señaló al signo verde.

—Es escritura. Una escritura secreta. Escritura mágica.

—Tal vez sea el nombre de uno de los enanos gully. —De cada extremo de la señal pendían unos resplandecientes anzuelos de plata en cada uno de los cuales había cuatro puntas de flecha de aspecto terrible que emitían destellos.

Redge sacudió la cabeza.

—No es un nombre. Es una runa o un chisme. Escritura mágica. La escritura... bueno... habla de lo que se supone que hace. Como en este caso: pescar.

—¿Por qué no hemos pescado nada todavía, Redge?

Redge volvió a impulsar hacia atrás el extremo de la caña, arrancando el señuelo de la mano de Molay.

—La magia lleva tiempo, eso es todo. Tienes que tener paciencia. Todo el mundo sabe que la magia es así.

—Realmente tengo hambre. —Molay estiró la mano para coger una bolsa de lona que había detrás de Redge, abrió la solapa y miró el interior. Había una colección de señuelos, todos ellos perfectamente separados por delgadas tablillas de madera. Algunos parecían escarabajos gordos pero pintados de colores extravagantes: rosa y azules pálidos, verdes brillantes y blancos con motas de color púrpura. Unos cuanto parecían libélulas o tábanos, y había tiras de cuero semejantes a reptiles nocturnos. Otros no se asemejaban en nada a ningún insecto que hubiera visto jamás el joven kobold. Uno que llamó su atención se parecía levemente a una rana, verde y con pintas negras. No tenía piernas, pero sí una cola de diminutas plumas amarillas. El joven kobold la levantó para asegurarse de que no hubiera ninguna inscripción mágica en la base. Luego se tomó el trabajo de liberar los dos anzuelos y pinchó el señuelo en su boca. Lo trituró rápidamente, lo tragó y lo masticó a conciencia. Luego, con una mueca, cerró la bolsa y la dejó a un lado.

Las tripas le rugían más que antes y echó una mirada al arbusto pensando por un momento en la posibilidad de probar otro poco del gran enano gully. Redge no había tocado la nariz, a lo mejor la nariz; no era tan dura. Tal vez... Los ojos redondos de Molay se entrecerraron al ver que el arbusto se movía.

—Sólo había dos enanos gully, ¿verdad, Redge?

Redge asintió, aunque su gesto pasó desapercibido para el joven kobold, que no apartaba la vista del arbusto. ,

—Sss, dos. Las matamos rápidamente. Primero los destriparamos y después los comimos también en un pispás.

Molay estaba allí de pie, balanceándose adelante y atrás con sus botas nuevas y dio un paso cauteloso hacia el arbusto.

—Muertos. Muertos. Muertos. ¡Los dos muertos! —Se quedó boquiabierto cuando apareció una cabeza detrás y por encima de las hojas, seguida de un brazo con el que espantaba las moscas azuladas.

—Redge...

El kobold mayor le hizo señal, con la mano terminada en zarpa, de que no lo interrumpiera, impulsó la caña hacia atrás y volvió a lanzar el sedal, esta vez tratando de que el señuelo fuera a parar a las aguas umbrías que había debajo de la telaraña.

—Redge...

—Shhh. Vas a espantar a los peces.

—Pues algo va a espantarnos a nosotros.

Redge se volvió por fin justo en el momento en que otras dos cabezas se sumaban a la primera. Con un trío de gruñidos salieron de detrás del arbusto.

—¡Trasgos gigantes! —exclamó Redge, sacando lentamente el sedal a la orilla y depositando cuidadosamente la caña.

Las tres criaturas tendrían más o menos un metro ochenta de alto, más del doble de la estatura de los kobolds. El pelo hirsuto de color ladrillo les crecía en mechones dispersos sobre la piel jaspeada de color amarillo-pardusco. Eran casi humanoides, con el aspecto de un cruce entre un trasgo gigante desmesurado y un ogro, y un olor más hediondo que el de estos dos juntos. Redge se encontró mirando frente a frente la nariz del que ocupaba el lugar central y que parecía el hocico de un oso.

Los labios de Hocico de Oso se curvaron hacia arriba dejando ver una fila de dientes serrados mientras profería un gruñido.

—Redge... —Molay pronunció la palabra como una especie de chillido.

—Sírvete un poco de carne de enano gully para comer —empezó a decir Redge, gesticulando exageradamente mientras señalaba con un dedo delgado hacia el arbusto del que asomaban unas botas llenas de moscas—. Sólo nos hemos comido al pequeño. Queda mucho todavía.

Hocico de Oso volvió a gruñir, sonido que repitieron sus dos compañeros como un eco. Luego se golpeó el pecho, que era ancho y palpitante.

—¿Qué crees que quieren, Redge?

—¿Qué crees que quieren? —replicó quedamente el kobold mayor. Bajando aún más la voz añadió—: Si tú fueras un trasgo gigante, ¿te conformarías con comer carne correosa de enano gully teniendo a tu alcance un par de jugosos...?

—Magia. —Esto lo dijo el más alto de los trasgos gigantes, el que tenía un aspecto más formidable de los tres porque su oreja derecha tenía una melladura producto de una pelea y porque su pecho estaba surcado de gruesas cicatrices en zigzag.

Pecho Marcado avanzaba ahora dejando a sus amigos atrás, junto al arbusto. Era el único que iba vestido. Llevaba una túnica vieja, descolorida y desgarrada en la parte anterior para dar cabida a su gran osamenta.

—El señuelo mágico del que estabais hablando. Eso es lo que queremos.

Los otros dos gruñeron y emitieron una especie de ladridos, dando a entender que

sólo hablaban su propio idioma o que dejaban que Pecho Marcado hablara en su nombre. Pecho Marcado lanzó una mirada furiosa a los kobolds, luego hizo una mueca y de su labio inferior empezó a deslizarse un hilo de saliva que llegó hasta el suelo.

Redge afirmó bien los talones en el suelo, sacó pecho y lo miró desafiante.

—¿Qué señuelo mágico? —fanfarroneó.

—El que tienes en el extremo de ese palo.

A Molay le temblaban nerviosamente los dedos.

—Démosle lo que quieren, Redge, puede que así nos dejen tranquilos.

Redge tragó saliva con dificultad cuando el alto dio otro paso hacia él. Las moscas azules abandonaron el cadáver del enano gully y formaron un enjambre en torno al trasgo gigante que se acercaba. Pecho Marcado no hizo el menor intento de espantarlas. Unos cuantos ladridos y Hocico de Oso también avanzó. El tercer trasgo gigante, que tenía un solo ojo, estaba revolviendo en el arbusto y dándole con el pie al cadáver del enano gully.

—Bueno... supongo que puedes quedarte con este viejo palo —ofreció Redge mientras miraba de soslayo a Molay, que temblaba como una hoja, y musitaba—: ¡Corre!

Dicho esto giró sobre sus talones y corrió hacia el río donde se zambulló dando una sonora panzada. Sus pequeños brazos y piernas se movían tan rápido como podían mientras nadaba torpemente tratando de llegar a la otra orilla.

Al mismo tiempo, Molay se lanzó como un rayo tierra adentro en diagonal, pero con el pánico del momento tropezó con sus propios pies y salió volando. Sus pequeñas manos se clavaron en el suelo al caer y a continuación se sintió alzado. Un instante después se encontraba mirando frente a frente a Hocico de Oso. El joven kobold sintió náuseas y a punto estuvo de perder el sentido por el hedor del fétido aliento del trasgo gigante.

—¡Redge! ¡Socorro, Redge!

Hocico de Oso cogió al gimiente kobold por el cogote con una mano y poniendo la otra sobre la cabeza de Molay aplicó una torsión y un tirón simultáneos. A continuación, Hocico de Oso se sentó y empezó a darse un festín con la pieza recién cobrada mientras sus compañeros se lanzaban en tromba hacia la orilla.

La bruma se había disipado casi por completo, revelando la suave curva que describía la cinta azul del río hacia oriente y occidente, hasta donde los trasgos gigantes podían abarcar con la vista.

En la calma absoluta de ese día de Yurthgreen, la bruma reflejaba las nubes y la luz dorada del sol produciendo una suave reverberación. Puede que fuera esta capacidad del río para apresar trozos de sol y retenerlos, haciéndoles bailar un ritmo desordenado, lo que había dado origen a su nombre. A unas ochenta millas hacia el

sur de Palanthas, el río de Oro atravesaba las montañas de Vingaard que prácticamente rodeaban la renombrada ciudad y se lanzaba formando meandros sobre las Llanuras de Solamnia, casi en paralelo al trazado del Camino Alto del Caballero.

Hocico de Oso fijó su mirada en las montañas, de cumbres todavía blancas por los últimos vestigios de nieve de aquel invierno despiadado. El resplandor del sol sobre la nieve lo deslumbró y entrecerró los ojos. En algún lugar, fuera de su vista, los azulejos cantaban y durante algunos minutos se dedicó a escucharlos. En el aire se insinuaba un aroma de lilas que aspiró con fruición.

Un brusco gruñido vino a sacarlo de su ensimismamiento.

—No. Mí primero. Mí pruebo a pescar. Fue idea mía. —Pecho Marcado arrebató la caña y la mantuvo en alto para que su compañero tuerto pudiera ver bien el señuelo.

—¡Magia! —Después de escudriñarlo él mismo durante un momento, añadió—: Parece un bicho, ¿no es cierto? —Sacudió el señuelo escuchando su cascabeleo. Luego se sentó en la orilla y dejó colgando las piernas con el agua que le daba por las rodillas. Cogió la caña con torpeza ya que su pequeñez no coincidía con sus largos dedos.

Hubo una serie de gruñidos de Tuerto y de Hocico de Oso que se estaba atiborrando con los restos de Molay.

—Mí lo sabe todo sobre magia. Mí aprendió observando a esos kobolds.

Tuerto hizo un gesto desdeñoso mientras paseaba la mirada entre la caña y su amigo Hocico de Oso, el cual apresuradamente daba cuenta de lo que quedaba del pequeño kobold.

Entonces Tuerto se acomodó cerca de Pecho Marcado haciendo como si estudiara el río.

El kobold mayor estaba subiendo por la orilla opuesta y se arrastraba hacia el refugio que ofrecían los árboles. Miró al otro lado del río con gesto compungido y a continuación se alejó todo lo rápidamente que pudo, con una torpeza que resultaba casi cómica.

Pecho Marcado trataba alegremente de lanzar el señuelo hacia el río, pero lo único que consiguió fue enrollar el sedal alrededor de su brazo y dio un grito cuando los anzuelos se le clavaron con fuerza en la carne. Sus dos compañeros chasquearon la lengua mientras liberaba el anzuelo de un tirón y procuraba desenredarse.

Hocico de Oso rió con ganas y pasó rápidamente junto a su compañero para meterse en el río y lavarse la sangre del kobold que teñía sus zarpas y su cara.

—¡Sal del agua! ¡Asustas a los peces! —dijo el alto del grupo, que había conseguido desenrollar el sedal de su brazo pero ahora lo tenía enredado en los dedos. Gruñó frustrado y torció la cabeza y los hombros para llegar al sedal con los dientes y usarlos para liberar su mano.

Hocico de Oso no hizo caso de él y se metió más en el río hasta que el agua se arremolinó a la altura de sus caderas. Se detuvo mientras el agua se apozaba en torno a él y agachándose un poco metió las manos bajo la superficie, contuvo la respiración y esperó.

Pecho Marcado seguía luchando con el sedal que le cortaba la carne y le hacía sangre.

Por fin, Tuerto acudió en su ayuda.

—¡Estate quieto! —le indicó—. Ahora tira.

Pecho Marcado emitió un quejido, pero un momento más tarde se había liberado. Se enjugó las manazas en la túnica, aspiró hondo un par de veces y cogió nuevamente la caña. Sin embargo, antes de que pudiera sumergir el anzuelo en el agua, Hocico de Oso se volvió hacia la orilla sosteniendo una trucha enorme.

—¡Pesquemos como los hombres! —gritó Pecho Marcado. Poniéndose de pie y sosteniendo aún la caña con una mano, tiró la trucha a la orilla donde cayó, coleando. Los otros dos trasgos gigantes discutieron con su habitual lenguaje de gruñidos guturales y se lanzaron sobre la trucha que coleaba destrozándola con sus garras. Las tripas y la escamosa piel desaparecieron entre sus voraces fauces, y acabaron con la última espina justo en el momento en que el trasgo gigante alto volvía a colocarse y a poner el mágico señuelo en el agua.

Pecho Marcado dejó el señuelo suspendido apenas debajo de la superficie, sin mover la caña, casi sin respirar, esperando a que la magia surtiera efecto. Tenía los ojos fijos en el agua, tan clara que podía ver a más de un metro debajo de la superficie. Junto a la ribera, donde a él le gustaba pescar, no estaba muy profundo y podía distinguir sin dificultad el fondo cubierto de guijarros que se parecía un poco a la piel de los lagartos, que eran uno de sus bocados favoritos. Vio a algunos cangrejos que se desplazaban sobre los guijarros y reprimió el impulso de inclinarse para apoderarse de uno.

Detrás de él, Tuerto y Hocico de Oso empezaban a aburrirse y se acordaron del cadáver del enano gully. Arrastraron el cuerpo rígido de debajo del arbusto sin molestarse siquiera en espantar las moscas. Hocico de Oso levantó el morro y dejó bien claro que no le interesaba comer aquello, al menos no por el momento. Tuerto dio un mordisco a la bulbosa nariz a modo de prueba. Escupió la piel con un gruñido y empezó a rebuscar entre las ropas para ver si llevaba chucherías y dulces. Al ver que no había nada más que reptiles nocturnos, anzuelos, un carrete de sedal y un par de corchos pintados de blanco y rojo, tras arrastrar el cadáver y colocarlo otra vez bajo el arbusto volvieron al río con toda la intención de entrar en él y coger otro pez.

—¡No! —rugió Pecho Marcado—. ¡Pesquemos como los hombres!

—¡Pescáis como idiotas! —La voz surgió por detrás del trío de trasgos gigantes.

Los tres se volvieron.

—I-dio-tas —repitió una segunda voz. Una forma salió de los bosques tras la voz, con un corpachón mucho más grande que el de cualquiera de ellos—. Quiero probar la magia —continuó la segunda voz—, me gusta la magia.

—Un ettin —bufó Pecho Marcado. Colocó la caña en la orilla y avanzó arrastrando los pies hacía el visitante, seguido por sus dos camaradas.

El ettin tenía dos cabezas que salían de un grueso cuello emplazado en medio de sus enormes hombros. En todo lo demás se parecía a un hombre gigantesco, de piel pálida y musculoso, con pecho y piernas peludos. Hasta el empeine de sus pies descalzos estaba cubierto de pelo. Una de las cabezas tenía una nariz ganchuda sobre un largo bigote negro, La otra se le parecía salvo por su nariz redondeada y porque tenía una larga e hirsuta barba negra que le caía sobre un lado del pecho y se iba adelgazando hasta terminar en una madeja retorcida justo encima de su taparrabo de piel de ciervo. La mano izquierda del gigante se puso a acariciar la barba, en gesto casi reflexivo. La otra mano la llevaba oculta a la espalda.

—El ettin no se lleva la caña de pescar —gruñó el más alto de los trasgos gigantes. Dicho esto se lanzó contra él haciendo muecas y chasqueando la lengua a medida que se iba acercando. No necesitó formular ninguna invitación verbal a sus compañeros, que ya iban pisándole los peludos talones.

Tuerto era el que más rugía, dando zarpazos al aire. Hocico de Oso aullaba y bajaba la cabeza como si se fuera a comer la tripa del ettin. No obstante, ambos iban varios pasos por detrás de su compañero de aventajada estatura.

—Maldito gusano —dijo la barbuda cabeza del ettin—. Me gusta aplastar gusanos.

En un grácil movimiento que parecía impropio de su aspecto, el ettin sacó la mano que llevaba a la espalda dejando ver que llevaba un buen garrote. Con un movimiento de su brazo hacia adelante, el extremo del garrote fue a dar contra la cabeza del trasgo gigante más alto y lo hizo caer pesadamente hacia atrás con gran estrépito y dolor mientras el ettin daba un paso adelante para salir al encuentro de las otras dos criaturas.

Tuerto se detuvo un momento para mirar por un instante a su amigo muerto antes de lanzarse a la tripa del gigante y esquivó un segundo golpe del garrote. Con un rápido salto hacia atrás, mientras Hocico de Oso cargaba hacia adelante, Tuerto giró poniéndose al lado del ettin. Daba la impresión de que los dos trasgos gigantes estaban habituados a luchar en equipo, y durante un rato, su ensayada rutina de entrar precipitadamente, golpear, saltar hacia atrás y rodear a la víctima, funcionó.

El ettin se encontró sangrando por una docena de profundos cortes, con su taparrabo manchado de rojo y la sangre que le corría por las piernas. La cabeza barbada gritó al ver que Tuerto atacaba otra vez, en esta ocasión clavando sus zarpas en la ancha espalda del ettin.

—¡Ouf!

—¡Quieto! —gritó la cabeza del bigote—. ¡Vuélvete!

La gigantesca criatura de las dos cabezas giró, enarbolando el garrote y golpeando a Hocico de Oso en un lado de la cabeza. Momentáneamente atontado, el trasgo gigante se tambaleó y no fue capaz de apartarse cuando la segunda cabeza tomó la voz cantante.

—¡Dale una patada!

La pierna derecha del gigante se disparó hacia arriba y golpeó con la rodilla la mandíbula del trasgo gigante, destrozándosela.

Al mismo tiempo, Tuerto se aproximó al ettin desde atrás desgarrando la espalda del gigante.

—¡Ouf, maldito bicho!

—¡Dale! ¡Golpéalo! —volvió a instigar la cabeza del bigote. Como respuesta, el gigante levantó la pierna derecha y dio con el talón en el estómago de Hocico de Oso, dejándolo sin aliento. El trasgo gigante se desplomó y el gigante se adelantó, descargando su pie sobre la espalda de Hocico de Oso y partiéndole la columna vertebral.

—¡Toma, gusano! ¡Me gusta aplastar gusanos! ¡Ouch!

Tuerto dio un salto y clavó sus zarpas en los hombros del ettin.

—¡Suelta el garrote! —La mano derecha del gigante soltó el garrote—. ¡Date la vuelta! —El enorme corpachón giró sobre sí, quedando de frente a Tuerto—. ¡Cógelo!

Las dos manos actuaron al unísono, cerrándose sobre el trasgo gigante que quedaba y acercándolo contra el estómago del ettin. El gigante lo apretó con fuerza hasta ahogarlo, y a continuación lo soltó, pasó por encima de él y se dirigió hacia el río.

El sol se estaba poniendo, pintando el río de Oro de un color bronce tan intenso que cautivó a las dos cabezas del ettin. El agua parecía metal fundido que brillara trémulo bajo la leve brisa. La surcaban unos dedos negros, las sombras alargadas de las ramas de las carias blancas que se proyectaban desde la orilla opuesta.

Los pájaros habían cesado en sus gorjeos desde hacía ya algunos minutos, preparándose para pasar la noche. Desde algún punto de la ribera las ranas empezaron a croar con tonos guturales, sostenidos y musicales.

El sol siguió su marcha descendente, barriando con sus rayos la enorme telaraña que se extendía entre las carias blancas y el tronco medio podrido. A medida que el color naranja se fue difundiendo desde los bordes hacia el centro, las arañas amontonadas empezaron a removerse. Una se arrastró casi temerosa hacia el borde, donde quedó suspendida reflejándose en la superficie del agua. La araña se detuvo allí hasta que de repente empezó otra vez su marcha hacia adentro. ¡Demasiado tarde!

Una gran trucha se elevó del agua sacando todo el cuerpo, menos la cola. Sus curvas mandíbulas se abrieron y mientras los colores del arco iris emitían reflejos húmedos a la luz del poniente, el pez atrapó a la araña, la engulló y desapareció bajo el agua.

—¡Vaya! —exclamó la cabeza de la barba.

—Inclínate. —El ettin cogió la caña de pescar con la mano derecha y la sostuvo de modo que ambos pares de ojos pulieran admirar la pulida superficie de la caña. Era muy pequeña, pero el gigante la sostenía con delicadeza. La mano izquierda recorrió la línea hasta llegar al señuelo que recogió casi reverentemente en el hueco de la mano dándole la vuelta.

—¿Qué es eso que lleva escrito? —dijo la voz de la cabeza barbuda.

—Una firma —respondió la otra, con los ojos fijos en el garabato verde—. Seguramente del mago que lo hizo. Más cerca. Más. Oh, sí. Un mago famoso. Uno de los más grandes de Krynn, hermano. He oído hablar de él. Tuvimos suerte de dar con algo tan hermoso. Siéntate.

El ettin se dejó caer sobre la orilla mientras las dos cabezas gemían levemente ya que los cortes que le habían hecho los trastos gigantes escocían un poco a cada movimiento.

—¡Ouch!

—Deberíamos curar esas heridas, hermano, pero antes...

La mano derecha impulsó la caña hacia atrás hasta que la punta tocó el suelo por encima de su hombro, y luego, con un rápido movimiento, la echó hacia adelante, haciendo volar el sedal hasta que el señuelo penetró en el agua y quedó suspendida inmediatamente por debajo de la superficie. La pasó a la mano izquierda que empezó a mover la caña adelante y atrás haciendo que la punta se curvara graciosamente siguiendo los movimientos del señuelo segmentado.

—Estoy convencido, hermano, de que no existe mejor manera de pasar un día de primavera que pescando. El aire es tan apacible junto a este maravilloso río... El agua, tan fresca...

—Fresca —coreó la cabeza barbuda.

La mano izquierda retrajo la caña, pasándola a la derecha para volver a lanzarla. En esta ocasión, cuando el señuelo describió el arco hacia el lugar sombreado por el roble, el agua que goteaba del sedal reflejó la luz del sol formando un arco iris en miniatura. La caña volvió a pasar a la izquierda.

—Creo que deben de haber sido los dioses los que inventaron la pesca, hermano. De verdad que...

Ambas cabezas se volvieron a mirar la mano izquierda. Una gorda araña parda se había descolgado de la telaraña y avanzaba por el largo y musculoso brazo del ettin.

—¡Ouch! Nos ha picado.

—Cierto. —La mano izquierda se estremeció y se sacudió y los dedos soltaron la

caña—. Querido hermano, creo que es...

—... veneno —terminó la cabeza barbuda.

El ettin se inclinó hacia adelante y cayó al río con un sonoro chapoteo.

El agua estaba más oscura bajo las ramas salientes del gran roble. Más oscura y más profunda. Mientras el gigante bicéfalo se hundía bajo la superficie, la caña empezó a apartarse de la orilla. Primero lentamente, como si flotara con la corriente, a la deriva, apartándose del gran árbol y de la telaraña. Luego pareció detenerse, dio la vuelta y cogió velocidad mientras se alejaba en la dirección opuesta.

Causas perdidas

Nancy Varian Berberick

De verdad que jamás vi una chica tan feúcha como aquella criatura huesuda que estaba sentada sobre el borde del sofá repleto de cojines del recibidor de Usha Majere. Tenía las manos grandes cuidadosamente plegadas sobre el regazo, y daba la impresión de que había dispuesto cada dedo, uno por uno, para ocultar los huesudos nudillos. El pelo le colgaba lacio a ambos lados del rostro y era del color del barro. Tenía una cara larga y caballuna y, por desgracia, unos dientes que hacían juego con ella. Con todo esto no pretendo ser cruel, pero el aire gris de la chica resultaba realmente sorprendente, apabullante, teniendo en cuenta que a su alrededor todo y todos eran absolutamente encantadores.

Lady Usha es una artista, una mujer cuyos retratos son muy solicitados. El menos importante es valioso por su técnica; los más hermosos y más raros... bueno, son de los que han dado lugar a historias. Se rodea de cuadros, esculturas y tapices de todos los confines de Krynn. Los artistas son así, están ávidos de belleza, de colores, de formas y de texturas. Lady Usha, cuyo esposo es el primer mago de Krynn, no carece de aquellas cosas que ama. No obstante, todas estas colecciones no son más que el telón de fondo de la auténtica joya que es la propia dama. Si alguna vez se pudo reprochar algo a las canciones que cantaban las excelencias de Usha Majere fue el hecho de quedarse cortas en la descripción de su belleza. Ah, la cámara de la señora era un lugar encantado. Y como si la propia dama y todo lo que la rodeaba no fueran lo bastante refulgentes para un aposento, dos elfos montaban guardia en el vano de la puerta, uno mirando hacia afuera, hacia el corredor, y el otro hacia adentro. Tenían la misma belleza que al parecer reciben todos los miembros de su especie, como un don en el momento de su nacimiento: orejas elegantemente biseladas, pelo dorado y brillante, miembros flexibles y unos ojos almendrados tan claros como la luz de las estrellas. En medio de tanto esplendor estaba sentada la muchacha feúcha.

—Ah, estás aquí —dijo lady Usha tendiéndome la mano—. Entra, Madoc. Hay aquí algunas personas a las que quiero que conozcas.

Raethe era el nombre del elfo, y Tarya el de su compañera. Raethe ni siquiera inclinó la cabeza cuando nos presentaron. Tarya me miró con ojos invernales.

—Madoc ap Westhos —dijo—. Sí, conocí a vuestro padre.

De ahí los ojos de invierno. Porque si conocía a mis parientes que viven en Sancrist, sin duda habría oído a uno u otro de ellos explayarse a gusto sobre la desesperante cuestión de Madoc, el último hijo de nuestro padre, que había rechazado un título de caballero para dedicarse a la magia y que a continuación se había negado a usar sus artes mágicas en favor de los caballeros. Bueno, eso es lo que dirían ellos, esos hermanos y hermanas míos. Pero ahora veamos lo que digo yo: él, mi padre, era un hombre anciano, y como tantos otros de su generación, entregado a causas y a dioses perdidos. Recordaba los tiempos anteriores a la Guerra de Caos, antes de la desaparición de los dioses y del advenimiento de los dragones que se repartieron entre ellos la mayor parte de Krynn. Creía que Solamnia, cuyas antiguas fronteras habían quedado encogidas por el capricho de un dragón, podría recobrar su gloria anterior; que los qualinestis y los nordmaars y las tierras en torno a Thorbardin podrían recuperar la libertad, y que todo Krynn podría convertirse otra vez en un mundo de Reinos Libres. Quería que sus hijos abrazaran con igual fervor que él su causa perdida. Mis hermanos se unieron ambos a los caballeros y cada una de mis dos hermanas se casó con un caballero, ansiosos de criar hijos para alimentar la contienda. Vivir en el pasado, morir en el presente: era cosa de tontos. Por mi parte, yo no era partidario de echar por la borda un talento apreciable para la magia, para que los poetas pudieran conmover el corazón de los tontos con uno más de esos relatos lastimeros de alguien que se lanza al ruedo.

El hijo errante de un caballero que no está en las fronteras; el hijo de un caballero que no está en la resistencia. La desgracia de un noble, decían los fríos ojos azules de Tarya.

—¿No podríais haber elegido a algún otro —dijo dirigiéndose a lady Usha, y plegando sus bonitos labios con expresión de disgusto—, que no fuera... éste?

La señora sonrió, como si no hubiera sucedido nada desagradable entre sus huéspedes.

—Madoc es exactamente el hombre que necesito, Tarya. Imperfecto, como al parecer vos habéis notado, pero tiene ciertas dotes notables como adivinador y como piromante. Sí, creo que puede ser el hombre indicado para esta misión.

Adivinador, lo soy, pero no tan osado como para tratar de adivinar los pensamientos de lady Usha Majere, de modo que iba dudando si irían a entregarme un obsequio o algo menos mientras me guiaba hacia el centro del salón hasta pararse delante de la chica esmirriada.

—Ella es Aline Carael. Pronto va a contraer matrimonio, lejos de aquí, en Haven. Aline —dijo, revistiendo su voz de un tono maternal—. Querida mía, éste es Madoc ap Westhos, el mago del que te hablé.

Aline levantó la vista el tiempo suficiente para acusar recibo de la presentación y

luego volvió a bajar las pestañas. Un tiempo suficiente y excesivo. Madoc el Adivinador, me llaman, y tienen motivo para ello. Sé cómo entrar de puntillas en una mente cuando me place y salir sin dejar el menor rastro de haber estado allí. Durante ese breve momento en que sus ojos quedaron desprotegidos, en la mente de Aline Caroel vi un pánico repentino que luego fue cubierto por una estudiada calma.

—Es un placer conoceros, señor mago —murmuró. Ay, la pobre, su voz era tan áspera y nasal como la de un muchacho acatarrado—, y os agradezco vuestra ayuda.

Dirigí una mirada interrogante, no a la chica, sino a lady Usha, que no se apresuró a responder. Me indicó que me sentara en un cómodo butacón cerca de la ventana que da al campus de la Academia de su esposo.

—Ahora bien —dijo la dama—. Aline se precipitó un poco, pero no hizo más que expresar mis propias esperanzas: tengo un pequeño trabajo para ti, Madoc, y si lo aceptas ocuparé de que se paguen tus cuentas en las tabernas de Solace. —Dudó un momento mientras daba golpecitos con el dedo contra sus blancos dientes, y luego sonrió—. Sí, las cuentas de las tabernas y, si todo va bien, cierta cantidad adicional.

Las cuentas de las tabernas, tan largas como mi brazo, hubieran sido suficientes, pero la promesa de algo más me llevó a responder que sí sin tomarme tiempo para pensarlo. Contando con mi asentimiento, inclinó la cabeza, un simple gesto afirmativo. No vi que hiciera ningún otro movimiento, pero sin embargo, los dos elfos que guardaban la puerta le hicieron una reverencia, una reverencia más profunda de lo que hubiera imaginado que los elfos pueden hacer a nadie que no sea de su especie, y salieron de la estancia. El susurro de sus faldas acompañó a lady Usha cuando se dirigió hacia el sofá de Aline y se sentó junto a ella. Llevaba algo pequeño y plateado, un cofre del tamaño aproximado al de su mano. Era perfectamente cuadrado y llevaba echado un cerrojo de plata. Sentí un tenue tirón al mirarlo, una especie de guiño cómplice dirigido a lo más profundo de mi mente. El cofre en sí mismo no era mágico, pero la agitación que sentí en mi mente indicaba que sí lo era su contenido.

—Este cofre —dijo la dama— contiene un presente. Y sí —dijo ella, que llevaba muchos años entre magos y sabía reconocer el aspecto de uno que tiene los oídos alerta—, el presente tiene atributos. Es por eso que re he hecho llamar, Madoc. —Sostuvo el cofre en alto para observar... la luz del sol deslizándose sobre la plata—. Contiene algo que no debe caer en manos equivocadas, y ¿quién mejor que un mago para transportar magia? Es para que Aline se lo ofrezca a su esposo la noche de bodas. —Un pequeño aleteo, y las blancas manos de Aline Caroel adoptaron una postura aún más apretada. Lady Usha las cubrió con las suyas, y a mí, como si nadie se hubiera movido, me dijo—: Hasta el momento de su entrega, este presente debe ser vigilado. ¿Lo mantendrás a salvo por mí, Madoc?

—Mi señora, ¿cuándo partimos? —dije pensando todavía en las cuentas de las

tabernas y en lo que pudiera venir por añadidura.

—Pronto. —Dirigió los ojos hacia Aline, que volvió a alzar las pestañas para mirarme.

—Mañana por la mañana, señor mago —dijo Aline Caroel—. Tomaremos un camino por el sur.

—No hay caminos por el sur de Solace a Haven —dije frunciendo el ceño—. El camino va por el norte, rodeando el Bosque Oscuro.

Aline asintió.

—Y los ríos rodean el Bosque Oscuro por el sur.

—¿Estáis dispuesta a bordear el territorio de los qualinestis? —Sonreí como si estuviera hablando con un niño—. ¿A pasar junto a un reino de dragones? ¿Estáis tan ansiosa de llegar junto a vuestro prometido?

Sus nudillos huesudos palidieron un poco.

—Iremos por el sur, señor mago, porque la barranca del Centinela ha quedado bloqueada por un alud de rocas. No creo que se abra el camino que rodea el Bosque Oscuro antes de la primavera.

Al norte ya no había camino, y sólo los tontos se aventurarían a través del Bosque Oscuro. Ella no lo dijo, y no tenía por qué. En los últimos tiempos habían sido más los que se habían internado en él que los que habían salido.

Aline se puso de pie alisando la falda de su vestido azul.

—Mi señora —murmuró—. ¿Querréis excusarme ahora? Necesito descansar.

Lady Usha le dio permiso para retirarse y la dejó en manos de los elfos.

—Mi señora —dije cuando los dos nos quedamos solos—, me estaba preguntando por qué esta joven humana está tan protegida por los elfos.

—Porque yo les he pedido que le dieran protección y para eso han venido. —Se quedó sentada en silencio durante un momento, y luego continuó—: Madoc, eres demasiado joven para recordar la época anterior a la Guerra de Caos, pero yo sí la recuerdo. Recuerdo el tiempo en el que los caballeros gobernaban Solamnia, cuando los elfos qualinestis no estaban bajo el yugo del dragón y los enanos de Thorbardin mantenían abiertas las puertas a los amigos. Mucha gente de los Reinos Libres recuerda todavía cuando todo Krynn era libre, y muchos de nosotros seguimos trabajando para que un día podamos volver a serlo.

«Causas perdidas», pensé, pero no lo dije.

—¿Qué es lo que nos salvará? —musitó—. ¿Cómo saberlo? ¿Los caballeros de tu país? Algunos creen que sí. Mi esposo deposita su fe en los magos de aquí, de Abanasinia. —Levantó el pequeño cofre de plata, pasando el dedo por la sombra del grosor de una aguja donde la tapa se unía con la caja firmemente cerrada—. Yo deposito mi fe en héroes menos importantes que son como las estrellas en el cielo, Madoc. Aisladamente dan poca luz, pero todos juntos dan a la noche todo su brillo.

Aline Caroel es una de esas estrellas en las cuales se puede confiar. Es la nieta de Galt Caroel. ¿Conoces ese nombre?

No lo conocía, y ella me contó que el abuelo de Aline un hombre acaudalado, un rico mercader que había amasado su fortuna antes de la Guerra de Caos. Logró conservar su fortuna incluso durante los desastrosos años que siguieron a la guerra cuando los dragones vinieron a repartirse la mayor parte de Krynn. De la boda temprana de su hijo unigénito nació una niña, pero el hijo y su esposa murieron en un naufragio, dejando a Aline a cargo de su abuelo, que había dedicado su fortuna a financiar la red de espías que entraban y salían subrepticamente de los distintos Reinos Dragontinos, y los intentos clandestinos para sacar refugiados de dichos reinos para darles la libertad.

Ahora, según lady Usha, Galt Caroel era más pobre que una rata al final del invierno. Había gastado su fortuna y sus planes no tardarían en quedar paralizados por falta de financiación. Pero habían encontrado una salida en un pacto de matrimonio entre la Casa de Caroel y la de su proverbial rival en el campo empresarial, la Casa de Wrackham. Aline se casaría con Lir Wrackham, unirían las dos casas enfrentadas y, gracias a esa concesión, volverían a afluir fondos para financiar a los espías y las huidas de refugiados de los Reinos Dragontinos en las noches sin luna. Cerrado el trato, el viejo tacaño y el abuelo de la chica estaban ahora esperándola en Haven.

—Me gustaría —dijo Usha con un gracioso suspiro— poder ir con Aline, pero no me atrevo. Mi presencia despertaría sospechas sobre el viaje y la boda.

Habló de espías, de hombres y mujeres que secretamente pasaban de los Reinos Dragontinos a Abanasinia y viceversa, de hombres y mujeres esclavizados por algunos de los mortíferos dragones que tan celosamente guardaban sus reinos robados.

—Llamar excesivamente la atención sería peligroso, Madoc, porque los hay que actualmente se encuentran muy satisfechos pensando que la labor de Galt Caroel ya no puede seguir adelante. Pero si Aline consigue llegar a Haven sana y salva, entonces su labor podrá continuar, ¿entiendes?

—Es un trato muy duro, mi señora. Especialmente para una muchacha. —Hice una pausa y me encogí de hombros—. Bueno, en realidad no se va a ganar el corazón del viejo por su belleza, ¿verdad?

—No —dijo la dama—, no se hace ilusiones al respecto. —Balanceó el cofre de plata en su preciosa mano dedicándome una larga mirada de sus ojos color de mar—, y yo le voy a dar toda la ayuda que me pida. Sin embargo, hay otras cosas además de la belleza del rostro y de las formas, Madoc.

Hice una mueca de escepticismo.

—¿Incluye eso, tal vez, un filtro de amor o un pequeño encantamiento para

conmover el corazón de un anciano? ¿Es ése el tipo de magia oculto en su pequeño cofre de plata? Bueno —dije, repitiendo las palabras que ella misma había usado antes—, me esforzaré por ser el hombre perfecto para esta empresa. Me encargaré de que vuestro presente llegue sano y salvo a Haven. —Le hice una reverencia de esas que se esperan de un caballero de mi clase—. Por vos, mi señora, y por vuestras causas perdidas.

Usha volvió a fijar en mí su brillante mirada azul y con un remolino de faldas de seda y aroma de lavanda se puso de pie y me besó en la mejilla.

—Vuelve después de la boda —me dijo dándome golpecitos en el hombro con su dedo elegante—. Una vez saldadas tus cuentas en las tabernas, puedes contar con una invitación a cenar en Solace mientras me cuentas lo que Madoc el Adivino ha descubierto en este viaje.

No tuve que hacer mucho equipaje para el viaje a Haven, nada más que un libro de piromancia que había estado estudiando últimamente y las ropas adecuadas para la celebración de la boda. Todo esto lo metí en un pequeño saco de lona que llevé conmigo al lago Crystalmir a la mañana siguiente para reunirme con Aline y su comitiva. Ocho elfos la acompañaban, seis de ellos marineros dedicados a tripular el pequeño esquife; los otros dos, Tarya y Raethe, armados con carcajs erizados de flechas y tensos arcos. En la embarcación sólo se había dispuesto una pequeña tienda de lona a rayas azules y doradas, como el cenador de una novia, para proporcionar a Aline intimidad y algo de bienestar.

Dejamos el lago cuando el sol desvaneció las brumas matutinas y nos internamos en el arroyo Solace pasando bajo el puente que une el camino que rodea Solace con el que va por el norte en torno al Bosque Oscuro. El arroyo era tan estrecho en el tramo que recorrimos durante la mañana de nuestro viaje, que los altos robles eran como muros de madera y hojas de bronce, y los sauces formaban una cortina que se movía a la más leve brisa. Los ásteres nos saludaban en los puntos iluminados por el sol, con sus delgadas hojas oscuras y sus flores azules como un cielo desvaído. Sin dejar la bolsa de mi mano, me deleitaba bajo el tibio sol.

Medio adormecido oía el canto del martín pescador, las ásperas voces de los marineros: «¡Tronco a la izquierda!» «¡Cuidado con esa roca!» «¡Eh, al frente un banco de arena!» También oía la voz de Tarya hablando con Raethe en el tono medido propio de los elfos. Hablaban de los bandidos del Bosque Oscuro y, a veces, en voz más baja, de los qualinestis, la patria perdida. «Causas perdidas —pensé, divagando en las lindes del sueño—. Derrotas no reconocidas, luchas sin sentido...»

Una mano me tocó el brazo levemente. Al abrir los ojos me encontré con el rostro largo y poco agraciado de Aline Caroel. Se aclaró la garganta tímidamente una y otra vez antes de decir que había dormido hasta pasado el mediodía y preguntarme si tenía

hambre. Cuando le dije que así era, cogió un pequeño saco que tenía a su espalda y sacó pan, carne fría y una bota de cuero con vino.

—¿Será bastante para el almuerzo?

Seguro que sí, y le dediqué una de aquellas airosas cortesías que los de las casas nobles aprendemos en la cuna. Y al fin y al cabo, ¿por qué no? ¿Cuántas habría oído la poco agraciada joven a lo largo de su vida? Le dije que todo me sabría mejor si compartía la comida conmigo. Detrás de ella, el elfo Raethe murmuró algo al oído de Tarya y ésta levantó la cabeza y me dirigió una mirada glacial.

—Oh, no os preocupéis por Tarya —dijo Aline acomodándose cerca de mí. Cerca, pero no junto a mí. Mantenía la distancia de una muchacha fea, la distancia que sin duda había aprendido a juzgar prudente. Las chicas bonitas se ponen junto a uno, se inclinan para coquetear y flirtear, pero las chicas feas, las chicas con cara de caballo, dientes demasiado grandes y manos con nudillos huesudos, aprenden pronto cuál es su lugar. Volvió a aclararse la garganta con timidez—. Se toma su trabajo muy en serio y no deja de temer que en cualquier momento pueda saltar por la borda y alejarme nadando.

Todo eso lo sabía, pero había algo que no.

—¿Y debería tener miedo?

—No. Hay promesas de por medio, y una de ellas es mía. —Aline volvió a bajar la mirada y susurró—: Me encamino complacida a mi boda.

Mentirosa, pensé, que lleva un filtro que ha pedido a lady Usha. Eso fue lo que pensé, pero no vi razón alguna para decírselo.

Aline me pasó la bota mientras cortaba porciones de pan y dos buenas lonchas de venado con pimienta. Comimos en silencio, bajo la mirada de Tarya que la vigilaba como una celosa ama que debe velar por la integridad de su pupila. La corriente era lenta, sólo requería de dos remeros con pértigas a proa y a popa para guiarnos. Los marineros se pasaban las botas de vino y se tiraban pequeños sacos de comida. Sólo a Raethe y Tarya parecía no interesarles la comida. Con los arcos tensos y los carcajs en la cadera, los elfos no apartaban la vista de las sombras y tampoco de los sauces que lo cubrían todo.

Las orillas quedaban atrás y los remeros volvieron a su trabajo al hacerse más lenta la corriente. Pasamos Gateway y giramos un poco hacia el este. Pronto el arroyo Solace se ensanchó incorporándose al torrente Blanco, y el bosque fue desapareciendo reemplazado en ambas orillas por páramos llanos, por tramos desprovistos de árboles donde el sol de otoño era más cálido y brillante. Aline miraba hacia lo lejos, hacia occidente, donde se veía una línea de colinas bajas y el Bosque Oscuro. Más allá de esas colinas quedaba la fronda de las Dríadas, el bosque de robles donde viven los árboles y los espíritus de las dríadas que los habitan.

—¿Habéis oído alguna vez cantar a una dríada? —preguntó con los ojos fijos en

el sombrío bosque.

—No, nunca he estado en el Bosque Oscuro, y las dríadas no salen de allí.

Aline suspiró.

—Robles y dríadas. No pueden vivir los unos sin las otras, al menos eso dice la leyenda. Están tan unidos como cuerpo y alma. —El rubor se extendió por sus mejillas. No un cantador rubor rosáceo, no en el caso de Aline. Sus mejilla se arrebolaron formando manchas rojizas—. Me pregunto —añadió— si estar enamorado es algo así.

Le dije que no sabía si el amor es como lo de las dríadas y los robles y ella se rió.

—¿Vos? ¿No lo sabéis? He oído algunas cosas sobre vos, señor mago. —Se sacudió la capa de los hombros y dejó que cayera sobre cubierta—. Tarya dice que todas las tabernerías de Solace os conocen.

—¿Todas? No es cierto. Algunas sí me conocen, pero eso no es amor.

Sus ojos no estaban posados sobre mí, sino que miraban a lo lejos, a la corriente del arroyo.

—¿Y qué es, entonces?

—Ejercicio saludable.

El color moteado de sus mejillas se acentuó y en ese momento no sólo parecía poco agraciada sino fea, toda mandíbula y dientes desmesurados.

—¡Aline! —llamó uno de los elfos, Raethe, con su arco tensado en la mano. Aline miró en derredor y jadeó sobresaltada—. Acercaos y sentaos aquí, en el centro del esqui. Es más seguro.

Aline recogió los restos de la comida y se dispuso a obedecer. Unos momentos después, dos de los marineros se aproximaron a ella y empezaron a desenrollar las cuatro paredes de su pequeña tienda. Un paso casi imperceptible detrás de mí. Allí estaba Tarya, proyectando su sombra sobre la cubierta, sus labios plegados en una mueca sin alegría mientras se ponían en cuclillas junto a mí.

—Mago —dijo, en un tono pensado para que sólo pudiéramos oírlo ella y yo—, voy a deciros algo. La chica está destinada a cosas mejores.

—¿Mejores que el viejo que la espera en Haven? Yo no...

Tarya se inclinó acercándose más a mí; sus ojos azules se habían vuelto de acero.

—Cosas mejores que un coqueteo, mago. —Dirigió mi atención hacia su daga, acariciando con los dedos la empuñadura—. Cosas mejores que vos, Madoc ap Westhos.

Me reí, con la cabeza vuelta. Tarya ni siquiera se movió. ‘

—¿Yo? Por lo más sagrado, ¿creéis que robaría una novia de su cenador?

—No —dijo. Extrajo la daga de su vaina con un movimiento lento, meditado—. No creo que tuvierais el coraje para hacerlo.

—¿Por qué? ¿Porque no voy por ahí haciendo resonar mi armadura ni ayudo a la

resistencia a arrebatarse a las gentes de debajo de las fauces de un dragón? No, gracias. Estoy bien como estoy, y si queréis saberlo, no me interesa lo más mínimo.

El rostro dorado por el sol se convirtió en una máscara de bronce y sus ojos se entrecerraron mientras sus labios se plegaban en un gesto desdeñoso. Yo me limité a reír.

—Olvidadlo, Tarya. No me interesa la chica. ¿Qué imagináis que merece? Tal vez un viejo de Haven, y si es así, tiene más suerte de la que jamás soñó.

No sé qué fue lo que me hizo volver la cabeza; el silbido de la respiración percibido apenas se diferenciaba del roce del agua contra la embarcación. Sin embargo me volví y vi a Aline de pie junto a un remero, sorprendida en el momento que media entre la sorpresa dolorosa y la vergüenza súbita. Al sentir mi mirada sobre ella se volvió, y regresó apresurada a su tienda.

—¡Oh! Eso se llama hablar con elegancia —se burló Tarya—, y expresarse con gran sensibilidad.

Uno tras otro, todos los marineros me miraron, algunos a la cara, otros con el tipo de mirada que mejor expresa el desdén. Ese desprecio de los elfos era muy fuerte, y nadie mejor que un adivino para hacer caso omiso de las habladurías mentales o el torrente de emociones que emanan de quienes lo rodean, pero a pesar de todo mi esfuerzo por aislarme o por pasarlo por alto, podía sentir su disgusto.

Nadie me dirigió una sola palabra durante aquella cálida tarde de otoño, ni siquiera una mirada, y cuando el sol puso me dispuse a dormir. No soñé y en mí mente no se movió nada que me perturbase. Madoc el Adivino durmió como un tronco.

—¡Bandidos!

Me desperté sobresaltado, como cualquier hombre arrebatado del sueño y arrojado al mundo de la vigilia. Dentro de mi cráneo giraba un calidoscopio de emociones, miedo y furia y grandes impulsos de codicia. Se alzaron voces, airadas unas, de dolor otras. Las primeras palabras que pude distinguir fueron las de Tarya, gritándole a alguien que esperara hasta poder ver.

De pie, me aferré a la borda del esquife. Por encima de mí, el cielo se extendía de una orilla a otra, y esas orillas estaban ahora más próximas que nunca. Estrellas y ráfagas de luz anaranjada llenaban el cielo. Flechas de fuego describían arcos en lo alto. Era aquélla una treta de las más simples para cegar al enemigo: se envolvían los astiles en trapos empapados de aceite y se les prendía fuego. Cada uno de los disparos atraía la atención de nuestros arqueros y durante un momento fatal les impedía ver qué era lo que los atacaba. Bajo nuestros pies, el esquife cabeceó primero y luego se desplazó lateralmente. Mi corazón daba bandazos junto con la pequeña embarcación. Había alguien en el agua tratando de volcar el esquife.

Frías flechas de acero silbaban desde la orilla septentrional, desde el lado del

Bosque Oscuro. Una dio contra la borda de la embarcación, a escasos centímetros de mi mano. ¡Toc! ¡Toc! Detrás vinieron otras dos y, zumbando, se clavaron en la madera. Sujeté bien mi bolsa tratando de no caerme. Alguien me golpeó fuertemente desde atrás, haciéndome caer de rodillas.

—¡Mago idiota! —vociferó Tarya—. Se supone que sois un piromántico, ¡proporcionadnos luz!

¿Mago idiota? Ay, estúpida elfa que pedía más de aquello que la estaba matando. Mantuve la cabeza baja y me retiré a mi interior, cerrado al miedo y a los gritos de los bandidos y los golpes de las flechas. Me adentré en las profundidades, más allá de mi cuerpo físico, más allá de la cubierta, más allá del agua y del pedregoso lecho del arroyo. Llegué al corazón mismo de Krynn, a ese pozo del que los magos nacen sabiendo cómo beber. En lo alto, las flechas encendidas pasaban volando y yo elevé mi mano hacia el cielo, con toda mi voluntad transformada en nervio y hueso. Una por una, las flechas llameantes se apagaron y la noche volvió a estar iluminada sólo por las antorchas que le son propias: las estrellas. Del esquife se elevaron vítores y de la orilla del arroyo maldiciones.

Levanté la cabeza y Tarya me la hizo bajar justo en el momento en que una flecha pasó zumbando.

—No os levantéis —susurró, absteniéndose de llamarme idiota. Extrajo de su cinturón el cuchillo de larga hoja; el acero resplandeció a la luz de las estrellas mientras señalaba la pequeña tienda del centro—. Escuchad —bisbiseó, poniéndome la daga en la mano—. Si todo sale mal y descubro que no luchasteis hasta el último aliento para salvarla, mi fantasma os buscará por todos los confines del mundo para mataros.

No lo dudé ni un instante. Armado, con la cabeza gacha y arrastrando mi bolsa detrás de mí, me deslicé por la cubierta. Alguien gritó, las flechas me pasaban rozando. El esquife volvió a cabecear y a ladearse. Me caí, rodé y me puse a gatas mientras un elfo caía sin ruido al agua. No pude evitar mirar. Una flecha le había atravesado limpiamente la garganta, la punta ensangrentada apuntó hacia el cielo cuando su cuerpo se dio vuelta. Los ojos muertos de Tarya me miraron mientras su pelo dorado se extendía en torno a ella sobre el agua.

Me dirigí en cuclillas hasta la tienda. El cuchillo de Tarya iba golpeando en la cubierta y mi bolsa se arrastraba en pos de mí. Alguien dio un súbito grito de dolor. Con el corazón golpeándome en el pecho, me arrojé dentro. La mano de Aline se aferró a la mía. El terror gritaba en su mente y penetraba en la mía. Lo aparté lo mejor que pude, levantando mis defensas hasta que sólo lograron penetrar unos leves gimoteos.

El esquife se balanceó; fuera, los gritos de guerra elfos, los gritos de muerte de los elfos quedaron sofocados por maldiciones y ásperas risotadas. Los bandidos ya no

tenían flechas de fuego, pero eran muchos. Llegado el momento superarían a los marineros. Aline temblaba y su aliento se había entrecortado. Intentó hablar. Yo la silencié tapándole la boca con la mano. La cubierta retumbó bajo unos pies que corrían, alguien gritó a voz en cuello, pero el grito se interrumpió de repente. Aline luchaba contra mi mano, pero yo la sujeté más fuerza.

—Shhh, ni un ruido. —Sin apartar mi mano de su boca, me adelanté a ella obligándola a acompañarme. Dos golpes rápidos con el cuchillo de Tarya bastaron para abrir una gran brecha en la parte posterior de la pequeña tienda—. Afuera —susurré—. De frente y por encima de la borda.

Fuera se oía el ruido atronador de las botas sobre la cubierta

—¡Mirad en la tienda! Hay alguien... ¡Eh! ¡Tienen a una mujer ahí dentro!

Sujeté a Aline por detrás y cogiendo la cintura de su falda la desgarré despojándola de ella. Se quedó con la blusa y los bombachos rematados con puntillas que le llegaban hasta la rodilla. En sus ojos verdes asomó una protesta indignada mientras la arrastraba hacia la abertura.

—¡Tenéis que nadar! Vamos. ¡Vamos!

Con la bolsa colgada al hombro y la daga en el cinturón, me coloqué detrás de ella obligándola a avanzar a través de la lona desgarrada y salir a la cubierta en llamas. Se tambaleó, la sujeté y con el mismo movimiento la obligué a saltar por la borda. Detrás de nosotros, alguien vociferó. Las flechas hacían impacto en el agua, arrojadas ahora desde el esquife y desde la orilla. El aire de la noche se pobló de maldiciones y luego de risotadas y abucheos. Mientras nadaba, me volví y vi a los bandidos en cubierta, algunos goblins de orejas gachas y entre ellos unos cuantos humanos. Los bandidos se habían hecho con el esquife.

Una voz sonó estridente como una furia en medio de la noche.

—¡Ahí van dos de ellos! ¡Una medida extra para el que traiga a rastras a la mujer!

Me volví para buscar a Aline y di contra la saliente de una roca. El impacto me dejó sin aire en los pulmones. Hice un esfuerzo para respirar y la corriente se apoderó de mí aturdiéndome y arrastrándome. Sin aliento, no era capaz de oponerme a la fuerza del río y cuando mis pulmones vacíos se volvieron a llenar, fue con agua.

—Estáis vivo... —dijo Aline, como si fuera una especie de milagro. Me dio unos golpes en la espalda como si quisiera romperme las costillas, y repitió—: Estáis vivo...

Y es cierto, lo estaba. Estaba vivo, echando fuera la mitad del río de la Rabia Blanca y con la certeza de acabar escupiendo sangre si ella no dejaba de darme golpes. Traté de darme vuelta, presa de la tos y de las náuseas, y ella hizo el trabajo por mí. Me puso las manos debajo del pecho y me hizo girar hasta quedar boca arriba.

Su rostro tenía un resplandor pálido a la luz de la luna que había aparecido

tardíamente. Las sombras hacían que su enorme boca pareciera una herida. Torpemente, sus manos manipularon el cuello de mi camisa, no sabiendo bien si cerrarlo para que no tomara frío o abrirlo para que pudiera respirar. Inmovilicé sus manos con las mías y las aparté.

—Puedo respirar —dije incorporándome sobre los codos. Con dificultad conseguí sentarme. Miré en derredor con la esperanza de ver el esquife en llamas. El río corría oscuro por nuestro lado salpicado de pequeñas cintas de luz de luna que rielaban en la superficie. No se veía el esquife por ninguna parte.

—¿Qué pasó? ¿Dónde están los bandidos? Oh —dije en medio de un quejido—. ¿Los elfos?

—Todos muertos. —Sus labios temblaban, y mis tripas también. Temía que empezara a llorar. Es posible que ella advirtiera ese temor, porque aspiró hondo, se tranquilizó y dijo—: Los bandidos se fueron río arriba... la oscuridad nos apartó de ellos en el agua, señor mago.

Señor mago. Nunca me había llamado de otra manera y fue como si allí, tumbado en el suelo, me diera cuenta por primera vez.

—Madoc —dije—. Mi nombre es Madoc. ¿Qué distancia hemos recorrido?

—Hemos pasado por dos recodos del río y vinimos a parar a la orilla del lado del Bosque Oscuro. —Se mordió labio inferior, a punto de romper a llorar. Como medida preventiva, alcé la mano.

—¿Qué? —preguntó.

—Luz —dije.

Ahí tumbado, sentí la tierra bajo mi espalda, la dura piedra, el barro, las ramas secas y la hojarasca. Dentro de mí sentí algo más; sentí fluir la fuerza de Krynn. No es necesario interpretar esa pequeña danza de gestos fantasiosos que suelen hacer algunos magos. Ni siquiera hace falta hablar, todo lo que hay que hacer es dejar que la fuerza del mundo sea guiada por tu voluntad. No obstante, hice los gestos de rigor. Pensé que la distraería y se olvidaría de llorar. Un movimiento de la mano y el fuego cobró vida, otro y las llamas empezaron a bailar mansamente sobre un canto rodado, con tanta alegría como si se estuvieran alimentando de ramitas y maderos. La cara de Aline, abotagada y manchada de barro, no se relajó.

—¿Habéis salvado algo? —pregunté, incorporándome y mirando a la oscuridad y al bosque que nos rodeaban.

Depositó mi bolsa sobre mi regazo.

—Sólo esto.

El libro sobre piromancia estaba hecho sopas en el fondo; mi camisa de hilo blanca, mis calzas de algodón marrón y un fajín rojo y oro con los que se suponía que estaría presentable para la boda eran un montón de tela embarrada. Extraje el cofre de lady Usha de la bolsa. La tapa estaba mellada y el cerrojo, roto; las rocas del río no

habían sido más amables con el cofre que con mi cuerpo dolorido.

Aline se acercó más, tratando de ver el cofre.

—¿Es ése el, bueno, el presente? ¿Lo que se supone que rengo que darle... a él?
—Su voz temblaba al pronunciar cada palabra.

—Sí. —Le pasé la bolsa—. O al menos lo que lo contenía. El propio presente...

La daga de Tarya estaba en el suelo. Cogí el libro empapado y con la daga desprendí los cuadernillos de papel de las tapas de cuero. Dentro de uno de los cuadernillos encontré algo pequeño y duro. Levanté un pequeño rectángulo de plano con chispas de rubí incrustadas, un guardapelo ensartado en una cadena de oro. De modo, pensé, que no es un filtro sino un hechizo, y más valía. Quién sabe las diabluras que podía hacer un filtro de amor vertido en las aguas del río. Aline se acercó más. Sentí su aliento cálido sobre mi mejilla.

—¡Es precioso! Parece hecho de la luz estelar. —Cuando le dirigí una mirada de soslayo, sorprendido por el giro de su frase, se sonrojó—. Debe de haber caído entre las páginas del libro cuando se abrió el cofre.

Vacilante, trató de coger el guardapelo, pero yo se lo impedí, y colgándomelo al cuello le dije:

—Hacer que esto llegue a Haven era, es, mi cometido. Lo guardaré hasta que lleguemos allí.

Se quedó mirándome largamente, fue un largo silencio. Luego, plegando las manos sobre su regazo, temblorosa en medio del frío de la noche, me dijo:

—Entonces, ¿iremos allí?

—No creo que sea buena idea quedarnos aquí —dije con un bufido—. ¿No os parece?

No muy conforme, asintió. Aunque no puede decirse que mostrara entusiasmo, al menos estaba de acuerdo. Al canto de una lechuza le respondió otro, lejos, en la espesura del bosque. Miré en derredor, contemplando el bosque y la noche. No tenía ni idea de dónde estábamos, apenas sabía que nos separaba «una distancia oscura» del lugar donde había sido atacado el esquife. Cerré los ojos, tratando de imaginar un mapa y el punto de ese mapa en el que nos encontrábamos. Sólo conseguí hacerme una idea de que estábamos a un día de navegación de Haven, tal vez dos o tres días andando. Lo único que sabía con certeza es que teníamos que dirigirnos hacia el oeste.

—Llegaremos allí —dije, tratando de mostrarme animado, pero sólo conseguí reflejar cierta esperanza en mi voz—. Estaréis a salvo en brazos de vuestro prometido antes de que os deis cuenta.

La expresión de Aline se volvió pétrea.

—Y más afortunada de lo que jamás pude soñar.

Puse cara de disgusto y traté de decir algo para borrar la presión de aquella frase

que no había sido pronunciada para sus oídos, pero no pude encontrar las palabras. Se puso de pie bruscamente, reuniendo mis mugrientos atavíos festivos.

—Quitaos las botas —dijo, al tiempo que se despojaba de sus pequeños zapatos. Y cuando la miré con expresión extrañada, sin entender, indicó con un gesto las ropas húmedas y las botas mojadas que yo llevaba—. No tengo intención de llegar a Haven medio desnuda, mago. ¿Estáis vos dispuesto a caminar con las botas mojadas?

No, no lo estaba, pero al parecer tampoco estaba en condiciones de vigilar el fuego.

—Procurad sólo que se mantenga encendido. Eso podréis hacerlo, ¿verdad? Y dejad que yo lo vigile.

Eso sí podía hacerlo, y lo hice. A continuación me sumí agradecido, en un sueño reparador. Cada vez que me despertaba la veía sentada cerca del fuego, atendiendo unas veces al secado de nuestros zapatos y otras simplemente observando la danza de las llamas sobre la piedra. Sólo en las horas de mayor oscuridad me dejó vigilar a mí, y entonces ella ni siquiera durmió. Se acurrucó en el suelo delante del fuego, con los brazos envolviendo su cuerpo y la cabeza baja, pero no durmió. Allí estaba, con el rostro oculto y escuchando, por mucho que tratara de olvidarlas, las crueles e irreflexivas palabras de un mago idiota que se había atrevido a expresar la opinión de que debía considerarse afortunada de ser admitida en la cama de un viejo, un extraño que la había comprado, en lugar de llevar la vida de una solterona.

Y no es un suponer. Soy adivino y sé bien lo que pensaba.

Según se cuenta, hacía tiempo que Krynn había pasado por épocas de grandes transformaciones debido a que la falta de capacidad de los mortales para complacer a los dioses había desatado la irritación de éstos. Sin embargo, las orillas del río de la Rabia Blanca se habían mantenido casi iguales a través de todas estas etapas de agitación de los dioses en las que se habían depositado en su cauce piedras y cantos rodados provenientes del Muro de Hielo, cuando los glaciares avanzaron y luego se retiraron hacia el sur atravesando el mundo. A lo largo de las riberas del río, más allá de la roca, había a una capa profunda de tierra oscura y feraz. Allí abundan las bayas y ese año el otoño había sido benigno, con noches no demasiado frías y días cálidos. Los arbustos que bordeaban el río de la Rabia Blanca ya tenían sus ramas cargadas de frutos mientras los robles del bosque iban preparando sus bellotas.

La novia extraviada y yo no formábamos un grupo muy cordial. Ella caminaba delante, dirigiéndose hacia el oeste, y no hablaba mucho. Los tímidos intentos de conversación que había hecho el día anterior bien podrían haberse atribuido a otra persona.

—Mirad, no tenéis que hablar —me dijo al fin para poner coto a mis inútiles esfuerzos de entablar conversación—. Guardad vuestras energías para caminar y pronto estaremos en Haven; vos habréis cumplido vuestro cometido y estoy segura de

que encontraréis una bonita muchacha a la que acompañar en la fiesta.

Así que, como veis, no había mucha camaradería en nuestra marcha río abajo, pero al menos no pasábamos hambre.

Las orillas se elevaban y el río se encañonaba, y nosotros marchábamos siempre por las riberas rocosas, por debajo del nivel del Bosque Oscuro y ocultos a su vista. Así protegidos, no temía que los bandidos detectaran nuestras hogueras, pero sí me preguntaba si sería prudente encender fuego tan cerca de un reino dragontino. Aline, rompiendo otro de sus largos silencios, dijo que no era muy probable que la propia Beryllintranox, un dragón hembra, lo detectara y viniera volando a asesinarlos o a robarlos.

No puede interesarle un botín tan magro como somos nosotros dos —y señaló al otro lado del río, hacia Qualinesti. Los árboles, antigua marca fronteriza del dominio de una orgullosa raza, eran ahora la muralla del país del dragón verde—. Son todos diferentes, los dragones de Krynn, y el nombre de Beryllintranox, podría ser sinónimo de «codicia». Tiene toda una rica nación a la que atormentar y saquear. Elfos que otrora eran los señores del bosque trabajan ahora para llenar sus arcas. Los guardias que vigilan las fronteras son qualinestis, corrompidos por el poder que ella les otorga, y no están interesados en impedirnos la entrada a nosotros sino en impedir que salgan los suyos.

—Sabéis mucho sobre esto —dije, destripando la trucha que habría de ser nuestra cena.

Aline se encogió de hombros.

—Lo he sabido durante toda mi vida. Ayudar a los refugiados a escapar de ese lugar, de todas las tierras dragontinas ha sido la misión de mi abuelo desde antes de que yo naciera. —Miró a través del río a la oscura muralla del bosque de los elfos—. Ahora es la mía.

—Pero ¿por qué debe ser la vuestra? Ellos son elfos y jamás les importó un bledo lo que sucedía más allá de su bosque antes de que llegaran los dragones. ¿Por qué debe preocuparse alguien por ellos? ¿Por qué vos?

Me dirigió de soslayo una mirada breve, sarcástica.

—Creí que lo sabíais. Para conseguir un marido.

—Aline...

Su expresión se suavizó.

—Lo siento. Os habéis disculpado por eso y yo no debería sacarlo a relucir una vez más. Pero no temo tanto a la vida de una solterona como vos suponéis. Mi vida es mi vida, mago, me case o no. Vos pensáis que es una espera sin futuro de un hombre que venga a buscarme. No lo es. O al menos... no lo era. He dedicado mi vida a los libros, al estudio y a los vates, sí, a los vates. Vienen a menudo a la casa de mi abuelo, yo crecí entre ellos, y uno llegó a transformar un poema mío en una canción

para su laúd... —Se mordió el labio inferior. Su larga cara caballuna se cubrió de manchas rojas al ruborizarse.

Me dediqué a espiar, entrando y saliendo de su mente como una sombra que se desliza sobre el suelo. Ella había creído estar enamorada de aquel trovador. Durante un tiempo había tejido sueños, fantasías en las que aparecía el vate, pero no había tardado en desecharlos. Después de todo, ¿quién podría imaginar que un vate rubio y bien parecido podía interesarse realmente por una chica poco agraciada? Aline no.

Dejándose llevar por el hilo de sus pensamientos, Aline suspiró.

—Pero ahora he de casarme, y tal vez resultara más fácil si tuviera una cara bonita. —Bajó sus pestañas, ocultándolos ojos.

—Y con todo —dije, rellenando el pescado ya limpio con cebollino—, casada, con un marido que os acepta de buen grado o simplemente casada ¿qué es lo que esperáis hacer? ¿Vaciar uno por uno los Reinos Dragontinos hasta que un día todas las bestias se den cuenta de que se han quedado sin esclavos?

Ah, la suya no era una cara bonita, en absoluto, pero en aquel momento advertí algo en lo que no había reparado en todos los días que habíamos pasado juntos: los ojos de Aline eran extrañamente penetrantes.

—Mago —dijo con genuina curiosidad—. ¿Qué clase de vida lleváis? Un hombre que estudia con el Maestro Palin, que conoce a lady Usha, ¿no sabe todavía qué es lo que esperamos conseguir?

—No es una vida tan mala —farfullé, poniéndome de repente a la defensiva—. Y si hubiera conocido cuáles son vuestros anhelos, no lo habría preguntado.

—Pero podéis adivinar la respuesta, ¿no es cierto? —Con los ojos muy abiertos y una mirada pretendidamente inocente se corrigió—: No, no serviría de nada. Este tipo de respuesta no se puede sonsacar ni adivinar, hay que sentirla, señor mago. Pero eso es algo que no se os da muy bien, ¿verdad? Muchachas y tabernas, vuestra magia y una cuenta abierta en una taberna, en eso consiste vuestra vida, ¿no es así? Y si supierais cuáles son nuestros anhelos, qué es lo que tratamos tan desesperadamente de conseguir, ¿os importaría? Creo que no. —Se inclinó hacia mí, tocando levemente con un dedo el guardapelo de platino que colgaba de mi cuello. Fue un gesto sutil, y no fui yo el objeto de esa ternura—. Y sin embargo, lady Usha os envió conmigo, con esto.

—Un mago para transportar la magia —dije, sorprendido de apreciar amargura en mi propia voz—. Ya oísteis lo que dijo, imperfecto, sin embargo el hombre adecuado para la misión. —Miré a Aline y a la comida que se estaba haciendo—. Después de todo, creo que no lo estoy haciendo del todo mal.

Ante mi sarcasmo, Aline se retrajo.

Cuando por fin el pescado estuvo cocido, y lo hubimos comido y enterrado los restos para que los zorros no viniesen a merodear por nuestro campamento, Aline se

alejó de mí. Sólo nos separaban algunos metros de la orilla del río, y allí estuvo mirando a Qualinesti dominado por el dragón.

Después de un rato, con la voz temblorosa, dijo, no sé si dirigiéndose a mí o al bosque:

—Si no tuviese que hacer esto, no lo haría.

El chillido sostenido y sinuoso de la lechuza atravesó la noche. En sueños, Aline se estremeció cuando la melancólica llamada se introdujo en sus sueños. Apacible, el río se deslizaba entre las paredes rocosas y la primera escarcha del otoño relucía en las rocas. Yo estaba sentado junto a mi fuego hecho con magia, tiritando y esperando que mi cálculo de la distancia que nos separaba de Haven hubiera sido acertado. Ya me había cansado de dormir sobre la piedra y de comer sólo a veces, cansado de conducir a esta novia hacia su boda.

Aline se despertó sobresaltada.

—¡Shhh! —musité, muy quedamente, y puse la mano sobre su boca. Con los ojos abiertos de par en par se resistió, pero luego se calmó al ver lo que yo veía.

Dos figuras oscuras aparecieron en la orilla opuesta, una más alta que la otra. La más alta iba armada, y la luz de las estrellas se reflejaba sobre las aceradas puntas de su carcaj. La otra era una mujer, e iba un poco encorvada, llevando algo. En absoluto silencio el hombre sacó una canoa escondida entre los arbustos y la bajó hasta el agua. Mientras estabilizaba la embarcación, estiró los brazos para coger lo que la mujer llevaba en los suyos: un niño envuelto en una tela oscura. La mujer subió a continuación, volvió a coger al niño y sin romper para nada el silencio, su compañero incorporó la canoa a la corriente, cruzando el río en una noche sin luna. Sus rostros se veían blancos a la luz de las estrellas, y sus ojos, oscuros como pozos. Estos dos, amantes tal vez, quizás marido y mujer, que en los días anteriores al dragón posiblemente no habrían soñado jamás con abandonar su patria, se apartaban de las orillas del río de la Rabia Blanca, se marchaban para siempre de Qualinesti.

De repente se oyó el llanto penetrante del niño repentinamente amortiguado contra el pecho de su madre. El corazón me dio un salto, tan alto había sonado el sollozo en la noche. Aline se puso de pie y antes de que pudiera detenerla se acercó a la orilla del agua. Rápidamente la arrastré hacia atrás.

—¡Quieta! Uno de ellos va armado...

—Llevan un niño con ellos —musitó—. Mago, debemos ayudarlos.

—No. —La cogí por el brazo—. No. Quedaos aquí, Aline. Si os llega a ver el padre de ese niño no se parará a averiguar si sois amigo o enemigo. Defenderá a su familia.

Se contuvo, aunque de mala gana, y seguimos observando cómo la embarcación de los elfos se aproximaba al lado del río correspondiente al Bosque Oscuro. Hábil con el remo, el elfo aprovechó un pequeño remolino para hacer que la canoa rodeara

un saliente de la roca para embocar el estrecho paso que quedaba entre la roca y la orilla.

—Lo conseguiré —susurró Aline, su aliento cálido contra mi cuello.

Lo mismo pensé yo. Le cogí la mano para hacer que se internara más en las sombras.

Un estridente grito de dolor rompió el silencio de la noche. La canoa se tambaleó, súbitamente desequilibrada al caer el remero por la borda. Le siguió otro grito, el de una mujer que se sacudió antes de caer también al agua seguida del niño que gimoteaba. Sólo se oyó una leve salpicadura cuando golpeó en el agua. A la luz de las estrellas vi una flecha que se estremecía en el hombro de la madre al caer.

—¡No! —gritó Aline. Se retorció tratando de liberarse de mi sujeción. Su codo se clavó entre mis costillas y ella aprovechó ese momento de dolor inesperado para soltarse y correr a zambullirse en el río de la Rabia Blanca. Jadeando en el agua fría, se dirigió hacia la madre y el niño. Y yo... bueno, ¿qué iba a hacer? Maldiciendo la seguí, sumergiéndome en el agua helada.

El frío robaba vigor a mis músculos, y cada brazada parecía más difícil que la anterior. Cuanto mis nadaba, más rápida parecía la corriente del río que alejaba a la mujer elfa de mí. Agitándose en el agua ella trataba de ponerse de espaldas y mantenerse así. Sólo tenía bien un brazo, y con él tenía que mantener al niño fuera del agua. Voló una flecha, luego otra. En la lejana orilla se oyó la áspera risotada de alguien que hacía burla del arquero por su mala puntería. Vencida por el río, la mujer elfo giró sobre sí misma y se volvió a hundir con niño y todo. Se oyeron vítores en el lado qualinesti del río de la Rabia Blanca.

«Se ha ido —pensé—, se ha ahogado».

La mujer volvió a aparecer en la superficie, sosteniendo en alto al niño.

—¡Allí! —gritó alguien—. ¡Hay más con ella! ¡Dispara!

Una flecha me pasó rozando la oreja, otra se hundió en el agua delante de mí. El río tiraba de mí, pugnando por arrastrarme hacia el fondo, incluso cuando miré en torno para ver dónde estaba Aline. Ella no se había esforzado por atravesar la corriente como estaba haciendo yo. Se dejaba llevar, nadando a favor de la corriente. Estaba a unas cuantas brazadas de la madre y del niño.

La mujer elfo, su rostro como un óvalo blanco, me vio y sus labios entonaron una doliente plegaria a un dios desaparecido.

—¡E'li! —gritó— ¡E'li!

Redoblé mi esfuerzo, pataleando contra el río, y la mujer elfo fue a parar al saliente de una roca dando un golpe tan fuerte que oí cómo era despedido el aire de sus pulmones. La sangre fluía en el agua helada formando remolinos en torno a la piedra. Sostenido en alto, el niño lloraba. El agua se arremolinaba en torno a la mujer que volvió a fijar en mí sus ojos grandes y oscuros.

—¡En el nombre de E'li! —dijo mientras jadeaba y tosía, mantenida contra la piedra por la fuerza de la corriente. Echaba sangre por la boca—. ¡Coged a mi niño!

Lo intenté, todavía demasiado lejos de ella, pero lo intenté. Una mano surgió de las aguas, un brazo blanco la siguió. Aline salió del río entre la mujer y yo, tratando de coger al niño.

Sangrando, la madre trató de entregárselo. Sollozando, Aline procuró llegar. El río, celoso de su presa, sujetaba a la mujer con mano firme, tirando de ella hacia el fondo, y arrasado al niño con ella. El agua helada manchada de sangre se cerró sobre sus cabezas. Aline dio un grito, un largo sonido inarticulado de rabia. Se sumergió, buscando, y volvió a salir, jadeando. La cogí y la sostuve, haciendo presión contra ella con mi cuerpo para sostenerla contra la roca.

Llegaron voces amortiguadas desde la lejana orilla, el sonido de búsqueda. Luego:

—¿Han desaparecido? —gritó uno.

—Muertos —dijo otro, riendo.

Aline lloraba, sacudido todo su cuerpo por los sollozos.

Corriente abajo, entre los remolinos de la corriente, una pequeña forma blanca iba tambaleándose. Era el niño ahogado. La madre asesinada no se veía por ninguna parte. Después de un rato no hubo más flechas, no se oyeron más voces. Transcurrido un tiempo, abandonamos el refugio de la roca y volvimos a surcar el agua hacia la orilla.

Allí estaba, desconsolada. Como si los elfos fueran de su familia, como si el niño hubiera sido arrancado de su propio seno. Aline Carael estaba ante mi fuego de mago, blanca y sollozante. No sabía cómo consolarla, nada que yo pudiera decir podía cambiar su tristeza.

—Se han ido —sollozaba. Con las lágrimas fluyendo de sus ojos hinchados y enrojecidos me miró y se lamentó—. No pude salvarlos. Ellos... —Se interrumpió, estremecida. Con los ojos muy abiertos y presa de algún pensamiento repentino y temible, estiró su mano hacia mí, frotándome el cuello con los dedos—. ¡El guardapelo... se ha perdido...!

—No —dije, rebuscando en mi camisa empapada—, no, está aquí, está bien, lo tengo. —Me lo saqué por la cabeza y puse el pequeño guardapelo en mi mano—. ¿Veis?

En la oscuridad se acercó más, sollozando todavía, tiritando tanto que parecía que se le iban a descoyuntar los huesos.

—Mirad, aquí está —dije, abriendo el guardapelo. Lo sostuve ante sus ojos, las dos partes abiertas. Tomé aliento para decir algo más, para asegurarle que aunque tres elfos habían sido engullidos por el río, víctimas de su destino, seguramente otros se salvarían. Pero exhalé el aire, como un mudo fantasma.

Lo que había en mi mano era un retrato de Aline Caroel. Ah, Aline, con su larga cara caballuna y su nariz acorde, con el pelo del color del barro y los dientes demasiado grandes. Lady Usha no había tratado de dorar la píldora, se había limitado a presentar a la muchacha como era, pero parecía que había centrado la atención en sus ojos. Éstos eran, como observé entonces, tan verdes como la primavera, brillantes y vivos como la luz del sol reverberando en el agua, Me atraparon, aquellos ojos tan delicadamente pintados por los pinceles de lady Usha Majere. Un estremecimiento se apoderó de mí, recorrió mis huesos y mi sangre. Tan llenos de vida estaban los ojos que no pude apartar la vista de ellos, y al mirarlos vi reflejarse en mí un espíritu lleno de generosidad y de una fuerza enorme, con una belleza que nada tenía que ver con un rostro bonito ni con unas formas encantadoras. Esta belleza, más preciosa que las joyas, tenía que ver con el alma y siempre residiría en ella, fuera cual fuese el envoltorio.

—En nombre de todos los dioses —susurré yo, un hombre nacido en una época posterior a los dioses.

Ese retrato había sido hecho para atraer el corazón de un hombre viejo hacia su joven esposa, era un presente para allanar el camino a Aline. No me importaba. No me importaba, porque en un instante había visto destellar en los ojos de la muchacha viva lo que había visto en el retrato, una expresión que me hacía sentir capaz de derribar torres por ella, de devastar ciudades sólo para que ella me viera, me viera realmente, para que conociera mi corazón del mismo modo que me había sido dado conocer el suyo.

Ésta, ésta era la muchacha a la que yo había herido tan irreflexivamente; la chica de la que había dicho que nadie podría amarla simplemente porque no era bonita, a la que había considerado afortunada por el simple hecho de encontrar un marido.

—Mago —dijo Aline, y vacilante, con la mano temblorosa, me tocó la mejilla con el dedo.

Entonces supe que estaba llorando. Sentí mis lágrimas porque ella lo había hecho, sentí mi pena porque ella la había sentido. Conocí con feroz brusquedad el terror de un amor tan profundo como para romperme en dos, un amor sin el cual ya no podía concebir la vida.

—¿Qué pasa? —preguntó, con los ojos muy abiertos y los labios temblorosos. Por primera vez en todos los días que hacía que nos conociáramos, pronunció mi nombre—. Madoc, ¿qué sucede?

Le mostré el retrato, el precioso encanto formado de pinceladas y pintura y la magia secreta de Usha Majere. Aline miró el retrato, luego me miró a mí otra vez. No dijo nada, pero sus labios se movieron esbozando una protesta, un lamento, palabras de temor.

—Aline —dije con voz quejumbrosa.

Su pecho se hinchó al inspirar profundamente. No sé lo que hubiera hecho aquel anciano de Haven con el retrato en su mano y la muchacha llena de vida en su cama, pero supe, en el momento mismo en que toqué su mejilla, lo que iba a hacer yo.

Aquella noche no había en mí ni sombra de sensatez. No tenía conciencia. Sólo sentía el anhelo profundo de esta mujer, de su corazón y del dulce encanto que había conmovido mi alma como nada lo había hecho antes. Atraje hacia mí a Aline, que se resistió pero no demasiado. En sus ojos estaba todavía ese vacío desolado, esa pena por la madre y el niño ahogados, por el padre que, después de todo, no había podido guiar a su familia a buen puerto. Se sentía vacía, lo supe al mirarla. Lo supe al deslizarme subrepticamente en su corazón y en su mente, yo, Madoc el Adivino, como una sombra silenciosa. Fue ese vacío el que abracé, ansioso de llenarlo con lo que sabía de ella, con su encanto genuino, con su valor y la ternura de su corazón. Le eché hacia atrás la cabeza y la besé, hundiéndome en los pozos verdes de sus ojos brillantes. Ella se resistió, pero sólo un poco. La mano que me apartaba pronto dejó de hacerlo para atraerme hacia sí.

Nos amamos largamente aquella noche. Ella, una doncella que no era tan tímida; yo, el hombre decidido a atarla a mí, a tenerla y conservarla, y al diablo con los elfos y con Lir Wrackham y con la propia lady Usha. Sin embargo, algo se transformó en mí, y ese deseo de atarla se convirtió en un deseo de dejarme sujetar, y yo, que no hacía tanto le había dicho que mis ejercicios en la cama con mujeres no habían pasado de eso, de ejercicios saludables, entendí la pobreza de aquellas noches, la superficialidad de aquellos días. Así como yo puedo encender fuego sobre la piedra desnuda, esa muchacha encendió un fuego en mi corazón, un fuego que se avivaba a cada contacto, que se alimentaba a cada beso.

Pero por la mañana, con el sol que brillaba sobre el río para transformar en cortinas grises la bruma que se levantaba, me desperté solo, con los brazos vacíos, sólo con el leve aroma de su piel pegado a mi propia carne. Aline estaba lejos de mí, al otro lado de un fuego crepitante, encendido con broza y ramas; éste era el fuego propio de Aline, y con él entre nosotros, dijo:

—Es hora de partir, debéis llevarme a Haven, mago.

Mago, no Madoc.

La miré como un hombre que ha perdido el sentido, sintiendo que la sangre se enfriaba en mis venas.

—¿A Haven? —dije, como si nunca hubiera oído hablar de esa ciudad—. No, yo... Aline, no. No puedo hacer eso ahora. Tú no puedes... —Me incorporé, procurando entender—. Te amo —dije, como si eso pudiera bastar para hacerla cambiar de idea, para hacerla entender—. Te amo y no puedo llevarte a Lir Wrackham. —Fue como si al pronunciar el nombre cayeran piedras de mis labios.

Eché mano al guardapelo, al pequeño hechizo de amor, como si sirviera para

corroborar mis palabras. Ya no estaba alrededor de mí cuello, y cuando levanté los ojos, sorprendido, lo vi en torno al suyo, el pequeño rectángulo de platino engarzado con chispas de rubí.

A la luz de la mañana, su largo rostro se veía pálido.

—Tú me amas, Madoc —dijo mi nombre pausadamente, ese nombre que tan pocas veces había pronunciado, y sonó como un suspiro—. Eso crees. Pero tú sabes de magia, sabes de hechizos.

Yo sé de magia, sé de hechizos. Sabía qué astuta hechicería había practicado la señora de Solace. Ningún encantamiento suyo me había hecho cambiar de idea, no había transformado súbitamente a Aline en una mujer hermosa, no la había revertido de una máscara de magia para confundir mis sentidos. No, nada de eso. El encantamiento de lady Usha había abierto mis ojos.

—Aline, escucha —dije, atropellándome, tropezando en las palabras, en los pensamientos y en súbitas esperanzas—. Escucha, tú dijiste (te oí la otra noche), dijiste que si no tuvieras que hacer esto, no lo harías. No tienes que hacerlo. No tienes que ir a Haven. Puedo llevarte lejos, más allá de Haven, encontraremos algún lugar para nosotros...

—Madoc —murmuró, y ahora sus labios temblaban, casi imperceptiblemente. En sus ojos de primavera había un brillo de lágrimas—. ¿Todavía no me entiendes? ¿No sabes que tengo un... destino? —Se ruborizó por usar ese término poético—. He hecho promesas. —Miró por encima de su hombro hacia la corriente del río, a la fría rumba de tres elfos que no habían encontrado el camino hacia la libertad—. Si la labor de mi abuelo queda inconclusa, ¿cuántas vidas más se cobrará el río, vidas de gentes tan desesperadas por la libertad como para arriesgarlas y también las de sus preciosos hijos? Yo puedo salvar vidas, Madoc. Puedo hacerlo.

Fui y me senté junto a ella, temblando en el frío de la mañana. La cogí en mis brazos. En mi mente surgió una idea loca de levantarla y huir con ella, o de volver a yacer con ella y amarla otra vez, desesperadamente, para atarla a mí. Ella se apoyó en mí, confiada, y me limité a besarla suavemente.

Feúcha, había dicho de ella, y había hecho un inventario de todos sus defectos en el momento mismo en que la vi. Feúcha, ¿cómo podía haber pensado eso? Era la mujer más adorable que había conocido. Su espíritu generoso orillaba en sus ojos, la osadía de su corazón lucía en cada mirada, hasta en la sonrisa triste y pesarosa que me dedicaba ahora.

—Por favor —dijo—, ayúdame a terminar lo que he empezado. Por favor, Madoc, llévame a Haven.

A Haven, a un hombre viejo que esperaba para casarse con ella y cofres que se abrirían y derramarían el dinero necesario para financiar planes secretos para liberar a los Reinos Dragontinos, para alentar a los refugiados hacia la libertad. Ah, las causas

perdidas de lady Usha.

Mi corazón se rebelaba, se debatía dentro de mí. No estaba dispuesto a perder este amor que había encontrado. No la entregaría a Lir Wrackham. ¡No renunciaría a ella!

Pero esa rebelión del corazón era tan desesperada como cualquier causa perdida de la que se hubiera oído hablar, lo supe cuando Aline cogió el guardapelo de su pecho, deslizó la cadena por su cabeza y lo puso en mi mano con suavidad

—Ahora ya no lo necesito, Madoc —dijo, y con los ojos brillantes por las lágrimas susurró—: Tú me enseñaste la verdad de mí misma, el...

Ah, ésta era Aline, mi Aline. Ella se ruborizó ante la palabra sin atreverse a pronunciarla.

—El encanto —dije, sintiendo que la garganta se me cerraba.

—Sí —afirmó, con una leve sonrisa—. El encanto.

Amaba a la muchacha. Estaba transido de amor. Cobarde, me había llamado Tarya, la mujer elfo, me lo había llamado en el momento mismo en que me conoció, y lo había hecho otra vez el día que partimos de Solace. Bueno, no se puede negar que era bella, Tarya de Qualinesti, y sin duda era valiente, pero no había sabido juzgar mi carácter. Miré el guardapelo, ese cuadrado de platino como un trozo de luz estelar forjada, y me lo colgué al cuello. Tenía el calor de la mano de mi amada y se posó, con la levedad de un suspiro, sobre mi corazón.

Lir Wrackham me vistió de fiesta para su celebración. Me demostró su gratitud por los buenos y generosos cuidados que había dispensado a su desposada vistiéndome de seda y satén. Me dio anillos de oro para las manos y botas de la piel más suave para calzar mis pies. Era un hombre rico, de modo que puso en mi mano una abultada bolsa llena de monedas de acero.

—En señal de agradecimiento —dijo—, para haceros saber cuánto aprecio las atenciones que tuvisteis con mi Aline.

Mi Aline...

Lo dijo un hombre que nunca había visto el guardapelo que llevaba yo al cuello, un hombre que sabía mirar a los ojos de una persona y encontrar la verdad. Un anciano enclenque, de ojos legañosos y calva incipiente y cuyas manos temblaban por la edad. Dijo el nombre de mi amada como si estuviera pronunciando una plegaria. De esa misma manera pronunció sus votos de matrimonio, mirando largamente a los ojos de primavera de su prometida. Y ella, con la cabeza alta, hizo también voto de amar y honrar al anciano.

Yo observaba desde el fondo del gran salón, con la bolsa de monedas de acero que pesaba en mi cinturón, y si había llevado finas vestiduras en los días anteriores a la boda, no lo hice el día en que se hicieron los votos. Me había vestido, en cambio, con sólidas botas, gruesas calzas de lana y una camisa de ante.

—Ropa de viaje —dijo uno de los huéspedes, el único elfo que estaba presente en

los festejos—. No tenéis el aspecto de un hombre que va a quedarse mucho tiempo en las celebraciones.

—No —dije, con los ojos fijos en la desposada—. Tengo una cita en Solace. Se encogió de hombros.

—Pues es una verdadera pena. Al parecer va a haber una bonita celebración aquí esta noche.

Reconocí que así era.

—Pero hay una dama a la que no quiero hacer esperar.

El elfo rió y dijo que debía de ser una amante muy exigente esa dama mía.

—No es una amante —dije, sin apartar los ojos de Aline que brillaba enojada bajo la luz de las velas.

No, no era una amante, sino una amiga, sin duda, la amiga que me habla hecho recorrer un largo camino hacia Haven y a la que le gustaba luchar por causas perdidas. Mientras estaba allí, en Haven, me di cuenta de que me había considerado uno de esos hombres que no pueden ver dónde reside la auténtica belleza, que no saben el coraje que se necesita.

Volved, había dicho lady Usha cuando me encomendó la misión, volved y contadme lo que Madoc el Adivino descubrió en este viaje.

Se oyeron vítores en todo el salón cuando Lir Wrackham se inclinó para besar a su desposada. Aline, al volverse para recibir el beso, me vio. Los labios del anciano tocaron los suyos, los ojos de Aline se encontraron con los míos y yo presenté al elfo mis excusas diciendo que debía marcharme cuando todavía quedaba día por delante.

Vinculos de sangre

John Grubber

—¡Vamos, Oleth! ¡Mueve ese culo perezoso!

—¿Adónde vamos? —jadeó Oleth.

—A la caverna —gritó Eliamm saltando del carro.

La caverna estaba a unos diez metros, pero bien podría haber estado a cincuenta kilómetros a juzgar por la aterrorizada expresión de Eliamm. Podían oír las pisadas de la bestia gigantesca chapoteando en el agua detrás de ellos, acercándose, sonando como los truenos de una tormenta inminente. El tyler —una criatura que era en parte dragón y en parte otra cosa horrorosa— todavía no había salido de la ciénaga, pero cuando llegara a terreno llano, la distancia que había entre ellos y la bestia quedaría anulada en un instante.

La caverna no ofrecía garantías de seguridad, pero era su única esperanza. Los hermanos treparon por un saledizo de roca dejando atrás el carro y el alce muerto. El tyler lanzó un rugido aterrador que el eco propagó a través de los árboles al salir de la ciénaga. El reptil redujo el carro a astillas de un violento zarpazo y aplastó contra el suelo el alce a medio desollar. Llegó al pie de la pared rocosa en menos que canta un gallo, aferrándose con sus enormes pies a la pendiente cubierta de talos. Olfateando el rastro, el tyler inclinó la astada cabeza y volvió a rugir.

Oleth, con sus quince años, era el menor de los dos hermanos y también el más tosco como resultado de una mala crianza y de su aversión al trabajo. Había sido el primero en encarar la pared rocosa. El pánico le había dado alas a su pesada estructura llevándolo a superar a su hermano mayor, de forma más atlética. Eliamm no se había dejado llevar por el pánico a la vista del monstruo. Incluso había tenido la presencia de ánimo necesaria para recoger el arco y las flechas al primer indicio de la presencia del tyler que se acercaba por la Nueva Ciénaga.

Alcanzaron la caverna y se dieron cuenta de que era mucho más pequeña que cuando jugaban en ella de niños.

—¡No voy a caber! —dijo Oleth, jadeante.

—¡Seguro que sí! ¡Mete la barriga!

Oleth aspiró hondo y, como el miedo hace maravillas, consiguió deslizar su

voluminoso cuerpo en la caverna que había sido un puerto seguro en su adolescencia, un lugar donde dos muchachos granjeros se refugiaban de la correa de su padre o de dos molestas hermanas menores.

No habían hecho más que entrar cuando el tyler golpeó la pared rocosa con la cabeza tratando de introducir por la abertura su mandíbula armada de poderosos colmillos. Los dos jóvenes se pegaron a la pared del fondo de la cueva, apretándose contra ella cuanto les fue posible, esperando, rezando. Eliamm disparó una flecha a la cabeza astada del tyler. Oleth gritó de alegría cuando la flecha dio en el blanco, pero no produjo el menor daño ya que rebotó en las gruesas escamas pardas y fue a caer al suelo de la caverna.

Los tyler no tienen fama de inteligentes precisamente y, después de golpear la cabeza contra la roca unas cuantas veces, la bestia se dio por vencida y se alejó. Eliamm se arrastró hacia la entrada de la cueva y escudriñó la creciente oscuridad. El tyler había vuelto al carro, levantó el cuerpo del alce, cogió la cabeza entre los dientes y la separó del cuerpo. Los muchachos permanecieron sentados en silencio a la entrada, observando cómo el fruto de dos días de rastreo acababa engullido por el tyler en dos bocados.

Furioso, Eliamm le disparó otra flecha. Rebotó en las gruesas escamas. El monstruo ni siquiera parpadeó. Terminada su comida, con la barriga llena, empezó a cabecear. Con un profundo ronquido se dio la vuelta y no tardó en quedarse dormido, subiendo y bajando sus abultados flancos a un ritmo constante.

—¡Ahora! —dijo Eliamm.

Los dos se deslizaron hacia la entrada de la cueva confiando en salir subrepticamente mientras la bestia dormía. Eliamm salió y resbaló sobre la grava suelta. Las pequeñas piedras salieron rodando por la pared rocosa.

El tyler se quejó entre dientes, se removió y entreabrió un ojo.

Los hermanos volvieron a introducirse en el refugio. Eliamm empezó a pasear, frustrado, cansado de estar allí acorralado, impaciente por escapar. Oleth se acomodó en el fondo de la cueva y pronto estaba roncando estentóreamente, contento de esperar hasta que se fuera el tyler.

Cerca del amanecer, Eliamm despertó sobresaltado. El misterioso ruido que lo había despertado no era un sueño. El sonido empezó como un suave canturreo, se transformó en un quejido audible y descendió otra vez al tono inicial y así se repitió varias veces. Eliamm se quedó escudriñando la luz incipiente, tratando de encontrar el origen, pero no consiguió ver nada. No fue a él al único que perturbó el sonido. El tyler se despertó, se levantó torpemente y se puso en marcha, dirigiéndose hacia la ciénaga por el camino por el que había venido.

—Eh —dijo Eliamm pateando a su soñoliento hermano—. Ya podemos irnos.

Se quedaron mirando apenados los restos del carro. No quedaba nada del alce. No

había más remedio que volver a casa con las manos vacías.

Su padre los haría responsables de la pérdida del carro, de las provisiones y de la caza. Liam MacKeown no era un hombre paciente. No era injusto ni violento, pero no soportaba las excusas de sus dos hijos. Solía escuchar lo que decían, resoplar incrédulo y ordenarles a continuación que limpiaran el establo o la pocilga como castigo. Su madre, Isabelle, solía creer a sus hijos. Más bien solía creer a Oleth, su favorito, que a sus ojos no podía hacer nada malo.

Los hermanos emprendieron el camino, pateando piedras y culpándose mutuamente. Si Oleth no hubiera sido presa del pánico..., si Eliamm hubiera tenido mejor puntería... La discusión continuó hasta que rodearon la última curva del camino que llevaba a la granja de sus padres. Ninguno de los dos prestaba demasiada atención a donde ponía los pies, y los tomó por sorpresa cuando Oleth cayó en una gran zanja, de bruces en el espeso fango.

Maldiciendo, se levantó y usó la manga de su camisa para limpiar el barro de su cara redonda. Eliamm le tendió una mano, riendo, para ayudarlo a levantarse.

—Para empezar, ¿quién cavó esta zanja? —gruñó Oleth.

Eliamm examinó la zanja más de cerca. Lo que vio no le gustó nada. Levantó la cabeza, mirando a la carretera.

—No es una zanja, Oleth —dijo en voz baja—, a menos que una zanja tenga dedos.

Era una huella. Una huella de casi metro y medio de largo, con tres grandes dedos. Un poco más lejos había otra huella, otra más. La vegetación estaba aplastada y pisoteada.

Los muchachos emprendieron una carrera aterrorizada. Las huellas conducían hacia la casa.

—¡Mamá! —gritó Eliamm sin aliento, entrando en el patio—. ¡Papá!

—¡Kira! ¡Selah! —llamó Oleth a voz en cuello a sus hermanas pequeñas.

No hubo respuesta. Ni siquiera ladró el perro. Eliamm vio enseguida la causa. El cadáver del perro yacía, destrozado y ensangrentado, cerca de la casa que había defendido hasta la muerte. Cadáveres de otros animales —vacas, perros— aparecían esparcidos por todo el patio. Las moscas zumbaban y aves ávidas de carroña salieron aleteando disgustadas al ver interrumpido su festín por la llegada de los muchachos.

La casa estaba en ruinas. Las paredes habían sido atravesadas y el techo estaba parcialmente caído. Del granero, que antes se encontraba junto a la casa, no quedaba más que un montón de madera astillada y piedras.

Levantaron la puerta rota que había sido arrancada de sus bisagras, y entraron en la casa. Sus pies hicieron crujir trozos de cristal de las ventanas y de utensilios de loza. Se colaron entre las ruinas, buscando señales de vida, llamando hasta quedarse roncós.

Oleth empezó a lloriquear.

—¡Están todos muertos! ¡El tyler los mató a todos!

—¡No, no están muertos, Oleth! —dijo Eliamm con tono sombrío—. ¡Mira a tu alrededor! Por todas partes hay perros y vacas muertos, pero ningún cuerpo humano. ¡Están vivos!

—Entonces, ¿adónde han ido, Eliamm? —preguntó Oleth.

—Es probable que se hayan refugiado en casa de los vecinos, de los Van Gruten —respondió Eliamm.

—Te estás tomando esto con una calma pasmosa, Eliamm —dijo Oleth con tono acusador—. Creo que no te importa lo que les pueda haber pasado.

—Sí que me importa —replicó Eliamm—. Pero como no les ha pasado nada, no estoy preocupado. —Hizo una pausa y miró la casa en ruinas—. ¿Has notado algo extraño, Oleth? Todo lo de valor que poseíamos ha desaparecido. Las joyas de mamá, el dinero de papá. No aparecen ni destrozados ni rotos. Han desaparecido.

Los muchachos atravesaron los campos corriendo; la esperanza y el temor les daban tuerzas. Pero en cuanto vieron la cerca de los Van Gruten destrozada, supieron lo que les esperaba más adelante y su marcha se hizo más lenta, perdidas las esperanzas. También allí se veían las horribles pisadas, la misma muerte, la misma destrucción. Sólo que esta vez había cuerpos humanos mezclados con los perros y las vacas muertos. Los cuerpos habían sido destrozados, algunos de ellos de manera tan despiadada que los muchachos no pudieron reconocer a sus vecinos de toda la vida. Por lo que se veía, los Van Gruten, veteranos de la Guerra de Caos, habían tratado de luchar con el tyler. En el patio había flechas partidas y Eliamm encontró una mano cortada aferrada todavía al mango del hacha.

Había carretas volcadas y aplastadas como paja, y huellas de garras enormes clavadas en la vieja madera. Los graneros habían sido destruidos pero, cosa extraña, la casa todavía estaba casi intacta, aunque habían roto las ventanas y habían destrozado las puertas. Había huellas gigantescas del tyler por todo el patio.

A la vista de los cuerpos mutilados, Oleth cayó de rodillas y vomitó. Eliamm logró a duras penas sacar a su hermano de aquella escena de destrucción, e hizo que se sentara junto al pozo, en la parte trasera de la granja, y que bebiera un poco de agua. A Eliamm le tocó terminar de examinar los cuerpos y buscar entre los escombros.

Cuando volvió, encontró a su hermano algo recuperado, aunque estaba tirado, hecho un ovillo, con las lágrimas resbalándole por la cara.

—No están aquí —dijo Eliamm—. No están entre los muertos. He encontrado a los dos Van Gruten y a su hijo mayor, Haim, pero eso es todo. Ni rastro de todos los demás.

—Entonces, ¿dónde están, Eliamm? —preguntó Oleth en tono lastimero—.

¿Dónde está nuestra familia?

—¿Cómo voy a saberlo? —soltó Eliamm, con los nervios de punta. La visión de aquellos cadáveres y la idea de la muerte tan cruel que habían tenido lo habían sacudido hasta la fibra más íntima. Quería con todas sus fuerzas sentarse y sollozar como Oleth, pero no podía permitírselo. Uno de los dos tenía que ser fuerte—. He mirado dentro de la casa. No se han llevado nada. Los candelabros de oro están sobre la mesa junto con las copas de plata de las que tan orgullosa estaba la señora Van Gruten.

—Claro, por supuesto —dijo Oleth—. ¿Para qué querría el tyler unas copas de plata?

—¿Y para qué querría el tyler las joyas de mamá? —preguntó Eliamm—. Y sin embargo han desaparecido.

Oleth lo miró y parpadeó.

—¡Escucha! —dijo Eliamm—. Ruedas de carreta. Alguien viene.

Los muchachos vieron una carreta pintada de colores brillantes que se detenía frente a la casa. Una figura menuda, vestida con un capote negro y que llevaba un gran saco, saltó desde el pescante al suelo.

—¡Fessik! —suspiró Eliamm.

Hubiera reconocido esa carreta de gitano pintada con colores estridentes en cualquier lugar, lo mismo que la mayor parte de los habitantes de la zona. Fessik era un buhonero que siempre tenía algo que vender, curar o maldecir. Iba de granja en granja, de ciudad en ciudad. Nadie más que él se atrevía a viajar de noche, pero la oscuridad y el miedo a las criaturas de la ciénaga no detenían al mercader.

Oleth dio un salto y a punto estuvo de decir algo, pero Eliamm le tapó la boca con la mano.

—¡Estate quieto! —susurró Eliamm—. Veamos qué se trae entre manos.

Fessik no pareció sorprendido ante el espectáculo de la carnicería. Casi ni miró los cadáveres. Se dirigió a la casa a toda prisa y entró decidido. La paciencia de Eliamm se vio recompensada al cabo de algunos minutos cuando Fessik salió de la casa con el saco que ahora abultaba más que antes. Abrió una puerta trasera de su carreta, arrojó la bolsa dentro, sacó otra vacía y volvió a dirigirse a la casa.

Eliamm salió a la carrera. Fessik tenía un oído muy agudo. Oyó a Eliamm antes de verlo, se dio media vuelta y corrió hacia la carreta. El buhonero era más rápido de lo que parecía y ya se encontraba en el pescante y estaba cogiendo las riendas cuando Eliamm saltó sobre él, lo levantó y lo arrojó fuera de la carreta, en medio del fango. Eliamm le sujetó los brazos contra el suelo. Una de las bolsas cayó de la carreta y su contenido se desparramó por el suelo.

Oleth cogió una copa de plata y la sostuvo en alto para que Eliamm pudiera verla. Recogió también un brillante collar de amatistas y lo levantó también.

—¡Ladrón, asesino! —gritó Eliamm, y sujetando al buhonero por el cuello con ambas manos lo levantó del suelo—. ¿Dónde están? ¿Dónde están?

—¡Yo no lo robé! ¡Lo encontré! —gritó Fessik, medio ahogado.

Eliamm le dio un puñetazo en un lado de la cabeza.

—¿Qué les has hecho?

Eliamm sacó el cuchillo de caza de su cinturón con una mano, sin dejar de sujetar al mercader con la otra. Se puso de pie y arrastró a Fessik con él. Lo alzó hasta el palenque y lo dobló hacia atrás sobre él.

Eliamm apretaba la hoja del cuchillo contra la garganta de Fessik.

—Te lo preguntaré otra vez —dijo con acritud—. ¿Dónde están?

Oleth lo miraba, conmocionado.

—Eliamm... —dijo vacilante.

Eliamm lanzó a su hermano una mirada furiosa que lo hizo callar.

—¡Me limito a robar en las casas vacías! —farfulló Fessik—. No le he hecho nada a vuestra familia. ¡Se habían marchado cuando llegué, lo mismo que aquí!

—¿De modo que robaste en nuestra casa, pero no tuviste nada que ver con la desaparición de nuestra familia? —dijo Eliamm pinchando la piel del mercader con la punta del cuchillo sólo para que sintiera el dolor—. ¿Cómo supiste cuándo debías venir? ¡Tú sabes dónde están! ¡Dilo!

La sangre goteaba por el cuello del mercader.

—¡Basta, Eliamm! —gimió Oleth—. ¡Ya basta!

—¡Está bien! ¡Te lo diré! Los traficantes de esclavos se los llevaron. Es todo lo que sé. ¡Lo juro! —gimió Fessik—. Estuve en tu granja hace dos días y todos estaban allí, pero cuando regresé ayer...

—¡Cuando viniste a robar! —le enrostró Eliamm, sacudiendo al buhonero hasta que sus dientes se entrechocaron.

—¡Se habían ido! ¡Los traficantes de esclavos ya habían estado allí! —se quejó Fessik—. Utilizan al tyler. Lo mandan por delante y luego llegan ellos.

La mente de Eliamm se llenó de visiones terribles. Vio a sus hermanas obligadas a trabajar en un prostíbulo, y a sus padres, encadenados. Liam preferiría morir a ser esclavo. Puede que ya estuviera muerto.

—¿Dónde? —preguntó Eliamm, aumentando la presión del cuchillo.

Fessik se estremeció con el dolor que tal vez era más imaginario que real.

—¡Basta! ¡Por favor! ¡Para! —rogó Fessik—. Tres días de camino hacia el este desde aquí. Hay un campamento. Solía reunirme con ellos allí cerca.

—¿Cómo llegamos allí? —exigió Eliamm.

Fessik se quedó mirándolo.

—¿Estás loco? ¡No sabes a qué te enfrentas!

—¡Responde! —Eliamm pinchó al mercader con el cuchillo, y esta vez el dolor

no fue imaginario.

—¡Me matarán! —jadeó Fessik—. ¡Sabrán que los he traicionado!

—Si no me lo dices —dijo Eliamm con sangre fría—, te mataré yo mismo. Elige. El buhonero miró a Eliamm a los ojos y vio en ellos su muerte.

Fessik les dio las indicaciones e incluso les dio un mapa rudimentario. Eliamm se lo arrebató, dio la vuelta y subió a la carreta.

—Sube, Oleth —ordenó.

Cuando el buhonero hizo intento de subir al pescante Eliamm le dio un puntapié que lo arrojó al suelo. ’

—Tú no. Arre —dijo Eliamm al caballo.

—¡No puedes dejarme aquí! —rogó Fessik corriendo tras la carreta—. ¡Mandarán al tyler en mi busca!

—Pues bien —dijo Eliamm.

—¡No los encontrarás! ¿Sabes? —chilló Fessik—. ¡Y si lo consigues desearás no haberlos encontrado!

Los paneles rojos y los adornos amarillos de la carreta estaba gastados y descoloridos, pero los colores seguían contrastando vivamente con la gris atmósfera de la ciénaga. La parte cerrada de la carreta era el hogar de Fessik y estaba realmente mugrienta. Había basura por todas partes. En el catre plegable se amontonaban unas mantas sucias. El suelo estaba lleno de sacos con el fruto de los robos. Eliamm ordenó a Oleth que aligerara la carga y éste tiró la basura, las bolsas, las vasijas y barriles por la entrada trasera de la carreta. El caballo apuró la marcha.

—¿Qué crees, Eliamm? —preguntó Oleth—. ¿Vamos a rescatarlos?

—Sí —dijo Eliamm como lo más natural del mundo—. Como mucho pueden llevarnos un día de ventaja.

El suelo volaba bajo las ruedas de la carreta que iba dando tumbos arrastrada por el veloz caballo. Se turnaron en las riendas hasta que Eliamm finalmente decidió hacer un alto. Si el caballo caía muerto por el camino y tenían que seguir a pie no harían más que retrasar la marcha, le dijo a su hermano.

Oleth había llorado hasta dormirse dentro de la carreta, tratando de sofocar sus sollozos para que su hermano no lo oyera. Después de unas cuantas horas de sueño reparador, Oleth se despertó para montar guardia. Eliamm se negó a dormir dentro de la carreta.

—Me gusta dormir bajo las estrellas —dijo, extendiendo su manta en el suelo.

Oleth, con aire ausente, atizó las brasas con un palo. Imágenes aterradoras de lo que le podría estar pasando a su familia cruzaron por su mente. Hizo todo lo posible por desechar sus pesadillas diurnas imaginando en cambio lo que podrían hacer para rescatar a sus seres queridos.

Llegó el amanecer, una hora de misterioso silencio en la ciénaga. Las criaturas de

la noche habían cesado sus andanzas nocturnas, pero las que merodean durante el día todavía no se habían despertado. De repente, el eco de un leve canturreo se propagó por la ciénaga, subiendo de tono al principio para volver a descender después y volver a elevarse. Oleth sacudió a Eliamm para despertarlo.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Oleth, temeroso.

Eliamm se incorporó.

—Es el mismo sonido que oí ayer, cuando estábamos en la caverna.

—¿Qué es? —insistió Oleth—. ¡He vivido en los pantanos toda mi vida y jamás oí algo así, Eliamm!

—No lo sé —respondió Eliamm, y añadió—: Pero fue lo que hizo que el lagarto gigante saliera corriendo.

Tomaron un desayuno frío mientras viajaban. La velocidad de su caballo y la falta de carga era lo que les daba ventaja. No llevaban prisioneros que retrasasen su marcha. Las huellas de la carreta de los traficantes eran fáciles de seguir, ya que ésta dejaba profundas roderas en el barro blando.

Los hermanos siguieron el rastro durante horas y ya estaban muy lejos de su casa. Era la mayor distancia que habían recorrido jamás por el interior de la ciénaga. Esta parte, situada al este de su casa, les resultaba extraña y desconocida. A medida que el sol bajaba hacia el horizonte, las sombras que poblaban los pantanos empezaron a hacerse más largas. Con la salida de la pálida luna llegó la bruma, una espesa niebla que los hacía tiritar mientras avanzaban. A su alrededor, la ciénaga se fue llenando de extraños sonidos a medida que las criaturas de la noche salían de sus madrigueras para cazar. El viento aullaba en lo alto de los árboles y los insectos se intercambiaban mensajes.

La fatiga del viaje constante empezó a afectar a los hermanos. Oleth la combatía echando algunos sueñecitos en la carreta mientras Eliamm conducía. Eliamm no se atrevía a dejar su puesto, temeroso de que Oleth pasara por alto alguna señal o tomara un camino equivocado. Eliamm se mantenía despierto, sentado junto a su hermano cuando le tocaba a éste conducir. Esporádicamente, encontraban huellas del tyler. Al parecer, el monstruo seguía el rastro de la carreta de esclavos. Con temor creciente, los hermanos continuaron su viaje de pesadilla. Cada ruido los hacía saltar. Cada chasquido de una rama, cada crujir de hojas era algo que los acechaba entre la maleza. Su marcha se hizo más lenta y en un momento dado pararon, presas del agotamiento. Encontraron un lugar seco, algo raro en los pantanos, y pusieron allí sus mantas.

Cuando llegó la mañana, se volvió a oír el canturreo de las dos mañanas anteriores, pero esta vez más alto y más cercano.

Poco después del mediodía, Eliamm detuvo la carreta de repente y saltó del pescante.

Empezó a correr por el camino, recorriendo unos cien metros, antes de trepar a un árbol. Oleth ató el caballo, cogió una oxidada hacha de hierro de la parte trasera de la carreta y salió en pos de su hermano.

—Veo una carreta más adelante —dijo Eliamm desde una rama—. Está en un claro, más allá del recodo.

—¿Están allí? —preguntó Oleth haciendo intención de trepar al árbol.

—¡Quédate abajo! ¡Pesas demasiado! —ordenó Eliamm—. No puedo ver el interior de la carreta, sólo veo una ventana con rejas en la parte posterior. No veo a nadie. El cochero debe de haber desenganchado los caballos para llevarlos a beber. ¡Es nuestra oportunidad! ¡Vamos!

Eliamm se descolgó del árbol y echó a correr por la carretera, seguido de Oleth.

Cerca del claro, los dos se ocultaron entre los helechos y las parras silvestres y, arrastrándose, fueron acercándose a la carreta de paredes de madera. Era enorme, tenía una altura suficiente como para que Eliamm pudiese estar de pie dentro. Debía de tener capacidad para veinticinco o treinta personas y seguramente sería necesario un tiro de cuatro caballos para arrastrarla. Pudieron ver un humo gris verdoso que salía de entre los paneles. De dentro llegaban unos gemidos sofocados y se veía asomar algunas manos por las rendijas.

—¡Vigila! —le dijo Eliamm a su hermano.

Oleth recorrió con la vista la ciénaga en torno a ellos para detectar signos del cochero o de los guardianes. Eliamm empezó a trajinar con el cerrojo que había en la puerta trasera de la carreta, tratando de abrirla con la hoja de su cuchillo. Todo lo que consiguió fue romper el cerrojo.

Eliamm cogió el hacha y empezó a descargar golpes sobre la cerradura. La quebradiza hoja del hacha se partió al primer golpe. La cerradura de acero permanecía intacta. Con una maldición, Eliamm tiró a un lado el mango del hacha. Oleth lo recogió pensando que podría ser útil.

Mientras trabajaba, Eliamm llamaba a los ocupantes de la carreta, pero los cautivos no daban ninguna respuesta inteligible. Se quejaban o gemían o farfullaban. Eliamm hendía la madera alrededor de la cerradura con lo que quedaba de su cuchillo cuando un movimiento de la maleza lo alertó y dejó de hacer ruido. El sonido llegaba desde el otro lado del claro.

Oleth advirtió un movimiento entre las plantas y rápidamente arrastró a su hermano mayor hasta los helechos. Ambos vieron al cochero que salía de entre los arbustos. Estaba solo y en la cabeza llevaba un casco rematado con unos curiosos cuernos. Llevaba un largo capote oscuro ceñido sobre el cuerpo. Cuando pasó delante de ellos vieron que ocultaba una gran joroba en la espalda y que una larga bufanda negra le cubría la cara. Daba la impresión de que iba desarmado y, por lo que pudieron ver, estaba solo.

Ni rastro de los caballos.

Mientras se escondían más profundamente en la maleza, los hermanos rogaban que el cochero no mirara la parte trasera de la carreta donde eran claramente visibles las melladuras hechas por el cuchillo.

De pie delante de la carreta, el cochero empezó a buscar entre sus ropas con sus grandes manos enguantadas, sacó un disco alargado unido a una larga cuerda y empezó a rebotarlo en el aire. Débilmente al principio, pero creciendo en intensidad a medida que aumentaba su velocidad, llegó el canturreo cuyo eco se había extendido por los pantanos las mañanas anteriores.

Los hermanos oyeron un crujir de hojas y ramas y no tardaron en descubrir qué era lo que arrastraba la carreta: el tyler salió rugiendo de los pantanos.

—¿Tuviste una buena caza nocturna? —preguntó el jorobado al tyler mientras enganchaba unas gruesas cadenas de hierro a la carreta y luego a un arnés de cuero que llevaba la bestia.

En cuestión de minutos, el tyler estuvo enganchado. El cochero hizo sonar un látigo y la carreta avanzó, rumbo al este, cada vez más lejos del que los muchachos consideraban su hogar.

Corriendo, volvieron a su propia carreta.

—No lo entiendo —dijo Eliamm—. ¿Por qué no nos contestó nadie? Todos parecían... ebrios.

—Olvídate de eso. ¿Qué vamos a hacer con el monstruo? —preguntó Oleth con voz entrecortada—. Podríamos ocuparnos del cochero, pero no de esa cosa.

—Tiene que haber una forma —dijo Eliamm—. Todavía no hemos pensado en ello.

Siguieron a la carreta de esclavos, manteniendo sin problema el ritmo de ésta. El camino era recto, de modo que se mantuvieron a distancia, marchando por los lados del camino, donde no pudieran verlos. Sospechando que estaban cerca del campamento del río, no querían correr riesgos. El tiempo se agotaba. Si no los rescataban pronto, tendrían que enfrentarse a algo mucho peor que un guardia jorobado.

El traficante hacía paradas frecuentes para tirarle al tyler grandes tajadas de carne. Cuando el sol ya estaba bajo en el horizonte, la carreta hizo otro alto, esta vez, al parecer, para pasar la noche. El cochero puso un jergón sobre el techo de la carreta y a continuación bajó, pasó las cadenas del tyler alrededor de un enorme sauce y las sujetó a un enorme clavo oxidado que clavó en el tronco.

Los muchachos encontraron un saliente en una roca y empezaron a desplegar sus mantas. Oleth se ofreció a montar la primera guardia cuando vio la fatiga en el rostro de su hermano y, al cabo de unos minutos, Eliamm estaba dormido.

Las horas siguientes pasaron lentamente. Oleth se distraía mirando las estrellas a

través de los escasos huecos que dejaba el espeso follaje. Sobre la ciénaga se cernía un extraño silencio. Probablemente los animales temieran al tyler. Oleth lo temía, sin lugar a dudas.

Vio cómo la brillante estrella roja del cielo norteño hacía un guiño al planeta, y cómo se elevaba en el cielo el disco plateado de la luna solitaria.

—¡Oleth! ¡Oleth! ¡Despierta! —Eliamm sacudió otra vez a su durmiente hermano.

Oleth abrió los ojos soñolientos. La luna estaba todavía alta en el cielo, faltaban horas para que se hiciera de día.

—¿Qué...? —preguntó asustado.

—¡Ya sé cómo salvarlos, pero tenemos que irnos ahora! ¡Vamos! —urgió Eliamm.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Oleth que, todavía medio dormido, apenas reconocía las palabras.

—Te lo explicaré por el camino —respondió Eliamm.

El sol estaba alto en el cielo. Sentado en el pescante de la carreta, Oleth pudo oír el vehículo de los esclavos antes de verlo. Las ruedas chirriaban, las cadenas se entrechocaban, los enormes pies del tyler chapoteaban en el barro. El sudor le caía por la frente bajo la capucha negra y le corría por la espalda. Echó una mirada a su hermano, oculto entre la maleza, que le señaló al camino con mirada furiosa.

—Esto no puede funcionar —se dijo Oleth por centésima vez—. Soy demasiado grande, Eliamm. Se dará cuenta enseguida.

Habían desandado camino durante la noche hasta encontrar un camino paralelo. Lo siguieron, conduciendo sin parar toda la noche con la descabellada esperanza de que los condujera a donde querían ir y no al pantano. Tuvieron suerte. La estrecha senda lateral se volvía a encontrar con el camino principal por delante de la carreta de los esclavos y a menos de dos kilómetros del lugar donde Fessik había dicho que solía reunirse con los traficantes. Entonces, los hermanos esperaron poco más de dos horas hasta que oyeron la carreta que se aproximaba.

La carreta de los esclavos apareció en el recodo del camino. La enorme cabeza astada del tyler se balanceaba mientras caminaba. A Oleth se le secó la boca y le empezaron a sudar las palmas de las manos. Habían estacionado la carreta de Fessik junto al camino donde el cochero no podría por menos que verla. Habían atado el caballo a un árbol algunas decenas de metros más lejos. A juzgar por su tranquilidad, era probable que el caballo ya hubiera estado allí muchas veces. Casi no reaccionó ni siquiera al ver un lagarto gigante a escasos metros de él. Era evidente que Fessik llevaba mucho tiempo con este negocio colateral.

La enorme carreta se detuvo entre crujidos. La figura jorobada se puso de pie en

el pescante y empezó a descender con torpeza por la escalerilla lateral. Oleth saltó del pescante de la carreta de Fessik al mismo tiempo. Una alabarda de aspecto amenazador se veía apoyada junto al puesto del cochero. Oleth se le salía el corazón por la boca, temiendo que el jorobado trajese el arma consigo.

Sin embargo, el giboso la dejó en su sitio. Sin sospechar nada, avanzó hacia quien él pensaba que era su socio.

Oleth llevaba el capote envuelto en torno al cuerpo en la esperanza de que el volumen de su cuerpo se confundiera con el del capote. Él y Fessik eran más o menos de la misma estatura, pero Oleth era casi el doble de ancho en los hombros. Se había untado la cara con grasa de los ejes para simular la barba de Fessik. Eliamm había cortado el cabello rizado de Oleth para que se pareciera a los mechones entrecanos del buhonero. No era un disfraz muy bueno, pero sólo tenía que funcionar el tiempo suficiente para apartar al traficante de la carreta y alejarlo del tyler.

—Nos volvemos a encontrar, Fessik —dijo el jorobado, con su voz ronca amortiguada por la bufanda que llevaba cubriéndose la cara—. ¿A cuál de tus clientes vas a venderme hoy? ¡Será mejor que haya más de dos familias esta vez! ¡Voy con media carga!

El contrahecho extendió una mano enguantada. Oleth dudó, pero no pudo hacer otra cosa más que aceptarla. Estrechó la mano en la suya. No podía ver los ojos del jorobado a través del casco con cuernos, pero cuando el apretón aflojó, supo que algo iba mal. Apretó más la mano y equilibrando el peso de su cuerpo tiró y arrojó al jorobado por detrás de sí, golpeándolo contra el lateral de la carreta de Fessik.

Eliamm salió de entre la maleza, hacha en mano, mientras su hermano ponía la zancadilla al contrahecho y lo derribaba al suelo. Boca abajo sobre el camino, el traficante trató de levantarse, pero un golpe en toda la espalda que le dio Eliamm lo hizo caer otra vez.

Mientras su hermano mayor mantenía sujeto al hombre, Oleth corrió a la carreta de los esclavos. Asustado, no perdía de vista al tyler, pero al parecer la bestia también conocía a Fessik. El tyler sacudió la cabeza, buscando tal vez la tajada de carne que solía recibir al detenerse.

Oleth sacó la alabarda de su sujeción en el pescante.

Mientras Oleth volvía corriendo con el arma, vio a Eliamm que parecía haberse vuelto loco.

El rostro de su hermano estaba rojo de ira. La furia llameaba en sus ojos. Enarbolaba el mango del hacha una y otra vez y lo descargaba sobre el indefenso jorobado que se retorció a sus pies.

—¡Eliamm! ¡Para! ¡Lo vas a matar! —gritó Oleth, aterrorizado.

Eliamm no hizo caso. Siguió descargando golpes y diciendo que éste era por su padre y éste por su madre y éste por sus hermanas.

Oleth se acercó a su hermano, le sujetó el brazo y puso fin a la paliza.

Eliamm se volvió con el rostro distorsionado por la furia hasta parecer tan feo como Fessik.

—No puedes matarlo, Eliamm —dijo Oleth—. No importa lo que haya hecho. Eso nos convierte en seres tan despreciables como él.

Oleth mantenía la alabarda sobre la figura contrahecha que estaba en el suelo impidiendo que Eliamm siguiera golpeando. El pecho de Eliamm se hinchaba por el esfuerzo y por la ira. Después de un momento se calmó y tiró al suelo la estaca.

—Lo siento, Oleth —musitó—. Tienes razón.

Oleth se sintió satisfecho. No recordaba haber oído a Eliamm reconocer jamás que tenía razón en algo.

La bufanda que cubría el rostro del jorobado estaba ensangrentada, pero todavía podía moverse. Empezó a levantarse, pero se encontró el extremo de la alabarda contra su pecho.

—Danos las llaves de la carreta —dijo Eliamm.

El traficante se las tiró y Eliamm se agachó para recogerlas.

Oleth estaba mirando a su hermano y no al jorobado que, poniéndose de lado, apartó la alabarda de una patada. Moviéndose con una rapidez inusitada después de la paliza que había recibido, se puso de pie y salió corriendo. Antes de que Eliamm pudiera alcanzarlo, el jorobado había desaparecido, su oscura figura se había desvanecido entre las sombras de la ciénaga.

No se molestaron en correr tras él. Suponiendo que había corrido hacia el campamento de los traficantes en busca de ayuda, decidieron que lo mejor era irse de allí lo antes posible.

El interior de la carreta de los esclavos estaba inmundo, el suelo cubierto de heces humanas y de sangre. Los prisioneros estaban apiñados en silencio, con los ojos muy abiertos y vidriosos, y apenas reaccionaron cuando se abrió de golpe la enorme puerta. Cuando Eliamm se subió a la carreta observó el mismo humo gris verdoso que había visto el día anterior y que salía de una linterna con caja de metal colgada del techo. El humo llenaba el interior de la carreta de una niebla asfixiante que lo obligó a salir fuera para respirar. Ahora sabía por qué los prisioneros no se movían.

Con la puerta abierta, el humo no tardó en disiparse, pero no así su efecto sobre los ocupantes del vehículo. Algunos de ellos pudieron andar por sus propios medios después de animarlos un poco, pero a la mayoría hubo que ayudarlos o sacarlos fuera. Sólo había trece personas en la carreta. Eliamm se dio cuenta de que su padre no estaba entre ellos. Lo único que se le ocurrió era que estaba muerto.

Con los ojos llenos de lágrimas, Oleth llevó a su madre en brazos mientras Eliamm sacaba a sus dos hermanas, andrajosas y sucias y medio inconscientes por el humo. Las abrazó y las sacó rápidamente de la carreta del traficante, transportándolas

a la suya. Se dieron toda la prisa que pudieron y pronto tuvieron a todos acomodados dentro de la carreta de Fessik.

El sonido de un cuerno quebró el silencio de los pantanos.

—Sea lo que sea —dijo Eliamm—, no puede ser nada bueno.

Rociaron la carreta del traficante con aceite de la lámpara y le prendieron fuego al tiempo que huían. El tyler, encadenado al vehículo, reaccionó por fin. Aullando de terror a la vista del fuego, salió corriendo hacia el este del camino y desapareció en la ciénaga arrastrando consigo la carreta en llamas.

La carreta de colores chillones avanzaba por el cenagoso camino, más lentamente que antes por el peso de la gente que llevaba dentro. Eliamm llevaba las riendas, conduciéndola hacia el oeste, hacia el refugio más próximo que pudieran encontrar. Oleth iba en la parte trasera con los prisioneros, haciendo lo que podía por ayudarlos. Estaban en un estado lastimoso: llenos de magulladuras, deshidratados, con el cuerpo cubierto de verdugones, de rasguños supurantes y de picaduras de insectos.

Avanzaron hacia el oeste durante horas. Delante de ellos, el sol se veían cada vez más bajo en el horizontes. Eliamm hizo una breve parada para dar de beber al caballo y dejarlo descansar. De vez en cuando se volvía a oír el sonido del cuerno, pero cada vez más lejano. Los prisioneros se quedaron dormidos.

Oleth estaba medio dormido en la carreta cuando ésta experimentó una tremenda sacudida y oyó que el viejo techo crujía bajo la fuerza de algo pesado. La carreta se estremeció violentamente mientras se oían pisadas en el techo.

—¡Eliamm! —gritó Oleth.

Un grito desgarró el aire.

—¡Socorro! ¡Oleth! ¡Socorro!

Oleth pasó por encima de los cuerpos de los adormilados prisioneros y por fin alcanzó la puerta del vehículo, pero descubrió que había sido atrancada por fuera. Por mucho que trató, no pudo abrirla.

Por encima de Eliamm se alzaba una pesadilla: blandiendo la estaca que antes Eliamm había usado contra él estaba el jorobado. Eliamm hizo que el caballo se detuviera, y temió que el pánico lo hiciera salir corriendo, que arrastrara la carreta e hiriera a sus ocupantes. No tuvo tiempo para defenderse, y el jorobado tenía un buen golpe. La criatura descargó un golpe en el brazo de Eliamm quebrándole el hueso que, astillado, atravesó la piel. La sangre brotó de la herida.

Eliamm soltó las riendas, trepó al techo con la intención de expulsar a su atacante de allí, pero quedó inmovilizado por el terror al ver las enormes alas negras.

La luz de la luna iluminó unos colmillos del color del ébano y unas fauces orladas de dientes amarillos. Lo que habían tomado por un casco con cuernos eran realmente

cuernos de la cabeza de la criatura.

A Eliamm le faltó el aire, paralizado por la aparición. Todo lo que podía hacer era esquivar los golpes que llovían sobre él y llamar a su hermano pidiéndole ayuda.

—¿Sabes lo que soy, humano? —vociferó la criatura, riendo mientras lo golpeaba—. ¡Soy un drac! ¡Servimos a Onysablet, reina del Nuevo Pantano! ¡Llegará el día —rugió la criatura sofocando el aullido del viento—, llegará el día en que habrá dracs suficientes para arrojaros a todos fuera de los pantanos!

El drac descargó su estaca sobre la espalda de Eliamm.

—¡Pronto no tendremos que escondernos bajo capotes! ¡Pronto Onysablet, la gran hembra de dragón, nos permitirá mostrarnos! ¡Gobernaremos en los pantanos porque estamos unidos! ¡No peleamos unos con otros como los humanos!

La estaca caía sobre Eliamm una y otra vez.

—Ibas a matarme, ¿no es cierto? Nosotros no nos matamos unos a otros. No traicionamos a los nuestros.

El dolor era más de lo que Eliamm podía soportar. Por fin perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre el pescante de la carreta. El drac saltó y se colocó junto a él, sin dejar de descargar golpes sobre el cuerpo inerte.

—¡Pronto Onysablet reinará sobre todo! Todos la temerán. ¡Todos!

El drac siguió golpeando a su víctima hasta que, con un rugido, colocó su zarpa sobre el cuerpo inmóvil y lo arrojó fuera de la carreta.

Oleth se dio la vuelta y echó mano de la alabarda, en la esperanza de salir y montarse en el techo. Podía oír una voz sofocada por la madera y los repetidos gritos de su hermano.

Luego, Eliamm dejó de gritar y de repente la carreta dio un tirón hacia adelante. Oleth empezó a dar patadas frenéticas a la puerta trasera. La vieja madera no cedía.

Oleth cargó con el hombro contra la puerta que se rompió finalmente con un crujido de madera astillada y se abrió de par en par. Oleth cayó de cabeza por la puerta trasera de la carreta en marcha. Mientras caía manoteó desesperado y logró asir el picaporte de la desvencijada puerta. A la vez que todo su cuerpo tiraba del picaporte mojado por la lluvia, sentía que la puerta iba cediendo. Sus pies se arrastraban por el cenagoso terreno al tiempo que una mano no soltaba su asidero y la otra sostenía firmemente la alabarda.

—¡Eliamm! ¡Para esta cosa! —rugió Oleth.

Pero no hubo respuesta, sólo un extraño silbido.

Los clavos de las bisagras pugnaban por salirse de la madera húmeda. La carreta empezaba a acelerar la marcha al ir cuesta abajo. Una curva a la derecha del camino hizo que el vehículo se inclinase sobre las ruedas de la izquierda y se enderezase a continuación con una sacudida.

La puerta se cerró de golpe, despidiendo a Oleth hacia adelante, y apenas tuvo

tiempo de enganchar un pie en el estribo antes de que la puerta empezara a abrirse otra vez. Dirigiendo la alabarda hacia abajo, enterró la punta en uno de los quitapiedras de la carreta, lo cual le dio unos cuantos segundos para buscar un asidero mejor. Finalmente se agarró del gancho de la linterna que había encima de la puerta.

Con los brazos doloridos logró izar su corpachón hasta el techo y se agachó para recuperar la alabarda. Buscó a Eliamm, pero sólo vio a un espantoso monstruo alado sentado en el pescante. Eliamm no se veía por ninguna parte. Oleth avanzó hacia adelante, con las piernas bien abiertas y manteniendo la alabarda horizontal para equilibrarse sobre el techo inclinado de la carreta.

El techo estaba resbaladizo... resbaladizo por la sangre.

Las ruedas traquetearon cuando la carreta cruzó un desvencijado puente de madera. La pena y el miedo desgarraron el corazón de Oleth y le dieron valor. Con un aullido de rabia impulsó la alabarda tratando de clavarla en la espalda de la criatura, entre las alas, pero erró el golpe y se la clavó en el hombro.

El drac se retorció, aullando de dolor y furia. Una sangre de color negro verduzco salpicó el techo de la carreta, humeando y borboteando a la luz de la luna. El drac se encaramó al techo, un poco tambaleante.

Oleth describió un amplio arco con la alabarda para mantenerlo a distancia, y la punta de la lanza arañó el pecho del monstruo. Antes de que éste pudiera proseguir su avance, Oleth ya había recuperado el equilibrio, y apuntando la alabarda hacia adelante como una lanza, se lanzó contra el drac. La punta de la alabarda, de más de una cuarta de largo, evitó el brazo con el que el monstruo trataba de protegerse y fue a clavarse profundamente en su vientre saliéndole por la espalda. Oleth siguió empujando al drac, que no dejaba de gritar, hacia el lateral de la carreta. De la boca del monstruo moribundo manaba sangre, mientras trataba de aferrarse a la alabarda para arrebatarla de manos de Oleth. El muchacho, sosteniéndola firmemente, siguió empujando. La carreta dio una sacudida descontrolada cuando el caballo desbocado se lanzó camino abajo. Con un impulso final, Oleth sacó al drac del techo y lo hizo caer por encima de la barandilla del puente. Entre los bandazos de la carreta, miró hacia abajo y todo lo que vio entre las rocas fue un amasijo de huesos rotos y carne desgarrada.

Oleth corrió hacia la parre delantera, saltó al pescante y cogió las riendas. El caballo redujo la marcha y por fin logró parar la carreta.

El muchacho saltó entonces a tierra y corriendo desanduvo el camino hasta encontrar a Eliamm.

Oleth acunó el cuerpo maltrecho entre sus brazos y lo llevó de vuelta a la carreta, lo envolvió en una manta y lo colocó delicadamente en el pescante, junto a él.

A Eliamm siempre le había gustado dormir al raso, bajo las estrellas.

Los recuerdos de Añico

Chris Pierson

En un tiempo, el silencio era algo extraño en Hybardin. El *Árbol de la Vida*, la gigantesca ciudad estalactita que se erguía en el corazón del diminuto reino de Thorbardin, había sido siempre ruidosa: martillos golpeando los yunques de las forjas, regateos vocingleros en los mercados, sonido de canciones en las cervecerías. La conmovición había sido constante, y los enanos de Hylar se acostumbraban desde su más tierna infancia a dormir en medio de ese clamor. En una ciudad llena siempre de vida, el silencio significa variedad y pérdida. Era el sonido de la cripta.

Pero la quietud reinaba ahora en las cavernosas estancias de la ciudad. Cinco años atrás, las hordas de *Caos* habían atacado y el *Árbol de la Vida* se había resquebrajado. Las grietas recorrían su rocosa superficie, y se habían desprendido trozos que habían ido a parar al negro mar de *Ur Khan*. Los niveles inferiores, en la punta de la estalactita, eran sólo escombros esparcidos en el embarcadero. Los enanos habían estado ocupados desde entonces reparando los daños, pero las cicatrices de la matanza de *Caos* estaban a la vista. Y lo peor de todo eran los silencios que invadían la ciudad como vetas de mineral emponzoñado.

Morvik Narrowshaft siguió una de esas vetas, acompañado sólo por el sonido de los tacones de sus botas. Enfiló una anchurosa avenida en uno de los niveles más altos de la ciudad, donde se levantaban las mansiones de las familias nobles. En el pasado, la calle había sido un hervidero de actividad. Los niños reían, los adultos se llamaban a voces unos a otros y lagartos enjaezados tiraban de las chirriantes carretas arriba y abajo. Ahora, sin embargo, las mansiones estaban calladas como calaveras, con sus ventanas sin luz. Las puertas enrejadas que bordeaban la avenida se oxidaban en silencio. Los antaño exuberantes jardines se habían mustiado, y las fuentes cantarinas estaban mudas. Por todas partes había escombros y polvo.

Hacía cinco años que *Caos* había llegado por el camino de la *Lanza de Plata*. Los seres de sombra, criaturas de negra nada, bullían por toda la ciudad, dejando sólo ruinas a su paso. Aquellos a los que mataban dejaban de existir, como si nunca lo hubieran hecho. En el suelo de las mansiones, los montones de armaduras señalaban el lugar donde habían estado los guerreros. Todo lo que quedaba de hombres, mujeres

y niños eran montones de mohosos ropajes. Ni siquiera quedaba el recuerdo de los muertos en las cabezas de quienes los habían conocido y amado.

Los seres de sombra habían barrido casa por casa, y mientras en otras partes los enanos habían luchado o se habían dado a la huida, los habitantes del camino de la Lanza de Plata no habían tenido nunca una oportunidad. Una mansión tras otra estaban vacías, los nombres de los clanes que las habían habitado sólo quedaban en las runas esculpidas en los dinteles de las puertas. Ahora Hybardin estaba llena de esos lugares, como lo estaban las demás ciudades del reino de los enanos: todo Thorbardin podría haber sido así, si no fuera porque el gran thane del reino invocó la antigua magia para frustrar en el último momento la invasión.

Morvik sostuvo en alto un brillante farol, cuya luz hendía las tinieblas como un cuchillo. La otra mano la apoyaba en la empuñadura de la espada que colgaba de su cintura. Los monstruos se habían quedado a vivir en algunas de las zonas abandonadas del Árbol de la Vida, al igual que bandas de rufianes y de basureros dispuestos a cortarle la garganta a un viajero solitario y desarmado sin pensarlo dos veces. Morvik hacía sonar la vaina de la espada una y otra vez para dejar bien claro que estaba dispuesto a luchar. Si los monstruos o los bandidos estaban escondidos en el camino de la Lanza de Plata, permanecían muy ocultos.

Se detuvo, observando las runas del dintel d una puerta que se levantaba ante una gran mansión con techo de pizarra. *Casa Oredigger*, dijo en voz alta, y frunció el ceño tratando de recordar al clan Oredigger, pero fue en vano. En algún lado de las mansiones tradicionales, habría alguna lista con los nombres de los enanos que habían vivido aquí, pero ya no había ni caras ni hazañas a las que pudiesen referirse esos nombres. Los habitantes de Casa Oredigger habían desaparecido y según la ley de los enanos la casa tendría que permanecer vacía durante un siglo a menos que apareciese un heredero con las pruebas de su derecho a heredarla. Pero no aparecería ningún heredero, ni de ésta ni de ninguna de las mansiones que bordeaban la avenida. Morvik inclinó la cabeza sobre el pecho, apoyando la negra e hirsuta barba sobre su jubón de cuero azul, luego se dio la vuelta y salió andando.

Volvió a detenerse cuatro casas más abajo, levantando el farol sobre su cabeza. Su luz iluminó a una figura solitaria, que permanecía de pie en el exterior de otra mansión. Era una mujer cuyas trenzas brillaban como el oro. A sus pies había una lámpara parpadeante que la bañaba con su rojizo resplandor. No iba armada, y podría haber sido presa de los vagabundos de no haber sido por la robusta maza que colgaba a su espalda. Permanecía de pie frente a la casa, mirando fijamente hacia adentro a través de las puertas. Sus puños se aferraban a las rejas, como si pudiera doblarlas sólo con la voluntad.

Morvik abrió la boca para decir algo, pero su voz se quebró, y tuvo que aclarar la garganta por dos veces antes de poder emitir algún sonido.

—Muchacha —llamó—, ya pasan dos campanadas de la medianoche. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella no hizo movimiento alguno, salvo un agarrotamiento de los hombros.

—Esa casa es mía, Morvik —replicó con voz firme—. Volverá a ser mía.

Suspirando, Morvik empezó a caminar hacia ella. Echó una mirada a la runa inscrita sobre el dintel: *Casa Ironsmelt*, leyó. Sacó la mano de la espada a medida que se acercaba, y la apoyó en el brazo de la doncella enana. Ella no se volvió, fija la mirada en la enorme residencia de alta cúpula que se veía del otro lado de las rejas. Morvik la miró en silencio y se inclinó para besarla en la mejilla.

—Vámonos, Añico —dijo—, es tarde.

La cara de la mujer se tornó pálida, y sus nudillos se pusieron blancos al apretar todavía más los puños sobre las rejas.

—¡No! —dijo con un gruñido—. ¡Ésta es mi casa, Morvik!

Él meneó la cabeza.

—No lo sabes...

—Sí, lo sé.

Finalmente giró en redondo hacia él.

—No lo he probado todavía, pero encontraré las pruebas. Yo soy una Ironsmelt.

Morvik desvió la vista, incapaz de soportar aquella fiera mirada fija. Pero después de un momento, volvió a mirarla.

—Vamos Añico. Hablaremos de esto mañana.

Se inclinó hacia adelante y acercó sus labios a la comisura de la boca de la mujer.

—Por favor, querida.

Durante unos instantes lo miró enfurecida, luego la dureza de su mirada se ablandó. Se desasió de las rejas de la puerta y tendió sus brazos hacia él para acabar escondiendo la cara sobre su pecho. Permanecieron así un buen rato, inmóviles. Cuando ella se separó, no dijo nada; sólo asintió con la cabeza al tiempo que le regalaba una débil sonrisa.

Tardaron bastante en encontrar la lámpara de Añico; luego marcharon avenida abajo en medio del terrible silencio.

Añico no era su primer nombre, pero era el único que tenía, y ése era el problema.

No todas las luchas de la Guerra de Caos se habían librado en Hybardin. Los seres de sombra y los dragones de fuego habían atacado en todas partes, desde la lejana Puerta Norte hasta las ciudades de Daebardin y Klarbardin, e incluso bajo el reino, donde las minas de los enanos serpenteaban por entre los huesos de la tierra.

Ése lugar había sido la Hoya de Hroldeg. Había sido una fortaleza al borde de una profunda sima, un lugar seguro donde los enanos almacenaban el mineral y las piedras preciosas en bruto antes de enviarlas a las ciudades de la superficie. Morvik había formado parte de la guarnición de enanos estacionados allí para guardar las

riquezas amontonadas. No tenía ni idea de cuántos enanos estaban destinados a aquel lugar, pero parecía que debían de ser más de doscientos, de los que habían sobrevivido poco más de treinta.

La palabra «batalla» no daba una idea precisa de lo que lo que había pasado en la Hoya. Por lo que Morvik recordaba, había sido una carnicería. No hubo forma de parar a los seres de sombra: las armas mortales los atravesaban sin hacerles el menor daño, y sólo el fuego los mantenía a raya. Ellos podían matar sólo con tocar, y rajar las piedras como si fueran pergaminos mojados. El último recuerdo claro de Morvik antes de que empezase la matanza fue la atropellada carrera hacia el muro fortificado, avisado por los pétreos tambores de las torres de vigía, y la permanencia hombro con hombro junto a sus camaradas enanos cuando las tinieblas cobraron vida en la sima. Algunas veces, en sus pesadillas, podía ver aún las sombras danzando a su alrededor, deformes, con sus garras negras como la noche, buscando la carne palpitante.

Después de eso, la memoria flaqueaba y sólo podía recordar relámpagos: el brillo del acero, el sonido de la piedra que se parte, el sabor de la sangre en su boca. Pero incluso en esas imágenes había huecos; eran los vacíos dejados por sus compañeros, los enanos vivos que habían caído ante la horda de las sombras, y cuyos nombres y caras ya nadie recordaría. Algunos, y de ello estaba seguro, habían sido amigos y familiares; otros, apenas conocidos. Todos se habían ido.

Por fin, los seres de sombra se habían retirado, dejando las murallas —¡qué poco había quedado de ellas!— sembradas con los restos de la carnicería, y a un puñado de enanos confusos y aterrorizados. Morvik había perdido tanto su espada como su escudo, y había sido uno de los que habían resistido hasta el último momento sobre el tramo más septentrional de la muralla del este. Por todas partes, los daños habían sido gravísimos: la muralla norte y la torre que la remataba por el extremo este, habían sido totalmente destruidas y no había quedado nadie con vida.

Eso habían pensado los supervivientes.

Una vez finalizada la lucha y atendidos los heridos, los enanos habían empezado a revolver entre las ruinas, buscando señales de los muertos. No encontraron más que hachas y mazas, cotas de malla y cascos, salvo en un caso. Morvik había estado cavando entre las piedras que otrora constituían la muralla norte, desenterrando corazas y escudos retorcidos de entre las ruinas, cuando oyó un débil quejido, la voz de una mujer bajo los escombros.

Se había puesto a cavar con furia, y la desesperación le había dado fuerzas para apartar piedras que ningún enano habría podido mover. Había terminado con los dedos ensangrentados, pero había llegado hasta la mujer, una joven enana maltrecha, magullada y ensangrentada, que vestía una armadura metálica. Su buena estrella le había salvado la vida pues se le había venido encima el vértice de un arco y eso había evitado que fuera aplastada por las otras rocas que la habían aprisionado. No había

salido ilesa ya que se había roto la pierna izquierda y tenía varias contusiones, pero parecía un milagro que hubiera sobrevivido.

Pero Morvik no había logrado saber quién era, lo cual resultaba peor que cualquier herida física. Esa comprobación lo había dejado estupefacto pues no había tenido dificultad en reconocer a los otros supervivientes por sus nombres, incluso a los que había tratado muy de cuando en cuando, pero el de ella era un misterio. No podía recordar haberla visto antes. Pero lo peor llegó cuando empezó a moverse, recobrada la conciencia por el dolor de su pierna rota: ella tampoco sabía quién era, había perdido por completo la memoria.

No le llevó mucho tiempo a Morvik averiguar lo que había pasado. Fuera cual fuera la magia que emplearon los seres de sombra para destruir a los que mataban, también la había afectado a ella. En los últimos años, había descubierto que el caso de esta mujer, con ser raro, estaba lejos de ser el único. Algunos centenares de enanos dispersos por Thorbardin habían sufrido una suerte semejante. Sin recuerdos anteriores a esa época, estos enanos, a los que sus compañeros llamaban los Renacidos, habían tenido que empezar su vida desde cero después de la guerra.

Morvik decidió llamar a la joven enana Añico, por los cascotes de piedra bajo los que estaba enterrada. A ella le había gustado el nombre, y lo había adoptado. Él habla curado sus heridas, llevándole comida y agua mientras se curaba su pierna. Los enanos habían permanecido una semana más en la Hoya después de la batalla, abriendo tumbas para los muertos y enviando patrullas de reconocimiento a las minas para desenterrar a los supervivientes. Después de eso, abandonaron la fortaleza, transportando tanto las riquezas como a los heridos a las ciudades de la superficie. Morvik había empujado a Añico sobre una parihuela durante una jornada, y había permanecido con ella en la barca izada por cadenas que los había sacado a la luz del día en el Árbol de la Vida.

Muchos enanos habían perdido sus clanes durante la batalla, y en las semanas que siguieron se convirtió en norma que las mansiones prestaran ayuda a estas almas desafortunadas. Cuando Morvik volvió a la Casa Narrowshaft, que en gran medida se había librado de la carnicería, Añico lo acompañó. La familia de Morvik lo había ayudado a cuidarla hasta que se recuperó de sus heridas y trataron, en vano, de ayudarla a recuperar la memoria.

Resulta difícil establecer cuándo las atenciones se convirtieron en amor. No había sucedido de repente, pero visto a distancia había sido inevitable. Cuando Añico estuvo en condiciones de andar sin ayuda, ella y Morvik ya se habían enamorado. La mayoría de los enanos a los que la guerra había dejado huérfanos, incluidos los Renacidos, abandonaron Hybardin una vez que se recuperaron de sus heridas, se asentaron en la oscura ciudad de Daeforge, del reino de los enanos, y empezaron a llamarse a sí mismos Lokhar, que significa «los sin clan». Sin embargo, Añico se

quedó incluso después de haberse curado; primero fueron algunas semanas, después meses. La familia de Morvik la había acogido con cordialidad, porque eran albañiles y ella había demostrado estar dotada para el oficio; sus manos sabían exactamente cómo cortar la piedra y cómo hacer morteros. Eso convenía a los Narrowshaft, ya que había escasez de trabajo de albañilería en la ciudad derruida.

Amor y trabajo, sin embargo, no le bastaban a Añico. El hecho de no saber quién había sido, ni a qué clan había pertenecido, le producía un tremendo vacío en el alma. Tenía una sed infinita de encontrar algo, lo que fuera, sobre su herencia. Morvik se había mostrado siempre escéptico, pero a regañadientes la había ayudado en su búsqueda. Juntos revisaron los libros de la tradición del Hylar, interrogaron a otros supervivientes de la Hoya, incluso consultaron a los adivinos con la esperanza de encontrar alguna pista.

Después de meses de búsqueda, habían hecho algún avance. La clave había sido Ernguth Ghaeril, un enano que había sido sargento de tareas en la Hoya. Los enanos del extremo oriental de la muralla norte, donde Morvik había encontrado a Añico, pertenecían todos a la misma casa, según habían demostrado las listas de Ernguth, que no era otra que el clan Ironsmelt.

A partir de ese día, por más que no tenía recuerdo alguno de ello, Añico había estado segura de pertenecer a la Casa Ironsmelt. Por desgracia, ningún Ironsmelt había sobrevivido a la Guerra de Caos. Los que no desaparecieron en la Hoya de Hroldeg habían muerto cuando los seres de sombra devastaron las mansiones del Camino de la Lanza de Plata. No había quedado ni un solo hombre, ni una sola una mujer ni un solo niño del dan, y la propiedad había sido sellada a la espera de que un nuevo heredero la reclamase. Esperaba la llegada de Añico.

Los problemas de ambos habían empezado ahí. Añico había presentado una reclamación sobre la Casa Ironsmelt, pero el jefe del consejo que juzgaba estos casos le pidió pruebas de su linaje. Todas las pruebas que tenía de su herencia eran circunstanciales, por eso, en última instancia el presidente rechazó sus pretensiones.

Esta derrota no había hecho más que reforzar la resolución de Añico de salirse con la suya. Había jurado que la Casa Ironsmelt sería suya, y nada iba a disuadirla. Este empeño ocupaba todo su tiempo, hasta el punto de que dejó de trabajar para dedicarse con más ahínco a su búsqueda. La familia de Morvik lo soportó durante un tiempo, pero sus finanzas ya no pudieron aguantar más la situación y finalmente, al tercer año, el padre de Morvik la invitó a marcharse. Añico lo aceptó de mala gana, y Morvik se fue con ella para instalarse en una casa más pequeña en los niveles más profundos del Árbol de la Vida.

De eso hacía casi tres años, y los progresos en la investigación habían sido magros. Sufrió un fracaso tras otro, pero con cada uno redoblaba su empeño. En su mente, la cuestión no era si iba a reclamar la Casa Ironsmelt, sino cuándo.

Morvik, por su parte, no sabía qué hacer. Amaba a Añico y deseaba casar se con ella, pero ningún jefe de consejo estaría dispuesto a otorgar un certificado de matrimonio a un Sin Clan. Y su propia familia se opuso categóricamente a su unión. La propia Añico estaba más obsesionada por su desconocido pasado que por la cuestión del matrimonio.

En ese momento, hacía sólo un año, Añico había dado otro inesperado paso adelante. Había empezado a hacer incursiones en Lobardin, la ciudad de los Sin Clan. En una de sus visitas, se encontró el Lokhar rebosante de actividad y entusiasmo. Habían llegado noticias de más allá de Thorbardin de que un humano Renacido de Solamnia había encontrado el modo de recuperar el pasado. Había hecho prisionero a un ser de sombra, y lo había obligado a revelar lo que quería saber. Y lo que era más, ni siquiera había sido el mismo ser de sombra que le había robado su identidad. Al parecer, todos los desalmados generados por Caos sabían los nombres de los muertos y se los revelaban si los forzaba un Renacido.

El pensamiento de que podía llegar a recuperar su identidad la había alentado, elevando su ánimo a niveles nunca alcanzados en el pasado. Su obsesión había cambiado de rumbo, pasando de la búsqueda de informaciones a la preparación para enfrentarse con un ser de sombra. Había aprendido todo lo que había podido acerca de esas horribles criaturas: temían al fuego, su voz podía paralizar a una víctima por desesperación y sólo se las podía herir con armas consagradas, que cada vez eran más escasas desde que los dioses habían abandonado Krynn. Aun así, ella había conseguido dos de estas armas sagradas, una maza y una espada, para estar preparada cuando llegase el momento.

Ahora, lo que faltaba era encontrar a un ser de sombra. Había pocos desalmados desde el fin de la guerra, dado que la mayoría había desaparecido cuando fue vencido Caos. Pero se decía que habían quedado algunos. Añico iba ahora a Lobardin todas las semanas, con la esperanza de enterarse de que alguien había avistado a uno en alguna parte de Thorbardin. Hasta ahora, estaba decepcionada.

En su fuero interno, Morvik tenía la esperanza de que la decepción se mantuviese. El pensamiento de que Añico se enfrentase de nuevo a los desalmados lo preocupaba mucho.

Pero no se lo decía; ¿cómo podría hacerlo cuando esta búsqueda era lo único que mantenía en pie a Añico en ese momento? De modo que se sentó a esperar rezando porque los deseos de su amada nunca se convirtieran en realidad.

La calle mayor de Lobardin de Arriba estaba llena de enanos de todos los tipos y aspectos. A diferencia de la mayoría de los habitantes de Thorbardin, que estaban orgullosos de la pureza de su herencia, los Sin Clan era gente de todas las grandes poblaciones: Hylar, Daewar, Klar, Theiwar y Daergar. La ciudad estaba dividida en dos sectores, separada por una profunda grieta que un dragón de fuego había abierto

en la roca. Los barrios bajos de la ciudad, que se apiñaban a lo largo de la costa de Urkhan, eran un laberinto de caseríos miserables sin ley y llenos de peligros. Adentrarse en ellos desarmado y solo era una invitación a que cualquiera le cortase a uno la bolsa o el cuello. Sin embargo, del otro lado de la grieta, la ciudad era otra. El barrio alto era todavía más pobre, pero en la mayor parte de su perímetro la ciudad era segura. Había surgido una comunidad variopinta cuyo antecedente común eran los infortunios de Lokhar. La adversidad hacía que vivieran en armonía los enanos que cinco años atrás se habrían matado unos a otros.

Añico se abrió camino a codazos calle abajo por entre la apiñada multitud. Era difícil avanzar, pero cuando alcanzó la confluencia de dos calles pudo ver una estrecha calle lateral que desembocaba en el bulevar principal. Siguió avanzando entre la multitud en dirección a un letrero en el que se destacaba un dragón blanco enroscado. La puerta que se veía bajo el letrero estaba abierta y de ella salían canciones y carcajadas. El olor a carne asada de grillo de las cavernas inundaba la calle. Esbozando una sonrisa, Añico avanzó a zancadas hacia Casa Wyrn Helado.

Un discípulo de Severus Cabezapiedra estaba haciendo proselitismo a la puerta. Cabezapiedra había pasado casi cuatro años buscando seguidores para iniciar una marcha y reclamar el antiguo reino de Thoradin. Sus seguidores eran más poderosos aquí que en Lobardin, y los Sin Clan, más que ninguno, estaban dispuestos a procurarse un nuevo hogar para empezar una nueva vida.

Añico se abrió paso a codazos por delante del vociferante predicador, echándole una fría mirada cuando éste trató de cogerle la mano; luego se internó en la oscura taberna entre nubes de humo.

Los Renacidos, que eran sólo una minoría entre los miles de Sin Clan, habían acotado algunos lugares de reunión en Lobardin, y la casa Wyrn Helado era una de las más populares. Su propietario, un Klar de barba entrecana llamado Pedrera, también era un Renacido, y ayudaba a difundir las noticias entre los de su clase. Él había sido la persona que había hablado a Añico del solámnico que había recuperado su nombre. Siempre que venía a Lobardin se pasaba por el Wyrn.

Pedrera estaba tras el mostrador cuando entró ella, y la saludó mientras se abría paso entre las mesas. Dejó caer algunas monedas de cobre y Pedrera le sirvió una espumosa jarra de cerveza negra. Añico echó un largo trago y se limpió la boca.

—Ya veo que han vuelto los malditos secuaces de Cabezapiedra —gritó ella.

Pedrera puso cara de amargura.

—No se los puede mantener alejados —refunfuñó saludando en dirección a la puerta—. Corrí detrás de aquel sinvergüenza de la pata de palo ayer por la noche, pero sin resultados.

Carraspeó y escupió sin reparo en una escupidera que había tras el mostrador.

—Pero tengo buenas noticias, chica.

Añico apuró su jarra, y la apartó mientras se echaba hacia adelante.

—¿Tienes algo que decir? Pues dilo.

El tabernero se dio la vuelta, cogió la jarra de Añico y la volvió a llenar de cerveza. Ella lo observó fijamente mientras él le ponía delante otra jarra llena.

—Oh, desde luego —respondió finalmente mientras se reía entre dientes—. Ya has sufrido bastante. He encontrado un ser de sombra para ti.

Añico abrió la boca, pero la volvió a cerrar.

—¿Qué? —interrogó—. ¿Dónde?

—Bueno, esto es lo mejor de todo —respondió él, cruzando los brazos—. Está en la Hoya.

—¿En la Hoya? —repitió Añico—. ¿En la Hoya de Hroldeg?

—En la mismísima Hoya —contestó Pedrera, asintiera, con la cabeza—. Una patrulla de Daergar llegó hasta él el día de Agorin y los mató a todos... salvo a uno, que logró escapar. El pobre desgraciado estaba medio fuera de sus casillas cuando regresó. Lo último que llegó a mis oídos es que los Daergar están pensando en enviar tropas para eliminar a esa maldita cosa. Me imagino que tú querrás hacer un intento antes.

—No tengas la menor duda de que lo haré, maldita sea —saltó Añico mientras sacudía la cabeza con estupor—. ¿Quién más lo sabe?

—No se lo he dicho a nadie —replicó Pedrera—. Después de todo lo que has pasado, muchacha, pensé que debías serla primera en saberlo.

—Te debo una.

—Pero cuanto antes lo hagas mejor —advirtió Pedrera—. No tardará mucho en saberse. No eres la única Renacida que está tratando de cazar a un ser de sombra.

Añico estaba pensando lo mismo. Se levantó, dejando la cerveza sin tocar.

—¿Estás seguro de que no quieres acompañarme?

—No, chica —respondió Pedrera, negando con la cabeza—, pero gracias de todos modos. Algunos no queremos averiguar quiénes éramos.

Añico asintió comprensiva. Del mismo modo que sus manos habían reconocido las piedras con las que trabajaba, Pedrera se había dado cuenta de que tenía otras habilidades como robar bolsas, clavar un cuchillo entre las costillas de un enano e incluso otras más desagradables. Para él, olvidarse de lo que había sido era una bendición más que una maldición.

—De acuerdo, entonces —dijo ella—. Me habría quedado a conversar algún tiempo más, pero...

—Vete ya —interrumpió Pedrera, despidiéndola—. Estás de sobra aquí.

Añico se dio la vuelta y salió apresuradamente por la puerta. Apartó de un golpe al secuaz de Cabezapiedra al tiempo que se perdía entre la multitud, dirigiéndose hacia los muelles de los barrios bajos.

Morvik había pasado toda la mañana en casa de su familia, trabajando en los planes de reparación de los niveles Inferiores del Árbol de la Vida. Esperaba que a su regreso no hubiera nadie en la pequeña vivienda que compartían Añico y él. Con frecuencia, ella volvía de sus viajes a Lobardin antes de que anocheciera. Pero cuando estaba delante de la casa se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. Echó mano a su espada, pues los ladrones no eran infrecuentes en esta parte de Hybardin en la que vivían ambos. Con mucho cuidado empujó la puerta.

El pequeño vestíbulo estaba a oscuras. Sin embargo, al fondo de todo brillaba la luz dorada de una lámpara de la habitación que compartían Añico y él. Morvik hizo un alto, tragando saliva; podía oír que algo se movía dentro de la habitación. También se percibía otro sonido, un tintineo metálico como si el merodeador estuviese vistiendo una armadura completa.

El corazón de Morvik latía desbocado. Enseguida se dio cuenta de que no había ningún ladrón en su casa. Se sintió desfallecer; atravesó el vestíbulo como un rayo y abrió de un empujón la puerta de la habitación.

Añico observó su entrada desde donde estaba sentada ajustándose las grebas de la armadura sobre las cotas de malla de las pantorrillas. Por lo demás, casi toda ella estaba embutida en la armadura, salvo por algunas piezas que aún no se había puesto como el avambrazo, los guanteletes y el yelmo alado con celada. Ante ella, en el suelo, había un gran escudo redondo, dos guarniciones de cuero y una maza de guerra. Morvik se dio cuenta de que no era la misma que solía llevar consigo; ésta tenía la cabeza plateada adornada con filigranas doradas. La reconoció enseguida como el arma bendecida que había comprado para usarla contra un ser de sombra.

—¡Por las barbas de Reorx! —exclamó Morvik—. ¿Has encontrado uno?

Añico asintió brevemente, mientras echaba mano de sus guanteletes y se los enfundaba.

—Está en la Hoya y hacia allí voy ahora. Maldita sea si estoy dispuesta a que otro Renacido llegue antes que yo.

Morvik se acercó a una silla y se dejó caer sobre ella. Se quedó observando a Añico cómo se ajustaba las últimas piezas de la armadura; luego respiró hondo y dejó salir el aire de sus pulmones.

—Añico, olvídate del ser de sombra, olvídate del pasado. Vayámonos de Thorbardin.

—¿Qué? —Ella lo miró sorprendida.

—Lo que has oído —respondió él lanzándole una mirada de súplica—. Adentrémonos en el mundo; allí no importan los nombres. Podemos casarnos, vivir entre los enanos de las colinas... o visitar el resto de Ansalon, si eso es lo que deseas. Tal vez podamos encontrar allí un nuevo hogar si Cabezapiedra devuelve Thoradin alguna vez...

La decepción asomó a sus ojos y él se quedó en silencio.

—Pensé que lo habías comprendido —replicó ella—. No puedo irme, y mucho menos cuando estoy tan cerca de saber quién soy.

—¡Ya sabes quién eres! —saltó Morvik—. Eres Añico. Todo lo demás no tiene nada que ver contigo. Es alguien que fuiste.

—Te equivocas, Morvik —se exaltó ella—. Yo soy una Ironsmelt y recuperaré el nombre y la mansión.

—¡Al diablo con la mansión! —explotó él—. Piensa en lo que estás arriesgando, Añico. Puedes morir en el empeño, y dejará de existir para siempre lo que eres, lo que eres ahora...

Atravesó la habitación a zancadas y se arrodilló ante ella.

—Añico, tienes mi amor. ¿Acaso no te basta con eso?

Ella se quedó inmóvil largo rato, luego movió lentamente la cabeza.

—No lo sé. Creo que no.

Él se volvió a sentar, lívido el rostro, mientras ella levantaba el casco e introducía en él la cabeza. Dejó abierta la celada mientras reunía las guarniciones de cuero.

—Lo siento, Morvik —lo consoló, echándose la maza y el escudo a la espalda—. Te veré cuando vuelva.

—Ni hablar, yo voy contigo.

Añico lo miró intensamente.

—No te lo he pedido...

—No es necesario que lo hagas —murmuró—. Puede que no me guste que vuelvas a la Hoya, pero si no puedo detenerte, tampoco te dejaré ir sola.

Dicho eso, se dio la vuelta y entró en la habitación para ponerse su propia armadura. A sus espaldas, aunque él no podía verla, sabía que Añico estaba sonriendo.

Cuatro horas más tarde, una barca tirada por una cadena avanzaba chirriante por el negro mar de Urkhan, alejándose del Árbol de la Vida. Se encaminaba hacia una enorme formación rocosa que se erguía en el límite mismo de la vasta caverna; en su proa parpadeaba una lámpara como una minúscula mota de polvo en la vasta negrura. El piloto miraba en derredor con nerviosismo a medida que la embarcación se arrimaba al embarcadero, luego se volvió hacia sus dos armados pasajeros.

—Aquí es —murmuró entrecortadamente al tiempo que señalaba hacia el malecón en tinieblas.

Al final del malecón se abría un túnel en la pared de la caverna, a modo de una garganta de piedra.

—Es la entrada a la vieja mina. El resto corre por vuestra cuenta —finalizó el barquero.

Morvik saltó al embarcadero apoyando su mano en la espada, la espada bendecida

que había comprado Añico, a la que ofreció su brazo. Ella no necesitaba ayuda para saltar de la barca, pero lo aceptó. Su armadura tintineó al saltar tras él.

—¿Estarás de vuelta en tres días, como convinimos? —preguntó Morvik.

—Pues sí —dijo el barquero entre dientes demostrando lo poco feliz que lo hacía la idea.

Pero su bolsa estaba llena, y Morvik le había prometido engordársela aún más cuando volvieran a Hybardin.

—Esperaré una hora al mediodía, ni un minuto más. Si entonces no estáis, tenéis una buena jornada a nado.

—Bastante larga —respondió Añico.

El barquero se apañó de la orilla, con un cabeceo de la embarcación a medida que se alejaba del embarcadero. Cuando la lámpara se desvanecía a lo lejos, Añico encendió su propio farol y bajó la celada. Alumbró a su alrededor con el débil rayo de luz, escudriñando cuidadosamente las tinieblas.

Habían ido directamente hasta allí, sin haberse pasado siquiera por la Casa Narrowshaft, para decirle a la familia de Morvik en qué se iban a meter. Ahora estaban solos, rodeados de Tinieblas. Los enanos no habían usado demasiado esta ruta. Los temblores durante y después de la Guerra de Caos habían derrumbado la mayoría de las galerías más prometedoras de esta parte del reino y habían dejado el resto peligrosamente inestable. Allí de pie, en medio de la oscuridad, con el único sonido de fondo del agua que golpeaba contra el muelle, los enanos estaban convencidos de que el miedo también tenía mucho que ver con las circunstancias en que su gente había abandonado estos túneles.

Estaban juntos en el asunto, con las mandíbulas apretadas.

—¿Cuánto dura el trayecto? —preguntó Añico—. La única vez que recuerdo haber hecho este recorrido ibas tú empujándome en la carretilla después de la batalla, e incluso es un recuerdo vago.

Morvik frunció el entrecejo.

—Ocho horas, a buena marcha. Medio día si nos lo tomamos con sentido.

—Entonces, medio día.

Él no manifestó oposición alguna. Añico se dirigió hacia Morvik y en un arrebato lo besó en los labios. Luego, levantó su farol y echó a andar internándose en las entrañas de la tierra. Morvik hizo un alto para desenvainar la espada y luego la siguió a paso ligero.

La oscuridad se fue haciendo más espesa poco a poco, engullendo hambrienta el resplandor del farol. Morvik tuvo que envainar su espada y encender un segundo farol, que contribuyó un poco a aclarar el panorama, pero aun así las sombras se abatían sobre ellos como olas empujadas por la tormenta, dispuestas a aplastarlos tan pronto como faltase la luz.

Para empeorar las cosas, el túnel no era ni mucho menos tranquilo. Los estragos de Caos habían debilitado las otrora sólidas paredes. Ni un solo minuto dejaba de escucharse el desagradable chasquido de una piedra desplazada. Algunas veces el ruido era débil, pero llegaba su eco desde la penumbra; otras veces, era como el estampido de un trueno y arrastraba nubes de polvo y grava que llovían sobre ellos.

En dos ocasiones oyeron ruidos todavía más profundos, chasquidos estruendosos que hacían temblar la roca bajo sus pies. Más tarde comprobaron que lo que causaba aquellos horribles estruendos era la rotura contra el suelo de placas de roca desprendidas del techo y de las paredes, que sembraban de piedras y escombros el camino. Ambos fueron sorteando poco a poco estos obstáculos, observando si estaban a punto de desprenderse lajas de piedra sobre su cabeza.

En este entorno era difícil conservar la noción del tiempo, que sólo estaba marcado por el debilitamiento de la llama de los faroles al agotárseles el combustible. Entonces tenían que hacer un alto, echaban un rápido trago de ginebra de sus botas de cuero y rellenaban los faroles de aceite. Hacían esto por turnos para que siempre hubiera uno escrutando las tinieblas. Si el ser de sombra se había situado en el camino de la Hoya, podía caer sobre ellos casi sin que se dieran cuenta.

Más de una vez habían saltado y echado mano de sus armas, con el corazón saliéndoles por la boca cuando la luz de los faroles había simulado de repente el movimiento de una sombra.

Siguieron avanzando, hora tras hora, y finalmente alcanzaron los hitos de piedra que señalaban que la Hoya de Hroldeg estaba delante de ellos. Cien pasos más adelante, el túnel desembocó en una enorme caverna cuyas dimensiones totales se perdían en la oscuridad, más allá de lo que podía alcanzar la luz de los faroles.

Añico se quedó helada y totalmente rígida cuando llegaron a los límites de la caverna.

Morvik la alcanzó y le cogió la mano. Los guanteletes de ambos crujieron al unísono.

—¿Estás bien?

—Sssí —respondió ella—. Todo esto me conmueve, al fin y al cabo es aquí donde nací, donde empiezan mis primeros recuerdos.

Siguieron andando y se dieron cuenta de que ahora el suelo ya no era abrupto sino llano, interrumpido sólo por los tocones de las estalagmitas que los enanos habían cortado cuando estaban instalados allí. Resultaba difícil divisar el techo, pero las borrosas siluetas de las estalactitas emergían de entre las sombras. A medida que avanzaban, dejaban atrás montones de escombros que habían caído del techo, algunos de los cuales podían haber obstruido fácilmente el camino habían dejado atrás.

Lo peor, sin embargo, era la oscuridad. Las dimensiones la caverna habían que las tinieblas pesasen todavía más. Para Morvik era una sensación extraña puesto que él

había vivido allí con una guarnición durante más de un año, antes de la guerra de Caos, y nunca había sentido la opresión de las sombras como ahora. Pero entonces, en aquella época, éste era un sitio lleno de vida, donde los enanos gritaban, reían y cantaban. Ahora estaba vacío, y en la oscuridad había algo escondido, algo que estaba hambriento.

—Puedo sentirlo —murmuró Morvik—. ¿Y tú? Es como si algo nos estuviera acechando...

—Quédate quieto —replicó Añico, muy atropellada, mientras miraba en derredor alumbrando con el farol en todas direcciones. No se veía nada, pero eso no quería decir que no hubiera nada.

Se arrastraron por la caverna hasta que finalmente apareció ante ellos una enorme silueta que emergía de las sombras. Habían alcanzado la Hoya y la luz de los faroles bañó una edificación de bloques de granito perfectamente encajados, un muro de tres metros de altura, con aspilleras. Movieron sus faroles hacia la izquierda, donde el muro estaba rematado por una maciza torre cuadrada, luego los movieron hacia la derecha... y se detuvieron, con la mirada fija.

La torre había reventado en pedazos.

En Krynn nadie trabajaba la piedra con tanta maestría como los enanos de Thorbardin. Las fortalezas levantadas por los enanos habían resistido guerras, el aliento de los dragones e incluso dos cataclismos. Pero aquí, las almenas de la Hoya habían caído hechas pedazos; bloques del tamaño de una casa habían quedado esparcidos como si se tratase de juguetes de niños. Algunos habían sido fundidos y luego se habían endurecido. Así era como habían quedado exactamente Hybardin y las demás ciudades después de la matanza de Caos, pero los enanos llevaban ya cinco años reparando esos lugares; aquí, el daño era reciente, como una herida abierta.

Morvik se pasó la lengua por los labios.

—Piénsalo bien —la instó él—. No estoy muy seguro de que quieras recordar lo que pasó aquí.

Ella movió negativamente la cabeza.

—No voy a dar marcha atrás.

Tragó saliva y miró a su alrededor.

—Vamos. Tenemos que entrar en el patio, lejos de estas murallas. Si el ser de sombra nos echa una encima...

Se detuvo con un estremecimiento.

Morvik tardó un instante en responder y empezó a sentirse mal mientras miraba los escombros. Finalmente asintió, moviendo el rayo de su farol.

—Vamos, pues.

Con mucho cuidado empezaron a trepar por la derruida muralla.

Era poco lo que quedaba en pie de la Hoya. La muralla este y las dos torres que

remataban ambos extremos seguían en pie, lo mismo que algunos muros de las murallas norte y sur, si bien la mayor parte se había derrumbado. La muralla oeste había desaparecido por completo, sus torres eran sólo cenizas de vidrio fundidas. El patio de armas, la torre del homenaje, las barracas y otros edificios habían quedado reducidos a montones de piedras y astillas de madera. Algunos se habían derrumbado, mientras que otros habían reventado, esparciendo escombros por todo el recinto. Entre tanta ruina seguían en pie los montones de piedras que habían hecho Morvik y los demás supervivientes para señalar la tumba de los muertos en la batalla. Mientras contemplaba el improvisado cementerio, Morvik sintió que algo le atenazaba el pecho. Realmente sentía la muerte de esos enanos, había luchado codo con codo con ellos y probablemente los había conocido bien. Pero ¿cómo llorarlos si ni siquiera podía acordarse de sus rostros, ni pronunciar sus nombres?

Pasada la fortaleza, entraron en una oscuridad todavía más densa. La Hoya de Hroldeg, enorme y sin fondo, se abría en el suelo. Corría por el extremo suroeste, donde la roca se había abierto y la muralla había sido tragada por el abismo. Los gritos de los enanos mientras caían al vacío desde las almenas todavía resonaban en la memoria de Morvik. Dejando atrás la demolida muralla, los puentes que una vez salvaban la Hoya estaban destrozados, poniendo fuera del alcance la otra orilla en la que antes se encontraban las minas más ricas del reino.

Caminaron hasta el mismísimo borde del abismo y miraron hacia abajo. Por supuesto que no se veía nada —ni siquiera se podía ver nada cuando la Hoya era fuerte y estaba entera—, pero allí seguía habiendo algo. Una presencia... o una ausencia... escondida en la piedra.

—¿Lo sientes tú también? —interrogó Morvik, mirando a Añico.

Pálida, ella se mordió el labio mientras escrutaba las profundidades.

En un primer momento no le respondió. Luego, pestañeando, afirmó con la cabeza.

—Hace frío —dijo—. Como cuando soplan los vientos de la montaña en pleno invierno.

Lanzó una bocanada de aire que se condensó al contacto con el frío ambiente.

—Recuerdo esto —asintió Morvik, echándose atrás algunos pasos—. Cuando vinieron a por nosotros, sentí una ventisca que soplaba desde las profundidades —recordó con un escalofrío—. ¿Cómo podremos llegar hasta él?

—No podremos —respondió Añico recorriendo con la mirada el borde de la sima.

Detuvo la mirada en un claro relativamente despejado de escombros y se dirigió hacia él.

—Si nosotros podemos sentirlo, por Reorx que él puede sentirnos también a nosotros. Pueden oler la vida, como bien sabes, y les atrae. Si le damos tiempo, vendrá hasta nosotros.

Morvik se mordió el bigote mientras apoyaba la mano sobre la empuñadura de su espada bendecida. Apartó la mirada del abismo, luego tomó una rápida bocanada de aire. Añico se detuvo, echando mano de su maza mientras se volvía hacia él, que respondió a su mirada de preocupación señalando con el dedo.

—Quieres decir que siempre la encuentran —interpretó él.

Añico siguió la dirección de su dedo y pudo ver, a unos veinte pasos de distancia, casi fuera del alcance de la luz de los faroles, varios montones de armaduras negras. Incluso a lo lejos, pudo darse cuenta de que tenían la forma de los talones, de las alas de los dragones y de los cráneos. Los escudos y las magníficas hachas y mazas estaban esparcidas alrededor. No las cubría el polvo, por eso brillaban cuando Añico las alumbró con el farol. Eran armaduras daergars.

Ninguno de los dos dijo nada. Observaron todo lo que quedaba de la patrulla negra de enanos que había destruido el ser de sombra. Era difícil sentir simpatía por los daergar, que eran los enanos más crueles y viciosos de Thorbardin, pero Morvik y Añico la sintieron de todos modos. Nadie, por malo que fuera, se merecía una suerte semejante.

Añico cogió su maza y la mantuvo asida con mucha fuerza, entrecerrando los ojos para escrutar las sombras que los rodeaban.

—Morvik —murmuró—. Quiero que me prometas algo.

Él la observó, mientras su espada chirriaba al salir de la vaina. Sus ojos se encontraron, y él no pudo evitar un estremecimiento al ver el pavor en su mirada.

—Dime —le respondió.

—Si las cosas se ponen feas... si pareciera que el ser de sombras me va a destruir...

—Añico —siseó Morvik—. Deja de...

—No. Préstame atención —insistió Añico—. Yo he perdido ya una vida de esa clase y no quiero que te arrebatte la tuya también. Si las cosas se ponen feas... si piensas que voy a morir... entonces, si te resulta posible, quiero que te vayas y que me dejes.

—Morvik sintió la boca repentinamente seca. La miró en silencio.

—No —le respondió, con más aspereza de la que hubiera querido; tomo aliento y suavizó la voz—. Ahora estoy aquí contigo y será hasta el final.

Ella le sonrió, pero se volvió rápidamente, escrutando las sombras.

—Ven aquí —murmuró al fin, echando la maza al hombro—. Lo mejor será que empecemos a sacar estas piedras, pues cuanto antes montemos la trampa, mejor.

Les llevó casi una hora de trabajo duro, turnándose con el farol, apartar los escombros hacia los lados. Hicieron alto varias veces, tirando la carga para coger las armas, pero nada se les acercó, y con los nervios de punta volvieron a reanudar el trabajo. Finalmente cayeron rendidos y doloridos después de haber limpiado un

círculo de unos seis metros de diámetro de todos los escombros mayores que un canto rodado. Se sentaron para descansar, respirando con dificultad, y se pasaron varias veces el uno al otro una cantimplora de cerveza. Añico estaba masticando una tira de cordero seco cuando se puso repentinamente de pie y caminó hasta donde había dejado su hatillo. Lo desató con sus dedos insensibles, buscó dentro y sacó un barrilito de roble.

—Toma —susurró, pasándole el barrilito a Morvik.

Él lo cogió, luego se levantó del suelo. Mientras él se estaba levantando ella sacó otro barrilito idéntico y luego dejó el hatillo a un lado.

Había hecho un viaje especial a una herboristería para comprar los barrilitos antes de abandonar Hybardin. Estaban llenos de *kharfa*, un aceite ligero obtenido de los hongos, que los enanos de Thorbardin usaban en la guerra. Si se le prendía fuego duraba más que la brea. Añico cogió de su hatillo un mazo y un formón y perforó la tapa de su barrilito; luego pasó las herramientas a Morvik que hizo lo propio. De los barrilitos salió un tufo a tierra que les hizo arder la nariz.

Asintiendo ambos con la cabeza, se dirigieron a dos extremos opuestos de la zona despejada, y luego —echando una última mirada de refilón a la oscuridad— vaciaron totalmente sus barrilitos. El *kharfa* de color marrón se derramó cayendo ruidosamente sobre el suelo. Lentamente retrocedieron alrededor del claro, vertiendo a medida que avanzaban. Trazaron un amplio círculo, cubriendo cada uno de ellos la brecha donde el otro había empezado a verter. Los barrilitos estaban todavía por la mitad cuando acabaron, de modo que cubrieron uno las huellas del otro, vertiendo más *kharfa* sobre el que habían derramado antes. Finalmente, lanzaron lejos los barrilitos vacíos.

—Eso es —dijo Añico, mirando el círculo—. Ni un solo hueco por ningún lado, y con el espesor necesario para arder durante un buen rato. Saca las velas, ¿quieres?

Morvik, que estaba al lado del hatillo de Añico, se inclinó y buscó en él sacando un puñado de rudimentarias y largas velas. Las dejó todas en el suelo menos una, luego miró a Añico.

—¿Ahora?

Ella asintió con la cabeza.

Él se dirigió a su farol, levantó el protector, y acercó la vela a la llama. La vela chisporroteó mientras Morvik retrocedía hasta donde estaban las demás velas. La dejó arder un momento, luego la invirtió dejando caer cera derretida sobre el suelo hasta que se formó un pequeño charco, luego plantó la vela sobre él y dejó que siguiese ardiendo.

Añico le había contado su plan ya de vuelta en Thorbardin. Sabiendo que el ser de sombra tendría miedo del fuego, pensaba usar el *kharfa* para atraparlo. Esperarían dentro del anillo hasta que apareciese el inmundo, atraído por el olor a carne viva. Una vez que estuviese dentro del círculo, uno de ellos encendería el *kharfa* con una

vela, encerrándolo en el anillo de llamas.

—¿Y qué haremos nosotros? —preguntó Morvik, preocupado—. Estaremos dentro del círculo con él.

Añico asintió con la cabeza.

—Por eso necesitamos las armas. Lucharemos con el debilitado infeliz, y cuando lo hayamos vencido, lo forzaré a que me diga quién soy realmente.

Morvik tenía sus dudas acerca de esta parte del plan, incluso ahora. ¿Cómo estaba Añico tan segura de que el ser de sombra podría saber lo que ella quería averiguar?

—Cuando llegue —siguió Añico—, nos hablará. Ellos mataron aquí de manera desenfrenada hace cinco años, pero por las historias que he oído suelen ser mucho más sutiles. Trataré de decirnos que no valemos nada, que no somos nada. No le hagas caso, Morvik, porque si se lo haces acabarás creyendo lo que dice y ya puedes perder toda esperanza de salir con bien. No te preocupes por nada, porque incluso defendiéndote te destruirá. De modo que cuando hable no le prestes atención, habla contigo mismo, grita, canta... haz lo que sea, pero no lo escuches.

Morvik asintió con la cabeza y un instante después bostezó. Habían estado trabajando y caminando casi todo el día, y por más que habían dormitado en la barca a cadena durante la travesía desde el Árbol de la Vida hasta la antigua senda, no había sido muy reparador. Añico bostezó también a continuación. Estaba ojerosa, tenía la espalda encorvada y los ojos turbios a punto de quedar ocultos por los pesados párpados. Morvik estaba cansado, pero ella estaba exhausta, derrumbada. La pena asomó al rostro del enano mientras cruzaba el anillo para reunirse con ella.

—Necesitas descansar algo —le aconsejó, al tiempo que ponía la mano sobre su brazo.

—Estoy bien —respondió ella en voz muy baja y bostezó de nuevo.

—No, no lo estás. No puedes luchar si estás rendida, Añico. Duerme un poco; yo vigilaré. Cuando estés descansada, podemos cambiar el turno.

Ella dudó, lanzando una mirada de furia, luego se encogió de hombros.

—Está bien. Pero mantente vigilante, Morvik. Si ves o escuchas algo raro, cualquier cosa, despiértame enseguida. ¿Entiendes?

—Completamente, no te preocupes —respondió él mientras la besaba en la mejilla—. Ahora acuéstate antes de que te desplomes, ¿lo harás?

Sonriendo con fatiga, Añico se acomodó sobre el pedregoso suelo. Apoyó la cabeza sobre su hatillo y cerró los ojos. Unos instantes después su respiración se hizo más lenta y acompasada, y empezó a roncar suavemente.

Morvik se inclinó sobre ella, acomodándole con los dedos los cobrizos mechones de pelo ensortijado y observando su cara a la luz vacilante de la vela. Luego se enderezó, estirándose. Con la espada bendecida en la mano, se sentó ante ella y volvió la mirada hacía la oscuridad, esperando que alguna sombra hiciera algún

movimiento en falso.

Los tambores de guerra retumbaron como una avalancha de rocas llenando la caverna con su estruendo. Abajo, los enanos de la Hoya de Hroldeg se dispersaron por diferentes caminos, blandiendo las lanzas y los escudos, hachas y ballestas. Subieron las escaleras hacia las almenas, con mucho ruido de armaduras. Sus rostros preocupados estaban ocultos, oscurecidos por las celadas de sus yelmos. Los oficiales daban grandes voces mientras los formaban en filas a lo largo de los adarves de las murallas. Los enanos estaban acostumbrados a prepararse para la batalla, por haberse entrenado a menudo, y se movían con rapidez y seguridad, blandiendo las armas para enfrentarse al enemigo.

Al principio, Añico pensó que no era más que otro simulacro, pero había algo diferente en el aire ese día, una extraña energía, como si hubiera caído un rayo en los alrededores. Y sintió frío debido al viento helado que soplaba del abismo, que hacía ondear las banderas sobre las torres y las borlas de los yelmos de los enanos. Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, no era un simulacro.

Añico ocupó su puesto habitual, cerca de la esquina noreste del torreón. A ambos lados, los guerreros con el sello de la Casa Ironsmelt estampado en sus escudos esperaban con las armas en la mano. Añico miró a su derecha, intercambiando gestos y movimientos de cabeza con su vecino. Había estado a su lado en muchas ocasiones, y se conocían bien el uno al otro. Su nombre era... su nombre...

¿Cuál era su nombre?

Se quedó rígida, pues la repentina comprobación fue como si hubiera recibido una bofetada en pleno rostro. No sabía quién era el enano que estaba a su derecha. Giró, volviéndose hacia la izquierda, pero no pudo acordarse del nombre del guerrero que estaba allí, ni del que estaba frente a él... ni del siguiente.

¿Cuál es mi nombre, en ese caso?, pensó de repente, sobresaltándose de nuevo. No es Añico, aquí no. Es otro nombre...

Luego supo que estaba soñando otra vez.

Ese sueño lo había tenido una y otra vez, a lo largo de los últimos cinco años. Supo inmediatamente cómo se desarrollaría, igual que supo que se desvanecería en el momento de despertarse. Siempre era el mismo: se veía transportada, incapaz de cambiar lo que hizo o lo que ocurriría. Era un terrible sentimiento de indefensión.

—¡Preparaos! —bramó una voz.

Una figura acorazada en su armadura cruzó resueltamente la línea blandiendo una maza erizada de púas. Su yelmo astado distorsionaba sus palabras, haciendo que sonasen de manera espeluznante.

—¡Ojo avizor, todos vosotros! ¡Vamos a tener problemas!

Ella se quedó mirando fijamente al oficial, con el ceño fruncido. También lo conocía. Casi podía oír su nombre en su cabeza, pero estaba fuera del alcance de su

memoria.

El oficial se paró ante ella.

—¡Dije mirada al frente! —rugió, blandiendo su maza.

Ella no se movió, pero levantó su barbilla todo lo que pudo.

—¿Quién soy yo? —preguntó.

—¡Ahora, voto a Reorx! —gritó el oficial, dándole un empujón.

Fue a dar contra una almena con gran estrépito de su armadura.

—¡Mirada al frente, o tendré que arrancarte los ojos!

—¡Sólo quiero que me diga mi nombre! —gritó ella, pero ya era demasiado tarde pues el oficial sin dejar de gritar se alejaba. Añico se volvió al guerrero que estaba a su lado, armado con una ballesta en posición de ataque.

—Por favor... —empezó ella.

Pero antes de que el ballestero pudiera responder, se abatió sobre la Hoya un viento helado, golpeándolo como un puño de hierro. Los enanos gritaron alarmados, y todos los ojos se volvieron hacia el abismo. Añico miró también, aunque ella sabía ya lo que iba a ver. Un instante después, salió del abismo una masa hirviente de sombras, que se aplastó contra la muralla sur del torreón. Varios enanos aflojaron los cerrojos de sus ballestas, otros lanzaron sus hachas contra las sombras atacantes, pero no consiguieron nada. Los demás reunieron sus escudos, los amontonaron contra la muralla y permanecieron firmes, a la espera, con las armas listas.

—¡No! —gritó Añico, horrorizada—. ¡Salid de aquí! ¡Marchaos antes de que...!

De pronto, la negra ola se abatió sobre las almenas. Los enanos empezaron a gritar, luego las sombras cayeron sobre ellos, engulléndolos. Cuando las sombras se hubieron disipado, todo lo que quedaba era un montón de armaduras y armas. Añico sintió náuseas, se descompuso, cuando pudo ver los restos de las víctimas de los seres de sombra.

Luego, con un chasquido abrupto y ensordecedor, la muralla sobre la que habían estado los enanos se derrumbó y las piedras y el mortero se desmenuzaron abriéndose un amplio boquete que dejó a la vista el patio de armas. La oscuridad llegó cubriéndolo todo, colmando el interior de la Hoya al tiempo que fluía de la pared de piedra, rodeando incluso el exterior.

Atrapados, los enanos se aprestaban para luchar mientras los seres de sombra se acercaban sigilosamente a los edificios de piedra por todos lados, golpeando desde el frente y el fondo a la vez. En toda la Hoya se oyeron gritos de miedo y de dolor, luego todo cesó de repente, escuchándose en su lugar el estrépito de las armaduras vacías que se desplomaban sobre las almenas. Los enanos se esfumaron por docenas, como si nunca hubieran existido. Las piedras crujieron una y otra vez a medida que partes de la muralla, y los edificios cobijados por ella, se hacían pedazos. En la esquina noroeste del torreón, la robusta torre de vigilancia se ablandó y deformó,

derritiéndose como una vela.

En medio de la carnicería, un puñado de enanos mantuvo la posición agitando faroles y linternas para mantener a raya a los seres de sombra.

—¡Fuego! —gritó una mujer y su grito retumbó en todo el patio de armas—. ¡El fuego los detiene! Rápido, buscad algo para quemar...

Un tremendo estampido ahogó el resto de la frase al derrumbarse otro lienzo de la muralla sur. No se volvió a oír a la que gritaba.

Añico buscó alrededor tratando de encontrar fuego. Muy cerca parpadeaba una antorcha; se dirigió hacia ella y la sacó de su soporte. Un muro de sombras fluyó bajo las almenas. Algunos de los enanos que estaban enfrente —los que tenían los símbolos de los Ironsmelt en sus escudos— les hicieron frente; otros se derrumbaron y trataron de correr, abandonada ya toda esperanza. La diferencia era poca; todos ellos desaparecieron, cayendo a tierra sus armaduras vacías, algunas de cuyas piezas acabaron incrustándose en las piedras.

Añico levantó su antorcha, agitándola sin parar.

—Óyeme, Reorx —imploró—, líbrame de esta oscuridad...

Las sombras se detuvieron, asustadas por la llama. Luego volvieron a retroceder como una marea en reflujó, sin producir ningún ruido al marcharse. Añico lanzó un suspiro de alivio, pero supo enseguida que su alivio iba a ser muy breve. Había usado el fuego antes, incontables noches en vela. Había espantado a las sombras, pero sólo por un tiempo. Y luego...

Un estruendo estremecedor hizo temblar las almenas sobre las que se encontraba; a éste le sucedió otro y después otro, en rápida sucesión. Cerró los ojos e inclinó la cabeza con un gesto resignado.

Con un ruido como si se viniese abajo el mundo, la muralla se derrumbó. El suelo se abrió bajo sus pies y empezó a caer envuelta con las piedras aplastadas... a caer...

Añico se despertó sobresaltada y se sentó, con un enorme vacío en el estómago. El mundo daba vuelcas a su alrededor mientras el sueño se deshacía en jirones, para desvanecerse luego sin posibilidad de recuperación. Ella no trató de retenerlo; sabía desde mucho tiempo atrás que eso era imposible. Se sentó en el duro suelo, rodeada por lo que quedaba de la Hoya de Hroldeg. Ante ella había una vela medio fundida; los cabos de otras tres estaban cerca. Parpadeó sobresaltada porque cada vela podía durar más de una hora. ¿Habría estado durmiendo tanto tiempo?

—Parece que has dormido bien —afirmó una voz.

Dio un salto, con un grito sofocado, y echó mano de su maza antes de darse cuenta de que era Morvik. Miró hacia atrás y lo vio acuclillado tras ella, apoyada la espada en el regazo. Estaba pálido, los ojos enmarcados por un círculo rojo que denotaba su fatiga. Se pasó una mano por la cara, parpadeando fatigosamente.

—Has estado farfullando mientras dormías —afirmó él—. Tuviste otra vez el

sueño, ¿verdad?

Añico asintió, suspirando.

—Creo que sí.

Se puso de pie con un tintineo de su armadura, luego lo miró con cara seria.

—Estás horrible.

Él rió ruidosamente.

—Gracias. Me siento estupendamente. De todos modos iba a despertarte pronto, jovencita. No creo que pueda estar despierto mucho más tiempo. ¿Puedes vigilar unas horas?

—Desde luego —respondió ella con una sonrisa.

Sus articulaciones estaban todavía entumecidas y su cabeza un poco confusa, pero Morvik tenía un aspecto mucho peor. Ella permaneció dentro del círculo dando vueltas alrededor, la mirada fija en las sombras que se extendían más allá de sus límites...

De pronto se quedó rígida donde estaba y aspiró profundamente, hinchando las ventanas de la nariz mientras miraba en dirección a la Hoya.

—Añico —susurró Morvik de repente—. ¿Qué...?

Ella levantó una mano y él se quedó en silencio. Enseguida, Añico entrecerró los ojos y escudriñó la oscuridad.

Por un momento había visto algo, por el rabillo del ojo, un movimiento donde no debía haber ninguno. Contuvo la respiración y se mantuvo a la espera.

Luego, sin previo aviso, estaba de vuelta. Era una sombra que se desplazó a la izquierda cuando el brillo de los faroles empujó a las otras hacia la derecha. La piel de Añico se erizó al echar mano de su maza bendecida.

—Está aquí —musitó.

Morvik estaba ahora detrás de ella, sosteniendo su escudo. Ella lo cogió y lo sujetó a su brazo.

—Ya lo veo —le respondió.

Los ojos de Añico centellearon al mirarlo y acabó frunciendo el ceño. Él estaba mirando mucho más a la izquierda de donde ella se había fijado.

—No estás mirando en la dirección correcta —le dijo, señalando con la maza—. Por allí.

—No —respondió él señalando con la cabeza la dirección en la que estaba mirando—. Es allí, ¿no lo ves?

Finalmente vio en la oscuridad un bulto que permanecía estático mientras en torno a él danzaban las sombras. Durante un buen rato lo estuvo mirando con expresión ceñuda, sopesando la situación, luego se enderezó.

—Por las enmarañadas barbas de Reorx —juró ella—. Ése no es el que yo vi.

—¿No serán dos? —gritó sofocado Morvik.

Ella asintió con la cabeza, y escupió en el suelo.

—¡Kharas está contra mí; Pedrera me dijo que sólo había uno!

Morvik permaneció inmóvil largo rato. La punta de su espada temblaba ante él.

—Uno para cada uno —murmuró—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Rezar para que no haya ninguno más ahí afuera —susurró Añico.

Echó una mirada por encima del hombro para asegurarse de que los seres de sombra no se habían desplazado hasta allí también.

—Y obligarlos a que vengan hacia nosotros.

Lentamente retrocedieron apartándose de los seres de sombra, en dirección al extremo opuesto del anillo de *kharfa*. Morvik se paró y recogió la vela, medio consumida, del suelo según pasaban. Ambos se detuvieron justo al borde del círculo. Delante de ellos, las sombras vacilaban a la débil luz que emitía el farol. Nada se movía.

—¿Podremos hacer frente a los dos? —susurró Morvik

—¿Tenemos otra elección? —replicó Añico.

Lentamente, ella bajó la celada de su yelmo y Morvik hizo lo propio. Añico tuvo la desagradable sensación de que el estómago se le hacía un nudo. Rogó a los dioses desaparecidos que le permitiesen vivir para ver de nuevo la cara de su amado.

Luego, en un silencio inquietante, dos jirones de oscuridad surgieron de las tinieblas y avanzaron. Los dos tenían una vaga forma humana, aunque carecían de rasgos destacables. Se movían lentamente, a tientas, hacia el borde del anillo... y se detuvieron allí, exactamente del otro lado. Mientras los miraba, Añico se dio cuenta de que tenía la boca seca como la paja. Morvik, ya debilitado por la fatiga, temblaba visiblemente.

—Recuerda... —musitó ella.

Pero antes de que pudiera concluir la frase, las sombras entraron en el círculo. Tan pronto lo hicieron, Morvik se dio la vuelta y dejó caer la vela sobre el *kharfa*. De pronto surgió del suelo una llamarada, azul en la base y roja hacia lo alto, que se extendió rápidamente abarcando la totalidad del anillo.

Los seres de sombra se quedaron petrificados, apartándose de las llamas. Vieron lo que estaba pasando, pero las llamas fueron más rápidas y antes de que pudieran escapar el círculo de fuego ya se había cerrado sobre ellos. Recularon y seguidamente se desplazaron rápidamente hacia el centro del círculo. Por primera vez emitieron un sonido, un feroz silbido, como si se tratara de dos géiseres gemelos a punto de entrar en erupción.

—¡Ahora! —gritó Añico, lanzándose al ataque mientras blandía su maza—. Rápido antes de que...

—Alto.

De repente el cuerpo de Añico se volvió pesado como el plomo. Se paró en seco

abruptamente, a mitad de camino del centro del círculo. La voz, fría e inexpresiva, pero enormemente persuasiva, procedía de los seres de sombra. Ella se detuvo ante ellos, invadida por el terror. Estas criaturas, y sus congéneres, habían destruido la Hoya. Habían masacrado allí a cientos de enanos, y a miles en las ciudades de la superficie, y además les habían robado su pasado. Ahora ahí estaban ellos y ella, de nuevo frente a frente.

Y de pronto ellos ya no estaban. Se estaba mirando a sí misma.

Resultaba espeluznante, diferente de cuanto había experimentado hasta ese momento. Antes de ahora había visto su rostro reflejado en las aguas cristalinas y en los espejos, pero esto era diferente. La imagen tenía vida propia y no estaba coordinada con ella. Tenía levantada la celada de su yelmo y se le podía ver la cara. Era su propia cara, pero era un cadáver. La piel se veía gris y cérea, los labios estaban contraídos en un terrible rictus. De los ojos, hundidos, sólo se veía el blanco; eran los ojos de un cadáver.

—Qué diablos... —murmuró.

Ninguna de las historias que había oído a lo largo de los años decía nada de esto.

—Eso es porque nadie sobrevive —replicó la voz de la Añico muerta.

Hablaba con su voz, pero entrecortadamente y sin tono, y cada palabra le suponía un esfuerzo. Su sonrisa desdentada se ampliaba cada vez más, los labios reventaban al estirarse.

—Tú, desgraciada criatura, ¿piensas realmente que nos puedes vencer con esta ridícula trampa? ¿Estás realmente tan loca?

Añico asintió furiosa con la cabeza.

—Quiero recuperar lo que es mío.

—¿Lo que es tuyo?

La Añico muerta volvió a hablar con voz burlona y cantarina.

—¡Tú no tienes nada! ¡Ni siquiera nombre! No eres nada, ni siquiera existes.

Su cara se retorció en una mueca burlona.

Añico hablaba con dificultad, sin poder apartar los ojos de los ojos vidriosos de la aparición.

—Tienes que decirme...

La Añico muerta sólo reía, con un tono alegre y odioso.

—Yo no tengo que decir nada —gruñó—. Nada de nada. Al venir aquí no has hecho más que encontrarte con el destino al que burlaste hace cinco años. Todo lo que has hecho desde que te convertiste en Renacida ha sido una pérdida de tiempo. Y también has condenado a tu amante.

—¿Morvik? —susurró Añico.

Detrás de ella, Morvik dio un paso hacia adelante, pero él tampoco podía hablar, sólo podía observar.

—Querido Morvik —respondió la Añico muerta—. Pero entonces, lo que sintió por ti no fue nunca amor verdadero. ¿Lo fue acaso? Tal vez haya sido pena, la misma que uno siente por un perro hambriento. ¿Cómo podría amarte? Tú no eras nadie cuando te encontré, sólo una caracola vacía, y sigues siendo nada. Cuando desaparezcas, ¿qué diferencia habrá? ¡Nadie sabrá nunca que exististe... ni siquiera tu querido y dulce Morvik, en los fugaces momentos postreros antes de que encuentre el fin al que lo has empujado!

El mundo empezó a dar vueltas ante los ojos de Añico. Sintió que ella misma se desvanecía; era una extraña sensación que recordaba vivamente haber sentido antes, cinco años atrás, en este mismo lugar. La desesperación se adueñó de ella, y bloqueó todo lo demás. Todo, menos la suave y persuasiva voz del ser de sombra.

—Despreocúpate —murmuró la Añico muerta—. Déjalo todo. De todos modos, nada merece la pena, ¿no te parece? Es tan fácil... todo irá mejor... cuando se haya acabado...

Sin que se apercibiera, algo la golpeó fuertemente en la sien. En su cabeza crepitó una luz blanca, que la cegó haciéndola tambalearse. Podría haber caído, pero algo aferró su brazo y la levantó, alejándola del ser de sombra en dirección al borde del anillo. Sintió que le daban arcadas y trató de tirarse al suelo.

—¡Añico! —gritó una voz en su oído.

Sonó dolorosamente alta, y eso la sacó de su estupor. Su visión se aclaró, aunque los oídos le seguían zumbando. Morvik estaba de pie ante ella, aferrando su hombro con la mano derecha, mientras en la izquierda sostenía en alto uno de los faroles, sin el protector, que brillaba intensamente. Su voz retumbaba dentro del yelmo.

—¿Puedes oírme?

Ella trató de asentir con un movimiento de la cabeza, pero la sangre latía con fuerza en sus oídos y estuvo a punto de desmayarse.

—Tú... tú me golpeaste...

—Tuve que hacerlo —respondió Morvik—. Casi se había hecho contigo. Te habría destruido si yo no hubiera hecho algo rápidamente.

Era cierto porque las palabras del ser de sombra la habían adormecido y la habían llevado hasta el límite de la inconsciencia. Y por segunda vez la había salvado.

Ella sonrió toda compungida.

—Estoy encantada de que alguien prestase atención cuando dije que no había que oír esas cosas.

Dándose la vuelta, echó una mirada al círculo. Los seres de sombra seguían estáticos en el centro del anillo, asustados por el resplandor del farol de Morvik. De nuevo eran sólo sombras; la Añico muerta había desaparecido.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Morvik, levantando el farol—. Podemos tratar de escaparnos atravesando el círculo de llamas y dirigirnos hacia la

superficie...

Añico negó con la cabeza, poniendo rápidamente los ojos sobre los seres de sombra, pero las llamas que los rodeaban no dejaban escapatoria.

—No lo conseguiríamos. El fuego no duraría lo suficiente —confirmó ella—. Son más rápidos que nosotros y tarde o temprano nos alcanzarían.

Levantó su maza y echó mano de su escudo.

—No, no hay elección; sólo nos queda luchar con ellos.

Morvik asintió con la cabeza y aspiró una amplia bocanada de aire por su boca entreabierta. Había envainado la espada para alejar a Añico del alcance de los seres de sombra; ahora volvió a desenvainarla chispeante a la luz del farol. La blandió en alto y apoyó la hoja sobre su frente. Luego dejó el farol sobre el suelo y sujetó el escudo a su brazo.

—Está bien —dijo resuelto—. Acabemos con esto.

Codo con codo, empezaron a avanzar. Los seres de sombra estaban sólo a cinco pasos, pero antes de que Añico y Morvik hubiesen dado dos pasos en dirección a ellos, las oscuras formas se separaron desplazándose en distintas direcciones. Los enanos vacilaron, luego intercambiaron un rápido movimiento de cabeza y se separaron también. Morvik se movió hacia la sombra de su izquierda, blandiendo la espada. Añico se fue hacia la derecha, levantando su maza amenazadora ante el ser de sombra que había tomado su forma y cuya voz casi la había sumido en la desesperación.

—¿De modo que no soy nada? —explotó Añico, balanceando la pesada arma.

Al percibir el carácter bendito de la maza, el inmundo se echó hacia atrás. Añico sonrió abiertamente y apuró el paso.

—¡Vamos a ver quién es nada cuando esto acabe!

Se lanzó al ataque revoloteando la maza con toda su fuerza y trazando un mortífero arco. La cabeza de la maza hendió el aire con un apagado silbido. El ser de sombra salió disparado hacia un lado y hacia atrás, escurriéndose como el agua. Añico luchó para detener el golpe, luego lo invirtió, y lo impulsó con igual furia. Aunque trató de escurrirse nuevamente, el ser de sombra no fue lo suficientemente rápido y la ancha cabeza de la maza lo alcanzó en el lugar donde deberían estar las costillas, si hubiera sido humano.

Hasta que paró el golpe, Añico había temido que el arma pasara a través del inmundo. Por el contrario, el arma dio en el blanco. La forma del ser de sombra no tenía la consistencia del hueso y de la carne sino que era más blanda, con más flexibilidad, como un muñeco relleno de paja. Pero el impacto lo hizo rodar, y el brazo de Añico se resintió hasta el hombro. El ser de sombra cayó hacia atrás, desplazándose hacia el anillo de llamas, luego se detuvo y se volvió para hacerle frente. Lanzó un terrible silbido, como de grasa que chisporrotea en el fuego, y

empezó a dar vueltas en torno a ella cautelosamente.

Ella giraba al mismo tiempo que él y mantenía a la odiosa criatura frente a frente. Por el rabillo del ojo, observaba cómo Morvik se batía con el otro inmundo moviendo la espada a izquierda y derecha como si fuera la cabeza de una serpiente. Pero se desplazaba lentamente porque el cansancio lo había dejado débil y torpe. Añico perdió demasiado tiempo en mirarlo y dio lugar a que el ser de sombra se lanzase a por ella, rápido como una centella, buscándola con sus negras garras. Ella dio un salto atrás mientras se cubría con el escudo para frenar el ataque. Las negras garras chocaron contra él, rasgando el hierro como si fuera de tela. Con un terrible chirrido, arrancó esquirlas de metal aunque ella retiró bruscamente el escudo. Volvió a blandir la maza y lanzó un segundo golpe acertado que, sin embargo, tuvo el mismo débil efecto que el primero y sólo logró que el monstruo retrocediera gruñendo.

Ambos intercambiaron muchos más ataques, y el ser de sombra destrozó su escudo mientras ella lo aporreaba inútilmente con su maza. Finalmente, un brutal golpe con las garras partió el escudo en dos, dando un tirón al brazo que lo sujetaba, al arrancar el metal. Ella se tambaleó, agitando la maza para ahuyentar al inmundo, y tiró a un lado los restos del destrozado escudo. Si el ser de sombra esperaba que flaqueara, se llevó un chasco porque Añico varió rápidamente su postura y aferró de nuevo la maza por el mango con ambas manos para lanzar un nuevo golpe contra la negra abominación.

Lanzó una mirada de soslayo a Morvik, que se mantenía aún en pie, pero a duras penas. Su escudo estaba casi tan destrozado como el suyo, y su espada se movía lentamente cuando se lanzaba contra su enemigo. Pero aun así, parecía tener más suerte que ella porque su ser de sombra también parecía moverse con lentitud. Incluso mientras miraba, una de las terribles estocadas de Morvik dio en el blanco, y le hundió la mitad de la espada en la pierna.

El oponente de Añico volvió a la carga y desvió su atención a Morvik una vez más. El ser de sombra intentó golpearla brutalmente. Ella se agachó para esquivar el golpe de las garras, que acabaron arrancando una de las alas de su yelmo, luego lanzó un golpe con su maza a las rodillas del ser capaz de quebrar a un hombre o a un enano, pero que sólo consiguió hacer retroceder al ser de sombra mientras ella se ponía de nuevo en pie.

Añico barbotó una palabrota contra la escurridiza forma tenebrosa. Las cosas no marchaban bien, hiciera lo que hiciese no conseguía herirla. Miró a su alrededor, pero no encontró nada más que pudiera usar contra el ser de sombra; los faroles estaban fuera de su alcance, y las únicas armas con las que tenía la esperanza de poder herir al ser de sombra eran la espada de Morvik y su propia maza.

Su maza...

De repente, tuvo una idea. En la parte de atrás de la cabeza de la maza había un

grueso espolón curvo, lo suficientemente robusto como para atravesar la armadura más resistente. Lo observó con el ceño fruncido, luego se encogió de hombros y giró el mango de la maza hasta que el espolón quedó hacia afuera.

El ser de sombra se agachó, dispuesto a atacar por abajo esta vez. Añico desplazó su peso hacia las puntas de los pies esperando que el ser atacase. Se mordió el labio inferior, y afirmó las manos sobre el mango de la maza. Espera, espera...

La oscura forma se lanzó hacia adelante y Añico se contorsionó para evitar el golpe, pero aún así, una de las garras casi le parte en dos la canillera izquierda; luego hincó profundamente el espolón de la maza en la espalda de la criatura.

Un terrible chirrido, como el de una tiza sobre la pizarra, llenó el aire y estremeció a Añico hasta la médula. Por todas partes había jirones de sombras que salían de la espalda de la criatura, que cayó aplastada por el golpe, y cuando Añico retiró el espolón brotaron todavía más sombras. Se echó hacia atrás para que las garras del ser de sombra no aferraran su pierna; luego lo vio retorciéndose en el suelo. Añico observó cómo de la herida del ser seguían saliendo sombras cuando éste se cayó de espaldas. Trató de enderezarse, luego se cayó otra vez y con un ruido sordo y blando se desmoronó como un muñeco de trapo. La sombra sólida se disolvió en una niebla incorpórea y luego se desvaneció.

No estaba muerto, eso era imposible, porque los seres de sombra nunca habían estado vivos. Simplemente había vuelto al Abismo, por lo tanto, volvería. Podría volver algún día, pero por ahora se había ido.

Añico fijó la vista en el lugar donde había estado el ser, mientras el corazón le latía desafortunadamente. No había querido destruirlo, pero la herida había sido más grave de lo que había pretendido. Por un momento, el dolor invadió su corazón. Al desaparecer el ser de sombra no podría obligarlo a decirle quién era ella. Había perdido su oportunidad...

El sonido de metal despedazado la sacó de su trance. Lanzó una mirada hacia el lado contrario del círculo en llamas. Allí, Morvik estaba perdiendo su pelea con el segundo innombrable. El ser de sombra se había aferrado al escudo con sus garras y lo retorcía con una fuerza brutal. El metal se aplastaba y deformaba, y hubiera triturado el brazo de Morvik de no haber sido por la armadura. Él se debatía convulsivamente, tratando de liberarse del escudo, pero estaba apresado. Atacó con su espada atravesando al ser de sombra una, dos, tres veces y la oscuridad brotaba de las heridas, pero eran superficiales y el inmundo parecía no enterarse. Cada vez tiraba con más fuerza pero finalmente le arrancó el escudo hecho trizas. Morvik se tambaleó hacia atrás, luego dio un traspiés, y se desplomó en el suelo. La espada se le escapó de la mano.

—¡No! —gritó Añico al tiempo que echaba a correr.

El ser de sombra fue más rápido. Mientras Morvik luchaba por ponerse de pie se

le echó encima con las garras por delante, antes de que Añico pudiera golpearlo. Sin embargo, al fin pudo derribarlo asestándole un golpe con la parte plana de la maza y girándola luego para asestarle otro con el espolón en lo que podría ser el vientre en caso de que fuera humano.

Pero el ser de sombra no era humano. Retrocedió rápidamente, y arrastro consigo el arma de Añico, que se aferró al mango de la maza, pero las garras del inmundo la lanzaron hacia atrás; luego se abalanzó sobre ella y se adueñó del arma. La cogió con sus manos de sombras, la partió en dos como si fuera una ramita y luego tiró lejos los trozos. Titubeó por un momento, pero se lanzó hacia adelante derramando sombras a su paso.

Sin embargo, Añico no se había quedado quieta. Aunque había perdido su maza, se dio la vuelta y echó mano de la espada de Morvik. Se adelantó dando mandobles a diestro y siniestro para, finalmente, clavar profundamente la hoja en el costado del ser de sombra. El monstruo se detuvo, retirándose de la refulgente espada, luego se estremeció y se derrumbó en un montón de negrura, mientras no cesaba de manar oscuridad de sus muchas heridas.

Ella se dirigió hacia él, espada en alto, temiéndose alguna trampa. Pero el ser no intentó agarrarla, parecía como si hubiese perdido las fuerzas. Se desvanecía por momentos. Añico no tenía mucho tiempo.

—¿Quién soy yo? —le preguntó poniendo la punta de la espada sobre la garganta del ser de sombra—. ¡Dímelo!

Por un momento, el inmundo permaneció en silencio, luego lanzó una cruel risotada.

—Muy bien —dijo—, yo sé tu nombre, Añico. Conozco cada instante de la vida que te robé y te lo diré todo... pero antes, echa una mirada a tu amante.

La piel de Añico se heló de repente y sintió un sudor frío. Se dio la vuelta, manteniendo vigilado al ser de sombra con el rabillo del ojo..., y lanzó un grito ahogado.

La pechera de la armadura de Morvik presentaba cuatro desgarrones que le habían hecho las garras del ser de sombra y el metal se había tenido de rojo con la sangre.

—Todavía está vivo —respiró Añico.

Clavó su mirada de nuevo en el ser de sombra.

—Ya sé que piarías haberlo matado ¿por qué, entonces, lo mantienes con vida?

—Porque de este modo tu dolor es mayor —respondió la tiniebla, paladeando sus palabras con malvada fruición—. Tengo su existencia en mis manos y va a desaparecer poco a poco, lentamente, y ante tus ojos.

La mente de Añico se quedó en blanco presa del miedo, y corrió hacia Morvik arrodillándose a su lado. Las heridas de su pecho eran superficiales, apenas unos

arañazos profundos que no preocuparían a nadie, si se las hubiera infligido otro enemigo, pero cualquier herida producida por un ser de sombra era mortal de necesidad. Las lágrimas le quemaban los ojos y con las manos temblorosas levantó la celada del yelmo, luego miró su cara tratando de no gritar.

Parecía un espectro porque su carne se había vuelto blanca, espectral. Los ojos cerrados y hundidos, los labios retraídos en una angustiosa mueca. Ya no respiraba. Su cuerpo era tan transparente que se podía ver a través de él.

—Morvik —gimió ella.

Alargó la mano para tocar su mejilla, pero la retiró cuando comprobó que sus dedos pasaban a través de su carne.

—¡Oh, bendito Reorx...!

—Mira cómo se desvanece —dijo entre dientes el ser de sombra con sádica satisfacción—. Morirá antes que yo y lo veré. Y cuando haya desaparecido te diré tu nombre.

Con un furioso arrebato, Añico se puso de pie, se giró para enfrentarse a la forma que yacía en el suelo y echó mano de su espada.

—¿Y si te atravieso con la espada?

—Entonces él seguiría viviendo —respondió el ser de sombra—. Pero yo desaparecería, y no lograrías saber nada de mí. La elección está en tus manos.

Añico vaciló. La necesidad de saber quién era había sido su fuerza impulsora a lo largo de los últimos cinco años, toda su vida de Renacida. Ahora lo tenía delante, había llegado su oportunidad.

Pero Morvik...

Podía dejarlo morir pues no habría culpa; de todos modos ¿cómo podría lamentar la muerte de alguien a quien no podría recordar? Era sumamente fácil, ni siquiera tendría que hacer nada, sólo tenía que esperar.

—Puedes hacerlo —insistió el ser de sombra—. ¡Sólo tendrá que pasar otro minuto y recuperarás toda una vida! ¿Y qué perderás realmente si en realidad él nunca existió?

Añico miró a Morvik, luego al ser de sombra y le hundió la espada en lo que podría haber sido el corazón, si lo hubiera tenido. Dio un paso atrás, dejando la espada clavada en la forma.

—Habría perdido mi alma —exclamó—. ¿Cómo podría cambiarla por un nombre?

El ser de sombra se deshizo y se desvaneció igual que desaparece la niebla por efecto del sol. La espada cayó estrepitosamente a tierra.

Incluso antes de que la espada hubiese llegado al suelo, Añico estaba de rodillas ante Morvik. Le alzó la cabeza y la acomodó en su regazo. Estaba horriblemente blanco, como si el yelmo sólo contuviese vapores. Incluyó la cabeza sobre la de él y

su pecho empezó a agitarse por los sollozos, y por sus mejillas corrieron abundantes y ardientes lágrimas.

El ser de sombra me engañó, pensó para sus adentros. Lo voy a perder de todos modos.

—Morvik —sollozó—. Morvik, por favor, te necesito más de lo que necesité nunca saber quién soy. Ahora me doy cuenta y quiero que vuelvas a mi lado para que nos marchemos de Thorbardin, como me prometiste. Haremos nuestro propio camino en el mundo; no necesito nada más. Pero, por favor, Morvik... amor mío, no me dejes...

Luego oyó los sonidos más maravillosos que jamás había escuchado ni en su vida anterior ni en la presente. Suavemente, Morvik empezó a respirar.

Ella dio un grito, buscándole la cara. Los dedos de Añico tocaron carne firme, a través de la cual ya no podía ver. Derramando lágrimas de alegría, se inclinó y lo besó en los labios.

Los ojos le parpadearon y la boca se le distendió en una ancha sonrisa.

—Hola a ti también —murmuró.

Ella empezó a reír y pasó un rato antes de que pudiera parar. Cuando lo hizo, se sentó, acercó la cabeza a la de él, y se quedó inmóvil.

—Oye... —dijo Morvik después de un rato.

Ella bajó la vista y lo miró sin poder dejar de sonreír.

—¿Sí, amor mío?

—¿Ya sabes quién eres?

Durante un momento no respondió.

—Sí, lo sé —dijo por fin—. Soy Añico... tan sólo Añico.

Tácticas

Richard A. Kraak

—¡No! ¡No! ¡No! —bramó Tempion—. ¡Otra vez está todo mal! ¡Hazlo así, Adrian! ¡Coloca a los hombres en posición para demostrarles lo que queremos!

Desde el lugar sombreado donde se encontraba sentado, lord Cornwell bebió un sorbo de agua de su cantimplora y observó cómo su lugarteniente, Tempion, trataba otra vez de hacer que los lugareños realizaran un sencillo ejercicio militar.

El mayor de los dos Caballeros de la Rosa comandaba un contingente solámnico de unos diez hombres, no una unidad oficial de combate, sino más bien «observadores» en esta tierra donde había recrudecido en los últimos meses una guerra solapada. Los Caballeros de Takhisis, una gran hermandad que había hecho suyas las reglas de la caballería y del honor de los solámnicos para ponerlas al servicio de la Oscuridad, habían invadido las tierras de los ogros. Lo habían hecho sin fanfarrias, haciendo marchar legiones de guerreros de oscuras armaduras hacia las tierras de montaña y destruyendo o esclavizando todos los poblados que encontraban a su paso. Los ogros, a su vez, les habían hecho frente y habían conseguido frenarlos un poco, pero cada día había nuevas incursiones de los Invasores y mayor número de cadáveres entre los habitantes nativos.

El anciano comandante entrecerraba los ojos mientras observaba a Tempion, un corpulento caballero de cara ancha y enrojecida, que trataba de mostrar a uno de los guerreros ogro cómo debía colocarse para enfrentarse a un atacante. A los solámnicos no debería haberles importado lo que sucedía allí, ya que los ogros habían sido siempre una amenaza para los humanos, pero el repentino auge de los Caballeros de Takhisis los había sorprendido, y cada día el poder del enemigo se hacía mayor. Llegaría un momento en que sería inevitable una guerra entre las dos caballerías, pero todavía no, al menos por ahora. Sin embargo, los solámnicos no podían sentarse a esperar. Tenían que averiguar todo lo que pudieran sobre las tácticas y los puntos débiles de los caballeros negros y por eso habían enviado a lord Cornwell a ese lugar abandonado por los dioses. Ésa era también la razón por la cual estaban tratando de enseñar a los ogros estrategias básicas de la lucha caballeresca.

Lord Cornwell se enjugó una leve humedad del menguante bigote. El comandante

de pelo gris no aprobaba esta política. Pensaba que era mejor dejar a los ogros librados a su suerte, ganar o perecer por méritos propios. En el pasado había luchado contra ellos, había visto cómo su monstruosa furia convertía a los hombres en guiñapos ensangrentados. La verdad, odiaba a toda la estirpe, pero había recibido órdenes. Sus superiores habían considerado necesario tratar de equilibrar un poco las cosas. Ah, era muy probable que los ogros perdieran al final, pero para entonces no sólo habrían debilitado a los Caballeros de Takhisis, sino que Solamnia habría tenido tiempo más que suficiente para planear el siguiente movimiento.

Por supuesto que el hecho de que estas asquerosas criaturas no aprendieran nada que justificara el esfuerzo no tenía la menor importancia.

Levantándose con un suspiro, el veterano guerrero dejó a un lado la cantimplora. Observó con disgusto cómo los ogros volvían a desbaratar todo el esquema. Era sorprendente que hubieran obtenido algún triunfo antes de la llegada de los solámnicos. Sin embargo, lord Cornwell sabía por los informes recibidos que los caballeros negros habían sufrido pérdidas tan importantes en una zona como para desviar temporalmente su campaña hacia las feraces tierras del noreste. Eso había dado a Cornwell y a sus hombres tiempo para introducirse y encontrar una tribu de ogros dispuesta a establecer una alianza temporal.

—¿Estáis bien hoy, humano?

La voz no rechinaba como la de un ogro, sonaba algo más suave, incluso más cultivada. Cornwell todavía recordaba la primera vez que había oído la voz inusual del ogro, varias semanas atrás, cuando de las rocas y colinas que rodeaban a la reducida partida habían surgido más de sesenta fieros guerreros de aquella raza brutal. A pesar de la desproporción numérica, los caballeros se habían mostrado dispuestos a luchar, pero antes de que se hubiera dado el primer golpe, había aparecido el jefe de los ogros y había impedido el ataque. Aquella figura desarmada, poco corpulenta para un ogro pero, con todo, más alta que un humano, se había encaminado tranquilamente hacia el Caballero de la Rosa de mayor rango y había extendido sus manos en un saludo ritual.

—Soy Guyvir, jefe del poblado.

Tampoco la cara de Guyvir era la de un ogro puro. Es cierto que la estructura ósea presentaba ciertos rasgos del linaje de los ogros, lo mismo que la sonrisa dientuda, pero las facciones y las palabras suaves hacían pensar en otro antepasado, no humano pero bastante próximo. Se podría decir que, a grandes rasgos, el jefe era bien parecido con su escaso pelo facial y las grandes trenzas entrecanas que caían más abajo de los hombros. Sus almendrados ojos de color esmeralda hablaban a las claras de la otra raza que había contribuido a su mestizaje.

—Mi madre era una mujer elfo —le había explicado Guyvir nada más conocerse. Por supuesto que había sido una cautiva, ninguna mujer elfo o humana se entregaría

voluntariamente a un ogro bestial. Sin embargo, el padre de Guyvir había llegado a apreciar a su cautiva y aunque no permitía que escapara, tampoco la maltrataba. La mujer había vivido, resignada a su suerte, con el niño que había descubierto que llevaba en su seno como único solaz.

A pesar de las dificultades, su madre había aguantado hasta que Guyvir vivió diez veranos. De ella había aprendido diversas habilidades de los ellos, desde la diplomacia hasta el uso del arco. Estos rasgos, sumados a los que le había transmitido su padre, habían elevado a Guyvir por encima de los otros miembros de la tribu hasta encumbrarlo a la posición de jefe. Lord Cornwell pensaba que Guyvir era la razón más probable de que los ogros de este poblado hubieran tenido cierto éxito contra los Caballeros de Takhisis.

—Estoy bien —contestó finalmente lord Cornwell a Guyvir, que esperaba pacientemente. Le molestaba tener que levantar la cabeza para mirar a la cara al medio ogro, porque a pesar de su linaje mixto, el jefe le sacaba una cabeza—, pero ¡maldita sea, tus guerreros están tardando demasiado en aprender estas maniobras!

—Hacemos todo lo que podemos, pero los ogros, como otras razas, estamos acostumbrados a hacer las cosas a nuestro modo.

Cornwell frunció el ceño.

—¡Es inaceptable! Si queréis enfrentaros debidamente a los Caballeros de Takhisis tenéis que convencer a vuestros guerreros de que esas tácticas primitivas no van a mantener a raya para siempre el avance de la oscuridad.

El jefe movió el arco que colgaba de su hombro. Era de diseño elfo y permitía dar en un blanco del tamaño de un ratón al doble de la distancia que cualquier arma solámnica. Si todos los hombres de Guyvir hubieran manejado el arco con tanta destreza como él, lord Cornwell habría estado muy satisfecho. Sin embargo, sólo un número reducido de ogros había demostrado cierta habilidad con el arco, y la mayoría prefería las pesadas mazas o las largas lanzas.

Un entrechocar de metal, seguido casi de inmediato por una exclamación de frustración de Tempion, le recordaron a lord Cornwell que también las espadas estaban fuera del alcance de la mayoría de los ogros. Algunos podían esgrimir las, pero no con la destreza suficiente para representar algo más que un engorro para un endurecido Caballero de Takhisis.

—Veré lo que puede hacerse —replicó Guyvir sonriendo al comandante—. Después de todo, os estamos muy agradecidos por vuestra ayuda, humano.

—Y, por supuesto, nosotros estamos encantados de brindarla. ¡Lo sabéis!

El medio ogro asintió.

—La amistad de los solámnicos significa mucho para este pueblo... pero ¿acudirán más caballeros de vuestra Orden a ayudarnos?

Lord Cornwell procuró aplacar su enfado. Éste había sido un punto de roce con

Guyvir desde su primer encuentro. El medio ogro no había tardado en preguntar cuándo llegaría el resto de las fuerzas solámnicas.

La respuesta había dejado en su rostro una expresión taciturna.

—¿No vendrán más? —había preguntado con incredulidad—. ¿Os envían sólo a vosotros para combatir?

—Me temo que eso no es muy preciso. Nosotros no vamos a luchar, os ayudaremos a organizaros para la defensa. Nuestra misión consiste sólo en observar y prepararnos para el futuro. Es vuestra lucha, no la nuestra. Tengo mis órdenes.

La expresión de Guyvir se había ensombrecido y había mostrado sus dientes que, como Cornwell bien pudo apreciar, no había heredado precisamente de su madre.

—¿Y cuándo llegará ese futuro? ¿Cuando todos nosotros estemos muertos o convertidos en esclavos? He oído que los Caballeros de Solamnia son los campeones de los oprimidos, pero eso no incluye a los ogros, ¿verdad?

Lord Cornwell habla sentido que la sangre aflucía a su cara.

—De todos modos, mi pequeña partida no os sería de gran ayuda en ese sentido, jefe Guyvir. Somos menos de doce hombres... Sin embargo, traigo conmigo hombres capaces de enseñaros lo que necesitan saber para enfrentarse y tal vez derrotar a los Caballeros de Takhisis.

Ahora se dispuso a repetir el mismo argumento, pero ante su sorpresa, esta vez el obstinado jefe se echó atrás sin una sola réplica. En lugar de eso, el medio ogro miró a sus guerreros y, en un tono más sosegado, dijo:

—Ellos saben que, sin ayuda, morirán, humano.

—No tienen por qué, jefe...

—Morirán. Es sólo cuestión de tiempo. Nosotros somos pocos, y ellos muy numerosos. La suerte nos ha sonreído, pero nosotros somos ogros y sus tácticas son humanas.

—Ambos llegamos a este acuerdo. No os lo impusimos.

La sonrisa de Guyvir no expresaba el menor contento.

—Accedería a cualquier cosa que nos diera una oportunidad de aplastar la cabeza a nuestros enemigos.

Cornwell reprimió un estremecimiento.

—¡Bueno, bueno! Hemos tenido algo de suerte hasta ahora, ¿no es cierto?

—Me gustaría tener más cabezas en las estacas que las de unos cuantos exploradores...

Lo de las cabezas era una práctica que los caballeros no aprobaban, pero que lord Cornwell había sido incapaz de impedir. Casi una docena de cráneos corrompidos, algunos todavía con su yelmo, estaban colocados en estacas en un extremo del poblado. Todos habían sido hechos prisioneros gracias a las tácticas solámnicas... y luego brutalmente sacrificados por la ira de los ogros. Hubiera habido más cabezas

pero los caballeros habían convencido a Guyvir de limitar la práctica a un trofeo «simbólico» por cada victoria. No exactamente lo que hubieran preferido sus superiores, pero al menos Cornwell pudo comunicar resultados. Además, nadie esperaba de él que cambiara generaciones de brutalidad en cuestión de meses. Ogros son ogros...

Sin embargo, Guyvir tenía razón en una cosa: su pueblo estaba predestinado a fracasar, a morir tarde o temprano. Para entonces, haría tiempo que Cornwell y sus hombres se habrían marchado y estarían inculcando a otros sus destrezas y sus tácticas. No importaba qué técnicas se les enseñaran a los salvajes ogros pues a pesar de todo serían vencidos finalmente.

—Os ruego que enviéis otro mensaje a vuestros superiores, humano.

—¿Un mensaje? —El encanecido comandante aparentó sorpresa, pero sabía demasiado bien lo que Guyvir pretendía pedirle.

—Decidles que este jefe de los ogros desnuda su cuello ante ellos. Decidles que pondré mi arma a sus pies si acceden a venir y parlamentar.

El medio ogro había ofrecido la suprema humillación: rendiría su autoridad y su vida a los Caballeros de Solamnia si acudían con todas sus fuerzas para enfrentarse a los caballeros negros. Además, las palabras de Guyvir eran sinceras. A pesar de su ascendencia mixta, el jefe había demostrado su honorabilidad, su disposición a hacer lo que fuera necesario por la supervivencia de su pueblo. Siempre había estado en el frente de todas las escaramuzas, y se había puesto en peligro una y otra vez. Durante el entrenamiento, Guyvir había sido el primero en aprender cada uno de los pasos. Por añadidura, el medio ogro se había impuesto la tarea de actualizar los mapas antiguos, incompletos, que los caballeros habían traído consigo a estas tierras, proporcionando amplia información que Cornwell y sus hombres habrían tardado un año en reunir. Tempion, eterno desconfiado, había comprobado dentro de lo posible los detalles geográficos de Guyvir sin encontrar ninguna incorrección. Guyvir era sincero y valiente, para ser un ogro.

Era una pena que tanto valor se malograra.

—Como ya os he dicho, su respuesta seguirá siendo la misma.

Los ojos color esmeralda perdieron parte de su brillo.

—Eso es muy malo.

El comandante se dispuso a explayarse en otra larga explicación sobre las creencias y los intereses solámnicos cuando un guerrero ogro llegó a la carrera al poblado. Era uno de los exploradores de Guyvir. Lord Cornwell tenía que admitir que los ogros eran excelentes exploradores. Indudablemente, parte del mérito correspondía al jefe, que al parecer no sólo había heredado las dotes de los elfos para la comprensión y la memorización del paisaje, sino que además había conseguido infundir algo de esa capacidad a su pueblo.

El guerrero hincó la rodilla ante Guyvir. El corpulento recién llegado, un palmo más alto que el jefe, tenía la típica cara aplastada y grotesca de los ogros. Comparado con él, Guyvir era indudablemente más guapo, más parecido a los elfos.

El ogro se apartó un mechón rebelde de pelo oscuro y gruñó algo a su jefe en la lengua nativa. Los ojos de Cornwell se dirigieron a Tempion, que entendía el idioma mucho mejor que él. Su musculoso lugarteniente ya había interrumpido los ejercicios y se dirigía hacia ellos.

Guyvir vociferó algo a su vez, luego miró al Caballero de la Rosa.

—Perdonadme, lord Cornwell...

Sin mediar una sola palabra más, tanto el jefe como el guerrero salieron a buen paso en dirección a la casa de Guyvir, una simple estructura de madera y piedra redondeada en su parte superior, idéntica a todas las demás edificaciones del poblado. En lugar de puertas, había una gran piel de oso cubriendo la entrada, y otras más pequeñas en las rudimentarias ventanas. La casa del jefe estaba en primera línea de la gran zona de reunión situada en el centro mismo del poblado, donde los habitantes se reunían a diario para comer y beber. Incluso ahora había varias ogresas, más feas aún que sus hombres, preparando la comida de la tarde, alguna combinación de plantas locales con lagarto y conejo. Cornwell esperaba que supiera mejor que la de la noche anterior, de lo contrario tendría que empezar a enviar a sus hombres a cazar robando un tiempo precioso a su cometido.

El poblado de Guyvir tendría unos cien habitantes, es decir un asentamiento de carácter intermedio. Esto representaba entre treinta y cuarenta viviendas que formaban un círculo alrededor de la zona común. Rodeando el perímetro había un muro de la altura de un hombre, construido de piedras sueltas traídas de las colinas. No bastaba para detener a los Caballeros de Takhisis, pero al menos hacía que el ataque resultase más difícil. Un poblado anterior que los solámnicos habían explorado como un posible campo de entrenamiento, había sido arrasado cuando los caballeros negros invasores entraron a caballo en él sin encontrar ningún obstáculo, sin tener siquiera que trepar un muro o dar un rodeo para evitar a los centinelas.

—¿Qué fue eso, señor?

El anciano caballero se puso de pie, mirando a su lugarteniente. El rubio Tempion era también un Caballero de la Rosa y sucedería a Cornwell cuando éste se retirase. A Tempion no se le escapaban muchas cosas y había estudiado a fondo las normas de la guerra establecidas por los fundadores de la caballería. Además de su lengua y la de los ogros, hablaba el idioma de los elfos, de los enanos y de los bárbaros de las Llanuras. Es cierto que su bigote era fino y corto, pero todavía era joven, y Cornwell pasaba por alto sus escasos defectos. Algún día se valoraría la destreza de Tempion en el manejo de la espada.

—No lo sé, muchacho. ¡El explorador llegó corriendo hasta Guyvir, gruñó algo

en esa lengua mezclada que hablan y ambos se dirigieron a buen paso a la choza del jefe!

—¿Lograsteis entender algo, señor? ¿Alguna palabra? ¿Una frase?

—Nada importante. —La verdad sea dicha, no había entendido nada, pero no tenía intención de demostrar ante Tempion lo deficiente que era su conocimiento del dialecto local—. Pero creo que sería conveniente que nos enteráramos de qué fue lo que interesó tanto a Guyvir.

El caballero de estatura más aventajada asintió. Deslizó la mano hasta la empuñadura de la espada.

—¿Queréis que vaya a ver?

—Iremos los dos... pero primero, ¿cómo va el entrenamiento?

—Tan bien como es dado esperar, señor. No son incompetentes, pero se resisten a cualquier cambio. Si añadimos a eso su propensión al robo...

—¿Más robos? ¿No habrá sido otro caballo? —El día anterior había desaparecido uno de los caballos solámnicos y se había descubierto que lo tenía uno de los exploradores del jefe. El ogro había afirmado que lo había encontrado en la llanura, pero ninguno de los caballeros le creyó realmente.

—No, no desde que recuperamos el otro... ¡e incluso juraría que el guerrero tenía pensado comérselo! —El animal en cuestión había sido el de Tempion, con lo cual éste había tomado el incidente como algo personal—. Esta vez echamos de menos dos dagas. Acabo de reparar en ello aunque seguramente sucedió hace algún tiempo. Con esto son tres en las cinco semanas pasadas. Una espada también, recordaréis, poco después de nuestra llegada.

—Pero Guyvir entregó al culpable de aquello, Tempion. Ofreció la propia vida del ogro si queríamos un castigo. Hablaré con el jefe sobre ello. Le diré que acciones como ésta en nada contribuyen a mejorar las relaciones con nosotros. De hecho, nos proporcionan la excusa perfecta para romperlas ahora mismo. ¡Vamos!

Marcharon hacia la choza del jefe, pero antes de que llegaran a la entrada, el mestizo salió sonriente a recibirlos con los brazos abiertos. Cornwell a duras penas pudo evitar que Tempion desenvainara su arma, tan extraña era la actitud del jefe.

—¡Amigos! ¡Humanos! ¡Lord Cornwell! ¡Noticias! ¡Noticias!

Sorprendido, el anciano caballero preguntó por fin:

—¿Buenas noticias?

—¡Las mejores! ¡Mi explorador habla de una partida de cuatro caballeros negros en nuestras inmediaciones! ¡Podemos capturar sus cabezas sin dificultad!

—¿Dónde están esos exploradores? —Tempion tenía todavía la mano en la empuñadura.

—Al norte. Hacia el oeste del valle sinuoso.

Cornwell recordaba vagamente el territorio de los mapas que les había

proporcionado Guyvir. No obstante, el extremo oriental del valle quedaba fuera del mapa, porque Guyvir decía que sólo había estado una vez allí y de eso hacía muchos años. Era poco lo que podía contar a los humanos de la parte occidental, salvo que el valle se convertía, en un momento dado, en una zona sin relieve y finalmente en una llanura abierta. Cornwell había hablado de explorar el valle con la posibilidad de llegar a algunos de los poblados orientales, pero había pospuesto cualquier decisión final.

—¿A qué distancia hacia el oeste? —insistió el más joven de los dos caballeros. Tempion siempre quería detalles.

Un día, tal vez dos. Cabalgan hacia el sur, directamente hacia esta zona.

Los dos hombres vestidos con armadura se miraron. Los exploradores significaban la posibilidad de nuevas incursiones.

—Deberíamos investigar, señor.

—Sí... —Cornwell se tocó la barbilla—. Pero no quiero que sepan que estamos aquí. Si no observamos nada extraño los dejaremos que se vayan por esta vez.

—¿Dejar que se vayan? —Guyvir quedó francamente decepcionado—. ¡Son el enemigo! ¡Sus cabezas deben estar en la punta de una estaca!

—Dejaremos que se vayan para seguirlos y descubrir el tamaño del ejército al que preceden. Luego podremos decidir cuál es la mejor táctica a largo plazo. ¿De acuerdo, jefe Guyvir?

El medio ogro tardó un momento en contestar, y cuando lo hizo fue manteniendo bajos los ojos color esmeralda.

—Como vos digáis, humano.

Cornwell se frotó las manos.

—Entonces está decidido. ¡Bien! Ahora, Guyvir, os rogamos que vengáis con sir Tempion y conmigo...

Cierto, eran cuatro. Un oficial con una capa roja seguido en fila india por tres Caballeros de Takhisis sin rango.

Llevaban los siniestros yelmos negros, y el emblema de la calavera y el lirio de la muerte en sus petos. La pequeña partida avanzaba lenta y cautelosamente; sin duda eran conscientes de estar en territorio enemigo.

Cornwell observaba desde una colina rocosa que dominaba la ruta de los caballeros negros. El comandante sólo había llevado consigo a su reducido grupo de caballeros, al jefe y a ocho de los mejores guerreros de Guyvir. Más que suficiente para ocuparse de los cuatro en caso de que se hiciera necesario, cosa que Cornwell esperaba que no sucediera. Deseaba que su patrulla regresara en paz; era lo mejor para poder comprobar la fuerza del ejército al que pertenecían sin despertar sospechas. En un principio había pensado en llevar sólo al jefe, pero el medio ogro había insistido en que fueran algunos de sus propios hombres, comprometiéndose a

mantenerlos bajo control.

El viaje hasta la entrada del valle les había llevado más de un día, lo cual era más de lo que hubiera querido el anciano caballero. Consideró el trabajo que había realizado el ogro explorador, un arduo viaje de ida y vuelta, y tuvo que admitir para sus adentros que cuando menos era una buena paliza.

Cornwell miró el mejor mapa que tenían de la región.

—¿Dónde están vuestros guerreros, Guyvir? —preguntó.

—Allí y allí —respondió el jefe, señalando una loma y una colina por delante de la patrulla.

Tempion echó una mirada al medio ogro.

—Se les ha advertido que no ataquen bajo ninguna circunstancia, ¿verdad? Ésta es una patrulla de reconocimiento, no una de sus correrías. —El caballero más joven se había manifestado contrario a incluir ogros en la partida. Tempion consideraba que la operación exigía la experiencia de los solámnicos, no el comportamiento desaprensivo de los nativos—. Sólo queremos observar a esos hombres.

—He tratado de hacerles entender lo que se supone que deben hacer.

A Tempion no le satisfizo en absoluto este ambiguo comentario y empezó a decir algo, pero Cornwell le hizo una seña de que guardara silencio porque la partida estaba ahora en situación de poder oírlos. Los Caballeros de Takhisis seguían avanzando a paso constante. Por último, a escasos metros de donde los caballeros los observaban desde un lugar elevado, el oficial al mando levantó la mano y ordenó a sus hombres hacer un alto.

Los observadores vieron enseguida el motivo. El sendero se estrechaba por delante de ellos y se hacía precario, con muchos barrancos y cornisas, y era mejor que los exploradores condujeran a sus animales a un paso más lento.

Los cuatro invasores habían llegado casi al fondo de esa peligrosa parte de su recorrido cuando varias figuras enormes y furiosas surgieron de las rocas por encima de ellos. Cornwell ahogó un grito y Tempion lanzó una maldición. Ambos caballeros hicieron intención de ponerse de pie, pero algo los empujó desde atrás haciéndolos caer. El mayor de los dos caballeros levantó la vista y vio a Guyvir que se ponía de pie y gritaba algo airadamente en su idioma de ogro.

—¡Malditas bestias! —Tempion ayudó a su comandante a levantarse y ambos se dirigieron al jefe.

—¡Detenedlos! —rugió Cornwell.

El mestizo enseñó los dientes.

—¡Demasiado tarde, humano! ¡Demasiado tarde!

Al mirar hacia abajo vieron que los ogros ya estaban asaltando a los cuatro caballeros. Un hombre yacía muerto, con la cabeza y el yelmo destrozados. Otro trataba de protegerse de un ogro que lo atacaba con un garrote, sin ver a otro que,

armado con una espada, venía por detrás. Un momento después, la gran hoja de la espada le atravesó el cuello desde atrás.

Los dos que quedaban trataban desesperadamente de montar en sus caballos. Un ogro aferró la capa del oficial, pero se le escapó. Guyvir gritó y el jinete miró brevemente hacia arriba antes de espolear a su caballo. El único que quedaba de sus camaradas trató de seguirlo, pero dos guerreros lo derribaron de su montura. El caído gritó, pero su grito quedó interrumpido cuando uno de sus atacantes le rompió el cuello.

Lord Cornwell tenía los ojos desorbitados. Las actividades de los Caballeros de Solamnia se habían mantenido en secreto hasta ahora. Si el caballero que había escapado había visto a alguno de ellos, si se difundía la voz de que la hermandad de Cornwell había estado entrenando a los ogros...

—¡Detenedlo! ¡No puede hablar a sus superiores de nuestra presencia!

Guyvir se libró de la mano de Tempion que lo sujetaba y preparó su arco con sorprendente velocidad. Apuntó hacia la figura que cada vez se hacía más pequeña, pero no disparó.

Tempion se inclinó hacia él.

—¡Disparad!

El jefe soltó la flecha que describió un hermoso arco y fue a clavarse en el hombro del soldado, justo en el lugar donde la articulación de la armadura dejaba la carne desprotegida. Si Guyvir hubiera intentado un tiro así, hubiera parecido imposible. No obstante, en lugar de derribar al jinete sólo le provocó un gesto de dolor e hizo que se tambaleara.

—¡Se escapa! —rugió el comandante.

—El tiro ya era bastante difícil, y mucho más con éste gritándome al oído.

—¿Debemos darle caza? —preguntó Tempion.

—Se puede intentar... —Cornwell dudaba que sus hombres tuviesen una oportunidad. A pesar de su herida, el oficial cabalgaba como un demonio y ya desaparecía a la distancia.

Tempion ya tenía preparados a dos Caballeros de la Espada, Adrian y Bartik. Adrian susurró algo a Tempion antes de partir.

El lugarteniente de Cornwell giró hacia Guyvir con la espada desenvainada. Estaba furioso y dirigió la punta de su espada hacia la garganta del jefe.

—¡Dad la orden, señor, y me encargaré de este bellaco!

—¡Tempion! ¡Reportaos! ¡Bajad la espada!

—¡Se le dijo que sus guerreros no debían atacar a la patrulla!

—Tiene razón —reconoció el medio ogro sin pestañear—. Ustedes querían que los caballeros negros vivieran. He fallado. Pueden matarme.

—¡No habrá más muertos! —dijo Cornwell, terminante—. Pero ¡maldita sea,

Guyvir, ahora podrá comunicar nuestra presencia a sus superiores!

Tempion, que seguía con la espada desenvainada, entendió a su comandante.

—No deberíamos estar aquí cuando regresen, señor.

—No..., pone en peligro la misión que nos encomendaron aquí.

Ya hacía tiempo que tenían intención de abandonar el poblado de Guyvir. Habían confiado en quedarse el tiempo suficiente para enseñar a los ogros la mejor manera de hacer frente a los Caballeros de Takhisis. Pero ¿qué elección les quedaba ahora?

—Lord Cornwell... humano... puede que todavía haya otra oportunidad.

Los caballeros se quedaron mirando al jefe y finalmente Cornwell preguntó:

—¿Cómo es eso?

Los ojos color esmeralda se agrandaron esperanzados.

—Hay otra senda que yo había olvidado hasta este momento... podría llevamos dando un rodeo hasta el punto por el que debe pasar el caballero negro antes de reunirse con sus tropas.

Tempion sacudió la cabeza.

—¡Imposible!

—No, el caballero negro tendrá que cabalgar por terreno escarpado. ¡Nuestra senda será un atajo!

Esto interesó al comandante.

—¿Por dónde va ese camino?

—¡Por el este! ¡Atravesaremos la boca del valle y luego daremos un rodeo en dirección noroeste!

—No recuerdo haber visto ese camino en el mapa —intervino Tempion frunciendo el ceño.

—¡No he hecho este camino muchas veces en los últimos años, humano, pero existe! ¡Estamos perdiendo el tiempo en discusiones! Mis guerreros pueden tomar el otro camino para cerrarle el paso...

—Vuestros guerreros ya han hecho bastante por hoy —gruñó Tempion—. ¡Señor! ¡Esto es algo que nos compete a nosotros, sólo a nosotros! ¡Sin los ogros tendremos la oportunidad de capturar al oficial para interrogarlo! ¡Si llevamos a estos guerreros sedientos de sangre acabaremos sin nada!

—¡Al menos dejad que yo me redima! ¡Ustedes y sus hombres pueden ir solos, pero yo soy el único que puede indicarles el camino!

A juicio del comandante, no tenía elección. Podían prescindir de los guerreros de Guyvir, pero necesitaban al jefe para que les mostrara el camino.

—¡Está bien, pero démonos prisa! ¡Ya nos lleva demasiada ventaja!

Guyvir dio a sus guerreros unas breves órdenes en su idioma. Mientras sus hombres partían, se reunió con los caballeros, que ya habían montado a caballo. El medio ogro montó su propio caballo, un corcel castaño claro que, como lord

Cornwell había pensado muchas veces, hubiera sido el orgullo de cualquier comandante solámnico.

Como algunas tribus bárbaras y nómadas, Guyvir cabalgaba casi a pelo, con solo una pequeña y delgada manta por debajo. De su cinturón colgaban algunas bolsas. Como armas, el medio ogro llevaba una daga y el arco con el que había fallado momentos antes a pesar de sus reflejos de elfo.

Con Guyvir a la cabeza, la partida emprendió la marcha. Lord Cornwell, mirando de soslayo a Tempion, observaba cómo éste registraba cada detalle del paisaje mientras cabalgaban, grabando el terreno en su memoria casi perfecta, comprobando cada posible imperfección del mapa de Guyvir. El comandante sabía que si su lugarteniente encontraba algún detalle sospechoso en la dirección que tomaban, era probable que Guyvir no viviera hasta la puesta del sol.

Cabalgaron y cabalgaron, demostrando la imponente montura del medio ogro que estaba a la altura de los caballos que montaban los solámnicos. El atajo de Guyvir parecía real, porque la partida cubría la distancia casi sin esfuerzo. La boca del valle se abría alta y ancha ante ellos, aunque se estrechaba al entrar. Por fortuna, unos minutos después Guyvir se dirigió hacia el norte, conduciendo a los caballeros por un paso estrecho pero practicable.

Por fin los condujo hacia una loma desde donde Cornwell pudo ver a su presa.

Medio tumbado sobre la rienda, el caballero negro se las arreglaba para cabalgar todavía. No podía estar ni a un kilómetro en dirección oeste. Cornwell miró hacia atrás y logró ver dos puntos —indudablemente Adrian y Bartik—, que venían muy por detrás del soldado. Esos dos no conseguirían dar caza al caballero, pero gracias al atajo de Guyvir, pronto lo haría la reducida partida que él comandaba.

Guyvir los condujo por una pequeña y sinuosa senda que los iba acercando cada vez más al fugitivo. Lord Cornwell sintió renacer las esperanzas.

Ya lo tenían. Tempion espoleó su cabalgadura para adelantar a Guyvir y se colocó junto a la figura negra. El oficial se enderezó y trató de sacar su espada, pero el solámnico le apartó la mano y le puso su propio acero contra el pecho.

—¡Rendíos!

El Caballero de Takhisis detuvo su caballo. Después de un momento de vacilación, se rió con una risa desgarrada.

—Rindo... el poco tiempo de vida que me... queda.

Sólo entonces vieron su terrible herida. Sangraba mucho, agravada por la feroz cabalgata. La flecha seguía clavada en su hombro, y era imposible arrancarla sin sufrimiento.

No obstante, Cornwell sabía que debían intentarlo. Lo imponían las reglas de la caballería.

—¡Reynard! —Un Caballero de la Corona bastante corpulento se enderezó. Ya

hacía tiempo que Reynard había demostrado sus dotes para curar heridas y se había convertido, a pesar de su juventud, en el sanador no oficial de la unidad del comandante—. ¡A ver si puedes hacer algo con esta herida!

Antes de que el joven caballero pudiera obedecer, el oficial sacudió la cabeza. No se había despojado del yelmo, pero pudieron advertir la ironía en su voz.

—¿Para qué molestarse cuando... cuando vais a cortarme el cuello a continuación? Dejadme morir honorablemente... si todavía... si todavía podéis recordar cómo...

Tempion puso la punta de su espada cerca de la celada del hombre.

—¡Cuidado con vuestras afrentas, caballero negro!

—¿De qué afrentas me habláis... después... después de lo que les hicisteis a sir Hector y a su guardia... malditos solámnicos...?

Las palabras del hombre no tenían sentido para Cornwell.

—¿Qué demonios queréis decir?

El prisionero indicó que quería quitarse el yelmo, Así lo hizo tras obtener el permiso de Cornwell, dejando ver una cabeza con pelo castaño y barba y unas finas facciones. Sus captores advirtieron que el dolor lo atormentaba. Su rostro estaba muy pálido.

—Por la espalda... además. ¡Ni siquiera pudieron sacar sus... sus armas! No sois mejores que esta bestia... esta bestia que os acompaña...

Guyvir sonrió.

—Tu cabeza lucirá bien en una estaca, humano.

—¡Ya basta! —dijo Cornwell con tono autoritario, y volviéndose hacia el caballero, prosiguió—: ¡Nosotros no hemos hecho nada de lo que sugerís! ¡Jamás haríamos...!

—¡Señor! —interrumpió Tempion—, ¿vais a escucharlo? ¡Puede que los Caballeros de Takhisis hayan tenido una sombra de honor en algún momento, pero esos días terminaron con la Guerra de Caos! Dar a entender siquiera que nosotros podríamos caer tan bajo como ellos...

—Estáis aquí ayudando a los ogros, ¿no es cierto? —señaló el prisionero con amarga satisfacción. Apartó un momento la vista y luego volvió a mirar a sus captores—. ¡Vosotros... los nobles caballeros de Paladine... no sólo ayudáis a los ogros, *hacéis* que los ogros luchen por vosotros! ¡Tendisteis una emboscada a mi... a mi partida con los mismos métodos sangrientos con que acabasteis con la de sir Hector! ¡He visto las pruebas!

—¿Qué pruebas, hombre?

—¡La daga... las huellas... pruebas más que suficientes de vuestra traicionera presencia! —El oficial volvió a desviar brevemente la mirada.

—¿Daga? —Un pensamiento inquietante fue tomando cuerpo en la mente de lord

Cornwell—. ¿Cuánto hace que tuvo lugar ese... incidente?

—¡Vos lo sabéis! ¡Su sangre todavía está fresca... fresca en vuestras manos!

Hacía poco. Cornwell miró a Guyvir.

—Jefe...

En ese preciso momento, Adrian y Bartik alcanzaron por fin al resto de la partida. Sin embargo, sin apenas mediar un saludo, Adrian se puso de pie en los estribos y gritó:

—¡Señor! ¡Hemos sido avistados!

El herido Caballero de Takhisis aprovechó la distracción para liberar su espada, pero Guyvir lo vio y actuó con rapidez. Una daga se clavó en la garganta del barbado caballero y lo hizo caer hacia atrás sobre la montura.

—Guyvir —gritó el veterano comandante—. ¿Qué estáis haciendo?

—No os preocupéis por él, señor —apuntó Tempion—. ¡Hemos llegado demasiado tarde!

En la cima de una colina que dominaba su posición actual, tres figuras a caballo observaban a la reducida partida. Todos llevaban armadura negra.

—Había otros dos ahí arriba —dijo Adrian.

—Por lo menos cinco. ¡Otra patrulla! ¡Tendremos que tratar de detener también a éstos!

—No lo creo prudente, señor —dijo Tempion frunciendo el ceño.

Cornwell podría haber discutido, pero también él oyó el sonido de un cuerno al que respondió otro, y luego otro más.

—¡Por la espada de Paladine! —murmuró el veterano comandante—. ¡Su campamento debe de estar al otro lado de la colina! Pero... pero ¿qué están haciendo tan al sur? ¡Guyvir! ¡Vuestros exploradores! Ellos vigilan esta región, ¿no es cierto?

El medio ogro tenía una extraña expresión. Lord Cornwell esperó en vano una respuesta, hasta que sonó otro cuerno, éste más cerca y más alto.

—¡Vienen por la colina! —vociferó Tempion.

Era cierto. Más de una veintena de jinetes con negras armaduras surgió en la cima de la colina, uniéndose a los demás. Detrás de ellos venían por lo menos otros veinte, y más, y más hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Cómo pueden haber venido tan rápido? —preguntó Bartik, tan sorprendido como el resto.

—Creo... —empezó Cornwell, sin poder creer lo que estaba sucediendo—. Creo que ya nos estaban esperando.

Tempion lo miró, comprendiendo poco a poco. Guyvir, mientras tanto, dirigió una intensa mirada a los humanos.

—Bueno. ¡Ahí vienen! ¿Luchamos o huimos?

El lugarteniente de Cornwell miró al mestizo.

—¡No podemos combatir contra todos esos!

—¡Entonces debemos huir! —dijo Guyvir—. ¡Recuerdo un camino, un paso dentro del valle que lleva también hacia el sur! —Dicho esto, el jefe hizo dar la vuelta a su poderoso corcel y se dirigió hacia el este sin esperar siquiera a ver si los humanos lo seguían.

Lord Cornwell tenía toda la idea de hacerlo.

—¡Ya lo habéis oído! ¡Cabalgad, y rápido!

—¿Señor? —Adrian tenía su espada a medio sacar.

—¡Éste no es el momento de morir en una batalla desigual! ¡Vamos!

Para entonces ya eran por lo menos cien los demonios negros que se dirigían hacia los solámnicos. El corcel de Cornwell partió veloz, pero con todo había una distancia entre él y Guyvir. Cornwell no pudo por menos de preguntarse hasta dónde mantendría esa marcha. Habían pasado demasiado tiempo en medio del calor diurno persiguiendo al oficial fugitivo y ahora tenían que cabalgar más rápido que unos jinetes frescos que mientras tanto se habían estado paseando... siguiendo, sin duda, el rastro de los caballos solámnicos.

Ahora sabía cuál había sido el destino al menos de una de las dagas y del caballo desaparecido. Algunos de los guerreros de Guyvir habían hecho una incursión contra los caballeros invasores sin comunicarlo a sus aliados solámnicos. Habían hecho uso de sus armas humanas, y habían dejado rastros que un caballero experimentado podía leer. A pesar de su profunda antipatía hacia los ogros, había pensado que al menos el medio ogro tenía más sentido. Lo que más le molestaba era el hecho de que Guyvir lo hubiera mantenido en secreto... pero ¿por qué motivo? Tempion apuró el paso para ponerse a su altura y llamó su atención.

—¡Da la impresión de que nos conduce realmente!

Cornwell asintió. Entraron en el valle y de inmediato las sombras los cubrieron, casi como si el sol se hubiera eclipsado. Cornwell miró hacia lo alto, hacia las imponentes paredes de piedra. La montura de Guyvir había reducido el paso, permitiendo que los caballeros lo alcanzaran. Cornwell no dijo nada y prefirió guardar sus energías para la lucha. Apareció un paso a la derecha. Cornwell tuvo la certidumbre de que ésa era la vía que el jefe pensaba usar para su huida. Guyvir se inclinó sobre su montura, urgiéndola para que fuera más rápido. El medio ogro se quedó mirando la abertura...

... y se internó más en el sinuoso valle.

Los caballeros lo siguieron antes incluso de darse cuenta. Tempion miró a su superior, pero Cornwell sacudió la cabeza. Obligando a su caballo a apurar el paso, se puso a distancia suficiente de Guyvir para que éste oyera sus gritos.

—¡El paso! ¡Volved atrás!

—¡No! —gritó Guyvir—. ¡Demasiado tarde! ¡Están muy cerca! ¡Debéis venir por

aquí!

Cornwell miró hacia atrás y vio que aparentemente Guyvir tenía razón. Sus perseguidores habían acortado la distancia de una manera increíble. Calculó, con desánimo, que podían ser más de cien.

Ahora no tenían otra opción que seguir al medio ogro. El paso se estrechaba cada vez más y en un punto la partida solámnica tuvo que formar en fila india mientras seguía corriendo a toda velocidad. Por fortuna, los Caballeros de Takhisis tuvieron que hacer lo mismo y esto les dio a Cornwell y a sus hombres unos minutos preciosos mientras el ejército mucho más numeroso trataba de abrirse camino.

Guyvir cabalgaba a través del valle con más familiaridad de la que había dicho tener. Por dos veces evitó unos pasos laterales que lord Cornwell hubiera intentado seguir. Por desgracia, sus perseguidores venían casi pisándoles los talones.

—¡Me sentiré más tranquilo cuando este valle se ensanche otra vez! —dijo Tempion. El comandante también sentía claustrofobia, pero no exteriorizó sus temores. Entonces, ante su sorpresa y horror, la estrecha ruta terminó abruptamente. Llegaron a una pared rocosa, sin tan siquiera una estrecha cornisa que permitiera el tránsito de un jinete y su caballo. ¡No había salida!

—¿Dónde está la salida? —preguntó lord Cornwell al comandante, con tono imperativo.

Tempion fue el primero en darse cuenta.

—¡Una trampa! ¡El ogro nos ha tendido una trampa!

Cromwell miró a Guyvir.

—¿Es eso cierto?

El rostro del medio ogro era como una máscara, pero sus palabras confirmaron la acusación.

—Sí, yo sabía que el camino terminaba aquí.

—¡Las dagas robadas! ¡También el caballo! ¡Lo sabíais todo! Lo planeasteis todo, ¿verdad?

Tempion profirió un juramento.

—¡Por el escudo de Paladine! ¡Nuestros enemigos nos harán pagar por esto! —Su ira iba en aumento—. ¡Pero éste lo pagará primero!

—¡Dejadlo, Tempion! ¡Es una orden! —Aun cuando podía oír los atronadores cascos de los caballos, lord Cornwell necesitaba respuestas a otras preguntas que lo preocupaban—. ¡Vuestro explorador! ¡No volvió para comunicar su aparición! Volvió para deciros que habían tragado el anzuelo, ¿verdad? ¡Sabíais que vendrían a por nosotros pensando que éramos unos sucios asesinos! Vos habíais provocado los problemas entre nuestras dos fuerzas, ¿no es cierto?

—Sólo porque era necesario.

—Habéis guardado este secreto durante algún tiempo, esperando la oportunidad

propicia, ¿es así?

—Sois inteligente, humano, y tenéis razón —el medio ogro ladeó la cabeza— pero ¿no vais a hacer la pregunta más interesante?

—¿Y cuál es?

—¿Por qué me he dejado atrapar aquí junto con los humanos?

—Porque sois un tonto —le lanzó Tempion con desdén. A caballo embistió a Guyvir. El medio ogro se hizo a un lado

—Y la espada de Tempion sólo rozó su ropa.

—No... —musitó Cornwell mirando de repente hacia arriba y pensando en sus anteriores observaciones cuando habían entrado por primera vez en el valle elevado—. No, los tontos somos nosotros, muchacho.

Entonces avistaron a sus primeros perseguidores, una fila de vengativos guerreros negros que iba creciendo minuto a minuto. Cornwell ordenó a sus hombres que formaran una fila y se prepararan para dar la bienvenida al enemigo.

—Cien por lo menos —dijo Tempion con voz áspera—. Dad la orden de cargar, señor. Moriremos con honor. Les mostraremos a los diablos negros la diferencia entre su diosa y Paladine.

El encanecido comandante levantó lentamente su arma. Esperaba no tener necesidad de bajarla, pero se preparó por si llegaba el caso. De repente el valle empezó a derrumbarse.

Ésa fue, al menos, la primera impresión de Cornwell, pero luego se dio cuenta de que de las propias cimas de las montañas caían toneladas de rocas sueltas arrojadas por figuras... figuras acechantes y que decididamente tenían facciones de ogro.

Cogidos desprevenidos, los Caballeros de Takhisis eran víctimas fáciles. Las primeras piedras golpearon delante de la primera línea e hicieron que hombres y caballos frenaran haciendo estragos en las filas que venían detrás. Cuando la avalancha creció y se extendió, el pánico hizo presa de unos hombres entrenados para la guerra que veían que las propias piedras y la tierra los atacaban. Los jinetes chocaban unos contra otros mientras algunos trataban de huir. Mientras muchos eran aplastados, unos cuantos esforzados trataban de seguir adelante.

—Que Paladine nos proteja... —musitó Bartik.

Cornwell no sabía cuánto tiempo llevaban los ogros preparando esto. Tal vez desde su primer encuentro con los caballeros negros. Es posible que Guyvir tuviera la zona preparada simplemente porque sabía que algún día llegarían los invasores. Hiciera el tiempo que hiciese, su gente había tenido tiempo de hacer bien su trabajo. A juzgar por los enormes bloques que caían sobre los caballeros negros, los ogros habían liberado gran parte de las paredes superiores. Seguramente se habían puesto en marcha tras la partida de los caballeros, uniéndose sin duda a los ocho guerreros que Guyvir había «despedido» después del ataque inicial a la patrulla, y luego se

limitaron a esperar a que su jefe condujera a los humanos hacia la trampa.

Todo lo demás ya estaba preparado.

Los caballeros enemigos eran atacados también por la retaguardia, y las últimas líneas eran exterminadas por una avalancha tan grande como la que aguantaban los de la vanguardia.

Unos cuantos jinetes lograron abrirse camino entre los cascotes. Al verlos, Cornwell dio a Tempion permiso para presentarles batalla. El otro Caballero de la Rosa esgrimió su espada, y con un grito condujo a los hombres hacia adelante.

Las espadas lanzaban chispas, pero los pocos caballeros negros supervivientes tenían menguada su voluntad y rápidamente fueron superados por los Caballeros de Solamnia. Tempion atravesó con su espada a un oficial vestido con capa. Bartik hizo lo propio con un joven guerrero que tendría aproximadamente su edad. Adrian recibió una herida superficial cerca del cuello, pero uno de sus camaradas dio cuenta del atacante. Todo era vergonzosamente fácil considerando la forma en que habían sido derrotados los caballeros negros.

Lord Cornwell mantuvo su posición, observando el ataque de los ogros y sin perder de vista al jefe de éstos, que había desmontado y estaba junto a él. Ante la sorpresa del encanecido comandante, aparecieron unos cuantos arcos entre los ogros de arriba, y los arqueros nativos resultaron mucho más aptos para manejarlos de lo que cabría esperar por las observaciones de las últimas semanas. También en eso advirtió la mano de Guyvir. La lluvia de flechas hizo estragos en las filas de los Caballeros de Takhisis, ya que los arcos de los ogros habían sido construidos para la fuerza de estas criaturas y disparaban gruesas saetas capaces de atravesar las armaduras.

La batalla empezó a decaer, pero con unas cuantas docenas de guerreros, el medio ogro había anulado a una fuerza varias veces superior. Eran contados los Caballeros de Takhisis que seguían vivos. Muchos de éstos exhalaban su último suspiro ante sus ojos, ya que las víctimas no podían esconderse para evitar el asalto y la carnicería. Otra avalancha más pequeña redujo a un solo hombre un último grupo de unos doce jinetes desesperados, entre ellos un oficial de alta graduación que llevaba un gorro rojo.

Y después... todo había terminado. Los ogros fueron monstruosamente minuciosos, y Cornwell se dio cuenta de repente de que no sólo no había escapado ninguno de los Caballeros de Takhisis, sino que además a ninguno se le permitía sobrevivir. Se volvió hacia Guyvir para protestar, pero los ojos del mestizo le advirtieron de que guardara silencio.

Lo único por lo que Cornwell daba gracias tenía que ver con sus propios hombres: ninguno había sucumbido. Adrian, Bartik y otros dos tenían algunas heridas, pero ninguna que pusiera en peligro sus vidas. Tempion estaba intacto, pero

su expresión indicaba que los fantasmas de este encuentro lo acompañarían durante mucho tiempo. Todos los aturridos caballeros solámnicos habían desmontado a excepción de lord Comwell; era lo mejor para dejar que sus exhaustas monturas descansaran un poco.

A Cornwell le ardían los ojos.

—¡Nos habéis usado como cebo! —dijo finalmente el comandante—. ¡Como cebo!

Guyvir quedó sorprendido por su vehemencia.

—¡Vos habéis insistido en la importancia de las tácticas, humano! ¡Deberíais estar complacido! ¡Mirad lo que ha pasado! ¡Mirad qué gran victoria hemos obtenido!

Cornwell miró... y vio la carnicería. También vio a los ogros que deambulaban entre los muertos, adueñándose de cuantas armas y objetos pudieran resultarles útiles. Incluso vio a uno levantar el cuerpo del que al parecer era el comandante del enemigo y, sin pensarlo dos veces, seccionarle la cabeza.

Otro trofeo para las estacas...

—¡Esto no se llevó a cabo con honor solámnico! ¡Esto nunca se habría hecho usando las tácticas solámnicas!

El jefe asintió sabiamente.

—Es cierto... por eso he empleado tácticas de nuestro pueblo. —Guyvir sonrió fríamente, mostrando sus dientes de ogro—. Vuestras espadas siempre son bienvenidas de nuestro lado, humano, pero creo que vuestras formas de luchar no funcionan tan bien.

De repente, el comandante observó que varios de los ogros habían empezado a reunirse en torno a su grupo. Tempion y los demás también repararon en ello, y el lugarteniente de Cornwell escudriñó con disgusto a los guerreros.

El mayor de los Caballeros de la Rosa mantuvo su estudiada calma.

—¿Rechazáis nuestra ayuda?

—¡No la rechazamos, amigo humano! Hemos aprendido lo que hemos podido. Ya no tenemos necesidad de vuestras enseñanzas. Os damos las gracias por todo.

Se dio cuenta de que los ogros habían aprendido *demasiado* bien ciertas cosas. Habían hecho que las dos caballerías hicieran el tonto.

—¿Y qué va a pasar ahora con nosotros?

La sonrisa se hizo más fría, los dientes más amenazadores. Cornwell nunca había reparado en lo afilados que eran los dientes de ogro.

—Ya no os necesitamos.

Con un grito, Tempion esgrimió su espada contra el jefe.

Sin embargo, con una velocidad heredada de su madre la mujer elfo, el mestizo se hizo a un lado con facilidad, haciendo que el avezado caballero vacilara. El guerrero más próximo a Tempion levantó su maza y la descargó sobre el hombro del caballero.

El fornido caballero cayó de rodillas con el hombro y el brazo rotos.

Guyvir gritó algo en la lengua nativa al guerrero que había herido gravemente a Tempion. Ante la sorpresa de Cornwell, los ogros retrocedieron unos pasos.

El jefe volvió su atención hacia los humanos.

—Mi gente es... muy protectora conmigo. Os presento mis excusas, lord Cornwell. Si vuestro sanador puede hacer algo por vuestro hombre, que lo haga.

Cornwell dio órdenes para que así se hiciera.

—¿Qué sentido tiene? Tenéis pensado matarnos, ¿no es cierto?

—No..., tengo pensado que os vayáis.

El humano enarcó las cejas.

—¿Que nos vayamos?

Que volváis a casa, a las murallas civilizadas de Solamnia. Lo mejor sería que lo hicierais ahora mismo.

Su tono perturbó al caballero aún más que su fría sonrisa. Comprendiendo que discutir sólo podía provocar un desastre, lord Cornwell indicó a sus hombres que montaran, observando atentamente mientras Reynard ayudaba a Tempion a subirse a su caballo. Tempion apretaba los dientes, pero hizo un gesto afirmativo a su superior, confirmando que estaba en condiciones de cabalgar con ellos.

Por algún medio, los ogros habían conseguido abrir un sendero entre los cadáveres y las piedras, un sendero difícil pero practicable para los caballos. Sin más palabras, Cornwell volvió su montura de espaldas al jefe y encabezó la salida del valle de sus maltrechos soldados. Lo único que quería era alejarse de ese lugar, de esa humillación.

—¡Humano... lord Cornwell!

Se volvió a mirar a Guyvir.

—No os sintáis tan mal. Nos enseñasteis bien. Incluso nos enseñasteis muchas cosas que necesitábamos.

—¡Se me escapa qué pueda ser, señor!

Parecía que su sonrisa tenía infinitos dientes.

—Hay muchas similitudes entre vuestros guerreros y los caballeros negros. Sus acciones, sus tácticas... sus percepciones. Os prometo que no olvidaremos esas similitudes y lo que hemos aprendido de vosotros y las difundiremos entre los de nuestra especie. Os sentiréis orgulloso de lo bien que hemos aprendido a combatir a los invasores.

«Y a cualquier otro después de eso», pensó Cornwell. Tal vez... tal vez sus superiores no habían tenido demasiada visión de futuro cuando pusieron en marcha su programa de entrenamiento de los ogros para hacer frente a los caballeros negros. Era posible que los Caballeros de Solamnia hubieran contribuido a la creación de un enemigo más temible...

Se dio la vuelta, perturbado por sus pensamientos. Los ogros no se pusieron en su camino mientras abandonaban la zona, con los caballos tratando de elegir la mejor salida por entre las piedras y los cadáveres. Lord Cornwell podía sentir que Guyvir los observaba y no pudo reprimir un escalofrío. Pidiendo perdón a todos los poderes que todavía velaban por los mortales de Ansalon, se encontró deseando que ésta fuera una guerra sangrienta para ambos bandos... y que cierto jefe mestizo se contara entre los muertos.

De no ser así, en unos cuantos años los Caballeros de Takhisis tal vez fueran el menor de los problemas de Solamnia...

Asalto a la Escuela de Hechicería

Margaret Weis

No estaba dispuesto a claudicar. Volvería a probar el conjuro.

—Aunque no tengo ni la menor idea del porqué —musitó Ulin para sí—, no funciona.

En realidad, el «porqué» era su padre. Ulin había observado a Palin Majere hacer el mismo conjuro una y otra vez hasta que las palabras mágicas se espesaban en su lengua. A veces la magia funcionaba, pero hoy en día la mayoría de las veces no sucedía así.

Cuando eso sucedió, Ulin vio envejecer a su padre.

Antes de ahora Palin nunca le había parecido viejo a su hijo, no hasta el año anterior, cuando la magia aberrante que en esencia su padre había «descubierto» empezó a escurrírsele entre los dedos como mercurio. Al principio, Palin había atribuido su ineptitud a los achaques de la edad, aunque eso no parecía probable. Su padre, Caramon Majere, todavía estaba firme y animoso a sus ochenta años. Palin no había perdido nada más con la edad. Aunque era de complexión delgada, como su tío Raistlin Majere, Palin no tenía problemas de salud como los había tenido su tío. Palin estaba activo y en buenas condiciones físicas. Su mente estaba lúcida, le gustaba la vida al aire libre, andar y montar a caballo. No despreciaba un partido de pelota goblin y a menudo ganaba a los jóvenes eruditos que sólo pasaban el tiempo con las narices metidas entre las tapas de los libros.

Ulin se daba cuenta ahora de que su padre jamás se había planteado que la reducción de la magia tuviera algo que ver con una disminución de sus capacidades físicas o mentales. Palin había querido que así fuera. Lo había deseado fervientemente. Hubiera hecho ese sacrificio de buen grado por no llegar a entender la verdad.

El conjuro que Ulin estaba tratando de hacer era de naturaleza simple. Se trataba de poner un cierre mágico en una puerta. Respiró hondo para despejar los pulmones, trató de borrar de su mente todo tipo de preocupaciones e inquietudes persistentes — algo difícil en estos días— y cerró los ojos, concentrándose en la magia que podía sentir en el suelo de piedra, debajo de sus pies, en los fríos muros que lo rodeaban, en

la propia madera de la puerta. Eso era lo que le resultaba frustrante. Podía sentir la magia. Sabía que estaba allí del mismo modo que sabía que la sangre corría, roja y caliente, por sus venas. Podía sentir cómo la magia fluía hacia él, pero cuando trataba de ponerla a su servicio era como si una boca diferente de la suya la engullera antes de que él pudiera siquiera probarla. Cuando trataba de hacer el conjuro se quedaba sin nada dentro. Disipada la magia se sentía agotado, vacío.

Ulin suspiró y ahuyentó a algún insecto molesto que sentía corriendo por su piel. «Mosquitos —pensó—, o moscas de la fruta». Tendría que acordarse de comprobar si los sirvientes había dejado abierta otra vez la puerta del sótano. Por lo que respecta a esta puerta en particular, echó una mirada siniestra al inofensivo objeto como si fuera personalmente responsable de su frustración e incluso le dio un buen puntapié.

Entre suspiros e imprecaciones sofocadas, sacó un candado de hierro corriente de su bolsillo, lo colocó en la puerta y cerró ésta con una llave también de hierro.

—Triste situación, esta en la que nos encontramos ¿verdad, Ulin? —dijo una voz a sus espaldas.

—¿Qué quieres decir, Lucy? —preguntó con fingida alegría.

—Trataste de poner un cierre mágico y falló —aclaró ella. Ulin sonrió pesaroso y se encogió de hombros.

—Ya me conoces, tengo dedos de mantequilla y mejor haría en dedicarme a la cocina. Creo que sería un buen cocinero. Sí, no sería un mal cocinero ¿sabes? La alquimia se parece mucho a la cocina. Ésa es una de las razones por las que me gusta. Una pizca de esto, una taza de esto otro.

—No eres sólo tú, Ulin —añadió Lucy—. Es...

Ulin se llevó un dedo a los labios y echó una mirada en derredor para ver si alguien más podía estar oyéndolos.

—Estamos solos —dijo ella, exasperada—. Mira, Ulin, no tiene sentido seguir así. Tú y yo sabemos la verdad. Algunos de nuestros alumnos también la saben y por eso se marchan. Los maestros saben la verdad, ése fue el motivo por el cual tu padre disolvió el Cónclave. La magia está fallando. No sólo te falla a ti ni le falla sólo a tu padre. ¡Nos está fallando a todos!

Ulin no respondió. Apartando la vista de esos ojos verdes que tenían el desconcertante poder de ver dentro de su cabeza, le dio al candado un tirón furioso. Se mantenía cerrado. Satisfecho, introdujo la pesada llave en su bolsillo.

—Hubo un tiempo en el que en la Escuela no necesitábamos cerrojos en las puertas. Pero estos días con la locura de los artilugios de factura divina y su elevado valor, mi padre creyó que no era prudente dejar el cuarto de los objetos mágicos al alcance de todos. Supongo que tiene razón, aunque detesto estos candados de hierro. Parecen decirles a cuantos pasan: «¡Eh, aquí tenemos algo de valor! ¿Qué tal si lo robas?». Al menos los cierres mágicos tienen la ventaja de ser sutiles e invisibles.

Volvió a mirar a su compañera esperanzado.

—Supongo que tú tampoco...

Ella negó con la cabeza.

—Mis conjuros funcionan sólo a veces, y si pongo un cierre mágico es probable que después no pueda quitarlo. Prefiero no intentarlo. Lo cierto es, Ulin... —vaciló como si le resultara penoso dar malas noticias.

Eran amigos desde hacía años, desde que él había llegado para ocupar su puesto de Maestro Asistente en la Escuela. Había llegado a entender tan bien sus silencios como las palabras que pronunciaba, tan estrecho era el vínculo que había entre ellos.

—No, tú también no, Lucy —dijo tranquilamente cogiéndole la mano—. No puedes marcharte. ¿Qué haríamos sin ti?

Ésas fueron las palabras que pronunció, pero lo que su corazón quería decir era: «¿Qué haré yo sin ti?».

La llamaban Lucy la Regordeta o Lucy la Fea, para diferenciarla de otra Lucy que había sido alumna de la Escuela. Aunque aquella otra Lucy se había marchado, el apelativo se había mantenido ante la indignación de Ulin. Lucy no era hermosa en modo alguno, no como la madre de Ulin, Usha Majere ni como la señora Jenna, tampoco como la difunta esposa de Ulin, Karynn. Pero la sonrisa de Lucy, que hacía aparecer un hoyuelo en cada una de sus pecosas mejillas, calentaba el corazón de Ulin como el vino especiado. Su risa cantarina lo incitaba a reír hasta en sus momentos más oscuros. Sus ojos verdes chispeaban en sus sueños.

Pero los ojos verdes no chispeaban ahora. Estaban sombríos, tristes. Lucy era su amiga más íntima, su amiga más querida. Nunca había pensado que pudiera volver a amar después de la prematura muerte de su joven esposa, a la que había matado una peste para la cual los sanadores no tenían cura, una peste que muchos creían les había sido enviada por Beryl, la monstruosa Dragón Verde. Por entonces, Ulin estaba fuera, buscando artilugios mágicos. Había vuelto justo a tiempo para sostener a su esposa moribunda en sus brazos. Su corazón había muerto también con ella, o al menos eso hubiera deseado. Pero él también era joven, no había cumplido aún los treinta años, y su corazón se empeñó perversamente en seguir latiendo y, al parecer, ahora había encontrado una forma también perversa de permitirle amar otra vez, de volver a encontrar placer en la vida. Había empezado a pensar que Lucy podría llegar a ser algo más que una amiga para él y en ocasiones había concebido la esperanza de que ella pensara lo mismo.

—Ulin, no quiero marcharme —dijo, apretándole la mano—. Pero enfrentémonos a ello. No me estoy ganando mi sustento. Sólo tengo dos discípulos. Otro se marchó la semana pasada. Traté de convencerlo de que se quedara, pero sus padres dijeron que no estaban dispuestos a tirar el dinero para no conseguir resultados. Lo han colocado como aprendiz de un carpintero y no puedo culparlos por ello. Al menos

aprenderá un oficio con el que ganarse la vida. En cuanto a los otros alumnos, pueden incorporarse a la clase del maestro Dowlin que también ha perdido a varios de los suyos.

—Entonces quédate e investiga —sugirió Ulin—. La alquimia es un campo fascinante, Lucy. —Sus ojos dorados destellaron como el precioso metal al que se parecían al pensar en ello—. Es mucho más satisfactoria que la magia. Depende uno de sí mismo, de su propia creatividad e inteligencia, para crear algo, no de alguna fuerza proveniente de los dioses o del aire o de la tierra o de lo que sea. La magia puede o no funcionar con uno, no es nada fiable, pero ¡yo controlo mis experimentos, Lucy! Yo lo hago. —Se golpeó el pecho—. Y si mis cálculos son correctos y precisos, las sustancias químicas siempre reaccionan de la misma manera, *todas las veces*. No hay sorpresas, no se pregunta uno si la magia funcionará esta vez, o si fallará. Debo mostrarte algo. He obtenido una fórmula sorprendente...

Hizo una pausa y prosiguió con aire contrito.

—Lo siento. Sé que no estás interesada, y no tienes necesidad de trabajar con mis fétidas sustancias químicas. Hay mucho trabajo en la catalogación de artilugios y antiguos libros de conjuros y pergaminos...

—Catalogarlos para venderlos —interrumpió Lucy suavemente poniendo su otra mano sobre la de Ulin. Sonrió mientras sacudía la cabeza obstinadamente—. Vi a la señora Jenna por aquí la semana pasada. Sé lo que está haciendo tu padre.

—Son viejos amigos —protestó Ulin.

—Puede ser, pero ella también es la mayor comerciante de artilugios mágicos de todo Ansalon, y aunque no lo sé con certeza, supongo que se fue con algunos artículos escogidos escondidos cuidadosamente entre sus ropas. Tu padre está vendiendo su colección personal para mantener la Escuela en funcionamiento ¿no es cierto, Ulin?

Hubiera querido con todas sus fuerzas decir que no, pero sabía que no podía mentir a esos hoyuelos, a esas pecas, a esos ojos verdes.

—He visto el cambio que se produjo en él —continuó Lucy—. Todos lo hemos visto y estamos preocupados. Está delgado y demacrado. Nos evita y no quiere hablar con nadie. Pasa todo el tiempo encerrado en su estudio.

—Está estudiando nuevos conjuros —dijo Ulin, aunque la excusa sonó nimia, incluso para él.

Lucy se limitó a sacudir la cabeza.

—Estoy orgullosa, Ulin. Me he abierto camino en la vida desde que era pequeña. He atendido a mi propio sustento y al de mi familia. Ninguno de nosotros aceptó jamás un cobre que no fuera suyo y no voy a empezar ahora. —Le estrechó la mano—. Ánimo, querido amigo. En cuanto regrese la magia volveré. No conseguirás mantenerme alejada. ¡Ni con cien cierres mágicos lo conseguirás!

Su risa hizo reír a Ulin, pero la sonrisa no duró mucho. Se sintió tentado de pedirle que se quedara por él, porque la amaba, pero éste no era el momento indicado para esas palabras. Una declaración de amor en estos momentos podría interpretarse como caridad. Había tenido innumerables oportunidades antes de ahora y, por una u otra razón, nunca las había aprovechado. Y ahora, cuando quería decírselo con todas sus fuerzas, había pasado el momento.

—¿Adónde irás? —preguntó—. ¿Qué harás?

—Soy una buena maestra. Si no puedo enseñar a los niños a leer el lenguaje de la magia, les puedo enseñar a leer el solámnico o la lengua franca. Tu abuela Tika tuvo la idea de una escuela para los niños refugiados. Dice que es mejor que tenerlos tirados en la calle. Me ha ofrecido el trabajo. La paga no es mucha, pero tendré habitación y comida en la posada. —Hizo una pausa, y rió de buena gana—. Ulin, pareces un pez al que han sacado del agua.

—¡No te vas! —dijo Ulin con expresión atónita—. ¡No te vas de Solace! —La cogió en sus brazos y le dio un estrecho abrazo.

La mantuvo así un largo rato, deleitándose con la calidez de su cuerpo y el olor a castañas de su pelo. Ella le devolvió el abrazo con la misma intensidad y apoyó la cabeza en su pecho. En ese momento todo quedó dicho entre ellos, aunque ni uno ni otro lo expresaran con palabras.

—Estaba buscando a tu padre —dijo, desasiéndose de mala gana del abrazo. Echó una mirada a la puerta que había al otro lado del vestíbulo, donde Palin tenía su estudio—. Quería decírselo personalmente. Es decir, si accede a verme...

—No está aquí —respondió Ulin—. No, esta vez es verdad. —Últimamente, Palin había tomado la costumbre de encargarle a su hijo que dijera que estaba ausente cuando en realidad estaba encerrado en su estudio, buscando la razón por la cual fallaba la magia—. Está reunido con el comandante de la guarnición solámnica del lugar. Enviaron a buscarlo. Tienen informes de movimientos de tropas en el este. Una afluencia de caballeros negros en la frontera con Qualinesti. Piensan que tal vez el dragón esté reuniendo fuerzas para atacar Haven.

La frente de Lucy formó una arruga de preocupación.

—Pero ¿y el pacto de los dragones? Beryl, esa vieja zorra verde, debería saber que si ataca Haven, su prima Malys tendrá algo que decir.

—¡Pacto! —dijo Ulin desdeñoso—. Como si alguien pensara realmente que esas bestias traicioneras pueden respetar un pacto. ¡La palabra clave es «honor», y todos sabemos que ninguna de ellas puede siquiera pronunciarla!

—¿Qué piensa tu padre?

Ulin suspiró y sacudió la cabeza.

—No tengo la menor idea. Últimamente no habla con nadie, Lucy, ni siquiera con mi madre. Pero además ella pasa tanto tiempo fuera. Sus retratos están tan

solicitados... —recordó con toda nitidez la última y violenta discusión entre sus padres, pero no lo mencionó.

—Me gustaría ver esa nueva fórmula tuya —dijo Lucy, con la esperanza de animarlo.

—¿De verdad? —a Ulin se le iluminó la mirada.

Siempre se había considerado poco agraciado. Era flaco como una espingarda y larguirucho, con la ancha osamenta de su abuelo, pero sin carne para cubrirla. El espejo sólo le mostraba sus defectos, nunca lo que los demás veían en él, porque eso sólo puede hacerlo el espejo del alma. Su rostro se transformó con la ansiedad.

—Lo encontrarás realmente interesante —dijo, recorriendo con sus largos pasos el vestíbulo y arrastrándola con él—, te lo aseguro.

Al final del corredor había un laboratorio que se había creado para el uso de estudiantes y maestros. Pocos años atrás, había estado lleno de magos que practicaban sus conjuros, que estudiaban la naturaleza de antiguos artilugios, que creaban sus propias magias. Ahora estaba casi vacío. Ulin y su padre eran los únicos que lo usaban, y Palin casi nunca estaba allí. Los aproximadamente veinte maestros y alumnos que todavía quedaban en la Escuela estaban ocupados investigando en textos antiguos, en la esperanza de encontrar las claves para averiguar por qué la magia había dejado repentinamente de funcionar para ellos, o por qué, si funcionaba, era de una forma tan impredecible y tan insegura.

Ulin entró en el laboratorio, llevando a Lucy consigo.

Ella tosió y arrugó la nariz.

—Hay un olor espantoso. ¿Qué has hecho? ¿Has creado enanos gully?

—Es el azufre, o tal vez el nitrato de potasio. —Ulin la condujo hasta una gran mesa de piedra cubierta de numerosas manchas oscuras, como si alguien hubiera estado machacando arándanos. En la habitación había un peculiar olor acre que hizo que Lucy estornudara violentamente. Sobre la mesa se veían alineados varios cacharros grandes que contenían diversas sustancias.

Lucy echó una mirada a las manchas de la mesa.

—Si lo que estás buscando es oro, has errado el tiro.

—¡Bah! ¡Oro! —dijo Ulin. Se sentó a la mesa—. Lo que he creado es mucho más interesante que el oro.

—¿Qué es lo que has creado? —Lucy miró a su alrededor—. Yo no veo nada.

Ulin hizo un gesto avergonzado.

—Bueno, tal vez «crear» no sea la palabra adecuada. Observa esto.

—Aquí tengo una pequeña muestra de nitrato de potasio. ¿Sabías —añadió, mezclando la extraña fórmula— que mi gran tío Raistlin usó nitrato de potasio para burlar a sus enemigos y que pensaran que estaba haciendo magia cuando en realidad estaba demasiado exhausto para hacer un conjuro? Observa esto.

Hizo saltar una chispa del pedernal. La chispa fue a dar sobre la sustancia blanca, cristalina y despidió un brillante destello, tan brillante que Lucy parpadeó. El destello se desvaneció casi de inmediato.

—Impresionante —dijo secamente—. Debe de haber asustado a muchos duendes en su época.

—Así fue. Eso me contó mi abuelo. —Ulin introdujo una cuchara en uno de los cacharros y sacó seis medidas de un polvo negro—. Carbón —explicó—. A esto añadido una medida de azufre —echó un polvo amarillo brillante y siguió hablando mientras mezclaba concienzudamente la fórmula—. Bueno, eso hizo que empezara a pensar. ¿Y si pudiera hacer que el destello hiciera algo? Algo más que un simple destello. Como un relámpago. El relámpago me dio la idea de usar el azufre. Empecé a probar diversas sustancias...

Ulin dejó de mezclar para mirarla.

—Nunca he sido muy buen mago, Lucy, yo nací en un mundo abandonado por los dioses. Un mundo en el que la magia divina se había perdido. Es cierto que mi padre encontró la magia aberrante y eso me ayudó a mantenerme y a mantener a los demás magos. En cierto modo, nunca me aficioné a ella, o ella no se aficionó a mí. Mi padre dice que me faltan disciplina y perseverancia. Yo solía pensar que tenía razón, pero ya no estoy tan seguro. Me da la impresión de que tengo toda la disciplina y la perseverancia que necesito cuando realizo mis estudios de alquimia. Paso horas aquí y pierdo la conciencia del tiempo. Pero tratar de hacer magia me produce frustración y hace que me duela la tripa. ¡Y eso era en los tiempos en que la magia funcionaba! Soy mucho más feliz aquí, en el laboratorio, de lo que lo era en la habitación de los objetos de magia.

—Creo que un gnomo asustó a tu madre cuando te llevaba en sus entrañas —dijo Lucy, burlándose de él.

—Es posible —respondió Ulin riéndose—. Tendré que preguntárselo. —Una vez mezcladas las sustancias, echó el polvo resultante en un pequeño salero—. Ahora observa. Será mejor que te apartes.

Así lo hizo Lucy, tapándose la nariz. Ya había participado en otros experimentos de Ulin, y sabía que, cuando menos, solían ser malolientes. Sosteniendo en la mano pedernal y un yesquero, extendió sus brazos por encima del salero. Hizo saltar una chispa encima del salero y saltó hacia atrás.

Esta vez el destello llegó acompañado de una sonora explosión. El salero se hizo añicos que volaron por todo el laboratorio. La fuerza de la descarga sacudió la mesa de piedra y el suelo sobre el que estaban parados.

El ruido fue atronador, ensordecedor. Lucy se tapó los oídos de inmediato, pero para entonces la explosión había terminado, como el trueno después de aparecer el relámpago. Parpadeó, mirando lo que había quedado del salero, que no era mucho. La

cara de Ulin estaba negra de restos de polvo y tenía una herida sangrante en la frente donde lo había golpeado un fragmento del salero. Ni siquiera se había dado cuenta, sólo miraba con orgullo lo que había conseguido.

—Yo diría que esto haría algo más que asustar a unos cuantos duendes ¿no te parece, Lucy? Yo lo llamo polvo de trueno. Ven, acércate. Ahora no hay peligro.

—¿Qué has dicho? No puedo oírte. —Lucy seguía con las manos en los oídos por si el polvo de trueno todavía no había terminado de resonar. Avanzó cautelosamente, mirando con extrañeza la mancha negra de la mesa, como temerosa de que pudiera explotar otra vez—. Es muy bonito, Ulin. Muy... divertido.

—Sí, ya lo sé —replicó Ulin alegremente—. Puede hacer explotar grandes pilas de piedras. Un día de la semana pasada lo llevé al bosque e hice lo mismo. Entonces hice volar una piedra del suelo. Después de eso, hice explotar un tocón de árbol. La explosión se pudo oír desde lejos. —Sonrió divertido, con la misma expresión que un niño travieso—. Cuando volví a la ciudad, la gente estaba en la calle mirando al cielo para ver si había nubes de tormenta. Eso fue lo que me sugirió el nombre.

Empezó a verter un poco más de polvo.

—Si tuviéramos una cantidad suficiente de esto, podríamos derribar un muro de piedra. Como una de estas paredes. —Hizo un gesto vago con la mano.

—Creo que tu padre podría notar la falta de uno de sus muros —dijo Lucy.

—No te preocupes —respondió Ulin, mirándola con el mismo aire de burla—. Es sólo una teoría, y no voy a ponerla en práctica. ¿Te gustaría verlo otra vez?

—Oh, no —se apresuró a decir Lucy, y ante su mirada de decepción añadió—: Es muy impresionante, Ulin, pero todavía me zumban los oídos. Puede que algún día nosotros... hagamos explotar tocones juntos. Nos llevaremos la merienda... —sin poder evitarlo, rompió a reír.

—Ríete de mí, eso es —dijo Ulin simulando estar ofendido—. No me importa. Los descreídos podéis burlaros ahora, pero llegará el día en que tengáis una necesidad perentoria de volar un tocón. Entonces no os reiréis ¿verdad, señorita Lucy?

Ella frunció los labios y lo contempló con mirada crítica.

—Tienes un aspecto espantoso. Tienes la cara y las manos llenas de ese polvo negro. Y además tienes un corte en la frente. Ve a lavarte como un chico bueno y haz algo útil. Ayúdame a preparar mis cosas y a llevarlas a la posada.

—Sí, señorita —respondió, fingidamente sumiso. Se bajó de su alto taburete y terminó de ponerse perdido al limpiarse en la ropa el polvo de las manos.

Lucy lo condujo fuera de la habitación con todo el aspecto de un perro rechoncho y bajito que lleva al redil a una oveja alta y escuálida. No obstante, cuando estuvieron fuera del laboratorio, Ulin hizo un alto.

—¡Tendrías que haber visto la altura a la que voló el tocón!

—¡Eres —dijo Lucy dándole un empujón en dirección al lavabo— incorregible!

Lucy no tenía muchas cosas. Ulin transportó el arcón con cantoneras de hierro donde habían metido los escasos artilugios mágicos que ella había conseguido reunir a lo largo de los años, y Lucy llevaba un cesto de mimbre con su ropa. Los dos caminaban charlando amigablemente y haciendo crujir las hojas muertas del otoño mientras admiraban la belleza de los rojos flamígeros y los amarillos de las hojas que todavía quedaban en los árboles. Disfrutaban de su mutua compañía, como siempre, pero Ulin sintió gran alivio cuando por fin avistaron la posada. Las asas del arcón le estaban cortando las manos. Lucy resoplaba bajo el peso de la cesta; acababan de ponerse de acuerdo para poner su carga en el suelo y descansar un momento, cuando la campana de la ciudad empezó a sonar con el repique de alarma que convocaba a todos los ciudadanos de Solace a la plaza mayor.

Esa llamada sólo la hacía el gobernador en casos de absoluta emergencia. El repiqueteo podía significar cualquier cosa, desde un niño perdido en los bosques o el incendio de un granero, hasta la llegada de una bandada de dragones. El herrero, con su delantal de cuero, salió corriendo, dejando que sus aprendices se ocuparan de atender el fuego. Las mujeres bajaban taconeando por las escaleras que conducían a las casas de tres plantas, limpiándose los restos de harina de haber estado amasando el pan del día, y llevando en brazos a los niños que eran demasiado pequeños para quedarse solos en casa. Los ancianos, que habían estado tomando plácidamente el sol, se levantaban al oír la campana, buscando sus bastones. Los perros empezaron a ladrar con fuerza, y los niños, como ardillas, se deslizaban y descolgaban de los árboles.

—Dejaremos esto e iremos a ver qué es lo que pasa —dijo Lucy, y Ulin asintió.

Recogieron rápidamente la carga y se dirigieron a toda prisa a la posada. A medio camino vieron a Palin Majere que caminaba a paso rápido, a contracorriente de la multitud, dirigiéndose hacia la Escuela. Llevaba la cabeza baja y las manos metidas en las mangas de su túnica.

—¡Padre! —llamó Ulin.

Palin o bien no oyó a su hijo entre el estrépito de la multitud o bien hizo como si no lo oyera. La cuestión es que siguió caminando.

—¡Padre! —volvió a llamar Ulin en voz más alta haciendo un movimiento para interceptarlo.

Sólo entonces, cuando estaba a punto de chocar con él, Palin levantó la cabeza. Tenía una expresión preocupada y sus ojos estaban ensombrecidos.

—Ahora no tengo tiempo para hablar, hijo —dijo con brusquedad, reiniciando la marcha—. Tengo prisa.

—¿Qué pasa, padre? —preguntó Ulin deteniéndolo—. ¿Qué está sucediendo?

—Beryl se está preparando para atacar Solace —respondió Palin.

Ulin se lo quedó mirando boquiabierto.

—Pero... eso es ridículo, padre. ¿Se ha vuelto loca?

—En primer lugar, no sé que te puede haber hecho creer en algún momento que estuviera cuerda —replicó Palin—. Ridículo o no, los caballeros han recibido informes de que una fuerza a la que han estado vigilando, conducida por los caballeros negros, no está marchando hacia Haven como se pensaba. Vienen camino de Solace, desde el sur. Los caballeros tienen pensado marchar lo antes posible para salir a su encuentro mucho antes de que puedan llegar a nuestra ciudad. Estamos convocando a la milicia de la ciudad. Voy de camino a la Escuela para reunir algunos de los artilugios que tienen que ver con la magia bélica.

—Voy contigo —se ofreció Ulin.

—Y yo también —añadió Lucy con decisión.

Palin sacudía la cabeza.

—No, necesito que los dos os quedéis en la Escuela. No se puede abandonar a los alumnos, ni tampoco a los maestros. Quiero que vuelvas a la Escuela, hijo. Ocúpate de tranquilizar a todos.

—No creerás que van a atacar la Escuela ¿no, padre? —preguntó Ulin.

Palin se encogió de hombros.

—Lord Warren confía en que los caballeros podrán detener el avance del enemigo. Nuestros exploradores informan de que la fuerza no es muy grande. Piensa que es muy presuntuoso por parte de los caballeros negros atacar con fuerzas tan exiguas. Lo que más temo es que unos cuantos oportunistas de Solace aprovechen el tumulto para dedicarse al pillaje. Y ahora tengo que irme. Que la suerte os acompañe y nos acompañe a todos en este día.

Los dejó precipitadamente, sin esperar a oír su respuesta, dando por sentado que harían lo que les había pedido.

—Bueno, eso es lo que hay —dijo Ulin, gruñendo mientras volvía a cargar el arcón. Siguieron su camino hacia la posada. Desde la plaza pudieron oír la voz estridente y autoritaria de lord Warren llamando formalmente a las armas a la milicia de Solace.

—La batalla no nos tiene reservada la gloria más alta. Nuestro papel consistirá sólo en restañar la hemorragia nasal que siempre tiene el aprendiz Thomas cuando se pone muy nervioso.

—Pero tu padre tiene razón, lo sabes —dijo Lucy, arrastrando la cesta de la ropa—. No se puede dejar solos a los alumnos. Quién sabe lo que harían nuestros pequeños. La mitad tendría un ataque de histeria y la otra mitad querría salir a combatir. Y otro tanto puede decirse de los maestros, al menos de algunos. Para serte sincera, no creo que yo hiciera muy buen papel en una batalla —observó mirando con sorna su cuerpo regordete.

—Lo hiciéramos o no, parece ser que no vamos a tener ocasión de averiguarlo —

declaró Ulin con tono sombrío.

Hartos de ver al dragón merodeando por sus fronteras, los caballeros y la milicia de la ciudad de Solace llevaban tiempo preparándose para una ocasión como ésta. La revista de las tropas fue rápida gracias a que la habían practicado mes tras mes, y seis horas después de la llegada de las primeras noticias, los caballeros cabalgaban hacia el sur, seguidos por un regimiento de valientes ciudadanos armados hasta los dientes. Atrás habían dejado una pequeña fuerza a las órdenes de Caramon Majere, que había ordenado a todos que llenasen con agua todos los recipientes que pudiesen encontrar por si los dragones lanzaban un feroz ataque contra la ciudad.

Cabalgando al frente de su columna de caballeros, lord Warren volvió su caballo para preguntar algo a un ayudante de campo.

—¿Dónde está el maestro Majere?

—Cabalgando solo al final de la columna, señor —informó el hombre—. Al menos ése fue el último lugar donde lo vi.

Lord Warren hizo un gesto de asentimiento.

—Di al maestro Majere que quiero hablar con él.

El ayudante de campo levantó una ceja con aire sorprendido.

—Esta bien, maldita sea —dijo lord Warren con evidente mal humor—. Preguntad educadamente al maestro Majere si consideraría oportuno tener una conversación conmigo. ¡Civiles! —añadió entre dientes cuando se hubo marchado el ayudante de campo.

Palin se adelantó a la larga fila de hombres de armas y caballeros para conferenciar con el caballero comandante, lord Warren. Los dos no eran precisamente amigos, pero se tenían un respeto mutuo. Lord Warren era un enemigo acérrimo del uso de la magia en las situaciones de guerra, creyendo firmemente que los hombres necesarios para proteger a un mago lanzador de conjuros podían usarse con mayor provecho en el campo de batalla. Pero no tenía más remedio que reconocer que, a veces, la magia resultaba útil, especialmente la pirotécnica, por eso le había pedido al mago que los acompañara. Aunque no confiaba demasiado en su magia, lord Warren tenía una confianza absoluta en el buen sentido y la valentía de Palin.

—Maestro Majere —dijo lord Warren—. Gracias por dedicarme vuestro tiempo.

Sin pronunciar palabra, Palin le respondió con una inclinación de cabeza. Llevaba una capa de viaje con capucha y con ella se cubría bien la cara. Había comprobado que quitarse la capucha sólo servía para animar a la gente a hablar con él.

Lord Warren se aclaró la garganta. Le resultaba sumamente desconcertante hablar a aquel rostro oculto en la sombra.

—Sé que los magos tienen sus secretos y todo eso, pero necesito saber... para planificar el ataque, ya sabéis, necesito saber...

—¿Qué recursos mágicos pienso utilizar? —terminó Palin tratando de que la

conversación fuera breve—. Seguro, señor. —Palin buscó en una bolsa y sacó una caja de palo de rosa con cantoneras de plata. Abrió la caja y dejó al descubierto veinte bolas de plata que descansaban sobre el terciopelo rojo. Las bolas tenían runas grabadas en toda su superficie.

Lord Warren se quedó mirando las bolas con aprensión.

—¿Qué es lo que hacen?

—Si se deja caer una de ellas en el suelo en medio de la caballería enemiga, se abrirá dejando salir un enjambre de insectos mágicos. Su picadura es como la del tábano, pero cien veces más dolorosa. Pueden volver locos a los caballos de guerra mejor entrenados en cuestión de segundos, hacer que se desboquen y desbaratar así por completo un cuerpo de caballería, inutilizándolo en el campo de batalla y convirtiéndolo en un auténtico peligro para su propio ejército.

—Sorprendente —declaró lord Warren, impresionado. Podía calibrar el valor de semejante arma—. ¿Cómo distingue entre amigo y enemigo?

—No lo hace, señor —respondió Palin sin molestarse en ocultar su desdén.

Lord Warren frunció el ceño.

—Entonces ¿para qué sirve si vuelve locos a los caballos de mis propios caballeros?

Palin hizo un esfuerzo para controlar la impaciencia que le producían los que no sabían nada de magia.

—Señor, todo lo que tenéis que hacer es atar una de estas bolas de plata a una flecha y encomendar a vuestro mejor arquero que la arroje bien lejos sobre las filas enemigas. Vuestros caballeros quedarán a salvo siempre y cuando se mantengan fuera del radio del conjuro durante quince minutos. Pasado ese tiempo, el conjuro se disipará y desaparecerán los insectos.

—Ya veo. —Lord Warren estaba complacido—. Haré que os asignen a nuestro mejor arquero, Majere. Pero ¿no dispararéis hasta que yo os dé la señal?

—Por supuesto que no, señor —dijo Palin con frialdad—. Yo también tengo experiencia en el campo de batalla, señor.

—Muy bien —dijo lord Warren aliviado—. Eso está muy bien.

Palin se dispuso a regresar a su lugar, pero antes se volvió hacia lord Warren.

—Señor, ¿no os parece extraño todo esto? Entiendo algo de cuestiones militares por mi propia experiencia y por la de mi padre. Este parece un ejército demasiado reducido para enviarlo contra una ciudad tan bien preparada para repeler un ataque como Solace.

—¡Bah! Estos caballeros negros tienen ahora un nuevo jefe. Un hombre llamado Targonne. Es un contable, un administrador, no un general. Según nuestros espías, sabe muy poco de cuestiones militares. Sus propios oficiales no le tienen el menor respeto aunque los tiene a todos aterrorizados. Llegó al puesto que ahora ocupa

asesinando, ¿sabéis? Es probable que éste sea uno de sus descabellados planes para sorprendernos durmiendo —gruñó lord Warren—. Pero se encontrará con que estamos despiertos. Bien despiertos.

Palin no quedó nada convencido. Hizo dar la vuelta a su caballo y se dirigió otra vez a la retaguardia, detrás de los caballeros, incluso detrás de la infantería. Palin estaba inquieto, pero no podía explicar la causa de su desazón. Tal como había dicho, las acciones de los caballeros negros le parecían sin sentido, y a él no le resultaba tan fácil como a lord Warren achacarlo a las órdenes de un comandante obtuso. Fueran lo que fuesen, los caballeros negros no eran tontos y no dejaban que personas carentes de sentido ocuparan puestos de mando.

Palin no podía explicarlo, pero tenía la extraña sensación de que se estaba alejando del campo de batalla en lugar de dirigirse hacia él.

—Como podéis ver, no hay nada de que preocuparse —dijo Ulin a los estudiantes y maestros reunidos—. Los caballeros lo tienen todo controlado. Según mi abuelo, se enfrentan a un pequeño ejército enemigo y lo más probable es que lo solucionen sin problemas. Mi padre nos ha pedido que continuemos con nuestra rutina diaria. —Hizo una pausa y contuvo un suspiro—. ¿Sí, aprendiz Abigail?

La pequeña pelirroja de ojos penetrantes y aguzada lengua no hacía más que amargarle la existencia a su maestro. Era una de esas pocas criaturas tan inteligentes que superan en brillantez a la mayoría de los adultos que las rodean y que no disimulan su desdén por el mundo de los adultos. Cuando los demás alumnos abandonaron la escuela diciendo que, puesto que la magia estaba fallando, ya no tenían nada que aprender, Palin había esperado que de tanto mal resultara al menos un bien: que la aprendiz Abigail se marchara también. Por desgracia, ella se quedó. Se decía que tenía a sus padres aterrorizados y que éstos estaban muy contentos mientras otros tuvieran que soportarla.

—¿Y si los caballeros no logran detenerlos? —preguntó Abigail con petulancia—. ¿Y si nos llegan a atacar?

—Ésa es una posibilidad muy remota —dijo Ulin, tratando de no perder la paciencia. Lucy acababa de restañar la hemorragia nasal del aprendiz Thomas y Ulin vio ahora que los ojos del muchacho se agrandaban de terror—. Muy poco probable —dijo con firmeza—. Nos encontramos en el interior de una fortaleza segura. Los muros de este edificio son de piedra, y muy gruesos. La puerta está guardada por un poderoso conjuro mágico. No hay nada que pueda dañarnos.

—Un dragón podría —dijo la niña.

—¡Un dragón! —La barbilla del aprendiz Thomas tembló perceptiblemente y se llevó la mano a la nariz.

—Inclina la cabeza hacia atrás —le indicó Ulin—. No nos va a atacar ningún dragón. Volved a la clase. Todos.

—Dragones Azules con aliento de fuego —bisbiseó la aprendiz Abigail acercándose al aprendiz Thomas y haciendo una mueca grotesca—. Te arrojarán fuego por sus fauces y tu carne se asará y se pondrá negra y se te caerá a pedazos. ¡Y después de asarte, te comerán! Empezarán por arrancarte la cabeza de un mordisco...

—Ahhh —se quejó el aprendiz Thomas. La sangre volvió a brotar de su nariz y a llenarle la boca.

Ulin, con cara de pocos amigos, llevo a la aprendiz Abigail a la biblioteca, con la esperanza de que una tarde dedicada a desempolvar libros tranquilizara su enfebrecida imaginación.

El día pasó en medio de una relativa calma en la Escuela de Hechicería. Por fin dejó de sangrarle la nariz al aprendiz Thomas. A la aprendiz Abigail la mandaron temprano a la cama para recordarle que no estaba bien asustar a los niños pequeños.

Ni a los niños grandes, que tanto da.

—Creo que deberías quedarte aquí en lugar de volver a la posada —dijo Ulin a Lucy—. Al menos por esta noche.

—¿Es eso una proposición? —preguntó ella, y aparecieron los hoyuelos en sus mejillas.

—No —respondió Ulin sonrojándose—. No pretendía serlo. Es que... bueno. No quiero que estés en Solace si pasa algo. No es que crea que puede pasar, ya sabes, pero...

—Me quedaré —fue la respuesta—. De todos modos, tenía pensado hacerlo. El aprendiz Thomas estaba en tal estado de agitación que tuve que hacerle un conjuro de sueño. Un conjuro de sueño, ¿qué te parece? —repitió orgullosa—. El primero que he hecho en varios días. Y voy a hacer un conjuro de cierre en la habitación de los objetos mágicos. Creo que es la situación de crisis que hace salir lo mejor que hay en mí. No podrá parar a un dragón, pero...

—¡Dragones! —Ulin hizo un gesto de fastidio—. Ya has oído a la aprendiz Abigail. Te juro que a veces creo que preferiría enfrentarme a un dragón a tener que pasar cinco horas a solas con ese pequeño diablillo. Si no me fallan las cuentas, hizo setecientos ochenta y cinco preguntas, de las cuales setecientos ochenta y cuatro no las podría haber respondido ni el gran Astinus. Y la número setecientos ochenta y cinco fue: «¿Cómo hacen los niños para meterse en el vientre de su madre?» — Después de un hondo suspiro adoptó un tono más animado—. No tengo muchas ganas de dormir. ¿Qué te parece una partida del zorro y los perros después de que hayas hecho el conjuro? ¿Qué prefieres: zorro o perros?

—Perros —dijo Lucy sin vacilar dirigiéndose ya a la habitación de los objetos mágicos—. ¿Dos cobres por punto?

—Trato hecho. —Ulin fue a buscar un mazo de cartas.

—Ya está —dijo Lucy fastidiada, sacudiendo la mano—. Me rindo. Tú ganas.

—Me debes —Ulin echó un vistazo a las marcas que había hecho en una pizarra—, ocho piezas de acero y tres de cobre.

—Haces trampas —acusó Lucy—. Sé que había seis cazadores en la última mano, cuando se supone que debe haber sólo cuatro en la baraja. Te hubiera llamado la atención, pero estaba demasiado cansada.

—Yo no hago trampas —replicó Ulin indignado—. Si tan siquiera hubieras aprendido a contar las cartas cuando caen...

La campana de la ciudad empezó a sonar de una manera enloquecida, frenética. Casi al instante se oyó a alguien llamando a voz en cuello desde abajo.

—¡Ulin! —gritaba—. ¡Abre la puerta!

—¡Abuelo! —respondió Ulin poniéndose de pie de un salto.

—Supongo que no... —Lucy no pudo terminar la frase. Era algo demasiado terrible como para expresarlo en voz alta—. ¡Ulin, tenemos aquí a todos estos niños!

Ulin había salido y corría escaleras abajo, saltando los escalones de dos en dos y de tres en tres en su prisa por llegar a la puerta. Lucy se levantó las faldas de su vestido y corrió tras él tan rápida como pudo.

Ulin abrió de golpe la puerta principal. Atravesó a la carrera el patio resbaladizo por la helada, y tras algunos minutos de lucha con la enorme tranca de madera que mantenía las puertas cerradas, y dando íntimamente las gracias por no tener que habérselas con un conjuro de cierre, consiguió abrir.

La Escuela de Hechicería estaba a varios kilómetros de Solace, en las afueras. Estaba construida sobre una colina y sus elevadas torres y fuertes muros la convertían en una pequeña fortaleza. El aire de la noche era frío y cortante. La luna llena brillaba en el cielo y, bajo su luz, la hierba helada despedía destellos. Aunque Caramon Majere había cumplido ya los ochenta años, era todavía un hombre corpulento y musculoso. Tenía el pelo gris como el acero, pero sus ojos eran claros y penetrantes y su cuerpo no estaba encorvado. En el contraluz se le veía imponente. Detrás de él había dos grandes caballos de tiro enganchados a un carro de heno. Caramon, al parecer, había llegado a la carrera porque los caballos estaban piafando y resoplando, despidiendo nubes de vapor en medio del aire helado de la noche.

—¡Abuelo! Qué...

—Nos han engañado, Ulin —dijo Caramon sin andarse con rodeos—. Los caballeros han salido en una búsqueda infructuosa. Envié algunos hombres a patrullar hacia el oeste, por si acaso. Volvieron a toda carrera con la noticia de que una pequeña fuerza de draconianos viene hacia aquí.

—¡Van a atacar Solace! —dijo Ulin consternado.

—Solace no, hijo —dijo Caramon poniendo una mano sobre el hombro de Ulin—. La Escuela de Hechicería.

—¡No! ¡Eso no es posible! ¿Cómo lo sabéis, abuelo?

—Tenía hombres apostados en las torres de vigía del bosque —respondió Caramon—. Un ejército de unos setenta y cinco draconianos pasó justo al pie de ellos. Todos los draconianos estaban entusiasmados pensando en el botín que se iban a llevar de la Escuela y en cómo los iba a recompensar Beryl por cada artilugio mágico que le llevaran, y doble recompensa por cada mago que capturaran vivo.

—Los caballeros... —dijo Ulin con voz ronca. La cabeza le daba vueltas como si estuviera ebrio—. El ejército...

—He enviado un mensaje —añadió Caramon—. Señora... Se despojó de su sombrero y saludó con una reverencia a Lucy que había venido a unirse a Ulin y ahora estaba tranquila y muda a su lado, brindándole su apoyo silencioso.

—Pero no es posible que lleguen a tiempo —continuó Caramon volviéndose a poner el sombrero—. Si avanzaron a marchas forzadas toda la noche, como tenían pensado, a estas alturas habrán recorrido ya treinta millas. Es imposible que den la vuelta y marchen hacia Solace sin descansar. Lo más pronto que podrían llegar sería mañana por la noche. Y para eso faltan todavía muchas horas.

—No obstante, podríamos resistir hasta entonces —dijo Ulin esperanzado, abriéndose camino entre la niebla del miedo y del desánimo para ver claro por fin—. Los muros de la Escuela son de piedra, suficientemente gruesos como para soportar incluso el asalto de los draconianos, especialmente si se trata de una pequeña fuerza. Tenemos almacenados artilugios, algunos de ellos de magia bélica, y eso sin contar con nuestros conjuros... ¿De qué se trata, abuelo? —preguntó Ulin de repente observando la expresión grave de Caramon—. ¿Hay algo que no me hayas dicho?

—Los draconianos dijeron algo de dragones, hijo. No lo sabemos... los hombres no vieron ninguno, pero...

—¡Dragones! ¡Entonces tal vez estemos a salvo y su objetivo sea Solace!

—Ulin —le reconvino Lucy—. ¿Qué estás diciendo?

Dándose cuenta de lo que se había atrevido a desear, aunque no lo dijera exactamente, Ulin sintió que se sonrojaba.

—Lo siento, abuelo. Por supuesto que no quiero que ataquen Solace. Es sólo que... —miró detrás de sí a los altos muros de piedra que despedían un suave resplandor grisáceo bajo la luna—. Mi padre ama este lugar, abuelo. Quedará destrozado.

—Los edificios pueden reconstruirse —dijo Caramon abruptamente—. La posada se ha quemado y reconstruido dos veces a lo largo de mi vida y cada vez se ha mejorado. Pero las vidas no pueden recuperarse cuando se pierden.

—Tienes razón, por supuesto —concedió Ulin. Ahora estaba tranquilo y había recuperado el control—. Tenemos que pensar en los niños, y en los maestros también. —Miró hacia el patio—. Por eso trajiste el carro.

—Me los llevaré a la posada —dijo Caramon—. ¡Deprisa! ¡No tenemos mucho

tiempo!

Lucy ya atravesaba corriendo el patio. Ulin la siguió, dando gracias de no tener completo el cupo de estudiantes. Despertó a los maestros y les explicó la situación. Por suerte, todos conservaron la calma. Despertaron a los niños, aplacaron sus temores más inmediatos y, tras envolverlos en mantas, los sacaron corriendo de la Escuela hasta el carro que esperaba. Se les dijo que iban a Solace para quedarse un rato en la posada. Todos los niños conocían a Caramon y le tenían mucha simpatía. A la vista de su rostro jovial, seguro y tranquilizador, todos se apaciguaron, y la idea de un paseo en un carro de heno a estas horas de la noche, cuando deberían estar en la cama, disipó sus temores.

La aprendiz Abigail adivinó la verdad de inmediato, por supuesto, pero mantuvo la boca cerrada y de hecho la vieron tapando la nariz sangrante del aprendiz Thomas con un pañuelo en actitud maternal e indicándole, cuando ya estaban acomodados en el carro, que mantuviera la cabeza echada hacia atrás. Cuando todos estuvieron preparados, Caramon miró desde el pescante del carro a Ulin que estaba de pie en la puerta, con Lucy a su lado, inquebrantable.

—Ulin —comenzó Caramon.

Ulin sacudió la cabeza.

—Yo me quedo aquí, abuelo. No voy a permitir que todos nuestros artilugios caigan en poder de Beryl. Tengo que tomar algunas medidas, pero la señorita Lucy irá con vos.

—La señorita Lucy se queda, gracias, maestro Ulin —respondió Lucy con toda tranquilidad—. Será mejor que os pongáis en camino, señor —le dijo a Caramon—. ¡No os preocupéis! Nos las arreglaremos.

Sentado en el pescante y con el látigo en la mano, Caramon pareció dispuesto a discutir, pero como se dio cuenta de que quedaba poco tiempo y de que, además, Ulin tenía razón, que no podían permitir que artilugios tan poderosos como los que Palin había reunido cayesen en las garras de Beryl, Caramon les recomendó que no corrieran riesgos innecesarios y luego hizo restallar el látigo por encima de las orejas de los caballos. Los animales se pusieron en marcha tirando sin dificultad de su pesada carga. Las ruedas del carro giraban sobre el camino, en dirección al espeso bosque.

La noche quedó en absoluto silencio cuando se hubieron marchado. Ulin miró atentamente hacia los árboles, pero no vio movimiento alguno. Los asaltantes draconianos actuarían con el mayor sigilo. Estaba seguro de que no los verían hasta que los tuvieran encima. En cuanto a los dragones, la primera señal que tendrían de su presencia sería el terrible y paralizante terror al dragón, que privaba a los hombres de sus sentidos, de su valor, y, lo más terrible, incluso de su voluntad de vivir. Lo que Ulin tuviera que hacer debía hacerlo ahora, antes de que el miedo lo dejara tan

indefenso como un niño perdido o abandonado.

—¿Qué vamos a hacer, Ulin? —preguntó Lucy, como si hubiera oído sus pensamientos—. Podríamos tenerlos encima en cualquier momento. —Le ayudó a cerrar las pesadas puertas—. Podrían estar ahí fuera ahora mismo.

—Sí —contestó Ulin atrancando la puerta con la barra. Se paró a considerar algo—. Cuando se construyó la Escuela, mi padre y los demás magos hicieron un poderoso conjuro sobre esta puerta, un conjuro que supuestamente se activa si alguien trata de forzar la entrada.

—¿Crees que funcionará todavía? —preguntó Lucy.

Ulin se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Estamos a punto de comprobarlo. —La miró atentamente mientras atravesaban rápidamente el patio—. ¿Estás bien?

—No —le contestó alegremente—. Para ser sincera, estoy tan asustada que podría huir corriendo por el camino y, quizás, llegar a Solace incluso antes que los caballos. Pero no voy a dejarte aquí. Especialmente porque tienes un plan, ¿no es cierto?

Ulin sonrió pesaroso, le cogió la mano y se la apretó.

—Sí, tengo un plan. Pero es peligroso y no estoy muy convencido de que debas estar aquí, Lucy. Podría fallarme.

—¿Te puedo servir de ayuda?

—Sí —admitió.

—Entonces, manos a la obra. ¿Qué vas a hacer? No podemos esconder los artilugios. Es casi seguro que los draconianos terminarían encontrándolos, y si así no fuera, lo harían los dragones. Los Rojos tienen olfato para la magia, al menos eso tengo entendido.

—No voy a esconderlos —dijo Ulin—. Voy a sepultarlos.

El capitán del grupo de asalto draconiano era un corpulento aurak de nombre Izztmel. Ya era uno de los favoritos de Beryl, y el asalto de esta noche contribuiría mucho a aumentar su influencia sobre el dragón. El asalto había sido idea de Izztmel, que se había basado en una «conversación» que había tenido con un joven usuario de la magia, un amigo de Palin Majere.

Un mes antes, Izztmel había topado con el desdichado mago y lo había capturado en el momento en que trataba de volver a la Escuela de Hechicería de un viaje a la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth, torre que Beryl quería hacer suya pero que los magos conseguían seguir manteniendo oculta a sus ojos.

El joven mago no había proporcionado mucha información útil sobre la Torre, pero había revelado, antes de morir, que Palin Majere, temeroso de que Beryl pudiera dar con la Torre, tenía muchos artilugios mágicos almacenados secretamente en la Escuela.

Cuando Izztmel le sugirió al dragón la idea de asaltar la Escuela, a Beryl le

encantó. Ella nunca se lo había dicho a nadie, pero sentía que en los últimos meses sus poderes mágicos habían decaído. En lo más hondo, temía que su prima Malys fuera la responsable, pero también tenía que considerar la posibilidad de que los culpables fueran estos molestos magos de la Escuela. Beryl dio órdenes de que los caballeros negros fingieran un ataque desde el sur para apartar a la guarnición de Solace y a la milicia de la ciudad, dejando la Escuela aislada e indefensa.

Izztmel había señalado que esto dejaría también indefensa a la rica ciudad de Solace, pero Beryl se había negado en redondo a considerar la posibilidad de atacar Solace. Su prima Malys lo vería, casi con seguridad, como una ruptura del pacto, y Beryl todavía no era lo bastante fuerte para ganar una batalla contra la inmensa y poderosa hembra de Dragón Rojo. Sin embargo, a Malys no le importaría una pequeña incursión de medianoche contra una Escuela cuyos magos en más de una ocasión habían desbaratado sus ambiciosos planes de gobernar en todo Ansalon.

Ya le llegaría la hora a Solace, pero no ahora.

Izztmel y su pequeño grupo de asalto marcharon desde la guarida de Beryl hacia Solace, ocultamente. Mientras tanto, los caballeros negros avanzaron desde otra dirección, haciendo todo el alarde y el ruido que podían.

Pocas horas después de medianoche, el grueso de la partida de asalto draconiana se reunió con la avanzadilla de exploradores que había estado oculta en los bosques desde la puesta del sol, montando guardia. Izztmel observó decepcionado que había luces encendidas en algunas de las ventanas de la inmensa estructura de piedra. Había confiado en sorprenderlos a todos dormidos.

—¿Tu informe? —preguntó Izztmel a uno de los exploradores.

—Señor —saludó el explorador—. Fueron informados. Vuestro ejército fue avistado por algunos humanos escondidos entre los árboles.

Izztmel lanzó varios juramentos a media voz.

—Me pareció oler a carne humana en el bosque, pero no tuve tiempo de pararme a comprobarlo. Entonces ¿han huido todos? ¿Se han llevado sus cosas consigo?

—Subieron a algunos de sus jóvenes en un carro —dijo el explorador—. Vuestras órdenes eran no hacer nada que pudiera ponerlos sobre aviso, por eso dejamos que el carro se marchara. Eso fue hace una hora poco más o menos. Pero por lo menos hay todavía dos magos dentro. Los oímos hablar. Dijeron que se quedarían para proteger los artilugios. No los hemos visto salir.

—Excelente —dijo Izztmel, frotándose las garras—. Dos prisioneros y todos los artilugios. Y nadie para defender el lugar. Sólo tenemos que esperar a que lleguen los Rojos...

—Señor —le llamó la atención uno de los draconianos—, se puede ver a los Dragones Rojos en el horizonte.

Izztmel, mirando hacia el oeste, vio la sombra de las alas de los dragones upando

la luz de la luna.

—Al ataque —ordenó.

La orden recorrió silenciosamente la línea, de un draconiano a otro. Sacaron sus curvas espadas y corrieron por el terreno cubierto de escarcha hacia la entrada principal. Lo hicieron en silencio, sin gritar ni vitorear. Al llegar a la entrada, se pararon.

—¡El ariete! —ordenó Izztmel.

Los draconianos, cargados con un enorme tronco rematado con una punta de hierro, se lanzaron a la carrera contra la puerta. El ariete dio contra la puerta y se desintegró instantáneamente como si en vez de ser de madera fuera de hielo, mientras los draconianos que lo sujetaban salían despedidos hacia atrás, lanzados por una fuerza invisible.

—Tiene un conjuro de algún tipo, señor —dijo uno de los draconianos.

—¿De veras? —se burló Izztmel—. Atrás todos.

Acercándose a la puerta extendió sus manos provistas de garras y evocó su conjuro. Podía sentir el poder del conjuro de la puerta actuando contra él. También pudo sentir las molestas picaduras de unos mosquitos o algún otro tipo de insecto que se reunieron en enjambre a su alrededor mientras lanzaba el conjuro. Su conjuro vaciló y por un momento pensó que lo había perdido, pero de repente el conjuro de la puerta desapareció. La magia de Izztmel fluyó hacia su interior produciéndole una sensación cálida y regocijante. La magia brotaba de sus manos formando una pared de fuego que al golpear contra la puerta la incendió.

Ahora, gritando salvajemente, los draconianos derribaron las puertas en llamas y entraron en el patio.

Al oír el golpe del ariete, Lucy se estremeció y derramó algo del carbón con que estaba llenando un barril.

—Cuidado —dijo Ulin sin inmutarse—. No tenemos tanta cantidad de eso como para tirarlo por ahí.

—No lo estoy tirando por ahí —replicó Lucy—. Estoy temblando como una hoja. ¿Has oído eso? ¡Están ahí afuera! —Levantó la cabeza asustada—. ¡Y además, ahí está pasando algo! ¡Algo terrible!

—Dragones —respondió Ulin con expresión sombría—. Ésa es la primera señal del terror al dragón. Lucha contra él, Lucy. Los dragones todavía no están cerca. Y es de esperar que a los draconianos les lleve un rato todavía derribar las puertas. —Recogió con cuidado la pequeña cantidad que Lucy había derramado y la echó en el barril—. Ahora les pongo la tapa a estos dos.

—¿Por qué una tapa? —preguntó Lucy nerviosamente.

—Porque en mis experimentos descubrí que el polvo de trueno es más eficaz cuando está encerrado que cuando está suelto.

Ulin levantó el barril lleno con el polvo negro y, llevándolo con cuidado, atravesó con él el vestíbulo hasta la habitación donde estaban almacenados los artilugios. Lucy trajo el otro barril. En el escaso tiempo de que habían dispuesto, sólo habían fabricado una cantidad del atronador polvo negro suficiente para llenar tres barriles: dos grandes y uno pequeño. Ulin colocó cada uno de los grandes al pie de las dos columnas maestras situadas cerca de la puerta del cuarto de los objetos de magia.

—Ahora, si no me equivoco —dijo mirando los barriles y las columnas y echando una mirada al enorme techo de piedra que los cubría—, cuando estos dos exploten, la fuerza del estallido derribará las columnas y hará que el techo caiga sobre los objetos mágicos. Entonces ni siquiera el dragón podrá llegar hasta ellos.

Los dragones se acercaban. Ya podía sentir que empezaba a dolerle el estómago. Respiró hondo para calmarse.

—Si es que estás en lo cierto —dijo Lucy mirándolo con escepticismo—. Ulin ¡lo que hiciste estallar fue un salero!

Ulin se encogió de hombros.

—Esté o no en lo cierto, ahora no se puede hacer mucho al respecto.

Levantando el otro barril, el pequeño, empezó a esparcir polvo de trueno en el suelo alrededor de los dos barriles grandes. Luego, sin dejar de esparcir polvo, empezó a retroceder por el vestíbulo.

—¿Para qué es eso? —preguntó Lucy.

—Así es como voy a hacerlo explotar —explicó Ulin—. Avísame cuando llegue al final del corredor. No puedo ver adónde voy.

—Aquí es —anunció Lucy después de un momento.

—Bien —dijo Ulin con voz ronca. Casi había vaciado el barril. Se enderezó con dificultad porque tenía doloridos los músculos de la espalda.

—Coge una de éstas —señaló las antorchas que había en los candelabros de la pared—, vamos a necesitarla.

—¡Quieres encender una antorcha! —Lucy se lo quedó mirando. Le mostró sus manos ennegrecidas—. ¡Estamos cubiertos de esa cosa!

—No te hará daño —le explicó con paciencia—. Tiene que estar encerrada, ¿recuerdas? Sólo tienes que tener cuidado de no encender el reguero de polvo. Todavía no.

Llegó el sonido de gritos triunfales, terribles.

—Han derribado las puertas —dijo Lucy con el rostro lívido—. ¡Date prisa, Ulin!

Estiró la mano para coger uno de los candelabros de hierro en forma de gárgola que había en las paredes. Al sacar la antorcha encendida del candelabro, Ulin oyó el pequeño chasquido de un mecanismo oculto. Sujetó firmemente el candelabro y lo hizo girar a la derecha hasta oír otro chasquido. Entonces lo hizo girar otra vez a su posición original y se oyó un tercer chasquido. Después de una pausa, durante la cual

Ulin se mordió nerviosamente el labio, seguro de que su intento había fallado, llegó un sonido chirriante. Suspiró aliviado y cogiendo la mano de Lucy, pasaron presurosos por la abertura dejada por un panel deslizante en la pared.

—¡Esto es notable! —dijo ella, impresionada—. ¡No sabía que esta pared hiciera eso!

—Sólo mi padre y yo lo sabemos —explicó Ulin—. Fue diseñado para un caso como éste. Fue idea mía —añadió con cierto orgullo en la voz que ni siquiera el miedo consiguió disimular—. Pásame la antorcha. Y ahora sal de aquí, Lucy. Sal corriendo. —Señaló el largo y estrecho corredor que desaparecía en la oscuridad—. El túnel sale al bosque, cerca de la casa de mi padre.

—Te espero.

—¡Maldita sea, Lucy! —Ulin la miró furioso, pero ella le devolvió la mirada. No tenía tiempo para discutir.

Se oyó el ruido de algo que se venía abajo, como de madera astillada y rota. Terribles alaridos de júbilo atronaron el aire. Los draconianos habían entrado en la Escuela.

Ulin puso el extremo encendido de la antorcha en contacto con el reguero de polvo de trueno. Saltó una chispa y se prendió fuego. La llama empezó a devorar el polvo, avanzando implacable por el suelo de piedra hacia los barriles. Ulin esperó un momento hasta ver cómo avanzaba la llama por el rastro de polvo negro. Entonces estiró la mano hacia una cuerda que colgaba del techo y tiró fuertemente de ella. El panel deslizante hizo el recorrido inverso y cerró la abertura.

—¡Corre! —gritó—. ¡No te preocupes por ser recatada, mujer! Recógete las faldas y corre como si te persiguieran los dragones.

—Muy gracioso —gruñó Lucy, haciendo lo que le había dicho y, levantando el ruedo de sus faldas casi hasta la cintura, se lanzó por el largo túnel con los pasos de Ulin resonando a su lado.

Corrieron y corrieron con los oídos alerta, esperando la explosión. El tiempo pasó y no oyeron nada, solo el eco de sus propias pisadas.

—¿No debería... haber pasado... algo ya a estas alturas? —logró articular Lucy casi sin aliento.

—Sí —dijo Ulin, con la voz tirante por el desánimo—. Debería. Hemos fracasado.

Después de haber pasado una noche echado en el suelo frío y húmedo, envuelto en su manta, sin dormir, contemplando las estrellas y tratando de poner nombre a su miedo, Palin había conseguido al fin conciliar el sueño cuando una mano lo sacudió.

—Siento despertaros, señor —dijo una voz, de rostro perdido en las sombras—. Lord Warren quisiera hablar con vos, dice que es urgente.

Palin echó a un lado la manta y siguió al ayudante de campo del comandante de

los caballeros hasta la tienda de éste. El campamento era un verdadero alboroto: los oficiales gritaban, despertando a los hombres, pidiendo sus caballos y llamando a sus escuderos. Palin se maravilló de haber podido dormir entre semejante barahúnda.

—Ha sucedido algo sumamente extraño, Majere —dijo lord Warren con expresión sombría—. Mis exploradores acaban de venir a decirme que el enemigo se ha ido.

—¿Que se ha ido, señor? —repitió Palin, todavía atontado por el sueño.

—Se ha ido, desvanecido. Todos ellos han desaparecido, se han disuelto en la noche. ¿Sabéis qué significa eso? —Lord Warren no le dio tiempo para responder—. Significa que todo fue un engaño. ¡Nos han embaucado! ¡Significa que mientras andamos perdiendo el tiempo por aquí como un atajo de idiotas, ellos están atacando Solace!

El miedo retorció las entrañas de Palin y descubrió ahora cuál era el nombre de su miedo. Lord Warren estaba equivocado. Beryl no quería Solace, quería algo que para ella tenía mucho más valor que Solace.

Sacando un anillo de una bolsa, Palin lo deslizó en su dedo y desapareció.

—Nos volvemos... —empezó a decir lord Warren, pero se encontró hablando al aire. Parpadeó y se quedó boquiabierto.

—¿Majere?

No obtuvo respuesta.

—Magos —dijo para sus adentros mientras abandonaba su tienda que, según sus órdenes, ya estaba siendo desmantelada—. Tipos raros. Hasta los mejores de ellos.

—Éste es el cuarto de los objetos mágicos —dijo Izztmel, mirando intensamente la puerta cerrada y comparándola con un burdo esquema hecho a partir de la descripción que había logrado arrancar al mago torturado. Miró en derredor. Sí, coincidía con la descripción. En el nivel más bajo, en un estrecho corredor que había desde el laboratorio. Había varias columnas grandes a lo largo del corredor. Lo único que estaba fuera de lugar era un barril de madera que había al pie de cada una de las columnas cercanas a la puerta. El barril estaba cubierto de una sustancia negra y polvorienta que había sido esparcida por todo el suelo.

—¿Qué es esta porquería? —preguntó Izztmel, desconfiado—. ¡Ayudante de campo! ¡Acercaos!

—Sí, señor. —El bozak se acercó con aire fastidiado.

Id y examinad eso más de cerca —ordenó Izztmel—. Decidme qué es.

El bozak se deslizó hacia adelante con los ojos fijos en el polvo y listo para saltar en el momento en que se observara algo alarmante. El polvo parecía de lo más inofensivo. Se agachó y miró fijamente la sustancia, con cuidado de no pisarla.

—Hay un rastro de ese polvo que va hasta el final de corredor, señor —informó.

—¡Bien, ve a investigarlo! —ordenó Izztmel lamentando la pérdida de tiempo.

Estaba tan cerca de la magia... La sensación hacía que sus escamas se entrecucharan por adelantado.

El bozak recorrió el vestíbulo.

—Da la impresión de que alguien trató de usarlo para encender un fuego, señor —informó—. Parte de él está quemado en este extremo.

—¡Humanos! Es propio de su necedad —musitó Izztmel. Alargó una zarpa, la hundió en el polvo negro y se la llevó a la nariz—. Carbón —volvió a olfatear—. Huevos podridos y orina de caballo. Tal vez algún tipo de magia. Fuera lo que fuese lo que pretendían hacer con ello, es evidente que no funcionó.

»Eso sí que es magia —dijo, señalando el candado de hierro—. ¡Puedo olerla! —La ansiedad le hacía sacar la lengua entre los dientes—. ¡Sus preciosos artilugios! Conjuro de cierre, candado de hierro. Hasta un niño podría atravesarlos.

Izztmel hizo un conjuro con las manos. El mágico cierre tembló, pero sin ceder. Insistió en el conjuro y por fin sintió que la barrera mágica se desvanecía. Ahora sólo quedaba el candado de hierro. Trajo a su memoria las palabras de un conjuro de rayo, apuntando con el dedo al candado.

Su dedo lanzó un chispazo mágico que chisporroteó cerca del barril...

Ulin y Lucy estaban en la linde del bosque fuertemente cogidos de la mano, observando aterrorizados a los dos enormes Dragones Rojos que sobrevolaban en círculos la Escuela de Hechicería. Fuera de las puertas que aún seguían ardiendo, una patrulla de los draconianos caminaba, vigilando que nadie perturbara su saqueo y su pillaje. Era evidente que no esperaban que los interrumpieran, porque gruñían y lanzaban juramentos en su rústica lengua, quejándose de que los dejaran allí afuera mientras sus camaradas se embolsaban todo el tesoro.

Desde dentro de la Escuela, Ulin podía oír estentóreas risas, ruido de muebles machacados, de mesas reducidas a astillas, de cristales rotos. Le parecía que cada golpe era una afrenta personal contra él. Aquellos demonios estaban devastando el lugar. Todos los objetos valiosos que encontraban los tiraban por las ventanas rotas para luego recuperarlos y llevárselos.

—Hiciste todo lo que pudiste, Ulin —dijo Lucy quedamente, con voz temblorosa.

—No fue bastante —replicó con amargura—. Ésa es la historia de mi vida. ¡Nunca hice nada realmente bueno! Ni por la magia, ni por mi esposa...

Lucy abrió la boca y le clavó las uñas en el brazo.

—¿Quién es ése? —preguntó.

De repente, una figura se había materializado en el patio; una figura que, por un momento, le pareció a Ulin que se había formado de luz de luna y resplandor estelar, hasta que, horrorizado, la reconoció.

—¡Padre! —gritó.

Pero la patrulla draconiana había visto también la figura, y ellos estaban mucho

más cerca.

—¡Padre! —volvió a gritar Ulin—. ¡Detrás de vos!

Palin se volvió y, viendo a los draconianos, levantó la mano para lanzar su conjuro...

Una lengua de fuego se elevó hacia el cielo desde la Escuela. La llamarada sobrepasó en altura a la torre más alta. Su luz era tan intensa que cegaba a cuantos la miraban. Y entonces llegó el trueno, una explosión retumbante que partiendo de la torre se expandió por el suelo que se onduló y sacudió con la onda de choque. La explosión tiró a Palin al suelo y despidió a los draconianos hacia atrás. Los dragones que sobrevolaban la Escuela también sintieron la sacudida y empezaron a batir frenéticamente las enormes alas para librarse del posible daño. La explosión partió en dos el corazón de la Escuela de Hechicería.

Escombros y cascotes salieron despedidos hacia lo alto para caer a continuación en una lluvia mortífera que arrancó de cuajo las ramas de los árboles e hizo rodar por el suelo enormes piedras como si fueran guijarros.

Ajeno al peligro, Palin se puso en pie de un salto. Gritó algo, palabras que Ulin no pudo oír por el terrible estruendo que producían las paredes de la Escuela al derrumbarse. La gran torre se balanceó y cayó con un ruido ensordecedor. Las llamas saltaron, iluminando la oscuridad, transformando la noche en día en un instante. El humo enturbió el aire.

Los draconianos, atónitos, miraban con total desconcierto el edificio en llamas. Uno de ellos señaló a los Dragones Rojos y sacudió el puño.

—¡Malditos idiotas! ¿Teníais que quemarlo todo? —gritó—. Algunos de nuestros hombres estaban dentro todavía.

—¡Eso por no hablar del botín! —chilló otro.

Los Rojos no les hicieron ni caso. Su tarea de aquella noche había terminado, aunque de una manera inesperada. Chamuscados y sacudidos por la explosión emprendieron vuelo hacia su guarida. En su informe a Beryl culparían de la explosión al aurak Izztmel.

—No nos volveremos con las manos vacías —dijo un draconiano mirando a Palin—. Al menos nos llevaremos esa miseria humana. Uno de sus malditos magos es mejor que nada.

—¡Padre! ¡Cuidado! —gritó Ulin.

Palin estaba contemplando el final de su sueño. No veía ni oía nada.

Ulin quiso correr hacia él, pero Lucy lo sujetó fuertemente con sus brazos.

—¡No puedes ayudarlo, Ulin! —di jo—. Sólo conseguirías que te capturaran a ti también. ¡Se lo diremos a tu abuelo! Él enviará un grupo de rescate. No será difícil seguir el rastro de los draconianos. ¡Ulin, no lo hagas! ¡No!

Los draconianos apresaron a Palin. Todavía aturdido por la explosión y, tal vez

más todavía, por el espectáculo de su amada Escuela en llamas, de su sueño hecho humo, no luchó ni se resistió. Ni siquiera los miró mientras le encadenaban los brazos a la espalda. No dijo nada. Observó el fuego hasta que los draconianos lo apartaron de allí, e incluso entonces se retorció para mirar atrás.

—Ya me puedes soltar —dijo Ulin, con la voz ronca por el humo.

Lucy lo fue soltando poco a poco.

Parecía agotado, a punto de derrumbarse. Las lágrimas dejaban surcos en su rostro ennegrecido por el carbón. El brillo de la locura había desaparecido de sus ojos dejándolos oscuros y vacíos. Las lágrimas de la propia Lucy corrían a raudales por sus mejillas. A distancia pudieron oír las campanas de Solace tocando otra vez, llamando a los que habían quedado en la ciudad para apagar el incendio.

—No podrán hacer gran cosa —observó Ulin con amargura.

Buscando en su bolsillo, sacó unos papeles y los rompió por la mitad, luego las mitades en mitades, rompió éstas en cuartos y siguió así hasta que el suelo quedó cubierto por pequeños trocitos de papel no mayores que las ascuas y cenizas que les caían encima.

—Mis notas sobre el polvo de trueno —explicó—. Y la fórmula. —Una vez rotas las notas, se llevó las manos a la cabeza—. Ojalá las pudiera desprender de mi cerebro de la misma manera.

—La magia podría haber hecho volar el edificio —dijo Lucy, buscando una manera de consolarlo—. Podrías haber hecho un conjuro...

—La magia es un oficio, una disciplina, un arte. El uso de la magia requiere estudio, sacrificio, concentración. El polvo de trueno —Ulin echó una mirada al edificio en llamas y se estremeció— podría usarlo cualquiera, poco escrupuloso, con medio cerebro. Lucy, ¿qué he hecho? ¿Qué terrible poder he desatado sobre el mundo? Ojalá jamás lo hubiera inventado.

—Al menos nadie lo sabrá —dijo la mujer, tranquilizándolo—. Pensarán que fueron los dragones los que destruyeron la Escuela.

Ulin aplastó los añicos de papel con el tacón de su bota.

—Nadie lo sabrá —repitió—. ¡Nadie lo sabrá jamás!